

PLAGIO MORTAL

Andrew Pyper

PLAGIO
MORTAL

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

Este libro se encuentra en proceso de edición,
puede contener erratas.

Galeradas promocionales.

MAEVA Ediciones es titular de todos los derechos de propiedad intelectual de estos archivos digitales. Todos los derechos están reservados y por tanto su contenido pertenece única y exclusivamente a MAEVA Ediciones. El acceso a este material no supondrá en forma alguna, licencia para su reproducción y/o distribución que, en todo caso, estará prohibida salvo previo y expreso consentimiento por escrito de MAEVA Ediciones. El usuario se compromete a usar estos archivos exclusivamente para uso personal.

Para Heidi

Septiembre de 2007

Día del Trabajo

Yo no sabía que mi hijo supiera orientarse por las estrellas.
Corona Austrina. Lyra. Delphinus.

Sam deja marcas con la nariz en la ventanilla del acompañante, mientras salimos de la ciudad por carretera; recita las constelaciones y, a cada giro, susurra «sur», «este», «norte»...
—¿Dónde lo has aprendido?

Me mira como hace un par de noches, cuando entré en su cuarto y me lo encontré con el tirachinas en la mano disparando un pelotón de marines de plástico al tejado del vecino. «Soy terrorista», respondió a la pregunta de si se podía saber qué estaba haciendo.

—¿Aprendido el qué?

—Las estrellas.

—En libros.

—¿Qué libros?

—Libros.

Con Sam ya sé que no podré llegar más lejos. Es porque los dos somos lectores. No necesariamente por pasión, sino por forma de ser. Observadores. Críticos. Intérpretes. Lectores de libros (el último, en mi caso, lo más nuevo y rabioso de Philip Roth, y en el suyo *Robinson Crusoe*, contado en píldoras al irse a la cama), pero también de tebeos, folletos turísticos, grafitis de lavabo, manuales de instrucciones y recetas de cajas de cereales. No importa el material. Leer es nuestro modo de traducir el mundo a un idioma que podamos entender, al menos parcialmente.

–Norte –dice Sam, pegando otra vez la nariz al cristal.

Miramos el rectángulo de oscuridad del final de la subida. Un monolito cuadrado que sobresale de un campo de maíz de Ontario, como el último vestigio de una antigua muralla.

–Au-to-ci-ne Mus-tang. Fi-nal de tem-po-ra-da. Dí-a del Tra-ba-jo a-bier-to to-da la no-che –lee Sam al pasar junto al letrero.

Se inclina para examinar el fluorescente en forma de vaquero domando un potro salvaje: el reclamo del Mustang, que nos orienta de noche por la carretera.

–Yo ya había estado aquí –dice.

–¿Te acuerdas?

–Del letrero. Del hombre del caballo.

–Entonces eras muy pequeño.

–¿Ahora qué soy?

–¿Ahora? Un joven que lee libros y mira las estrellas.

–No –dice él con una mueca–. Tengo ocho años. Sólo me acuerdo de cosas.

Hemos venido, viudo e hijo, a ver la última sesión de la temporada en uno de los últimos autocines del país. Más último, imposible.

Tamara (la madre de Sam, mi mujer) murió a los ocho meses de dar a luz. Desde entonces ir al cine me ha resultado útil como padre. A Sam y a mí, la oscuridad de un cine (o la de un campo de maíz, en este caso) nos da intimidad sin necesidad de hablar. Tiene algo como muy masculino, esta proximidad entre padre e hijo que hacen sentir los pasatiempos pasivos y más bien silenciosos como pescar o mirar partidos de béisbol.

El de la taquilla se sorprende un poco al ver a Sam a mi lado. La película estrella del programa (un *thriller* siniestro de Hollywood que está apurando la recaudación de verano) tiene la calificación de «mayores de dieciocho años». Le entrego un billete que da para dos entradas de adulto, y más. Él nos guiña el ojo y nos hace pasar, pero no me devuelve el cambio.

Nos lo encontramos todo lleno. El mejor puesto libre está en un lateral, delante del bar. Sam quería llegar hasta el fondo,

pero yo sé que es donde van los chicos de instituto: porros y whisky comprado sin permiso, y adolescentes de ambos sexos, con todo lo que comporta. Lo que me hace quedarme con el resto de la gente respetable no es pensar en la educación de Sam, sino la envidia nostálgica que sentiría tan cerca de esos delitos.

—¡Ya empieza! —anuncia él cuando se apagan los focos.

No me queda más remedio que guiarme por la luz de los anuncios al sacar del maletero las sillas y el saco de dormir, que huele a naftalina. Me deslizo junto al coche, mirando la pantalla. Para mí es lo mejor de ir al autocine: el viejo anuncio de *fast-food*. Un perrito caliente que baila, un batido pícaro y un coro de patatas fritas. No sé por qué, pero el anillo de cebolla que hace claqué siempre me da una pena horrible.

Despliego la silla de Sam, y luego la mía. Nos acurrucamos debajo del saco de dormir.

—¡Dis-fru-ten de la pe-lí-cu-la! —dice Sam, leyendo la pantalla.

Las hileras de coches aparcados esperan a que el cielo pase de morado a negro. Un bocinazo aislado a nuestra derecha, un monovolumen que se balancea por las cabriolas de unos alevines con subidón de azúcar, despierta risitas en los otros coches, pero se masca cierto nerviosismo: risas forzadas, en reacción a un sonido de alarma. Intento reírme yo también para borrar la impresión. Una risa de padre. Después, al respirar, reconozco la eterna mezcla de olor a tubo de escape, palomitas y hamburguesa quemada. Y algo más. Algo parecido al miedo. Vago como el perfume que deja el huésped anterior en la almohada de un motel.

Empieza la película. Primera escena de terror: una sombra que persigue de noche a su presa por un campo. Ráfagas de movimiento desesperado, brazos y botas que se agitan, llaves chocando contra un cinturón. Montaje paralelo de las zancadas firmes del asesino y el pánico del otro personaje, que corre, se cae y se arrastra por el suelo lloriqueando. Un breve plano de manos, con algún tipo de líquido, que podría ser gasolina, tierra mojada o sangre. Un primer plano de un grito.

No sabemos quién es la otra persona, la indudable víctima, pero reconocemos el contexto de esfuerzo inútil. Es el sueño que hemos tenido todos en algún momento, cuando nos fallan las piernas y nos engulle el suelo, reblandecido en un jarabe negro. Y detrás está la muerte; sin cara, cierta, sin ningún impedimento.

Estamos tan cerca de la pantalla que tengo que girar todo el cuerpo para ver algo más. Un público de ojos. Me observan a través de parabrisas sucios de bichos muertos.

Me yergo y echo la cabeza hacia atrás. La bóveda nocturna, otoñal, interminable y fría, me deja respirar. Sólo un momento. Luego se apiñan hasta las estrellas.

—¿Papá?

Sam se ha girado al ver que no paro de moverme. Hago el esfuerzo de mirar a los actores de la pantalla. Enormes, ineludibles. Lo que dicen llega de todas partes, como si estuviera pronunciado en mi interior. En poco tiempo, la película deja de ser un sueño cualquiera y se convierte en algo que he soñado mil veces.

Me levanto de la silla sin darme cuenta. Se me cae el saco de dormir de las rodillas.

Sam me mira. Con media cara oscura, veo el parecido con su madre. Es lo que le da su dulzura, su abierta vulnerabilidad. Verla a ella en sus facciones me produce la extraña sensación de echar de menos a alguien que todavía está conmigo.

—¿Te apetece algo? —pregunto—. ¿Unas bolitas de patata?

Sam dice que sí con la cabeza. Le tiendo la mano, y él la coge.

Vamos hacia la fuente de la luz del proyector. Lo único que permite ver algo es el chorro azul y el naranja entrevisto de cerillas encendiendo cigarrillos en asientos traseros; también el tenue resplandor de la media luna. Todos los altavoces colgados en las ventanillas escupen el mismo diálogo.

—*Es él.*

—*¿De qué hablas?*

—*Lo que hay debajo de tu cama. Los ojos que te miran de noche en el armario. La oscuridad. Lo que más miedo te da...*

Alguien abre la puerta del bar, y en nuestros pies se agita un cono de luz. Sam corre para mantenerse dentro de él jugando a que si pisa la gravilla oscura antes de entrar en el bar será absorbido por otra dimensión.

En realidad, ya lo hemos sido. El bar del Mustang no es de la generación de Sam ni de la mía, sino de cuando se iba en corbata a comprar hamburguesas de queso, que a saber cuándo fue. Basta con fijarse en los carteles de las paredes: familias sonrientes de los años sesenta bajando de sus Fords con alerones para comprarles chucherías a unos hijos, adorablemente famélicos, con cara de Beaver Cleaver. Casi se te quitan las ganas de comer.

Aunque no del todo.

Es más, necesitamos una bandeja en la que amontonar cartones de bolitas de patata, perritos calientes envueltos en papel de aluminio, unos anillos de cebolla tan grasientos que el papel de debajo se hace transparente y un refresco gigante con dos pajitas.

Pero antes de irnos tenemos que pagar. La cajera habla sola.

—No me lo creo —dice boquiabierta—. ¡No me lo creo! —de repente me fijo en que le sale un cable de la oreja y en que tiene una especie de micrófono debajo del mentón—. ¿En serio?

—Te espero en nuestro sitio —dice Sam cogiendo un perrito caliente de la bandeja.

—Vale, pero cuidado con los coches.

—Papá, que están aparcados.

Se va corriendo por la puerta con una sonrisa compasiva.

Fuera, después de pagar, la brusca oscuridad me deja ciego. Se me cae de la bandeja una bolita de patata. La aplasto con el zapato. ¿Dónde narices estoy aparcado? Me lo dice la película. El ángulo desde donde la estaba mirando. Un poco más adelante, en el lateral.

Ahí está. Mi vetusto Toyota. Debería ir pensando en jubilarlo, pero todavía no puedo. Es por el pintalabios y el perfilador que dejó Tamara en la guantera. Cada vez que la abro para

coger los papeles del coche, se me caen en la mano, y ella está conmigo. Sentada en el asiento del acompañante, bajando el espejo para darse los últimos retoques. Siempre que llegábamos a algún sitio, se giraba para preguntarme: «¿Estoy bien?». Y yo nunca mentía al decirle que sí.

Camino sin quitarle el ojo de encima a la silueta del Toyota, justo al lado de la camioneta de los críos. Ya no hacen ruido. El suspense de la película les tiene absortos.

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué no nos mató cuando podía?

Se me cae la bandeja de las manos.

No es por la película. Es por lo que hay delante de mi coche. Nuestras dos sillas plegables. Y el saco de dormir.

Pero el saco está tirado por el suelo. Y no hay nadie en las dos sillas.

Dos de los críos de la camioneta se ríen de mí, señalando el perrito caliente desenfundado por el suelo y los vasitos de papel con el suplemento de ketchup chorreando por mis pantalones. Les miro. Ven algo en mi cara que les hace cerrar la puerta corredera.

Me aparto del Toyota y arrastro los pies por los pasillos que forman los coches. Miradas lentas y pausadas hacia todas partes. Al asomarme a los vehículos, me encuentro con cientos de vidas norteamericanas entregadas a sus pasatiempos: chavales fumando porros, adultos poniéndose las botas, parejas debajo de mantas en la parte trasera de las furgonetas...

Pero no a Sam.

Se me ocurre por primera vez la idea de llamar a la policía, pero se queda en eso, en una idea. No hará ni tres minutos que se ha ido Sam. Tiene que estar por aquí. Lo que podría pasar, no está pasando. Es imposible. Imposible.

—¡Sam!

El nombre de mi hijo llega a mis oídos con la voz de otro. Un tercero alarmado.

—¡Sam!

Empiezo a correr. Al principio, con todas mis fuerzas. Luego, al darme cuenta de que a este ritmo no llegaré ni al final

de un pasillo, me lo tomo con más calma. Un cuarentón al trote entre los coches aparcados, fisgoneándolo todo en medio de la película. Es de esas cosas que llaman la atención. Un adolescente silba a mi paso desde el descapotable de su papá. Las chicas que se apretujan con él en el asiento delantero me saludan irónicamente con la mano. Yo les devuelvo maquinalmente el gesto.

Cuando acabo mi zigzag por todos los pasillos, empiezo a recorrer el perímetro del autocine, escrutando la oscuridad de los campos. Cada hilera de maíz es una oportunidad más de ver a Sam jugando al escondite, esperándome. La imagen deseada se me graba tanto que llego a verle un par de veces. Pero, al pararme y volver a mirar, ya no está.

Llego al final del autocine, donde es más tenue la luz de la pantalla y un resplandor abisal lo baña todo. Las hileras de maíz parecen más anchas y oscuras. La única interrupción del horizonte es el tejado de una granja, lejos. No hay luz en las ventanas. Parpadeo para enfocar la imagen, pero mi vista está borrosa por las lágrimas que no me he dado cuenta que empezaba a derramar.

—Creía que eras un fantasma.

—Sí que lo era, pero los fantasmas no pueden hacer nada. Es mucho mejor ser el monstruo. De esos que no esperas que sean monstruos hasta que ya es demasiado tarde.

Me inclino con las manos en las rodillas intentando recuperar la respiración. Una pausa que abre la puerta al pánico. A imaginar horrores. Con quién está. Qué van a hacer. Qué hacen. Que nunca volverá.

—He visto a alguien. Mirando por la ventana.

—¿Has visto quién era?

—Un hombre. Una sombra.

Ya estoy corriendo otra vez hacia el bar cuando lo veo.

Alguien que desaparece entre el maíz. Tanto o más alto que yo. Visto y no visto.

Intento contar las hileras entre donde estaba yo antes y donde se ha metido la figura en el campo. ¿Siete? ¿Ocho? No más de diez. Al llegar a la novena, giro y entro.

Las hojas fibrosas me abofetean la cara. Los tallos se parten al abrirme paso con las manos. Desde fuera, las filas parecían más anchas, pero ahora que estoy dentro no hay espacio para que se mueva un hombre de mi tamaño sin enredarse, tropezar y hacerse cortes. Más que correr, es como ser tragado y estrujado por una garganta.

¿Cómo puede ir más deprisa que yo la persona que he visto? Al pensarlo, me paro, me echo al suelo y miro entre los tallos. Hasta aquí abajo sólo llega una luz gris, como espolvoreada del cielo. De bruces, con la boca abierta, es como si la luz de la luna hubiera adquirido sabor. Una rasposidad mineral de virutas de acero.

Obligo a mi cuerpo a no moverse.

Se me ocurre la posibilidad de haber enloquecido entre mi separación de Sam y este momento. Demencia súbita. Así se explicaría que corra de noche por un campo de maíz. Persiguiendo a alguien que probablemente ni siquiera exista.

Y de repente, ahí está.

Un par de botas corriendo hacia el final del campo. A treinta metros de mí, algunas hileras a la izquierda.

Me levanto. Gimiendo por la rigidez de las rodillas, y con pinchazos en los músculos de las caderas. Me impulso hacia delante con las manos. Arrancando y tirando mazorcas, que caen a mis espaldas como pasos.

Cada pocas zancadas veo la granja a lo lejos, y corto hacia un lado para no desenfilarla. Como si supiera que es a donde va la otra persona. Como si tuviera yo algún plan.

Vuelvo a levantar la cabeza buscando el tejado a dos aguas, pero a quien veo es a él. Metiéndose deprisa por el hueco, de derecha a izquierda. Un movimiento adivinado entre puntas sedosas de mazorcas. Más oscuro que la noche tensada al máximo sobre el maíz.

Sigo corriendo y, al parpadear, vuelvo a entreverlo al fondo de una hilera. Pero ¿qué era? Nada que lo identificase como hombre o mujer, ninguna ropa especial, ni sombrero, ni pelo visible. Ni cara. Un espantapájaros abandonando su puesto.

Ahora, al gritar, no me dirijo a Sam, sino a lo que está conmigo por el campo.

—¡Devuélvemelo! ¡Devuélvemelo!

No es una amenaza. No es un presagio de venganza. Son poco más que jadeos de padre sin aliento que forman palabras.

Bruscamente, salgo al patio de la granja. Hierba muy crecida alrededor de un columpio oxidado. Pintura descascarillada en los postigos. Ventanas con los cristales rotos.

Doy la vuelta a la casa. No hay coches aparcados. Ninguna señal de que haya pasado alguien desde la mala noticia que hizo irse a los últimos ocupantes.

Me paro un segundo pensando qué hacer. Es cuando me fallan las piernas. Me caigo de rodillas, como en un ansia repentina de rezar. Escucho, por si oigo alejarse pasos sobre el martilleo de mi corazón. Aquí ni siquiera se oyen las voces de la película. El único ruido es el zumbido eléctrico de los grillos.

Y la única imagen, la pantalla del Mustang. Al otro lado de un mar de maíz, pero visible y nítida. Un mudo relato de terror mucho más fluido y creíble que el mío.

Se me ocurre al mirarla. Una verdad que no podría demostrarle a nadie, pero no por ello menos verdadera.

Ya sé quién ha sido. Quién se ha llevado a mi hijo. Sé su nombre.

Me arrodillo entre las hierbas altas de la granja abandonada mirándole la cara. Más de diez metros de alto, dominando los campos, moviendo los labios en silencio, hablando directamente con la noche, como un dios. Una ampliación monstruosa hecha de luz sobre una pantalla blanca.

El papel que todos los actores dicen que es mejor interpretar. El de malo.

PRIMERA PARTE

EL CÍRCULO DE KENSINGTON

Capítulo 1

Febrero de 2003

Día de San Valentín

—¡Postales de enamorados!

Es Sam, mi hijo de cuatro años. Ha entrado corriendo en mi habitación para saltar sobre la cama y tirarme a la cara postales pintarrajeadas con ceras.

—Sí, es el día de los enamorados —le confirmo yo.

Le levanto la camiseta para hacerle pedorretas en la barriga.

—¿Tú de quién estás enamorado, papi?

—Supongo que de mamá.

—Pero, si no está...

—Da igual. Se puede elegir a quien se quiera.

—¿De verdad?

—De verdad.

Sam se lo piensa. Doblando y desdoblando una postal con los dedos. Purpurina mezclada con pegamento no del todo seco.

—¿Y la tuya? ¿Quién es? ¿Emmie? —le pregunto. Emmie es nuestra canguro habitual—. ¿O alguien de la guardería?

Entonces me sorprende. Como tantas veces.

—No —dice dándome su corazón de papel—. Tú.

Estos días, las festividades ineludibles del calendario —Navidad, Año Nuevo, el Día del Padre, el Día de la Madre—, son los peores. Me recuerdan lo solo que estoy. Y que con el paso del tiempo mi soledad se ha enquistado en los tejidos y los huesos. Una enfermedad que acecha sin remisión.

Aunque últimamente ha habido un cambio. Un vacío que se está formando. El peso total y hueco de la viudez. Yo creía que los últimos tres años y medio habían sido de luto, pero quizá sólo esté empezando a salir del shock. Quizá el luto de verdad aún esté por llegar.

Sam lo es todo.

Es la única guía que me sigue ayudando. Pero en los meses inmediatos a la muerte de Tamara fue algo más que eso. Me permitió sobrevivir. Nada de deseos unilaterales, ni de «yo». No permitirme sueños me insensibilizó, estado más fácil de soportar que hacerlo y soñar demasiado.

Pero tal vez haya sido un error. Tal vez me equivocase al creer que se puede ir tirando sin nada propio. La verdad es que si para vivir se te hace necesario no ser nada, al final ni siquiera vives.

En los últimos días de Tamara no pienso entrar. Estoy dispuesto a confesar toda clase de travesuras, insensateces e infracciones, y también estoy dispuesto a «indagar en la memoria» (como dicen los rollos de portada de esas novelas tan bonitas donde se pierde la vista en el mar), aunque despierte las peores punzadas de arrepentimiento; pero no pienso explicar lo que fue ver sufrir a mi mujer. Verla morir.

Una cosa sí diré: perderla me abrió los ojos. A las miles de horas de roer ambiciones agriadas, mezquinas ofensas de despacho y esas injusticias cotidianas que tan indignantes nos parecen. A todas las oportunidades perdidas de hacer, y no pensar. Ocasiones de cambiar. De ver que podía cambiar.

Cuando murió Tamara, yo acababa de cumplir los treinta y uno. Ni media vida. Pero, cuando se fue, una luz cruel bañó lo completa que podría haber sido esa vida. Lo completa que fue, sólo con que yo la hubiera visto así.

La casa de la avenida Euclid, justo al lado de Queen Street, la compramos recién casados, antes de que llegasen las tiendas de

equipos para yoga, las peluquerías a cien dólares y las boutiques eróticas. Entonces el único yoga que se practicaba era el de los borrachos doblados en la entrada de las tiendas, y lo único erótico era media hora con una de las señoras que se paseaban en tacones por la esquina. Pude pagar la entrada por los pelos, y ahora no puedo permitirme vender. Al menos si pretendo vivir a cierta proximidad del centro.

Y la verdad es que sí, que lo pretendo. Aunque sólo sea porque me gusta ir al trabajo caminando. A pesar de todas las comodidades que ha traído el nuevo aflujo de dinero, Queen Street West sigue brindando un gran dramatismo al peatón. Punkis azuzando a un par de mastines que enseñan los dientes a la entrada del Big Bop. Un coro de gente que habla sola y que no sigue la medicación. El tío que me persigue cada mañana por toda una manzana para pedirme que le compre un bocadillo de jamón (lo especifica mucho) y que me llama inexplicablemente Steve. Por no hablar de las ambulancias que se llevan al que la noche anterior se quedó sin la última cama libre del centro de acogida.

Estamos en una época de la historia de la ciudad en la que todo el mundo comenta los cambios de Toronto. Más construcción, más población que llega y más maneras de ganar y gastar. Y más que temer. Historias de violencia gratuita, de asaltos en las casas, de tirones y agresiones injustificadas; pero no es sólo la amenaza que siempre han representado los «ellos» de nuestra imaginación, sino la que potencialmente representa cualquiera, hasta nosotros mismos.

Ahora en las calles se palpa una tensión, la agresión que acompaña a los deseos insaciables. Al existir más oferta que antes, también hay más demanda. Este tipo de cambio, cuando ocurre como aquí, de prisa e incontrolablemente, hace que se vea a los demás como no se les había visto antes. Como un mercado. Un muestreo. Puntos de acceso.

Lo que tenemos todos en común es querer más. Pero querer tiene su lado oscuro. Puede volver competidores a los que antes sólo eran desconocidos.

Sigo por Queen hasta Spadina, y luego giro en dirección al lago para ir a la sede del *National Star*, «el *New York Times* de Toronto», como decía un anuncio especialmente desafortunado. Fue ahí donde empecé. Un joven enfadado con el mundo, sin razón especial para estarlo, que ascendió rápidamente de corrector a crítico literario de plantilla, el más joven en la historia del periódico; apuntalando mi dureza de criterios con la seguridad de que algún día todos los advenedizos cuyas pretensiones echaba por tierra se darían cuenta de que mi veredicto era fundado. Algún día publicaría yo un libro.

Recuerdo haber albergado desde siempre la intuición de tener algo en mi interior que acabaría por salir. Probablemente fuera el resultado de una infancia solitaria de hijo único, en la que a menudo mis únicos amigos eran los libros. Fines de semana de no querer salir de casa, enroscado como un gato en los cuadrados de sol de la alfombra, devorando a Greene, Leonard y Christie y dando vueltas a los inalcanzables James, Faulkner y Dostoievski. Preguntándome cómo lo hacían. ¡Crear mundos!

Si de algo nunca dudé, fue que al hacerme mayor sería uno de ellos; no necesariamente su igual, pero sí un cultivador de la misma y noble actividad. Aceptaba que tal vez no se me diera igual de bien. Al principio. Pero era sensible a todo el esfuerzo volcado en mis obras favoritas y estaba dispuesto a ponerlo todo de mi parte para ir mejorando.

Ahora que lo pienso, debía de considerar la escritura como una especie de práctica religiosa, una entrega absoluta al oficio y la indagación sin cortapisas, no menos sagrada que aquella por carecer de Dios. A fin de cuentas, había una promesa de salvación, la posibilidad de crear un relato que hablase por mí y fuera mejor que yo; más absorbente, misterioso y sabio. Supongo que, antes de la muerte de mis padres, escribir un libro me parecía una manera de conservarlos; y una vez que ya no les tuve, me limité a cambiar de artículo de fe: si escribía un libro lo bastante bueno, era posible que ese libro me los devolviera.

Pero no hubo libro.

Lo que hubo fue que después de la universidad empecé a subir a golpe de tecla por un escalafón de semanarios de provincias y revistas especializadas, por mi cuenta y riesgo (dos obras premiadas, cada una en su género, fueron «Nuevo perro, nueva vida», para *Puppy Love!*, y «¿Zanahorias o remolacha? La raíz del problema», para *Sustenance Gardening*). Ya casado y en plantilla del *National Star*, dejé de pensar tanto en mi libro, y empecé a hacerlo más en un futuro de carne y hueso. Hijos. Viajes. Pero no se me borraba del todo la comezón de estar frustrando mi destino con los placeres de la vida doméstica. En un secreto recoveco de mi alma, todavía esperaba. La primera línea. La manera de entrar.

Pero no hubo línea.

Después de eso, dos cosas, simultáneas y con un extraño vínculo: Tamara se quedó embarazada y yo cancelé mi suscripción de los domingos al *New York Times*. La justificación racional de esto último fue que me faltaba tiempo, no ya para leer sus diversas secciones y suplementos, sino para el mero hecho de separarlos. Y con un bebé a punto de nacer... Era una pérdida de dinero.

En realidad no tenía nada que ver con el ahorro, ni de tiempo ni de árboles, sino con que llegó un momento en que ya no podía abrir la sección dominical de libros del *Times* sin que me doliera físicamente. Editoriales. Nombres de autores. Títulos. Siempre libros no escritos por mí.

Dolía; no emocionalmente, como una simple bofetada en el ego; dolía como las piedras en el riñón o una patada en los huevos jugando a fútbol: de una manera instantánea, indescriptible y drástica. Lo importante casi nunca eran las críticas en sí. De hecho, las vagamente positivas solía dejarlas a medias; y en cuanto a las negativas, tampoco solían dar bastante bálsamo a mi dolor. Hasta la mala leche más vandálica, el puro ensañamiento con los que no tenían futuro, se me convertían en simples recordatorios de que la víctima había creado algo merecedor de que se le mearan encima. ¡Despertarse un domingo de lluvia y no querer salir de la cama porque te

destrozan en el *Times*! ¡Qué dulce angustia, en comparación con la lenta hemorragia en tierra de nadie que era no ir más allá de imaginar que creabas palabras dignas del desprecio de la prensa prestigiosa!

Entonces llegó Sam, y se acabaron las ansias enfermizas.

Estaba enamorado: de Tamara, de mi hijo y del propio mundo, que hasta entonces nunca me había gustado mucho, la verdad. Dejé de intentar escribir. Estaba demasiado ocupado en ser feliz.

Ocho meses después, Tamara ya no existía.

Sam era un bebé, demasiado pequeño para acordarse de su madre. Sólo quedaba yo para acordarme por los dos.

A partir de ese momento no tardé mucho en volver a creer, a esperar la manera de contar la gran historia que pudiera resucitar a los muertos.

Empezaron a rebajarme de categoría poco después de que se me acabara la baja por luto. Nos dijeron que el cambio de milenio estaba creando un nuevo tipo de periódicos, «pensados para el lector», que pudieran competir con las amenazas de internet, los canales de noticias y el analfabetismo funcional rampante. Los lectores se habían vuelto impacientes. El exceso de palabras les hacía pensar que perdían el tiempo. La respuesta fue convertir la sección de Arte en sección de Ocio. Redujeron los artículos para dejar más sitio a las «noticias» rosas y a las fotos de actores caminando por la calle con gafas de sol y vasos de café del tamaño de unas pesas. Circularon informes que nos instaban a adaptar nuestros artículos para que ya no resultasen atractivos para adultos interesados en la información y en el análisis, sino para adolescentes con trastorno de déficit de atención.

Digamos que no fue una buena época para la sección de Libros.

Tampoco es que mi carrera de periodista se viniera abajo de la noche a la mañana. Los peldaños de la respetabilidad los fui bajando uno tras otro, desde articulista literario (regodearse con

sarcasmo en no dejar prácticamente títere con cabeza) hasta especialista en ocio en general (perfiles de actores de la nueva hornada, rankings de recaudaciones del fin de semana), y después de un par de meses como «ayudante de necrológicas» (a las órdenes de alguien cinco años menor que yo), indiscutiblemente lo más vil, la trampa de grasa de toda la prensa habida y por haber: crítico de televisión. Yo intenté convencer al director de mi sección de que al menos me dejara poner «cronista televisivo» debajo de la firma, pero el fin de semana siguiente, al abrir el suplemento *Tube News!*, me encontré con que ya no tenía ni siquiera nombre; me había convertido simplemente en «el Teleadicto».

Buena descripción, por otra parte. Durante estos últimos meses de atrofia profesional, cada vez paso más tiempo en toda clase de tresillos y colchones: mi cama, de la que cada vez me cuesta más salir por la mañana, el sillón de la consulta de mi psicólogo, que dejo brillante de sudor, y el sofá del sótano, donde le doy a la tecla de avance rápido para ver por encima episodios piloto descerebrados, series de policías y *reality shows* cuya suma actúa en mí como una especie de estupefaciente, como las pastillas para dormir que te deslizan debajo de la almohada en los psiquiátricos.

Por supuesto que no tiene nada de vergonzoso; no más, en cualquier caso, que la mayoría de lo que hacemos por dinero, visto que por desgracia hay tan pocas vacantes con sueldo fijo en Salvemos a las Ballenas, o Pozos para África, o Acción contra el Calentamiento.

El problema es que la vieja idea de mi infancia ha vuelto casi sin avisar, como el susurro de un loco en mi oído. Un conjuro de magia negra. Una promesa diabólica.

Si lograra poner las palabras exactas en el orden exacto, quizá pudiera salvarme. Quizá pudiera convertir el ansia en arte.

La verdad es que ser crítico, a largo plazo, te amarga sin remedio. La razón es que se trata de un oficio que, por su propia condición, te recuerda cada día tu condición secundaria.

Nunca se empieza queriendo hacer crítica de libros, sino queriendo escribirlos. Sostener lo contrario sería como querer convencer a alguien de que de niño soñabas con pesar *jockeys*, no con montar caballos de carreras.

Quien quiera pruebas sólo tiene que fijarse en la media docena de almas que teclean con la vista perdida en los cubículos que rodean el mío. Juntos, cribamos los restos que deja cada mañana el oleaje de la cultura popular. CDs, DVDs, juegos de ordenador, películas, revistas... Hasta la sección de Libros, mi antiguo territorio, al que ahora incumbe componer cada sábado una sola página a la que nadie hace caso. Claro que siempre es mejor que donde me han relegado a mí...

Pues nada, aquí estamos, en un rincón sin ninguna ventana a tiro de grapadora; una mesa que mis compañeros llaman «el palacio del porno», por las altas montañas de vídeos negros que amenazan ruina en cualquier superficie. Y sí que es porno, sí: es tele, un placer vergonzosamente adictivo del que parece que nadie se cansa.

En mi silla hay una caja que acaban de traer. Justo cuando saco la primera entrega (un *reality* que promete concursantes en bikini comiéndose arañas vivas), Tim Earheart, uno de los reporteros de investigación del periódico, me da una palmada en la espalda. Aunque parezca mentira, Tim es mi mejor amigo del trabajo. Caigo en la cuenta, con vaga sorpresa, de que podría ser perfectamente mi mejor amigo a secas.

—¿Tienes *Chicas calientes*? —pregunta, hurgando entre las cintas.

—Creía que te iban más los documentales.

—Es que esta semana no está mi mujer. Bueno, puede que ya no vuelva.

—¿Te ha dejado Janice?

—Se ha enterado de que la fuente de mi artículo de la última semana sobre los Ángeles del Infierno era la señora de uno de los moteros —dice Tim con sonrisa de pena—. Digamos que me puse más confidencial con ella de lo que le gustaría a Janice.

Si es verdad que se ha ido su última mujer, Tim ya tendrá tres matrimonios a sus espaldas. La semana que viene cumple treinta y seis años.

—Me sabe mal —digo, pero él ya me hace gestos de que menos compasión.

—¿Salimos de copas esta noche? —dice dando un paso para reincorporarse a la actividad febril de la sección de Actualidad—. ¡Ah, no, espera, que es San Valentín! ¿Has quedado con alguien?

—Yo no quedo, Tim. Ni nada.

—Pues ya ha pasado tiempo.

—Tampoco tanto.

—Según quién, te diría que cuatro años es bastante para...

—Tres.

—Pues tres años. Tarde o temprano tendrás que asimilar que sigues aquí aunque Tamara ya no esté.

—Te aseguro que lo asimilo cada día.

Tim asiente con la cabeza. Él, que ha estado en guerras, sabe reconocer a las víctimas.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice—. ¿Te parecería demasiado tarde para intentar salir con la nueva interina que hay abajo, en Recursos Humanos?

Me ha vuelto a pasar de camino a casa.

Hace un tiempo que, en medio de cualquier actividad (ir corriendo a la tienda de la esquina, rematar la cuota diaria de palabras en el escritorio, hacer cola para el café), a veces se me saltan las lágrimas; sin previo aviso y tan sigilosas que apenas me doy cuenta.

Hoy ha vuelto a pasarme, caminando por la acera, y eso que si me hubieran preguntado qué pensaba habría contestado «nada»... Regueros de humedad que se me congelaban en las mejillas.

Me viene un estribillo a la cabeza, un sonsonete sin nada de consolador que me acompaña hasta mi casa:

*No estoy bien,
nada bien,
pero ¿a quién narices se lo digo,
a quién?*

Cuando cruzo la puerta, Sam ya ha acabado de comer, y Emmie, la canguro, le está secando después del baño. Otro momento irrecuperable que me pierdo. Bañar a Sam es lo que más me gusta de todo el día. Un poco de música. Batallas navales épicas entre patos de goma y cepillos de dientes viejos. Y de ahí a la cama, a los cuentos.

—Ya le acuesto yo —le digo a Emmie, que abre la toalla con la que le ha enrollado.

Sam se me echa en brazos desde su capullo. Un ángel con jabón.

Le pongo el pijama y abro el libro que estamos contando, pero, antes de empezar a leer, él me mira fijamente. Me pone la palma en la frente.

—¿Qué, doctor, me curaré?

—Sobrevivirás.

—Pero ¿es grave?

—No sé. ¿Es grave?

—Ya se me pasará.

—No quiero que estés triste.

—Es que a veces echo de menos a tu mami, pero no pasa nada. Es normal.

—Normal.

—Más o menos.

Sam hace un mohín. No está seguro de dejarse convencer por mi sonrisa forzada. El caso es que necesita que yo esté bien, y pienso estar lo más bien que pueda por él.

Bosteza y se acurruca contra mí, pegando su cabeza a mi cuello para percibir las vibraciones de lo que diré. Clava un dedo en las páginas del libro que le abro.

—¿Dónde estábamos?

Cuando Sam ya duerme, es la hora del sótano; la Cripta, como decía Tamara. Un poco demasiado exacto para ser gracioso. Es una habitación de techo bajo que el propietario de antes usaba para hacer vino. De vez en cuando todavía huele a uva fermentada. A mí me huele a pies.

Es donde miro las cintas, con un cuaderno en la rodilla y el mando a distancia en la mano.

Sólo llevo tres minutos de comedoras de arañas en bikini y ya aprieto la pausa. Me saco del bolsillo el anuncio que he recortado en los clasificados de hoy:

CUENTA TU VIDA

Abre tu corazón. Pon por escrito tus palabras no dichas en este taller intensivo con Conrad White, poeta y novelista publicado.
Escribe de verdad. Escribe la verdad.

No me suena de nada Conrad White. Tampoco he ido nunca a un taller, club, clase nocturna o retiro que tenga algo que ver con la escritura. Hace años que no intento escribir nada más que lo que me obligan por contrato, pero este día está teniendo algo (el propio gusto del aire de esta habitación) que indica que algo se acerca. Que ya ha llegado.

Marco el número del final del anuncio. Cuando me preguntan qué deseo, respondo sin vacilar.

—Quiero escribir un libro —digo.

Capítulo 2

Hoy la gente no lee tanto como antes. Ya has visto los estudios, tienes hijos adolescentes, has estado en centros comerciales... En fin, que ya lo sabes, pero puede que no sepas lo siguiente:

Cuanto menos lee la gente, más ganas tiene de escribir.

Los talleres de escritura creativa (en universidades, bibliotecas, escuelas nocturnas, hospitales psiquiátricos, cárceles...) son la industria que más crece en el sector basado en la tinta. Por no hablar de los círculos *ad hoc* de aspirantes que se pasan entre ellos fajos de fotocopias: todos los miembros dicen que es para mejorar, pero en secreto rezan por una declaración colectiva de genialidad.

Y ahora soy uno de ellos.

La dirección que me dieron por teléfono es Kensington Market. Las sesiones serán cada martes por la noche, durante cinco semanas. Me explicaron que era el último inscrito en el grupo; bueno, «grupo» lo dije yo, porque la voz me corrigió.

—Yo prefiero considerarlo un círculo.

—Ya... Y ¿cuánta gente habrá? En el círculo.

—Sólo siete. Es que tengo miedo de que se pierda la concentración si somos más.

Después de colgar, caí en la cuenta de que Conrad White (suponiendo que fuera la voz del teléfono) no me había preguntado el nombre. También caí en la cuenta de que se me había olvidado preguntar si había que llevar algo a la primera sesión: bolígrafo, cuaderno, dinero para el bote... Cuando volví

a marcar, sonó diez veces y no se puso nadie. Supongo que una vez completo el círculo, el tal White pensó que no tenía sentido contestar.

El martes siguiente, camino por Spadina a la salida del trabajo con la bufanda tapando mis orejas como un turbante. A pesar del frío, la mayoría de los colmados del barrio chino tienen la mercancía expuesta: *bok choy* congelado, carambolas y limoncillo, todo cubierto de una fina capa de nieve seca. En Dundas anochece de golpe. La pantalla gigante de encima del Dragon Mall baña la calle de un resplandor azul publicitario.

Sigo otro par de manzanas hacia el norte, pasando junto a chiringuitos de fideos «SIN GLUTAMATO» y cerdos asados que abren la boca de sorpresa en los escaparates de las carnicerías. Luego, cruzando a toda prisa los cuatro carriles para coches, me interno en las callejuelas del mercado.

Cada cual tiene su imagen de Kensington, pero yo, al caminar por sus calles, siempre me pregunto lo mismo: ¿cuánto puede durar? Ya están reconvirtiendo algunos edificios en «posibilidad de vivienda/negocio», prometiendo un nuevo «estilo urbano de vida» para quienes buscan «la emoción de caminar por el filo». Saco la mini grabadora que siempre llevo encima (para captar cualquier frase especialmente incisiva que pueda servirme para la crítica del día siguiente) y leo en voz alta estas palabras de las vallas publicitarias del último proyecto residencial. Algunos clientes también se han parado a leer el mismo reclamo, pero se alejan al verme susurrar en una grabadora. Otro externo de psiquiátrico a quien esquivar con educación.

Los viejos pescadores portugueses levantan del hielo bacalao y pulpos y, en un santiamén, se los llevan a los puestos para dejarlos allí durante la noche. En la calle todavía hay mucha animación, punkis con imperdibles y locos que van en bici todo el año, unos y otros en busca de un chollo para cenar; a menos que sólo se reúnan en uno de los pocos sitios de la ciudad que guardan cierto clima de resistencia ante la avalancha de mejoras generales, homogeneización globalizada y dinero.

Me doy cuenta, con un escalofrío de inquietud, de que algunos de los que caminan por aquí pueden haber venido por lo mismo que yo.

Algunos podrían ser escritores.

La dirección que me han dado corresponde a la puerta de al lado del Fukhouse, un bar que, por lo que veo a través de la mugre del cristal, tiene todas las paredes, mesas, suelo y techos pintados de negro brillante. En las ventanas del segundo piso, encima del letrero, parpadean gruesas velas. Si no me equivoqué al apuntar el número, el Círculo de Kensington se reúne allá arriba.

—Anarquistas —dice una voz a mis espaldas.

Al girarme, veo a una chica joven, con una chaqueta de motero demasiado grande con tachuelas plateadas blindándole los hombros. No parece que esté pasando frío, aunque lo único que lleve debajo de la chaqueta sea una falda de colegiala muy gastada y unas medias de red. También tiene un cuervo tatuado en el revés de la muñeca.

—¿Cómo?

—No, nada, que quería avisarte —dice, señalando la puerta del Fukhouse—. Es una especie de local anarquista, y a muchos anarquistas no les gustan los que no participan en la revolución.

—Me lo imagino.

—Bueno, da lo mismo. Vienes por lo del círculo, ¿no?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Se te ve nervioso.

—Porque lo estoy.

Fuerza la vista para verme la cara a través de los copos que se mecen por el aire. Tengo la misma sensación que en la frontera, cuando pasan mi pasaporte por el ordenador y tengo que esperar a que me dejen continuar o me detengan.

—Evelyn —acaba diciendo.

—Patrick Rush. Mucho gusto.

—¿En serio?

Abre la puerta sin darme tiempo a pensar si era una broma y sube por la escalera.

La habitación está tan oscura que tengo que pararme en la entrada, buscando a tientas alguna pared o interruptor o a la chica de la chaqueta de cuero. Lo único que veo claramente son las velas que derraman cera en los dos alféizares del fondo y la nieve que cae muy deprisa, como en una tele sin sintonizar. Hemos subido juntos, pero ahora es como si Evelyn hubiera desaparecido en la sima que separa la puerta y las ventanas.

—Me alegro de que hayas podido venir.

Una voz de hombre. Me giro dando un respingo. El movimiento brusco y un charco de aguanieve en el suelo de madera hacen resbalar mis botas. Alguien reprime coquetamente un grito. Me doy cuenta de que he sido yo.

—Estamos aquí —dice la voz.

Por delante de mí pasa la oscura silueta de un hombre encorvado con rumbo a lo que ya identifico como un círculo de sillas en el centro de la sala. Me dirijo, ya sin botas, a uno de los dos sitios vacíos que quedan.

—Sólo esperamos a uno más —dice la voz, que acabo de reconocer como la del teléfono: Conrad White, escritor y poeta que no me suena de nada y que se sienta enfrente de mí.

Su voz arrulladora me hace recordar lo que sentí al expresarle por primera vez mi deseo de escribir un libro. Primero, una pausa, como si sondease la profundidad de mi anhelo. Después, cuando me dio la dirección, la apunté sin oírla de verdad. Era como si su voz brotara de otro sitio, de otra época.

Todos esperamos a que la voz siga hablando. Si realmente hay seis personas en las sillas, estamos más quietos que muñecas. Sólo se oye la vaga marea de nuestra respiración al sorber los vapores de vino tinto e incienso que suben de la alfombra, debajo de las patas de las sillas.

—Ah, ya está aquí.

Conrad White se levanta para recibir al último miembro del círculo. Al principio no me giro para verle, pero, cuando otro par de pies avanza lentamente (sin quitarse las botas), tengo la sensación de que los otros se encogen en las sillas. Después veo por qué.

De la oscuridad sale un gigante de hombros caídos que al principio parece no tener cabeza. (Durante un segundo absurdo, le miro las manos para ver si lleva su propio cráneo.) Sólo es por la barba, una tupida maraña de alambres negros que tapa casi toda su cara; no los ojos, muy blancos, que no pestañean.

—Gracias a todos por venir. Me llamo Conrad White —dice el viejo, volviéndose a sentar.

El que ha llegado tarde, el de la barba, elige la última silla, la de mi izquierda. Así me ahorro tener que mirarle, al mismo tiempo que puedo oler su ropa: una mezcla primitiva de humo de leña, sudor y carne hervida.

—Durante las próximas semanas seré vuestro coordinador —añade White—, vuestro orientador; quizá incluso vuestro amigo, pero no vuestro profesor, porque a escribir, a escribir de verdad, que presupongo que es a lo que aspiramos todos aquí, no se puede enseñar.

Conrad White nos mira uno por uno, como si fuera la oportunidad de corregirle, pero no lo hace nadie.

Pasa a exponer las normas básicas para las próximas sesiones. La estructura de base incluirá deberes semanales («pequeños ejercicios para ayudaros a sentir lo que veis»), pero la mayor parte del tiempo la pasaremos leyendo en voz alta nuestros trabajos y comentando en grupo los de los demás. La confianza es esencial. Hace especial hincapié en que no se tolerarán las críticas como tales. Lo que habrá serán «conversaciones»; no entre nosotros mismos, sino «entre un lector y el texto de la página». Percibo que esto último es recibido con gestos de asentimiento por dos personas a mi derecha, aunque sigo sin girarme para verlas. Por alguna razón, mientras habla Conrad White soy incapaz de no mirarle a él. Me pregunto si lo que retiene mi mirada es algo más que simple timidez. Tal vez haya algo

oculto, hecho a propósito, en la disposición de nuestras sillas, en las velas y el rechazo de la luz eléctrica. Las palabras de White producen, si no un sortilegio, sí una exaltación, no cabe duda; un vértigo que no me puedo sacudir de encima.

Cuando logro volver a concentrarme, veo que está hablando de sinceridad. Lo que buscamos no es dominar la estructura ni el estilo, sino que todo sea veraz.

—La narración lo es todo —dice la voz—: Nuestras religiones, nuestras historias, nuestro propio yo... La narración es nuestra única manera de llegar a conocer otras experiencias distintas a las nuestras.

En otro contexto (una sala con bastante luz para mostrar las caras en detalle, un zumbido de climatización centralizada institucional, señales de SALIDA encima de las puertas), la última promesa podría ser una exageración, pero a nosotros nos conmueve; por lo menos a mí.

Ha llegado el momento de la ronda obligatoria de «cuéntanos algo sobre ti». Me aterra que Conrad pueda empezar por mí. («Hola, me llamo Patrick y soy viudo, con un hijo. Antes soñaba con escribir novelas. Ahora me gano la vida mirando la tele.») Pero no, peor: elige a la mujer de mi derecha, alguien a quien de momento he olido (perfume caro, pantalones de cuero a medida), pero no visto del todo. Es decir, que seré el último. El que acabe.

Mientras hablan los otros miembros, juego con la grabadora que llevo en el bolsillo exterior de la chaqueta. Aprieto el botón de *record*, luego el de *pause*, y después otra vez el de *record*, creando una grabación editada al azar. Sólo me doy cuenta cuando ya ha hablado la mitad del círculo, y no me disuade de seguir.

La mujer que huele bien se presenta como Petra Dunn, divorciada desde hace tres años; ahora que su único hijo se ha ido a la universidad, se encuentra «casi siempre sola» en casa. Ha pronunciado el nombre de su barrio (Rosedale) de manera cómplice, hasta culpable, porque sabe que la dirección implica un atributo que no ha pasado desapercibido para nadie: el

dinero. Ahora la señora Dunn se dedica a sí misma. Horas de *jogging* por el parque. Beneficencia. Cursos nocturnos sobre temas arbitrarios, los que más le apetecen, como la historia de Estados Unidos antes de la guerra de Secesión, los mejores cuadros europeos de posguerra, las veinte novelas clásicas del siglo XX... Pero se ha cansado de ver «distintas versiones de mí misma» en las aulas, «mujeres resabiadas» que lo que buscan no es cultura, sino citas con los pocos hombres que merodean por el departamento de Formación Continuada, a quienes ella llama «cazadores de maduritas». Más que nada, siente una necesidad cada vez más acuciante de contar algo sobre lo que podría haber sido su vida de no haber respondido que sí cuando su futuro marido, mayor que ella, la invitó a cenar en su época de camarera en el Weston Country Club. Una vida no vivida en la que habría retomado los estudios, una vida de libertades impredecibles, en vez de casarse con un hombre en quien había confundido el uso a mansalva de la tarjeta platinum con el encanto de un caballero. Una historia sobre «una mujer como yo, pero que no...».

Petra Dunn deja la frase a medias, dándome tiempo de mirarla de reojo. Espero ver a una cincuentona enmudecida por las lágrimas que no quiere derramar, pero me encuentro con una belleza de no mucho más de cuarenta años. Y lo que le ha dejado sin palabras no es el llanto, sino una rabia más fuerte que ella.

—Quiero averiguar quién soy de verdad —concluye.

—Gracias, Petra —dice Conrad White con tono de satisfacción por cómo empieza la cosa—. ¿A quién le toca?

A Ivan. Un brillo algo rosado en la calva de la coronilla. Hombros encogidos hacia el pecho, cuerpo demasiado pequeño para la camisa de cuadros que lleva abrochada hasta el cuello. Conductor de metro. Ve demasiado poco la luz del día. («Cuando no duermo, o es de noche o estoy en el metro.») Aunque no lo confiese enseguida, es de los que delatan su soltería crónica en las ojeras y el tono de disculpa y derrota de su

voz. Por no hablar de la timidez, que le impide mirar a los ojos a cualquier mujer del círculo.

Conrad White le pregunta qué espera conseguir durante las próximas sesiones. Ivan se lo piensa mucho.

—Cada vez que mi convoy entra en una estación, veo pasar muy rápido las caras del andén —dice—. Sólo quiero intentar quedarme con alguna. Convertirlas en algo más que pasajeros que suben y bajan al otro lado del cristal. Que sea gente de verdad. Algo a lo que me pueda aferrar. Alguien.

Baja la cabeza en cuanto acaba de hablar por miedo a haber dicho demasiado. Tengo que luchar contra el impulso de acercarme y ponerle en el hombro una mano fraterna.

Entonces me fijo en sus manos. Guantes de tamaño exagerado sobre sus rodillas. La piel tensa en los huesos, como cuero viejo. Algo en esas manos borra de golpe la idea de aproximarse a Ivan más de lo estrictamente necesario.

El hombre fortachón que hay al lado de Ivan se presenta como Len. Nos mira a todos con sonrisa burlona, como si el propio nombre ya insinuase algo pícaro.

—Lo que me gusta de leer —explica— es que puedes ser varias personas. Hacer cosas que nunca harías. Si lo haces bastante bien, al final parece que ni siquiera te lo estás imaginando.

Por eso Len quiere escribir, para cambiar; un niño grande con aspecto de los que juegan solos en casa, que sólo tienen amigos virtuales, los otros reclusos a quienes mandan mensajes *on line* para saber cómo se accede al nivel nueve en algún juego de matar zombis. ¿Cómo reprocharle que quiera ser otra persona?

Cuanto más habla Len de escribir, más se agita físicamente, deslizándose sus pesadas caderas cada vez más cerca del borde del asiento y restregando las manos en los brazos de la silla como si se secase el sudor. Ahora bien, cuando se exalta de verdad es al confesar que «lo suyo» es el terror. Novelas, cuentos y películas, pero sobre todo cómics. Cualquier cosa que tenga que ver con «los no muertos. Apariciones. Hombres lobo, vampiros, demonios, *poltergeist*, brujas... Especialmente las brujas, no me preguntéis por qué».

Vuelve a enseñarnos a todos su sonrisa asimétrica, que hace difícil no encariñarse con él. Lleva sus pasiones tan a la vista, con tanta normalidad y tan poca vergüenza, que casi le envidia.

Junto a la nerviosa mole que es Len, Angela parece una niña. Esta ilusión es fruto, entre otras cosas, de que da la casualidad de que ocupa el mayor asiento de todos, un sillón de orejas tan alto que sólo le permite rozar el suelo con la punta de los zapatos. Aparte de eso, lo que más destaca externamente de Angela es su falta de distinción. Al intentar grabarla en mi memoria, me doy cuenta de que tiene una de esas caras que ya sería difícil describir dentro de pocas horas. Parece que sus facciones cambien con cualquier movimiento y, así, da la impresión de ser un compuesto vivo, un representante de un tipo general de persona, más que una persona en concreto.

Incluso lo que dice parece que va a evaporarse al salir de la sala. Lleva relativamente poco tiempo en la ciudad, después de vivir en «varios sitios del oeste». La única constante de su vida es su diario, «aunque no es un diario de verdad –dice con un ruido raro de la nariz, como si se aguantara la risa–. La mayoría de las cosas me las invento, aunque no todo. Supongo que en ese sentido es más ficción que... un diario, vaya».

Se queda callada, hundiéndose otra vez y dejándose engullir por el sillón. Yo me la quedo mirando cuando ya no habla. Aunque Angela no mire a nadie a los ojos, tengo la impresión de que está grabando cada palabra del círculo tan deliberadamente como yo.

La siguiente es Evelyn, la duendecilla imperturbable con chaqueta de motero. Me sorprende un poco enterarme de que es alumna de posgrado de la Universidad de Toronto. No por su juventud, sino por su forma de vestir. Tiene más pinta de Courtney Love al enamorarse de Kurt que de becaria indecisa entre elegir Yale, Cornell o Cambridge para el doctorado. Entonces llega la respuesta: piensa doctorarse con un estudio sobre «Descuartizamiento y venganza femenina en el cine *gore* de los años setenta». Tengo bastantes recuerdos de la universidad

como para saber que estos temas es mejor abordarlos con la vestimenta adecuada.

Ya hemos dado toda la vuelta hasta el gigante, el último en llegar. Tras la intervención de Evelyn se produce una ligera adaptación en las posturas corporales para escucharle, con más de ajuste de antenas para recibir una señal lejana que de adopción de la actitud directa necesaria para mirar a alguien a los ojos. Aun así todos pueden mirarle de reojo excepto yo. Estamos tan cerca que tendría que girarme del todo y sentarme sobre una pierna para verle bien, y eso no quiero hacerlo. Quizá sólo sea por estar en un sitio nuevo y por lo violento que me resulta conocer a gente con quien lo único que tengo en común es el ansia de expresarme, pero el caso es que el hombre sentado a mi izquierda irradia una oscuridad de un tipo distinto a la de la noche que ha caído fuera. Un extraño vacío de empatía, de humanidad legible. A pesar de su tamaño, es como si el espacio que ocupa sólo fuese una forma más densa de la nada.

—¿Y tú? —dice Conrad White animándole a hablar—. ¿Por qué has venido a nuestro círculo?

El gigante respira; un silbido que sube por el pecho y que al ser exhalado se percibe en el dorso de mi mano.

—Me llamaron —dice.

—«Llamar» en el sentido de cumplir tu destino, supongo... ¿O algún tipo de llamada más literal?

—En sueños.

—¿Te han llamado desde aquí en sueños?

—A veces... —dice el hombre como si se embarcase en una idea totalmente nueva—. A veces tengo pesadillas.

—Bueno, no pasa nada. ¿Podrías decirnos cómo te llamas?

—William. —Levanta un poco la voz—. Me llamo William. Me toca.

Digo mi nombre en voz alta. El sonido de esas sílabas elementales me permite urdir un esquema informativo sobre Patrick Rush. Padre de un niño pequeño y muy inteligente, que ha tenido la suerte de parecerse a su madre. Un periodista

que siempre ha tenido la impresión de que le falta algo a su manera de escribir. (Estoy a punto de decir «vivir» en vez de «escribir», un lapsus de los más reveladores.) Alguien que no está seguro de tener algo que decir, pero a quien le parece que ha llegado la hora de averiguarlo.

—Muy bien —dice Conrad White con cierto tono de alivio—. Os agradezco que hayáis sido todos tan sinceros. Dadas las circunstancias, me parece de justicia que también os cuente quién soy yo.

Conrad White nos explica que hace poco que ha «vuelto del exilio». Novelista y poeta, publicó en Toronto justo antes de la explosión cultural de finales de los sesenta que produjo una literatura nacional viable; o, como lo formula White con ecuanimidad (no exenta por ello de amargura), «cuando en este país los que escribían eran individuos no afiliados, antes del viraje hacia la puerta cerrada, los clubs y el tribalismo». Siguió escribiendo, pero cada vez se sentía más al margen, mientras algunos de sus contemporáneos adquirían algo que hasta entonces había sido inimaginable en escritores canadienses: fama. Los mismos poetas y novelistas *hippies* que habían ido a sus clases en la UofT y que hacían lecturas en los mismos cafés, empezaban a ser publicados en el mundo entero, salían en concursos de la CBC como «famosos invitados» y recibían subvenciones del gobierno.

No así Conrad White. Él estaba trabajando en algo totalmente distinto, algo que él mismo sabía que no encajaría fácilmente en los temas y modos estilísticos predilectos de sus colegas triunfadores; una novela de «revelaciones desagradables» que, al ser publicada, resultó aún más polémica de lo previsto por el autor. La comunidad literaria (como había empezado a considerarse) le dio la espalda; y aunque él publicase contraataques críticos en cualquier revista u opúsculo que le abriese sus puertas, el rechazo le deprimió más de lo que le encolerizó. Fue el detonante de su marcha al extranjero, primero a Inglaterra y luego a India, el Sureste Asiático y Marruecos. No volvió a Toronto hasta el año pasado. Ahora se paga el alquiler con talleres de escritura como el nuestro.

—Digo «talleres», pero sería más exacto hablar en singular —dice—, porque es el primero que hago.

Fuera ha dejado de nevar. Bajo nuestros pies, la pulsación rítmica de los altavoces del Fukhouse ha empezado a hacer vibrar los cristales en los marcos de las ventanas. Un loco grita por las calles del mercado.

Conrad White hace circular un cuenco para que depositemos en él los honorarios semanales. Luego nos pone los deberes para la siguiente semana. Una página de una obra en marcha. No hace falta que sea definitiva, ni la primera; sólo una página de «algo».

Final de la clase.

Busco mis botas al lado de la puerta. Nadie habla al salir. Es como si lo que ha ocurrido entre nosotros durante esta hora no existiese.

Al salir a la calle me dirijo hacia casa sin girarme a mirar a los demás, íntimamente convencido de que no regresaré. Pero, en el mismo momento de pensarlo, sé que sí. Tanto si el Círculo de Kensington puede ayudarme a encontrar mi relato como si el propio Círculo de Kensington es el relato, necesito saber qué da de sí.

Capítulo 3

Como Emmie libra los miércoles por la mañana, es el día en que trabajo en casa y cuido yo solo a Sam. Cuatro años y ya se queda conmigo en la mesa de desayunar mirando las secciones de Economía, Inmobiliaria e Internacional. No entiende ni jota, pero, al mojarse el dedo para girar las adustas páginas, pone una cara seria como la de su papá.

Por mi parte, echo un vistazo a los clasificados para ver si todavía aparece el anuncio de Conrad White, pero no lo encuentro. Tal vez haya decidido que le basta y sobra con el grupo de la otra noche en su casa.

Sam empuja el «Especial fondos de inversión inmobiliaria» con un suspiro atribulado.

—Papá, ¿puedo mirar la tele?

—Diez minutos.

Baja de la mesa y pone unos dibujos animados japoneses con una lucha láser de robots. Estoy a punto de preguntarle si no le importa bajar el volumen cuando me llama la atención un breve de la sección Toronto.

Es sobre una desaparecida. La víctima (¿puede hablarse de «víctima» en una simple desaparición?) se llama Carol Ulrich, y se supone que se la han llevado a la fuerza de un parque infantil del barrio. No hay testigos del rapto, ni siquiera el hijo de la desaparecida, que estaba en los columpios. Se ha aconsejado a los vecinos que permanezcan atentos a cualquier desconocido «que parezca al acecho o con cualquier otra actitud sospechosa». Las autoridades siguen buscando a la mujer, aunque

reconocen que no hay pistas. La noticia se cierra con unas declaraciones de mal agüero del portavoz de la policía: «Se ha comprobado que esta forma de actuar indica la voluntad de repetir acciones similares en el futuro».

—¿Pero qué haces, papá?

Sam está de pie a mi lado. Lo que me sorprende un poco es que yo también estoy de pie. Al mirar hacia abajo, veo mis manos en el pomo de la puerta corredera de la sala de estar.

—Cerrar con llave.

—¡Pero si esta puerta nunca la cerramos!

—¿No?

Miro el jardín nevado al otro lado del cristal. Buscando huellas.

—Se ha acabado el programa —dice Sam señalando la tele a la vez que me tira del pantalón.

—Diez minutos más.

Se va corriendo. Me saco la grabadora del bolsillo.

—Nota personal —susurro—. Comprar candado para la verja trasera del jardín.

Ya es fin de semana y se me está acabando el plazo para tener una página de mi inexistente obra en marcha el martes. Durante la semana he hecho un par de intentos, pero el entorno, tanto el de la Cripta como el del cubículo de la oficina, han ahuyentado cualquier posible inspiración dispuesta a asomar la cabeza. Tengo que encontrar el espacio adecuado. Un portátil propio.

Después de que Stacey (la hermana de Tamara, que vive en las afueras) haya pasado a recoger a Sam para llevárselo con sus primos a ver dinosaurios en el museo, voy al Starbucks de la esquina. Es un sábado de sol, o sea que a partir de mediodía Queen Street estará a reventar de compradores y curiosos; pero sólo son las diez, y la cola ni siquiera llega hasta la puerta. Me siento a una mesa, levanto la tapa de mi ordenador y me quedo mirando un nuevo archivo en el procesador de textos. Una

pantalla gris y virgen con la única excepción del parpadeo del cursor. Su pureza me disuade de tocar las teclas. La idea de escribir una palabra parece de tan mala educación como salir y mear sobre un montón de nieve. Además, empieza a ponerme nervioso el zumbido de la máquina de capuchinos. Parece que estás en el dentista. Por no hablar de cómo berrean los chavales de la barra al pasarse los pedidos. ¿Quién no levantaría la vista para ver qué tipo de persona pide un capuccino gigante descafeinado con mitad de leche desnatada y mitad de soja... y suplemento de nata montada?

Guardo el ordenador y cruzo la ciudad para ir a la biblioteca central de la calle Yonge. La entrada de la planta baja está tan llena como siempre de vagabundos, gente nueva en la ciudad y la minoría en recesión que carece de móvil para hacer una llamada. Después de las barreras hay un vestíbulo abierto a los cinco pisos. Elijo el más vacío y encuentro una mesa larga para mí solo. Me apoyo en el respaldo de la silla, buscando una palabra que tenga el arrojo de iniciar la ofensiva y arrastrar a las demás.

Nada.

Me rodean decenas de miles de libros, todos con decenas de miles de palabras impresas, pero ni una sola está dispuesta a venir en mi ayuda en tan difícil situación.

¿Por qué?

El caso es que lo sé.

Porque no tengo nada que contar.

Pero sí Conrad White, en sus tiempos... Ya que estoy en la biblioteca central, decido tomarme un respiro e investigar un poco. Sobre el señor White, capo del Círculo de Kensington.

Hay que escarbar un poco, pero se le menciona a pie de página en algunos textos autobiográficos e historias culturales de Toronto en los años sesenta. Buena familia, colegio privado, autor de una novela prometedora (según cómo se mire) antes de perderse de vista en el extranjero. En palabras mordaces de un comentarista, «el nombre del señor White, para quien lo conozca, probablemente esté más asociado a su

salida del país que a cualquier obra que publicase cuando todavía vivía en él».

Lo intrigante de esta biografía incompleta de Conrad White es que insinúa otros aspectos más recónditos y oscuros. La versión convencional es que se fue a causa de la crítica recogida por su libro *Jarvis and Wellesley*, monólogo interior deshilachado de un hombre que va por la ciudad buscando a una prostituta que se parezca a su hija, recientemente fallecida en un accidente de coche; una figura idealizada a quien llama «la chica perfecta». Desde entonces, que se sepa, Conrad White no ha vuelto a escribir nada.

Pero lo que da chispa a su biografía son los ecos de la vida real del autor que contiene el argumento de *Jarvis and Wellesley*. Es cierto que perdió a su hija, única, durante el año previo a embarcarse en la novela, y hay quien dice que lo que precipitó el exilio fue su relación con una adolescente muy real, con la amenaza consiguiente de acciones civiles y penales. Por un lado, un ermitaño literario, y por el otro, un pervertido obsesionado con las niñas. Una mezcla de Thomas Pynchon y Humbert Humbert.

Al volver a mi mesa veo que la pantalla del portátil se ha quedado dormida. Sabe tan bien como yo que hoy no saldrá nada escrito. Lo cual no significa que no sea un día de lectura...

La edición de *Jarvis and Wellesley* que saco de la estantería lleva cuatro años sin préstamos. Al abrirla cruje el lomo. Páginas tersas como patatas chips.

Al cabo de dos horas la devuelvo a su sitio.

Una prosa adelantada a su tiempo, sin duda. Algunas escenas sexualmente explícitas entre el maduro protagonista y prostitutas jóvenes dan cierta energía obscena a los acontecimientos, aunque sólo sea a ratos. Por otro lado, se palpa el dolor en todo el libro, sin que llegue a ser explícito: la historia de un luto al que se le da aún más fuerza contando sus efectos, pero no su causa.

Pero lo que más me impacta es la descripción de la «chica perfecta» del protagonista; el hecho de que adquiera vida

propia con tan pocos detalles concretos, o ninguno. Se sabe exactamente su aspecto, lo que hace y lo que siente, sin que aparezca ella en ningún pasaje.

Y aún hay algo más raro: la certeza de que algún día la conoceré.

Capítulo 4

El martes viene frío; mínimas de menos dieciocho, con un viento gélido que hace que parezca el doble. El blablablá de la radio aconseja no salir salvo en caso de necesidad. No es la primera vez que pienso que soy una de los treinta millones de personas que viven voluntariamente en un país con epidemias anuales, una peste negra que se llama invierno y que nos azota a todos.

En la Cripta redacto en un pispás una columna donde meto dos nuevos programas de cambio de imagen, una serie de cirujanos plásticos y cinco (sí, cinco) series nuevas sobre interioristas que invaden casas ajenas y dan aspecto de sala de espera de aeropuerto a sus salones. Hecho lo cual me pongo a trabajar en los deberes para el círculo. Al final del día he conseguido hilvanar una precaria introducción de algunos centenares de palabras («El martes viene frío; mínimas de menos dieciocho», etc.). Es lo que hay.

Subo, y mientras caliento restos en el microondas, llega Sam para enseñarme el periódico de hoy.

—¿A que se parece a mamá?

Señala una foto de Carol Ulrich, la mujer a quien raptaron en el parque infantil de nuestro barrio. La que se llevaron mientras su hijo jugaba en el columpio.

—¿Tú crees? —digo yo, cogiendo el periódico y simulando fijarme en la cara; así tengo una excusa para esconderme un momento de Sam. Él sólo conoce el aspecto de su madre por las fotos, pero tiene razón. Carol Ulrich y Tamara podrían ser hermanas.

–Yo la he visto –dice.
–¿Sí?
–Sí, en la tienda de la esquina. Y otra vez en la cola del cajero automático.
–Ah.
Sam baja el periódico y me estudia atentamente.
–¿A que son iguales?
–Tu madre era más guapa.
El microondas pita. No le hacemos caso.
–¿A esta mujer... le han hecho daño?
–¿Dónde lo has oído?
–Papá, que sé leer.
–Sólo ha desaparecido.
–¿Y por qué quieren hacerla desaparecer?
Le quito el periódico, lo doblo y me lo pongo debajo del brazo. Un mago torpe que intenta hacer desaparecer las malas noticias.

El piso de Conrad White no está más iluminado que la semana pasada, pero sí bastante más frío. Evelyn no se ha quitado la chaqueta. Los demás miramos los abrigos que hemos colgado al lado de la puerta. El único que no parece notar el frío es William. Va en camiseta, con los brazos colgando a ambos lados de la silla como tubos de cemento, blancos y rectos.

Otra diferencia que llama la atención respecto a la última vez es que venimos armados: una bolsa de plástico de la compra, una carpeta, un sobre cerrado, dos archivadores, una agenda de piel y un simple recorte, recipiente, todo ello, de nuestras primeras entregas escritas. Nuestras obras tiemblan en nuestras rodillas como gatos nerviosos.

Conrad White nos da la bienvenida y nos recuerda el funcionamiento del círculo. Mientras suena su voz sin acento, intento que el hombre mayor que nos habla encaje con el golfo literario de hace cuarenta años. Si el motivo de su exilio fue la rabia, hoy no veo ningún rastro de ella en su cara; sólo una

tristeza desgastada, que quizá sea en lo que acaba convirtiéndose la rabia cuando se manifiesta lo bastante pronto.

El plan de esta noche es que cada uno de nosotros lea en voz alta lo que ha traído, como máximo durante un cuarto de hora, y que los otros miembros dispongan de otro cuarto de hora para hablar sobre ello. Está permitido interrumpir los comentarios, pero no las lecturas. Tenemos que escuchar a los demás con la máxima apertura mental, para evitar cualquier comparación entre sus textos y los anteriores.

—Sois niños en el Edén —nos dice Conrad White—, incontaminados por la experiencia, la historia o la vergüenza. Sólo existe el relato que habéis traído. Y lo escucharemos como si fuera el primero del mundo.

Empezamos.

En general, las primeras lecturas me tranquilizan. A cada nueva voz que escucho, retrocede un poco (sólo un poco) la inseguridad que siento ante mis torturados garabatos. Llegados al ecuador (momento en que Conrad White anuncia una pausa para fumar), me alegra comprobar que no hay entre nosotros ningún Nabokov, Fitzgerald o Munro por descubrir; tampoco Le Carré, Rowling o King. Temáticamente surge alguna sorpresa. Petra lee el diálogo de un matrimonio, a medias entre *As the World Turns* y *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, cuyo grado de detalle al captar determinadas crueldades verbales me hace suponer que son la transposición directa de un recuerdo obsesivo. Ivan, el conductor de metro, cuenta la historia de un hombre que al despertarse descubre que se ha convertido en rata y busca la manera de entrar en las alcantarillas donde intuye que le corresponde iniciar su nueva vida de hedor y suciedad. (Cuando acaba de leer, le felicito por su relectura de Kafka, y él me mira extrañado, preguntando: «¿Cómo? ¿Kafka?».) A pesar de que a Len le parece que lo único en condiciones de ser leído es el primer párrafo de su «trilogía épica de terror», la verdad es que se hace eterno: una descripción de la noche que viene a ser como un largo paseo por la entrada «oscuro» del diccionario de sinónimos. En cuanto a Evelyn, el principio de

su historia promete: una doctoranda que, mientras se la folla en el suelo del despacho su director de tesis, sueña despierta con que su padre le enseña a hacer rebotar piedras en el lago de la finca familiar.

Durante la pausa para fumar, quien no se pone el abrigo se levanta para desperezarse. Vagamos por la sala sin mirarnos ni dar el paso de intentar entablar conversación. Unos y otros, sin embargo, nos observamos de soslayo. Y tomamos nota en todo momento de dónde está William, para saber adónde no ir.

Durante esos incómodos minutos en que me siento observado es cuando me pregunto: ¿cómo me ve el resto del círculo? Supongo que, en el mejor de los casos, como me veo yo en mis días buenos, como un eterno niño bien entrañablemente desaliñado, y en el peor de los casos, como me veo en mis días malos, como un casposo teleadicto que pronto ya no tendrá remedio. De lo que no hay duda es de los hombros anchos, que hacen suponer erróneamente un pasado atlético, ni de la buena dentadura, unos piños de marfil que siempre impactan en las fotos de «¡pa-ta-ta!».

Cuando los fumadores vuelven, nos embarcamos en el resto de las lecturas.

Y ahí la cosa ya se pone más confusa.

Por mi parte, debí de leer la página que traía, porque me acuerdo a trozos de lo que dijeron los otros miembros. (A Evelyn le pareció que la narración en primera persona «refleja la sensación del personaje de que no puede salir de sí mismo», y Petra percibió un «dolor oculto».) William pidió no leer lo suyo; al menos eso creo, porque sólo me acuerdo del sonido de su voz, no de lo que decía: un zumbido grave, como aire atravesando arena mojada.

Pero mi único recuerdo verdadero de la segunda mitad de la sesión es Angela.

Lo primero que pienso al verla abrir la agenda de piel agrietada sobre sus rodillas y levantarla despacio hacia los ojos, reticentemente, es que se la ve más joven de lo que calculé la

semana pasada. Lo que me parecieron facciones borrosas de adulto podrían ser la tersura inmaculada de quien apenas sale de la adolescencia.

Sin embargo, la impresión de juventud se transforma durante la lectura. Su cara es difícil de describir, recordar e incluso mirar, porque no es una cara, sino una máscara; una máscara que nunca se enfoca del todo, como una escultura inacabada en la que se adivina un modelo humano, pero que podría representar prácticamente a cualquier persona, según la perspectiva.

Estas reflexiones sobre el aspecto de Angela duran segundos. Pronto toda mi atención se concentra en lo que lee. Escuchamos clavados a las sillas, sin cruzar ni descruzar las piernas. Hasta nuestra respiración se ha reducido al mínimo.

Lo que nos deslumbra no es el virtuosismo de su estilo, ya que es de una simplicidad infantil, de hecho, el efecto general es como el de un extraño cuento de hadas, que al principio adormila, hasta que rompe el sortilegio con la insinuación de un peligro al acecho. Es la voz de la juventud en el momento de ingresar definitivamente en el mundo de la corrupción adulta y del deseo vil de los mayores.

En esta sesión, como en la otra, mi mano está en el bolsillo donde llevo la grabadora, toqueteando el botón de *record*. Lo he estado encendiendo y apagando sin pensar, como un tic. Ahora lo dejo apretado.

Desde que Angela ha empezado a leer, pienso en una sola cosa: en que no volveré a intentar escribir. Para el periódico sí, naturalmente, y siempre podré pergeñar alguna que otra página, lo que haga falta para mantener el tipo durante las próximas cuatro sesiones, pero el relato de Angela tapa cualquier luz creativa que pudiera manifestarse en mi interior.

Si estoy tan seguro, no es por envidia, ni por una negativa de mal jugador a seguir jugando si no puede ganar. Sé que no volveré a intentar escribir para el círculo porque, hasta que termine el diario de Angela, sólo seré un lector.

Después de la sesión, me tomo una copa con Len en el Fukhouse; mejor dicho, soy el primero en hacer una escapada al bar de debajo del apartamento de Conrad White, y poco después me sigue Len. Deja un taburete entre los dos, como si fuera a mantenerse la ficción de que no nos conocemos. A los pocos minutos de que el barman con tatuajes en la cara nos sirva las bebidas (cerveza para mí y zumo de naranja para Len), el espacio se vuelve demasiado ridículo para mantenerlo.

—¿Qué, te gusta la clase de momento? —pregunto yo.

—¡Y tanto! Hasta puede que acabe siendo la mejor.

—¿Ya habías ido a talleres de escritura?

—Sí, a bastantes; bueno, a muchos.

—O sea, que ya eres un profesional.

—Pero nunca he publicado nada, no como tú.

Me toma por sorpresa. Siempre me pasa cuando me reconocen, hasta que me acuerdo de que cada viernes, en mi columna de Lo Mejor de la Semana, sale una foto minúscula al lado de la firma: una mueca pixelizada.

—Se puede publicar... y publicar —respondo.

Ahí queda eso, pienso; ya hemos sido educados, y mi cerveza está en las últimas. Estoy a punto de ponerme el abrigo y hacer de tripas corazón para la larga caminata hasta mi casa, cuando Len se arranca con una pregunta.

—Un poco raro, el tío, ¿no?

Podría referirse a Conrad White, o a Ivan, o al barman del lagarto grabado en la mejilla, o al líder del mundo libre que sale por la tele, encima de la barra, poniéndonos en guardia contra las entregas de maletines con gas nervioso, pero no.

—Sí, la verdad es que William es todo un personaje.

—Para mí que se ha hecho sus añitos. En la cárcel, digo.

—Tiene toda la pinta.

—A mí me da un poco de miedo. —La mirada de Len pasa del zumo de naranja a mi cara—. ¿Y a ti?

—¿A mí?

—¿No te da repelús?

Podría reconocer la verdad. Con otra persona a quien conociera mejor, o desde más tiempo, lo haría. Pero a Len se le nota un poco demasiado el ansia de compañía para empezar a hacerle favores tan temprano.

—Deberías usarle de material para tu obra. —Aplano un billete en la barra, bastante para los dos—. Creía que te gustaban las historias de terror.

—Sí, me encantan, pero no es lo mismo imaginar cosas malas que hacerlas.

—Espero que tengas razón; si no, algunos tendríamos problemas gordos —digo, y al irme le doy una palmada de colega en el hombro.

El niño grande sonrío; y mentiría si dijera que no me sorprende haciendo lo mismo.

Capítulo 5

El relato de Angela

Transcripción de la cinta n.º 1

Érase una vez una niña perseguida por un fantasma, un hombre malísimo que hace cosas malísimas, y que la visitaba en sueños. La niña nunca había tenido amigos, pero sabía bastante para comprender que él no lo era. Por mucho que rezase, por muy bien que se portase y por mucho que se esforzase en creer a los demás cuando decían que no existen los fantasmas, siempre venía el hombre malo y le demostraba que ni todos los deseos ni todos los rezos del mundo podían hacerle desaparecer. Por eso la niña tenía que mantener el fantasma en secreto.

La única relación que se permitía mantener con él, la única intimidad, era ponerle un nombre.

El Hombre del Saco.

Todo el mundo tiene padres. Saberlo es como saber que algún día nos moriremos, dos cosas que tienen en común todas las personas del mundo.

Pero a veces la niña creía ser la única excepción a esta regla supuestamente ineludible. A veces tenía la certeza de ser la única persona del mundo sin madre ni padre. Había aparecido de sopetón en medio de su propia historia, de la misma manera que el hombre malísimo que hace cosas malísimas entraba en medio de sus sueños. La niña es real, pero sólo como son reales los personajes de las historias. Si también ella

fuese el personaje de una historia, se explicaría que no tuviese padres, porque los personajes no nacen, sólo son, y aparecen al antojo de sus autores.

Lo que angustiaba casi tanto a la niña como ser perseguida por el hombre malísimo que hace cosas malísimas era no tener ni idea de quién era su autor. De lo contrario, al menos habría podido echar la culpa a alguien.

Hasta los personajes tienen un pasado, aunque no lo hayan vivido como las personas vivas. La niña, por ejemplo, era huérfana. Nadie hablaba de su procedencia, y como ella no lo preguntaba, jamás se supo. Era tan misteriosa para los demás como para sí misma. Era un problema pendiente de resolución.

Había leído libros sobre huérfanos, como ella, que vivían en casas con otros huérfanos; y aunque muchas de esas casas fueran sitios llenos de melancolía y de crueldad, a la niña le habría gustado vivir en una de ellas, para no ser la única niña así. Pero no, a ella la habían dado en acogida, en casas de acogida que no son como los orfanatos de los libros, sino casas normales con gente que cobra dinero por cuidar a niñas así. A los diez años cambió de casa cuatro veces. A los once, otras dos. A los doce se pasó todo un año cambiando de casa cada mes. Y siempre la seguía el Hombre del Saco, enseñándole qué haría si fuera de verdad y qué le seguía haciendo en sueños.

Un día, a los trece años, la mandaron a vivir a una vieja granja de los bosques oscuros del norte, más al norte de donde deberían estar las granjas. Nunca había tenido unos padres de acogida tan mayores. La mujer se llamaba Edra y, el marido, Jacob. No tenían hijos, sólo su pequeña y pobre granja, que a duras penas les permitía alimentarse durante los largos inviernos. Quizá estuvieran tan contentos de acogerla porque no tenían hijos. La niña seguía siendo un misterio y un problema, pero Edra y Jacob ya la quisieron antes de tener motivos para hacerlo. La querían más que si fuera hija suya. Su amor nacía de todo el sufrimiento que había visto la niña, porque eran

granjeros de unas tierras que no daban nada sin dura resistencia. Edra y Jacob sabían lo que era sufrir y tenían una idea bastante clara de qué podía hacerle el sufrimiento a una niña sola en el mundo.

Durante una temporada, la niña fue más feliz que nunca, o todo lo feliz que podía ser. Era reconfortante ver tanta bondad en sus ancianos padres de adopción. Tenía una casa donde vivir años, en vez de semanas. Por la carretera de la granja se iba a un pueblo, con un colegio al que la niña iba cada día en autobús; también había libros que leer y compañeros de clase de quienes soñaba con hacerse amiga en el futuro. Durante una temporada, fue lo que se había imaginado como una vida normal.

Era tan grande, tan nueva su satisfacción, que casi no se acordaba del hombre malísimo que hace cosas malísimas. Ya hacía tiempo que su aparición no turbaba sus pensamientos nocturnos. De ahí su horrible sorpresa al llegar a su casa del colegio, una tarde de finales de otoño, y oír hablar a Edra y Jacob de que había desaparecido una niña del pueblo.

Trece años. Los mismos que ella. Jugando en el jardín y, de repente, ya no estaba. La policía y las partidas de voluntarios la habían buscado en todas partes, pero ya llevaba tres días desaparecida y las autoridades no tenían más remedio que empezar a pensar en algo malo. Aún no tenían sospechosos. La única pista era que últimamente algunos habitantes del pueblo se habían fijado en que de noche había un desconocido en las aceras agrietadas; un hombre alto, de hombros caídos, que siempre caminaba por la sombra. «Un hombre sin cara», decía un testigo. Según otro, parecía que buscase algo, aunque era una mera impresión. Aparte de eso, no se sabían más detalles de él.

Quien los sabía era la niña. Ella conocía a la figura oscura, aunque no la hubiera visto con sus ojos. Sabía quién se había llevado a una niña del pueblo de su misma edad: el Hombre del Saco. Pero ahora el Hombre del Saco se había saltado los límites del mundo soñado de la niña, penetrando en la

realidad, donde podía hacer todas las cosas malísimas que quisiera.

La niña estaba segura de todo eso, y también de algo más: sabía qué buscaba el Hombre del Saco al caminar de noche por la oscuridad.

La buscaba a ella.

Capítulo 6

Escribe de lo que sepas.

Es una de las principales reglas del escritor; innecesaria, porque, de todos modos, la gente ya tiende de por sí a lo autobiográfico. La imaginación llega después, si es que llega, cuando ya se han hojeado todas las páginas del álbum de fotos familiar, se ha hecho la autopsia de todos los amores y se ha puesto por escrito todo el refrito de revelaciones de la edad adulta y tragedias domésticas. La gente suele estar demasiado fascinada con su propia vida para tener que enfrentarse al problema de inventar cosas, y el Círculo de Kensington no es ninguna excepción. Los devaneos sexuales universitarios de Evelyn, la crisis matrimonial de Petra, la metamorfosis en rata de Ivan... Me dan celos. ¡Cuánto más fácil me sería escribir si nunca me cansara de ver la misma cara en el espejo!

Pero ¿y si lo que has vivido, tú en concreto, no te parece especialmente interesante? Sí, real sí, y con la cicatriz de una viudez compensada por el amor de un niño con el mismo color de ojos que su madre. Pero es que mi vida no me parece un material satisfactorio para presentarlo como ficción. Bastante difícil me parece ya ir tirando tal y como soy, como para ponerme además en el papel de héroe.

Es el razonamiento al que recurro en momentos como éste, cuando intento que me salga un párrafo para la próxima lectura del círculo, pero es inútil. Estoy comiendo en la mesa del trabajo; roo un bocadillo de jamón y queso del bar del periódico,

mientras tecleo al azar en el ordenador. Tim Earheart, a quien dejan perplejo mis aspiraciones literarias («¿Por qué te crees que pagaría alguien por leer la mierda que te sacas del culo?», es su respuesta irrefutable cada vez que le explico que voy a un círculo de escritura narrativa), se acerca y lee por encima de mi hombro.

—Yo no soy un experto —dice—, pero tengo mis dudas de que esto vaya a alguna parte.

Tiene razón. Llevo una hora y media, y sólo quedan unas pocas frases en pantalla.

Éste es el provecho que he sacado hoy al entrañable «escribe de lo que sepas»:

Al morirse mi mujer empecé a oír voces; primero sólo la de ella, y luego otras que nunca había escuchado. Desconocidos. No puedo estar seguro, pero intuyo que todos están muertos.

Me visitan antes de dormir. Es lo que me da miedo; no que estén muertos, o que los oiga, sino estar despierto.

Tras concluir tan luminoso pasaje en prosa, me concentro en la columna del Teleadicto para la edición del fin de semana. Esta semana toca atacar sin miramientos a la franquicia canadiense de *American megastar!*, un concurso que es el programa más visto del país, y de los otros catorce que ha colonizado: toda una generación mundial a la que se hace creer que tiene derecho a ser famosa. Es tóxico, una mentira. No está bien. Y también es la manera de vehicular mi frustración por «escribe de lo que sepas» hacia «escribe que el mundo se está yendo al carajo», algo que nunca me ha dado muchos quebraderos de cabeza.

A sabiendas de que *Canadian MegaStar!* es del mismo coloso mediático internacional que el periódico en el que trabajo y que el director de la sección ya ha lanzado veladas amenazas sobre la necesidad de «no cargar las tintas» con los «contenidos» producidos por dicho monstruo, lanzo toda la caballería contra *MegaStar!*, como si fuera culpable ella sola de una atrocidad cultural. Que es justamente la primera frase. A partir de esta

declaración tan comedida, el artículo se vuelve brutal, hiperbólico e injurioso, hasta desembocar en ese tipo de finales histéricos en que empiezas a temer por la salud mental del autor de la columna. Es «personal».

Me quedo a trabajar hasta tarde. (Los jueves nunca salgo antes de medianoche, porque corrijo las listas de Lo Más Destacado.) De camino a casa me pregunto si será el último día de mi actual empleo en el periódico. Por no decir en el periódico a secas. Casi tiene su gracia plantearse para qué otra cosa puedo estar capacitado. Siempre me ha gustado bastante la idea de tener mi propia empresa; algo que funcione prácticamente solo, preferiblemente automatizado. Una lavandería. Un túnel de lavado de autoservicio.

Entro en mi calle haciendo conjeturas sobre la bajada de sueldo que pudiera suponer (o no) repartir periódicos en vez de escribirlos, y en ese momento me fijo que en la casa de enfrente han puesto cinta amarilla de la policía. Los cuatro coches patrulla no están aparcados junto al 146, mi número, sino al lado del 147. Aun así, corro por la última manzana de Euclid, llamo al timbre de mi casa después de que se me caigan dos veces las llaves y verifico que mi hijo está sano y salvo con Emmie antes de salir a preguntar qué pasa al poli que desvía el tráfico otra vez hacia Queen.

—Han entrado a robar —dice mordiéndose la mejilla por dentro.

—¿Qué se han llevado?

—No han tocado nada. El único que ha visto a alguien es el niño.

—Joseph. A veces juega con mi hijo.

—¿Ah, sí? Pues esta noche, al despertarse, Joseph ha visto a un cabrón al lado de su cama.

—¿Le ha podido describir?

—Lo único que dice es que es una sombra.

—¿Una sombra?

—Luego ha bajado a la sala de estar, con el niño siguiéndole, y se ha puesto a mirar por la ventana que da a la calle. Al final

ha salido por la puerta principal, como si fuera su casa. ¡Que gires, hombre! ¡Sí, te lo digo a ti!

El poli se va a hablar con el conductor del todoterreno que no quiere volver a Queen. Así tengo la oportunidad de caminar por el césped del vecino y colocarme de espaldas a la ventana del salón. La misma vista que tenía la sombra desde el otro lado del cristal.

Se ve mi casa.

Donde está Sam. En el porche, con Emmie, forzando la vista para verme.

Leo los labios de la niñera: «¡Saluda a papá con la mano!». Sam levanta su brazo regordete para saludarme. Le devuelvo el saludo, preguntándome si ve temblar a su papá.

La siguiente reunión del círculo es en casa de Petra, que la semana pasada tuvo la amabilidad de ofrecerse como anfitriona, aunque al bajar del taxi en su dirección de Rosedale veo la modestia casi insultante en que incurrió al describir su choza como «nada del otro mundo». Es una mansión: tejado de cobre, jardín en terrazas que parece caro incluso debajo de varios centímetros de nieve, y en el garaje abierto, dos Mercedes cupé iguales (uno rojo y otro negro). Al verlos me pregunto cuánto dinero tendría el marido antes del divorcio si ésta es la parte de Petra.

Cuando cruzo la puerta me coge el abrigo un hombre de pelo plateado con un traje como no lo he tenido yo en mi vida; un hombre que parece no sólo estar al servicio de otra clase, sino de otro siglo. El primer mayordomo de verdad que conozco.

—La reunión del grupo es en el salón rosa —dice, y me conduce por suelos de mármol hasta una sala a un nivel algo más bajo, con sillones de cuero (todos con sus correspondientes mesitas) y un buen fuego en la chimenea.

Al llegar a la puerta pregunta discretamente si me apetece beber algo. Por su manera de decirlo está claro que la oferta incluye copas de verdad.

—¿Un whisky? —digo yo.

Asiente, como si mi elección confirmase algo que ya sospechaba a simple vista.

Ya han llegado casi todos. Conrad White ha elegido un sillón junto a la chimenea, cuyo parpadeo anaranjado le presta cierto aire diabólico, no atenuado, sino todo lo contrario, por la sonrisa de suficiencia con que observa la incoherente colección de esculturas inuit, cuadros abstractos de colorines y estanterías llenas de «clásicos» con encuadernación de piel. En este contexto de escenografía de la opulencia, los demás parecemos criados que descansan sin permiso y cogen los vasos de cristal con las dos manos para que no se les caiga ni una sola gota en la alfombra.

Especialmente fuera de lugar parece Len, a menos que sea porque es el único que habla.

—Deberíais venir. Todos. ¿Tú qué dices, Patrick?

—¿Qué digo de qué?

—Del micrófono abierto. Hacen una fiesta de presentación de una nueva revista literaria y luego dejan leer a todos los que quieran.

—No sé, Len...

—¡Venga, hombre! Así ves un poco el mundillo.

—¿Hay bar?

—Cerveza a mitad de precio si compras la revista.

—Eso ya me gusta más.

Estamos todos menos William, y Petra, que va y viene por la cocina con sus tacones, conmovedoramente preocupada por que no se le quemen las brochetas de gambas. Al final nuestra anfitriona se sienta, momento en que Conrad White decide empezar sin William. Al oírlo todas las posturas se relajan casi imperceptiblemente. Me sorprendería que alguno de nosotros no tuviera la esperanza de que William se haya pasado a otros menesteres creativos, o a otro código postal.

Me toca a mí primero; en cierto modo es un alivio, porque, cuanto antes haya leído los dos míseros párrafos que traigo, antes podré concentrarme en la malta cuádruple que me ha servido Fermín.

Además, sólo vengo para una cosa.

Angela.

Y no me decepciona. Lo digo sin escucharla de verdad. Una vez apretado el botón de la grabadora, me fijo menos en sus palabras que en su manera de decirlas. Siempre había dado por supuesto que Angela cambiaba de voz al leer, pero ahora me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo es su voz «de verdad», ni si es diferente de la que estoy oyendo. Ha hablado tan poco en el círculo (apenas un «me ha gustado mucho», murmurado en respuesta a las demás lecturas) que es posible que el tono infantil, a la vez inocente y vicioso, con que lee sea el mismo que usa en la vida diaria.

Al final de su lectura pasa cerca de un minuto sin que nadie diga nada. Crepitar de llamas, como un neumático pinchado. Un cubito de hielo se parte en el vaso de zumo de manzana de Len. Entre el momento en el que Angela cierra su diario y en el que Conrad White invita al círculo a comentar lo que acabamos de oír, ella me mira.

Con más intención que mirar. Observar. Y a cada observación, un parpadeo. Yo hago lo mismo. O lo intento. Para verla por dentro y deslindar la verdad de la impostura. Averiguar si ve algo en mí que valga la pena. Algo que pueda gustarle.

—Maravilloso, Angela. Maravilloso de verdad —dice Conrad White.

Todos levantan la cabeza. Nadie se ha fijado en nuestra muda comunicación, excepto Conrad. E Ivan. Los dos cambian de postura, para aliviar un malestar que reconozco de inmediato. Una idea más frecuente que ninguna otra en los solitarios como nosotros.

«¿Por qué no a mí?»

Después de la reunión, cuando volvemos al frío de la noche, nadie sabe por dónde se sale de las calles ciegas y en curva del enclave, que no animan ni a llegar ni a irse. Miro a mi alrededor buscando a Angela, pero debe de haber recogido el abrigo antes que nosotros. En todo caso, no se la ve por ninguna parte.

–Bueno, Patrick, ¿quedamos para el martes? –dice Len.

Le miro con cara de no tener ni idea de qué me pregunta. Porque no la tengo.

–El micrófono abierto.

–Ah, sí... Cuenta conmigo.

–Pues entonces buenas noches –dice él, y arrastra los pies en dirección opuesta a la que intuyo es la de salida. Me deja solo con Ivan.

–Yo sé el camino –dice Ivan.

–¿Conoces el barrio?

–No –contesta él con una exhalación larga, yóguica-. Pero oigo los trenes.

Inclina hacia atrás la cabeza con los ojos muy cerrados, como si saborease la melodía de un concierto de violín, cuando lo único que se oye es el traqueteo de los vagones de metro al salir del túnel en algún punto del barranco de abajo.

–Sígueme –dice echando a caminar hacia la puerta más cercana del submundo.

Al salir del laberinto de *châteaux* de viejos ricos y castillos de nuevos ricos de Rosedale, envueltos por una oscuridad de marzo endurecida por el frío, Ivan me cuenta que nunca se le ha tirado nadie a la vía, algo de lo que pocos conductores de metro con sus años de experiencia pueden presumir. Nunca le ha pasado que uno de los cuerpos situados tras la raya amarilla de seguridad del andén dé un salto incongruente hacia delante. Aun así, cada vez que su convoy emerge del túnel, penetrando en la intensa luz de quirófano de la siguiente estación, se pregunta quién romperá su récord positivo.

–Cada día veo que se lo piensa alguien –dice mientras cruzamos el puente sobre las vías-. Se les nota en los gestos: medio paso más cerca del borde, o dejar el maletín en el suelo, o balancear los brazos como al final de un trampolín... Se preparan. A veces se lo lees en la cara. Miran la parte

delantera del convoy, a mí, que estoy al otro lado del cristal, y se quedan muy tranquilos. ¡Qué fácil sería! Pero un segundo después, piensan: «¿Y por qué este tren? ¿Por qué no espero, si está a punto de llegar otro igual? Sólo para asegurarme de que esté todo bien». Lo oigo como si me lo susurrasen al oído.

—Y entonces cambian de idea.

—A veces —dice Ivan escupiendo a los raíles por la baranda—. Y otras sí que le toca al siguiente tren.

Seguimos hacia el tramo de la calle Yonge donde se libera de la parte céntrica llena de tiendas de cannabis y chiringuitos efímeros de souvenirs y continúa hacia el norte, interminablemente. Ivan habla sin que yo le incite, exponiendo sus ideas en cápsulas organizadas. Ni siquiera se calla al llegar a la puerta de la estación; habla sin mirarme una sola vez a la cara, como si tuviese memorizado el discurso y no pudiera permitirse ninguna distracción. Así puedo observar su cabeza. Sin sombrero y calva. Un gorro vulnerable de piel blanca y venas azules, como el roquefort.

¿Y qué me cuenta Ivan? Pues cosas que más o menos ya habría podido adivinar. Hijo de inmigrantes ucranianos. Padre irascible, cortador de acero, y madre costurera clandestina, que remendaba la ropa de los obreros del barrio en su pisito de la avenida Roncesvalles, sobre una carnicería que ahora es una tienda de té orgánico. No ha llegado a casarse. Vive solo en un semisótano, donde escribe durante sus horas libres. Divagaciones narrativas que rastrean las vidas imaginarias de las personas a quienes transporta de un lado a otro de la ciudad.

—Es la primera vez que estoy con gente en mucho tiempo —dice.

Tardo un momento en comprender que se refiere al círculo. A mí.

—En esta ciudad es difícil conocerse —digo.

—No es eso. Es que no me he permitido alternar con nadie.

—¿Por qué?

—Una vez me acusaron de algo —contesta. Me mira a los ojos—. ¿A ti alguna vez te han acusado de algo?

Llega una ráfaga de viento helado de no se sabe dónde, un aullido furioso que provoca un dolor instantáneo en mi cabeza.

Lo que me parecía timidez acaba de desvanecerse. Ivan escudriña mi cara, tan embotada de frío que no sé qué forma han tomado mis facciones. De lo que estoy seguro es de que de repente me produce un malestar considerable que en todo el tiempo que llevamos aquí no haya entrado ni salido nadie del metro.

—Me imagino que sí —digo.

—¿Te lo imaginas?

—Bueno, es que no tengo muy claro en qué contexto...

—El contexto de que te acusen de haberle hecho daño a otra persona.

Ivan se aparta. Su intención era entablar una conversación normal con alguien que también le daba la impresión de ser normal, pero le ha desestabilizado el paseo. Sin embargo, lo que cruza en este momento por su cara no es vergüenza. Es rabia. Contra mí y contra sí mismo. Contra todo el mundo acusador.

—Bueno, venga, que si no, no llegaremos —masculla, apoyando la espalda en la puerta del metro. El aire de abajo, más caliente, gime al salir por la rendija—. Si quieres te llevo gratis.

—No, gracias, me gusta caminar.

—¿Una noche así?

—No vivo muy lejos.

—¿Ah, no? ¿Dónde?

—Bastante cerca.

Podría decirle dónde vivo a Ivan, y estoy a punto, pero al final señalo hacia el oeste con un gesto impreciso.

Ivan asiente con la cabeza. Se le adivinan las ganas de pedirme que no le cuente a nadie la última parte de la conversación, pero al final se mete por la puerta y baja por la escalera

mecánica. Su cabeza, una burbuja vacía de tebeo que le sigue hacia abajo.

Llego a la calle Bloor y voy hacia el oeste, cruzando la manzana blanqueada de Gucci, Chanel y Cartier. Tuerzo a la izquierda al llegar al museo. Al entrar en el campus universitario por la calle Harbord, se oye menos tráfico. El hecho de estar solo en la calle me hace reincidir en una costumbre de la infancia: hablar solo. De niño eran conversaciones en toda regla con personajes de los libros que leía. Ahora, de mayor, me limito a algunas frases que se me han quedado grabadas. Esta noche son de la lectura de Angela.

«Manos sucias.»

Sólo dos palabras, y ya me asusto.

«El miedo les hacía ver la ciudad y el mundo como nunca los habían visto.»

Intento que los conjuros se deshagan en el vaho de mi respiración. Me esfuerzo por pensar en inquietudes más reales. Ningún progreso digno de mención en lo que escribo. El hilo del que cuelga mi trabajo, cada vez más fino. Sensaciones negativas que me hacen preguntar: ¿será esto? ¿Serán días así los que hacen que se empiece a resbalar por un agujero del que ya no se puede salir?

«Un olor que habrían reconocido los soldados y los cirujanos.»

Anoche Sam se despertó con pesadillas. Fui a verle. Le aparté de la frente el pelo húmedo y, después de volver a acostarle, le pregunté qué había soñado.

—Con un hombre —dijo él.

—¿Un hombre cómo?

—Un hombre malo.

—Aquí no hay hombres malos. Yo no dejaría entrar a nadie malo en esta casa.

—Es que no está en esta casa. Está en aquélla.

Al decir «aquélla», se incorporó y señaló la ventana. Su

dedo apuntaba hacia la casa de enfrente. La ventana donde pocas noches antes se había colocado la sombra mirando hacia fuera.

—¿Viste al hombre malo de delante? —le pregunté, pero Sam detectó en la pregunta el reconocimiento de que sí podía existir lo que acababa de asegurarle que no existía y me dio la espalda. ¿De qué servían promesas huecas de padre contra el coco? La próxima vez que tuviera pesadillas, se enfrentaría a ellas por su cuenta.

«Tatuajes de sangre en las cortinas.»

Cuando empiezo a sentirme menos solo es al acortar por Chinatown. No por los pocos que vuelven a sus casas cabizbajos y arrastrando los pies, sino porque me siguen.

Los karaokes de Dundas, y luego un imprudente giro al sur por los bloques de protección oficial que hay hasta Queen. Es cuando oigo el eco de mis pasos en los de otro. En la sección Toronto del periódico salen noticias de que justo en esta manzana suele haber tiroteos. Aun así, tengo la seguridad de que a mi perseguidor no le interesa mi cartera. Quiere ver qué hago al saber que le tengo detrás.

¿Qué hago?

Correr.

Un sprint con todas mis fuerzas. Como no llevo el calzado adecuado, antes del final de la primera manzana ya siento pinchazos en las espinillas que me llegan hasta la nuca. En mis ojos, picor de lágrimas secadas por el viento. En el pecho, dos bolsas de plástico crujiendo en mis pulmones.

«Ser valiente no depende de la voluntad, sino del cuerpo.»

Me meto por el callejón que hay detrás de las tiendas de Queens. El camino más corto a mi casa. Pero oscuro. ¿Cómo se me ocurre? Es que no pienso, corro. Tapias y vallas contra las ratas y los drogadictos. Ni una triste farola. Sólo la silueta más oscura de los edificios y el rectángulo negro del callejón al desembocar en la otra calle.

No paro. No me giro.

Al menos, hasta pararme y girarme.

Debajo de la única farola de toda la manzana. A un tiro de bola de nieve de mi casa. Luz encendida en el cuarto de mi hijo. Sam, despierto hasta tarde. Leyendo sin permiso. Lo único que quiero es sentarme al borde de su cama, cerrar el libro y apagar la luz. Oírle respirar.

Es mi hijo.

Quiero a mi hijo.

Daría mi vida para protegerle.

Llego a estas conclusiones con la velocidad y claridad de un relámpago. Y también a una más.

El callejón está vacío.

Capítulo 7

El relato de Angela

Transcripción de la cinta n.º 2

La niña no le cuenta a nadie lo que sabe del Hombre del Saco y de las cosas malísimas que ha hecho, entre otras razones porque en realidad no sabe nada sobre la niña desaparecida, al menos nada que pueda demostrar. Por otro lado, declarar algo así podría hacer que la tomaran definitivamente por loca. Entonces se la quitarían a Edra y Jacob y se la llevarían a otro sitio mucho peor que cualquier casa de acogida y cualquier orfanato. Un sitio del que no saldría nunca.

Pero hay algo que aún le da más miedo que la idea de que se la lleven, y es hacer sufrir a Edra y Jacob. Ellos sólo pensaban en su bienestar. Si llegaran a enterarse de que cree en figuras oscuras nacidas en sus sueños, en un monstruo surgido de lo más oscuro para perseguirla, se quedarían destrozados. Decidió protegerles de ello a cualquier precio.

Por unos días pareció dar resultado fingir que no pasaba nada raro. No desaparecieron más niños. Nadie volvió a ver siluetas oscuras en el pueblo. Los sueños de la niña eran los mismos rompecabezas irracionales que los de todo el mundo, sin hombres malísimos que hacen cosas malísimas. La presencia de un desconocido sin cara, huido de los límites de una pesadilla, no parecía más que eso, otra pesadilla, tan irreal como todas.

Hasta que le ve.

No en sueños, sino por la ventana de su clase del colegio, mientras resolvía un problema de mates en su mesa: multiplicar fracciones. Al llegar a una ecuación más difícil que las

demás, levanta la cabeza para aclarar el precario amasijo de números y le ve enseguida. De pie, a la sombra del único olmo del patio. Tan alto que llega hasta la primera rama, la que nunca se alcanza, como sabe ella por haberlo probado (ni siquiera si un niño de la clase se brinda a levantarla). La celosía de sombras de las hojas tapa la cara del Hombre del Saco, pero la niña tiene la impresión de que la mira a ella. Sonriendo.

Vuelve a mirar el problema de mates. Desde la última vez se han duplicado las fracciones, que ahora forman un embrollo que se burla de ella.

Si mirase, volvería a verle. No mira.

Fuera se pone en marcha el motor de una cortacésped. El ruido sobresalta a la niña. Una punzada de dolor. Tiene la sensación de que las cuchillas de la cortacésped le seccionan el costado partiéndola por la mitad. Convirtiéndola en una fracción.

Más tarde, yendo hacia su casa en la última fila del autobús del colegio, intenta recordar el aspecto del Hombre del Saco. ¿Cómo puede haberle visto sonreír sin ver su cara? ¿Será un detalle añadido? ¿Se lo habrá inventado, como ha pensado alguna vez que se la inventaron a ella? ¿Es ella la autora del hombre malísimo que hace cosas malísimas?

Justo entonces mira por la ventanilla del autobús, y ahí está, como en respuesta a todas sus preguntas. Sentado en un columpio del parque. Las piernas estiradas, tocando la hierba que bordea la arena con sus botas. Un hombre de hombros caídos, demasiado grande para un columpio infantil, que le hace parecer aún más enorme.

La niña se gira hacia los otros alumnos del autobús, pero ninguno mira por la ventanilla. Todos se ríen y tiran bolitas de papel con cañas. La niña se queda sin aliento al darse cuenta de lo poco que saben todos esos niños sobre lo que les espera y les vigila; el Hombre del Saco o alguna otra forma hecha de oscuridad.

El autobús acelera de golpe. El Hombre del Saco se gira sin bajar del columpio para ver cómo se alejan. Aunque ya esté lejos, la niña se fija en sus manos. Dedos hinchados como salchichas aferrando la cadena del columpio. Manos sucias.

No es de tierra de lo que están llenos los surcos de las manos del Hombre del Saco, ni lo que pone pegajoso el vello del otro lado. Es sangre.

Al día siguiente encuentran a la niña desaparecida. Sus restos. Entre los árboles de la orilla del río, más allá del cementerio. Un sitio al que los niños mayores llaman el Bosque Viejo, famoso por las juergas que se montan. A partir de ahora siempre se recordará por ser donde apareció descuartizada una niña demasiado pequeña para aquel tipo de juergas debajo de una capa de hojas, como si al final el asesino se hubiera aburrido y le hubiese echado encima un puñado de hojas secas para dar el asunto por zanjado.

Al haberla encontrado en aquel sitio, las primeras sospechas de la policía se centran en los chicos mayores del colegio con algún tipo de antecedentes. ¿Hay alguno que la conociera? ¿Alguno enamorado de ella, y que la persiguiera? Pero ni siquiera los alumnos más conflictivos del colegio han hecho nada peor que robar chucherías o tirar huevos a las ventanas en Halloween. Es casi imposible imaginárselos pasando de aquel tipo de delitos a algo así.

Después del descubrimiento de la niña desaparecida, los rumores del pueblo pasaron de la sospecha al miedo. Ya no importaba tanto quién había cometido aquella atrocidad como que no se repitiera. Se declaró tácitamente un toque de queda. Las luces de las casas se dejaban encendidas toda la noche. Se formaron patrullas (de médicos, tenderos, empresarios, borrachos... una mezcla extraña de gente que en otras circunstancias difícilmente se habría conocido) para recorrer de noche las calles con linternas y se rumoreaba que con alguna que otra pistola escondida en el abrigo. No tenían ni idea de qué buscar. El miedo les hacía ver la ciudad y el mundo como nunca los habían visto.

La segunda niña desapareció la misma noche en que encontraron a la primera. Mientras los hombres enfocaban sus

linternas en céspedes, puertas de sótano y filas de arbustos, mientras todas las casas se quedaban con la luz prendida, mientras pocos lograban dormir, alguien se llevó a otra niña de su cama, de la misma edad que la primera, antes del alba. Dejando abierta la ventana de su dormitorio en la planta baja. Huellas de botas junto al rosal pisoteado. Sábanas por el suelo. Tatuajes de sangre en las cortinas.

Ese día, el colegio no abrió. No porque los alumnos estuvieran más a salvo en sus casas. La decisión nació del impulso de suspender todo lo que siempre se había considerado normal, aunque sólo fuera en respuesta a la anormalidad de lo que estaba sucediendo. Aun así, Edra y Jacob se alegraron. A esas alturas del año ya habían cosechado lo poco que había por cosechar. Los martes no había servicio religioso. Ahora cerraban el colegio. Todo esto les permitía quedarse en casa con su hija adoptiva, a quien ahora, además de amor, querían brindar protección.

Fue un festivo bastante raro. Hicieron compota de manzana, jugaron a las cartas y encendieron la chimenea, no porque hiciera falta, sino para que la casa oliera a humo de cerezo. En todo el día, la niña sólo pensó un par de veces en el hombre malísimo que hace cosas malísimas. Entre largas miradas de reojo a Jacob y Edra, se atrevía a concebir la palabra «familia» como una cuerda invisible entre los tres.

De noche la despiertan los golpes de piedrecitas en la ventana de su dormitorio. Oye la primera, pero no abre los ojos hasta la segunda. La experiencia de ser perseguida le ha enseñado una regla: una vez puede ser cualquier cosa. Dos ya es verdad.

Se levanta de la cama y se acerca a la ventana, consciente de que es un error. No es la curiosidad lo que la impulsa, sino el sentido del deber. Tiene que impedir que la oscuridad que ha traído a la casa toque a Edra o a Jacob. No es culpa de ellos que a la niña, con quien tan bondadosos han sido, se le escapen de la cabeza sus peores pesadillas. No pueden ver lo que está a punto de ver ella.

Desliza los pies por los tablones de madera del suelo. Es como si toda la casa crujiese en señal de advertencia. La habitación es pequeña, pero el esfuerzo por llegar a la ventana la deja exhausta. Comprende que ser valiente no depende de la voluntad, sino del cuerpo.

Al llegar a la ventana, tiene que aferrarse con ambas manos al marco para no perder el equilibrio. Es el horrible instante de inmovilidad que anuncia los desmayos. Respira a la fuerza. Al mirar hacia fuera no sabe si se le ha parado el corazón.

Abajo, en el patio, está el Hombre del Saco. Al verla, tira otra piedra contra el cristal. Es un gesto que la niña ha visto en películas antiguas: un pretendiente anunciando su llegada a una cita nocturna.

Cuando ya está seguro de ser visto, se gira y va hacia el establo. Su paso es tan lento y perezoso que se podría confundir con arrepentimiento, pero la niña lo ve como una muestra de la seguridad y naturalidad que pone en todas sus acciones. Por eso es tan imprevisible su tipo de maldad.

Se para delante de la puerta del establo. Cabría por la rendija, pero no entra. Sólo quiere que la niña sepa que ha estado en el interior.

Se gira, siempre de espaldas. Camina hasta la esquina del establo y desaparece.

La niña ya sabe qué tiene que hacer. O, mejor dicho, qué quiere él que haga.

Baja por la escalera con las botas en la mano para no hacer ruido. Con las prisas, se olvida de ponerse el abrigo, y así, al cruzar la puerta trasera y salir al patio, el frío atraviesa su pijama de algodón. Sopla un viento que dibuja ochos con las hojas secas en el polvo. Su crujido, como de papel, ensordece los pasos de la niña, que puede correr un poco hacia el establo.

Al otro lado de la puerta, la oscuridad es tan espesa que le impide dar más de un paso. Teniendo en cuenta que entra al establo casi cada día (es donde hace la mayoría de sus cometidos al salir del colegio), no necesitaría luz para no chocar con las casillas y las herramientas colgadas con ganchos, pero esta vez siente algo diferente en el espacio, aunque al principio no

pueda interpretarlo. La razón es que no es algo que se vea, sino que se huele.

El rastro del olor del Hombre del Saco flotando en el aire. Más fuerte que el heno, que la madera enmohecida y que el estiércol de vaca, aunque ya se haya ido. La hace toser. La tos se convierte en una arcada. Un olor que habrían reconocido los soldados y los cirujanos, pero que una niña así no tiene por qué haber conocido antes.

Va hacia la última casilla del fondo venciendo su repugnancia. Es donde quiere él que vaya. Lo tiene tan claro como si la llevase de la mano.

A medida que su vista se acostumbra a la oscuridad, la luna empieza a filtrarse por las rendijas. Al abrir la puerta de la casilla, se da cuenta de que ya hay bastante luz.

La niña de dentro se le parece. Seguro que la eligió por eso. La niña conoce a la segunda desaparecida porque eran compañeras de clase, pero nunca se había fijado en que tuvieran el pelo casi del mismo color y la cara igual de redonda. Por un segundo, piensa que el cuerpo descuartizado entre la paja es el suyo. Lo cual la convertiría a su vez en un fantasma.

Empieza a cavar sin haber concebido ningún plan ni nada que se le parezca. Casi en la linde del bosque que delimita las ingratas tierras de Jacob, cava a la máxima profundidad que permiten la tierra dura y el tiempo. Ni siquiera tiene ocasión de pasar miedo, aunque más de una vez está segura de que algo se mueve por dentro del saco de lona que ha traído a rastras desde el establo.

Mientras mete la bolsa mojada en el agujero y empieza a colmarlo con la pala, sólo se le ocurre vagamente que lo hace para que no acusen a Jacob. Porque ése sería el resultado de que encontrasen a la segunda niña en su granero. Es una decisión a la que le ha obligado el hombre malísimo que hace cosas malísimas, aunque en el fondo había poco que decidir. La niña preferiría ser cómplice del Hombre del Saco antes que permitir que lo más parecido a un padre que ha tenido se pase el resto de su vida en la cárcel.

Cuando aparece en el horizonte el primer trazo del amanecer, la niña está usando el revés de la pala para prensar con fuerza la sepultura de la segunda niña.

El horror de esta noche volverá bajo mil formas. Tiene bastante experiencia con los sueños para saberlo.

De lo que aún no está segura es de las intenciones del Hombre del Saco. Ya ha descubierto dónde vive. Se la podría llevar cuando quisiera con la misma facilidad que a las otras niñas. Pero a ella le reserva otros planes. Y aunque la niña pretenda decirse que no se los imagina ni remotamente, la verdad es que algo sospecha.

Capítulo 8

Dos días después de la reunión del círculo en casa de Petra, el periódico de la mañana trae la noticia de que ha desaparecido otra persona. Esta vez es un hombre, Ronald Pevencey, de veinticuatro años, peluquero en una de las peluquerías vanguardistas de Queen. Llevaba toda la semana sin presentarse en el trabajo. Al final avisaron a la policía, que se encontró entreabierta la puerta de su apartamento (un segundo piso), sin indicios de asalto o resistencia. Los investigadores sacaron una conclusión poco arriesgada: Ronald había dejado entrar a su visitante.

Las sospechas de delito que han hecho públicas las autoridades no se basan sólo en que Ronald Pevencey haya faltado al trabajo más de lo normal, sino en que últimamente hizo comentarios inquietantes a sus compañeros. Creía que le estaban siguiendo. Desde hacía unas semanas, de vez en cuando se sentía observado. No aclaró quién era el perseguidor, pero uno de sus compañeros de trabajo sospechaba que tenía una teoría y que estaba muerto de miedo. En palabras de su confidente, «quería hablar del tema y a la vez no quería».

En el resto del artículo, cuyo firmante es mi compañero de copas Tim Earheart, el portavoz de la policía hace lo imposible por desechar la hipótesis de que haya un asesino en serie campando a sus anchas. En primer lugar, nada indica que Carol Ulrich o Ronald Pevencey hayan sido asesinados. Por otra parte, aunque ninguno de los dos tuviera motivos para huir o suicidarse, siempre existe la posibilidad de que se hayan tomado

unas vacaciones espontáneas. Depresión posparto, pasarse con la metanfetamina... Cosas de la vida.

Se hace observar, por lo demás, que no existe ninguna relación entre las dos personas desaparecidas. Un peluquero y un ama de casa con hijos. Diferentes edades y círculos sociales. Carol nunca pisó la peluquería donde trabajaba Ronald. Lo único en común es que vivían a seis manzanas de distancia. Entre ellos y de nosotros.

Si resulta que los dos están muertos, tanto Ronald Pevencey como Carol Ulrich, lo más probable es que su fallecimiento se produjera en distintas circunstancias, y los asesinos en serie actúan siguiendo pautas, como se ha esmerado en resaltar la policía. Tienen un fallo psicológico en el software que les hace buscar una y otra vez versiones de la misma víctima. En este caso, el único punto en común entre las dos personas desaparecidas es que vivían en la misma ciudad.

A pesar de todo, yo estoy convencido de que les perseguía lo mismo, tan convencido como de que han pasado a mejor vida. Digan lo que digan los psiquiatras forenses y los criminólogos, considero que ser imprevisible constituye una motivación tan válida como cualquier otra para un asesino, al menos en algunos casos. Podría ser el morbo del asunto lo que le gusta al que lo hace; no una perversión en concreto, sino algo mucho más turbador, como la variación que otorga el anonimato. Un asesino en serie es más peligroso si no se sabe por qué actúa como actúa. Y más difícil de atrapar.

Mi convicción, de todos modos, no se basa en la hipotética motivación del asesino, sino en que creo que lo que me siguió a mi casa la otra noche es la misma sombra que seguía a Ronald Pevencey y Carol Ulrich. El hombre malo de las pesadillas de mi hijo, que ahora ha empezado a aparecer en las mías.

Le doy a Emmie la mañana libre, y soy yo quien acompaña a Sam a la guardería. Cada media manzana, me giro y busco en la

calle los ojos que siento que nos observan. Sam no me pregunta por qué me paro. Sólo coge mi mano a través de su guante y me la aprieta al ver a sus amigos en el parque infantil vallado, un momento en el que normalmente correría hacia ellos.

—Hasta luego —dice.

Yo pensaba contestar lo mismo, pero me sale «te quiero». Hoy, incluso eso está permitido.

—¡Ídem! —dice Sam antes de cruzar la puerta de la guardería, dándome un golpe en el codo.

En mi silla del despacho hay una nueva caja de vídeos. Más programas por cable de frikis, intercambio de parejas y recopilaciones de vídeos *snuff* caseros con títulos como *Cáldas de edificios* y *Animales que matan*. Pero lo inquietante de verdad es lo que encuentro debajo de la caja: un *post-it* de la jefa de redacción. «Venga a verme.» Es lo más largo que me ha escrito nunca.

Su despacho acristalado queda en la otra esquina de la sala, pero no es la razón de que tengamos tan poco contacto. Ella es más de circulares, reuniones de dirección y comidas con los anunciantes que de tratar con los trabajadores. Ha tenido tanto éxito en el cargo que se rumorea que intentan cazarla para un canal de noticias de Estados Unidos. Tiene veintiocho años.

De momento, aún es la que contrata y despide en el *National Star*, y al acercarme a su cubo de plástico (dicen que antibalas) soy muy consciente de que es más propensa a despedir que a contratar.

—Patrick. Siéntese —dice cuando entro, orden canina que obedezco.

Levanta el índice sin mirarme, señal de que una frase a medias depende de lo que está pensando. La veo teclear las palabras que acaba encadenando —«fuente de ingresos simbiótica»— y darle a un botón para sustituir su informe a medias por un salvapantallas de Tahití.

–Seguro que ya sabe por qué le he llamado –dice al girarse hacia mí.

Sus ojos hacen un repaso rápido de mi persona. Previsiblemente parece que la decepciono.

–No, la verdad es que no.

–Ha habido una queja.

–¿De un lector?

Sonríe.

–No, de un lector no; una queja de verdad. Muy de verdad.

–¿Hasta qué punto?

Pone los ojos en blanco, en referencia a un cargo muy bien situado, tanto que no se atreve a pronunciar su nombre.

–Tenemos que velar por lo nuestro, por las marcas de la casa, y si una de esas marcas la cuestionan desde la propia casa...

Deja a medias la idea, como si desembocase en algo tan desagradable que ni siquiera se puede plantear.

–Se refiere a la crítica de *MegaStar!*

–Resultó molesta. Hay gente a quien le molestó.

–Usted no parece molesta.

–Pues lo estoy.

–O sea, que va en serio.

–No me gusta que me llamen de según qué despachos.

–¿Debería llamar a mi abogado?

–¿Tiene abogado?

–No.

La jefa de redacción se aparta un pelo de la frente, movimiento escueto pero claramente femenino que, aunque sienta decirlo, le hace ganar puntos a mis ojos.

–Bueno, me he explicado bien, ¿verdad?

Teniendo en cuenta el resto de la conversación, la pregunta tendría gracia si mi respuesta no fuera «sí». Se ha explicado perfectamente.

De camino a mi mesa, me paro en la de Tim Earheart. La verdad es que no espero encontrarle. Normalmente le gusta más

trabajar en el búnker mugriento y apestoso al que llaman sala de fumadores. Tim no se considera fumador, pero, cuando tiene un plazo que cumplir, se comería los cigarrillos si no pudiera fumárselos. Teniendo en cuenta los rumores de que podría haber un asesino suelto, seguro que hoy tiene uno de esos plazos, pero no, está aquí, guardando su instrumental de periodista (bolígrafo, cuaderno, grabadora y cámara digital) en la mochila que tan orgullosamente se trajo de Afganistán con agujero de bala y todo. Se trata, según él, de un accesorio al que le debe una cantidad abrumadora de «contactos con becarias».

—¿Te ha despedido? —pregunta.

Es lo primero que se pregunta a los que salen del despacho de la jefa de redacción.

—Todavía no. ¿Adónde vas?

—A Ward's Island. Han encontrado a uno de los desaparecidos.

—¿A cuál?

—Ulrich; bueno, la han encontrado en unas doce partes desperdigadas por treinta metros de playa.

—Madre mía...

—Muy duro, sí.

—¿Saben quién ha sido?

—De momento sólo dicen que están siguiendo todas las pistas; o sea, que no tienen ni idea.

—¿Y la ha cortado a trozos, el tío?

—Tío, tía o tíos.

—¿Quién puede haberlo hecho?

—Alguien malo.

—Es de locos.

—O no. Acabo de hablar por teléfono con el que hace los perfiles en la policía, y ve un sentido a que dejaran el cadáver así, a la vista. Como una especie de anuncio.

—¿Un anuncio de qué?

—¿Y yo qué coño sé? Supongo que «aquí estoy, gilipollas, a ver si me pilláis».

Tim se pone la mochila. Sus gafas oscuras de aviador no esconden su mirada de entusiasmo.

–Vivía por esta zona, ¿no? –dice.

–Sam la reconoció. Tenía un hijo más o menos de su edad. Iban al mismo parque.

–Qué mal rollo.

–Sí.

–Ahora mismo cojo el *ferry* para allá. ¿Quieres venir?

–No quiero estropeártelo.

–Podría ser material de primera para tu novela.

–No es de ese tipo.

Al decirlo, me pregunto qué tipo de novela escribiría si pudiese.

A las cinco y pico, cuando salgo del trabajo, el día ya ha emprendido su giro invernal hacia la noche. La única nota de color en el atardecer son las retenciones de King Street, una línea roja de luces de freno que se prolonga hasta el horizonte. Los nuevos restaurantes que han abierto en las antiguas naves textiles ya están llenos de gente trajeada que se gasta el equivalente a dos meses de mi hipoteca en probar las refinadas construcciones de las últimas superestrellas de los fogones. ¿Y los Rush? ¿Qué cenarán? Un *sag paneer* y un *butter chicken roti* para llevar del Gandhi, el favorito de Sam.

Pero lo que me hace verle es la elección del menú de esta noche.

El chiringuito está tan repleto como siempre. Los que comen en alguna de las dos mesas del Gandhi, directamente en cajas de poliestireno, se suman a los que se apiñan en espera de oír su número y salir corriendo para casa. Las cazuelas de *curry* haciendo chup chup en los fogones, la olla abierta donde hierven las patatas y el aliento de la clientela empañan el aire haciendo deslizarse gotas de condensación en las ventanas que dan a Queen Street. A través de los cristales,

los cuerpos de los transeúntes se funden en una forma única y cambiante.

Llega mi número. Ahora que me he abierto camino hasta la barra, se insinúa en mi pecho el hormigueo de pánico de la claustrofobia, uno de esos cuasi ataques transitorios que sufro un par de veces al día al circular por la ciudad. De esa lucha casi siempre salgo victorioso diciéndome que hay que aguantar. Si hago primero una cosa —«paga la comida»— y luego la otra —«coge la bolsa, gírate y ve hacia la puerta»—, todo saldrá bien.

Al llegar a la puerta, me paro a sacar los guantes del bolsillo de la chaqueta, con una última mirada al cristal empañado.

Sólo es una silueta oscura entre otras siluetas oscuras, pero sé que es él.

Al otro lado de la calle. Quieto, mientras pasan peatones en ambos sentidos. Más alto que nadie.

Cuando abro la puerta y la calle se hace nítida de golpe, William me da la espalda y se suma a los que van hacia el este.

No le he visto bien la cara. No lo sé por eso, sino por su presencia. Una energía amenazadora que emana de él con una fuerza que me obliga a retroceder unos centímetros haciendo que me tenga que apoyar en la puerta para no perder el equilibrio. Incluso cuando llega al final de la manzana y se va por la esquina, la densidad del espacio que deja me retiene en el umbral. Es como si el aire se hubiera convertido en agua negra, adquiriendo un peso viscoso e irrespirable.

Alguien empuja la puerta para salir. Me aparto, mascullando disculpas. A mi alrededor, el lento tráfico y los acelerados transeúntes siguen yendo hacia sus casas como si tal cosa. A ellos, William no les ha afectado. Tal vez porque no estaba. Una alucinación formada a partir de un día pésimo, de noticias violentas y sin haber comido.

Pero no, eso sólo son las racionalizaciones necesarias para poner los pies en marcha. Lo que acabo de ver y de sentir no era fruto de mi imaginación. Ni siquiera estoy seguro de tener imaginación.

Era William mirándome. Lo cual significa que era William siguiéndome.

Claro que cabe otra posibilidad...

Algún día, al hacer memoria, me acordaré de que esta noche, en la puerta del Gandhi, con una bolsa de comida en la mano, fue el primer paso en mi camino hacia la locura.

Ceno con Sam a la luz de las velas. He sacado porque sí la cubertería de plata y las copas de vino que nos regalaron para la boda. Curry en los platos y cerveza y ginger-ale en las copas de cristal. Conversamos. Los protomaltratadores que siembran el terror en la guardería. Un niño que ha tenido una reacción alérgica en el patio, y a quien se han llevado en ambulancia con la cara «gorda y roja como un grano gigante».

Hago lo posible por suavizar esos temores, al mismo tiempo que me enfrento a mi propio material de pesadillas. La advertencia de la jefa de redacción. La foto de Carol Ulrich en la tele, tan parecida a Tamara. Los trozos de su cadáver encontrados en la playa. Al final mis pensamientos íntimos desembocan en las grandes preocupaciones geopolíticas del momento. Las Torres Gemelas. Células durmientes, objetivos alternativos, promesas de nuevos desastres formuladas en cuevas afganas. Que nuestro rincón del planeta es menos seguro cuanto más rico se hace.

Al cabo de un rato, lo que dice Sam y lo que me hacen pensar sus palabras parecen formar parte de la misma observación: «Aquí también –decimos–. Aquí también puede encontrarte el diablo».

Naturalmente, no le cuento a Sam que al salir del trabajo he visto a William en la acera de enfrente. Me doy cuenta de que no es lo único que le escondo. Desde que empecé a ir a las reuniones en casa de Conrad White, he mantenido el Círculo de Kensington fuera de su conocimiento. A Sam no le interesaría. Los martes por la noche en que Emmie se ha quedado hasta tarde y papá ha salido a hacer cosas de mayores eran tan inocuos y aburridos que no valía la pena gastar saliva en explicarlos.

En este momento, sin embargo, siento el esfuerzo y el trabajo mental que requiere ocultar cualquier tema. Todo lo relacionado con el círculo de escritores se ha convertido en un secreto; y, como la mayoría de los secretos, tiene el doble objetivo de proteger y esconder.

Capítulo 9

El martes siguiente llego temprano, con la esperanza de poder hablar a solas con Conrad White. Empiezo con el cebo irresistible del halago. Al menos siempre ha sido irresistible para mí, las pocas veces en que me lo he encontrado.

—Me alegro de que te gustara —responde el viejo a mi elogio de *Jarvis and Wellesley*—. Me costó mucho.

—La polémica.

—Sí, también —dice, mirándome para evaluar cuánto sé—. Mentiría si dijese que no me afectó el destierro. Pero me refería más bien al precio de escribirlo.

—Es agotador. El proceso. Me imagino, vaya...

—No necesariamente. A mí el libro me salió tan fácilmente como un pecado en el confesionario. Ése fue el error. Debería haberme guardado algo. Para más tarde. Revelar de golpe todo nuestro yo es contraproducente para una carrera larga.

Conrad White dispone las sillas en círculo para la reunión. Incluso un esfuerzo tan pequeño le deja sin respiración. Intento ayudarle, pero me ahuyenta con las manos en cuanto doy un solo paso.

—Supongo que en el fondo estarás contento de haber salido —digo, esperando que se muestre de acuerdo, pero las rodillas del anciano se tensan como si se preparase para recibir o dar un puñetazo.

—¿Salido de qué?

—Ya me entiendes: de todo el juegucito infantil. Atención/olvido, elogios/ataques... Las recompensas de la fama, que dicen.

–En absoluto. Haría cualquier cosa por recuperarlo, de la misma manera que sospecho que tú harías cualquier cosa por tenerlo.

Estoy a punto de protestar (¿qué va a saber él de lo que quiero?), cuando suspira largamente y se desmadeja en la silla.

–Bueno –dice enseñando dos incisivos manchados de nicotina para indicar un cambio de tema–, ¿te han parecido edificantes las sesiones?

–Han sido interesantes.

–Deduzco de lo que has ido trayendo que eres crítico de televisión.

–Me pagan para ver la tele.

–Ya. ¿Y qué dicen tus facultades críticas sobre tus compañeros de clase, si no es rebajarse demasiado?

Una sonrisa separa en toda su extensión los labios de Conrad White. Su pregunta es una evasiva graciosa, pero también una prueba.

–Hay de todo, como era de esperar –digo yo–. Creo que un par de cuentos tienen más mérito que los demás.

–¿Un par?

–Bueno, no, un par no.

Conrad White se inclina hacia delante. La sonrisa se borra tan deprisa que me hace dudar de su existencia.

–Nunca se sabe quién lo tiene –dice.

–¿El qué?

–Lo que te hace venir cada semana, aunque desconfíes de poder sacar provecho de lo que podamos decir yo o cualquier otra persona. La razón de que ahora mismo estés aquí sentado.

–¿Cuál es?

–Quieres saber si se ha implicado alguien más tanto como tú.

–Perdona, pero me he perdido.

–La única moneda imprescindible es el relato, pero malgastamos casi todo nuestro tiempo echando ventosidades sobre temas, símbolos, contexto político o rollos estructurales. ¿Por qué? –El viejo recupera la sonrisa–. Yo creo que es porque nos

distrae de las carencias de nuestro propio relato. Evitamos hablar de los relatos como tales por la misma razón por la que evitamos pensar en lo inevitable que es la muerte. Puede ser desagradable. Puede doler.

—Es que yo creo que lo que está contando Angela habla de la muerte.

—Como casi todos los cuentos de fantasmas.

—¿Hasta qué punto dirías que es verídico?

—Quizá sea mejor preguntar cuánto has convertido tú en verídico.

—No depende de mí.

—¿No?

—El relato es suyo, no mío.

—Si tú lo dices...

—Estábamos hablando de Angela.

—¿Ah, sí? Creía que hablábamos de ti.

Mentiría si dijera que el hecho de que Conrad White haya adivinado mi implicación en el relato de Angela (por usar su palabra) no me ha tomado un poco desprevenido. No me sorprende que sea tan inteligente, sino que haya ejercitado tanta inteligencia en mí, en mí y en el resto de su zarrapastroso grupo de refugiados librescos. Él ya sabe que he ido de farol desde el principio, de la misma manera que sabe que Angela es poseedora de una «moneda imprescindible», o, en todo caso, imprescindible para la gente como yo y White. Comedores de palomitas, adictos al zapping, devoradores de libros de bolsillo... El ávido público.

Llaman a la puerta. Conrad White se levanta. Oigo la voz de Len, emocionado por cómo avanza su apocalipsis de zombis. («¡Lo he ambientado en una cárcel porque, después de que resuciten los muertos, los únicos que queden vivos serán los prisioneros dentro de los muros, mientras que la sociedad que les juzgó se queda fuera!») Le sigue Ivan, que pasa de largo y se sienta enfrente de mí. Le saludo con la cabeza, pero desde nuestra conversación a la entrada de la estación de metro hace como si no me viera. Me entretengo midiendo las manos, que abre

sobre las rodillas. Demasiado grandes para las muñecas a las que están unidas, con el resultado de que parecen de otro cuerpo, de un cadáver robado. Impresión que me recuerda las palabras de Ivan sobre ser acusado de hacer daño a alguien. Son manos que podrían hacer daño sin esfuerzo. Podrían hacerlo por sí solas.

El resto del círculo llega en grupo. Petra se sienta junto a Len y escucha con educación sus comentarios sobre cómo decapitar no muertos. Angela se aparta de Evelyn y Conrad White y se sienta a mi lado. Nos saludamos con una sonrisa. Así puedo verla más de cerca que nunca. Hay tan poca luz en la sala que una distancia superior a un metro puede distorsionar las caras por efecto de las velas. En cambio, ahora puedo verla más o menos como es. Sin embargo, lo que me llama la atención no es nada relacionado con su aspecto, sino la certeza desarmante de que me está viendo a mí con una precisión muy superior a lo que yo adivino en ella. No está distraída, ni ofendida, ni avergonzada. Está trabajando.

El último en llegar es William. Hago el esfuerzo de mirarle con cierto detenimiento para confirmar o descartar mi sospecha de que era él quien me observaba desde la otra acera del chiringuito hindú. La altura la cumple, eso está claro: amenazador por el mero espacio que ocupa, consumiendo más luz o aire de lo debido. A pesar de todo, no puedo estar seguro de que fuera él. Tiene la barba todavía más poblada, tanto que no deja discernir la verdadera forma de su cara. A diferencia de Angela, mirarle directamente a los ojos no revela nada. Todo lo que ella tiene de activa, él lo tiene de inerte. Manifiesta tan poca compasión como los zombis de los relatos de Len.

William se sienta. Todos nos apartamos de él unos centímetros, fenómeno que no pasa desapercibido a nadie. Un instinto de manada que nos dice que hay un lobo entre nosotros.

Es la penúltima sesión, y hoy Conrad White quiere acabar el máximo número de entregas. El primero es Ivan, que lleva a su personaje por los túneles de la ciudad, donde la rata mira a los seres humanos de los andenes con el mismo asco que

cuando era un hombre y veía corretear entre las vías a las alimañas. Evelyn hace que su doctoranda follaprofesores vuelva a la casa de campo familiar, donde una noche sale a nadar sola y acaba simbólicamente en una isla, desnuda, «bautizada por la luz de la luna». El drama doméstico de Petra tiene por desenlace una valiente llamada telefónica de la protagonista a un abogado especialista en divorcios. Por mi parte, hago avanzar mi historia de un crítico de televisión frustrado lo estrictamente necesario para no incumplir las reglas.

Después le toca a Angela. Tras encender la grabadora, lo que hago es «sentir» su lectura más que nada. Es como si estuviese dentro de ella, separados y fundidos al mismo tiempo, como hermanos siameses. Esta vez, además, hay algo completamente nuevo, una energía eléctrica en los centímetros que nos separan que por primera vez interpreto en términos puramente físicos. Una atracción literal. Quiero estar más cerca de su boca, mirar las mismas páginas que lee, mientras se rozan nuestras mejillas. Debo recurrir a todas mis fuerzas para no dejarme arrastrar.

Después de Angela, le toca a William. Esta vez sí que ha traído algo. Tardamos poco en lamentarlo.

Empieza a contar con voz inexpresiva «el verano en que algo se rompió» en la vida de un niño que vivía «en la parte más pobre de un pueblo pobre». Para no estar en la casa donde su padre se daba a la bebida y su madre «“se ganaba la vida”, como decía ella, en el dormitorio», el niño, que no tiene amigos, vaga aburrido y enfadado por las calles llenas de polvo, «como enterrado bajo un peso del que no puede escurrirse».

Un día el niño coge al gato del vecino, se lo lleva al cobertizo del fondo de un solar vacío y lo despelleja vivo. Los alaridos del animal son «el ruido que haría él si pudiese, pero nunca ha llorado. Es algo que le falta. Le falta todo». Por la noche, cuando ya ha enterrado al gato, oye que la vecina de al lado le llama por su nombre, y se da cuenta de que «era algo que podía hacer. Algo que se le daba bien. Podía llevarse cosas».

El resto del relato describe con la misma insipidez el paso de los gatos a los perros, y de los perros al caballo del establo del final del pueblo, para ver «si está lleno de pegamento, porque ha oído que a los caballos muertos los convierten en eso».

Al final, Conrad White infringe su propia regla e interrumpe a William a media lectura.

—Gracias. Me sabe mal, pero se nos ha acabado el tiempo —miente el viejo. Una mano temblorosa atusa el poco pelo que le queda—. Quizá podamos volver al relato de William en la última sesión.

William dobla los papeles formando un cuadrado y se los guarda en el bolsillo de los tejanos. Luego mira a los demás, que le dan la espalda para levantarse. Posiblemente sea yo el único que no se mueve; y aunque no puedo decir que perciba algún cambio en su expresión, detecto algo que me hace estar seguro de que era William quien me miraba la otra noche desde la otra acera. La misma aura cruel que en este momento. Una calma que no es indicio de satisfacción, sino de que le falta todo, como al niño de su relato.

Al final de la reunión, Len me recuerda que hemos quedado en un bar de la calle College para la fiesta de presentación de la revista con lectura abierta. Ahí nos dirigimos, con él en cabeza para conseguir buenos asientos. En un momento dado, me pregunta si he notado algo entre Evelyn y Conrad White.

—¿Algo?

—Sí, no sé... Están todo el rato susurrando y haciéndose ojitos.

—No me había fijado.

—¿Tú con quién crees que está Evelyn ahora mismo?

—¿Pero estar, «estar»?

—Contesta.

—¿Con Conrad?

—Da un poco de asco.

—Deben de llevarse cuarenta años.

—Por eso lo digo.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero ¿qué gracia tiene un círculo de escritura sin un poco de escándalo?

La lectura abierta es en el segundo piso de un restaurante mexicano, una sala larga de madera oscura que huele a serrín y frijoles refritos. En la puerta, Len y yo nos compramos la revista que presentan, *Brain pudding*. Así nos hacen descuento en las cervezas.

—Muy lleno no es que esté.

—Con un asesino en serie suelto por la ciudad... —dice Len—. Seguro que la gente se está quedando en casa, tirando de pizza a domicilio.

—¿De qué hablas?

Len me mira exasperado, como diciendo: «Ponte al día».

—El peluquero desaparecido —murmura.

—Ronald Pevencey.

—La policía ha encontrado su cadáver esta tarde en un vertedero de Chinatown; a trozos, como la mujer de Ward's Island. Total, que ahora piensan que lo ha hecho la misma persona. Una serie de dos; de ahí lo de asesino en serie. Y eso no va bien para el negocio.

—Pues nada, tendremos que ayudar en todo lo que podamos —digo yo, pidiendo una ronda.

El presentador nos da las gracias por nuestra presencia, pero, antes de dar paso al primer voluntario, tiene un anuncio especial: felicidades a una de las colaboradoras de *Brain pudding*, Rosalind Canon, una chica calladita de la primera fila, sentada entre chicos calladitos. Se ve que esta misma mañana se ha enterado de que le van a publicar en Nueva York el manuscrito de su primera novela. Ha habido puja y venta mundial de derechos. Con posibilidad de adaptación al cine.

—¡Y, por si fuera poco —dice el presentador—, hoy es su cumpleaños! ¡Felices veinticuatro, Rosalind!

Se aparta del micro, sonrío a Rosalind con efusividad y empieza a aplaudir.

Un segundo después pasa algo interesante.

Un bajón en la presión barométrica de la sala, el vacío repentino que se forma antes de una tormenta. Aparte de las palmadas del presentador, no se oye nada más que al resto aguantando la respiración. Todos quedamos al desnudo, al borde de un mismo y titilante deseo. A pesar de las diferencias de edad, manera de vestir y género, todos hemos venido por el anhelo de ser escritores, pero en este momento nuestro deseo más inmediato es ser Rosalind: un brote de celos aún no racionalizados cuya potencia llega a modificar incluso la composición de nuestro entorno.

Luego, cuando nuestras extremidades obedecen la orden que les hemos dado, nos unimos al aplauso. Una salva de silbidos y felicitaciones de todo corazón que nacen de un esfuerzo insospechado.

–¡Uau! ¡Genial! –dice Len.

–Sí, claro, tan genial como que la mataría ahora mismo.

Hago señas a la barra. Mis siguientes cervezas las acompaño con chupitos de bourbon. Así todo pasa mejor. Empieza una retahíla de poesía fonética rimbombante, expansiones homoeróticas y relatos de odio a los padres a la que asisto sin prestar gran atención. Algunos hasta me gustan, o al menos admiro a sus autores por estar aquí, dejar sus nombres en el sombrero del presentador y, al ser llamados, subirse al podio de contrachapado para soltar su rollo. Será bueno o malo lo que leen, pero lo han hecho ellos, que es más de lo que puedo decir yo.

Al cabo de un rato, suena por los altavoces el nombre de Rosalind Canon. No es novata en este tipo de actos. Hasta sabe cómo ir al escenario: algo encorvada, como si en realidad pensara en otra cosa y le estuviera dando vueltas a una pregunta mucho más profunda que «¿estaré guapa?».

Mientras la oigo murmurar, decido irme a casa en cuanto termine. Ya se me está pasando el arrebató de buena voluntad de la primera tanda alcohólica y sé por experiencia que en poco tiempo sólo quedará pena y lástima por uno mismo. Sólo una copa más, por si el asesino que anda suelto decide elegirme

como siguiente víctima. Preferiría no vérmelo venir. ¿Qué tipo de cuchilla se necesita para lo que hace? Tal vez algo motorizado... A menos que tenga una fuerza descomunal. ¿Qué le gustaba al monstruo del relato de Angela? Convertir a la gente en fracciones.

Me dispongo a decirle a Len que me voy, pero me quedo de piedra al descubrir que media concurrencia ha girado la cabeza para mirarme.

—Perdona que te haya despertado —dice Len cogiéndome del brazo—. Es que roncabas.

A la mañana siguiente, Tim Earheart pasa por mi cubículo del *National Star* para traerme un café. Será el cuarto, y sólo son las diez, pero cualquier ayuda es bienvenida. La elevada cantidad de cervezas, y la de Wild Turkeys, apenas inferior, de la noche anterior, me han dejado la cabeza embotada y la boca pastosa. Me quemo la garganta con un par de sorbos antes de poder leer los labios de Tim.

—Baja, que nos fumamos un pitillo —está diciendo por segunda vez, entre miradas por encima del hombro, por si nos oyen.

—¡Si no fumo!

—Ya te daré uno.

—Lo dejé. Más o menos. Creía que lo sabías...

Tim levanta la mano con la palma hacia abajo y, durante un segundo, tengo la certeza de que recibiré una bofetada, pero no, se inclina hacia mi oído.

—Lo que traigo no es de consumo general —susurra.

Y se va hacia la puerta de la escalera principal.

El sótano del *National Star* es territorio exclusivo de dos especies de dinosaurio: los fumadores y los historiadores. Es donde se guardan los ejemplares del periódico previos a las bases de datos electrónicas, así como un batiburrillo archivístico que, según dicen, incluye la cabeza reducida del fundador del periódico. Aquí, salvo algún investigador de posgrado, sólo bajan los últimos colgados de la nicotina; cada vez menos,

incluso entre los reporteros. Hoy los niños que salen de la facultad de Periodismo no llegan con petaca y cajetilla, sino con estera de yoga y botellín de Evian.

El resultado es que la sala de fumadores es uno de los pocos lugares del edificio donde aún se puede tener la esperanza de hablar en privado; y en efecto, al cerrar la puerta y sentir la contracción estomacal que me provoca la peste carcinógena, veo que estamos solos, Tim Earheart y yo.

—Nada, que no lo publican. ¡Me cago en...! —dice echando literalmente humo, un chorro gris por su nariz.

—¿Que no publican qué?

—La nota.

Sé que Tim es bastante obsesivo como para no alterarse tanto por nada que no sea un artículo; en este caso, un artículo sobre Carol Ulrich y Ronald Pevencey.

—La dejó al lado del cadáver de ella. De un trozo del cadáver. De la cabeza, por grotesco que parezca el dato. Perfectamente escrito a máquina, para el que la encontrase.

—¿La tienes tú?

—No, desgraciadamente no. Me chivó el texto uno de los polis que montaban guardia. Sin permiso, pero me lo chivó.

—Y tú se lo has traído a los jefazos.

—Claro, pensando que lo sacarían en primera. Si no sacan esto, ¿qué van a sacar? Pero se ha enterado la poli y nos ha rogado que nos lo guardemos: que si aún están investigando, que si es un riesgo para la población, que si podría frustrar algún arresto... Blablablá. Sólo unos días en reserva. Total, que no lo van a publicar.

—¿Pone quién lo ha escrito?

—No está firmado, pero a mí me parece bastante claro.

Tim se acaba el cigarrillo, aplasta la colilla con el tacón y se mete otro en la boca en menos tiempo de lo que tardo yo en hablar.

—¿Qué ponía?

—Por eso te lo cuento, pensando que podrías asesorarme literariamente.

—Oye, que es una nota de un asesino en serie, no *Finnegans Wake*.

Tim da un paso hacia mí, soltando humo por el pelo.

—Es un poema —dice.

En ese momento se abre la puerta de la sala de fumadores y entra un veterano de Deportes que nos mira con cara de asco antes de encender su cigarro. Tim hace el gesto de cerrar la boca con cremallera. Estoy a punto de salir cuando me coge la muñeca y me pone algo en la mano.

—Bueno, luego me dices algo por teléfono sobre las entradas de los Leafs —dice con un guiño cómplice.

Una tarjeta de visita. Con la letra menuda de Tim Earheart llenando todo el dorso. Tras leerla un par de veces dentro de mi cubículo, la hago confeti y la dejo caer en mi papelera de reciclaje.

Por donde voy, va el miedo a cuestras.

Acecho en las oscuras callejuelas.

Nada es lo que Parece: ése es mi reino.

Si cierras los ojos, me verás: aquí, en tus sueños.

Como poema no es gran cosa, sólo dos pareados cuya sencillez infantil les da un aire de nana. Tal vez expresamente. Teniendo en cuenta el contexto truculento de su aparición, su puerilidad lo hace aún más amenazador si cabe. Es de ese tipo de cosas que se te quedan grabadas, total o parcialmente, tras una sola lectura; un poema cuyo objetivo no es ser admirado, sino recordado.

Bueno, ¿y qué revela del autor? En primer lugar, que quien le hizo a Carol Ulrich lo que le hizo también escribió estos versos. Por un lado, una articulación, y, por el otro, una desarticulación. Creador y destructor en una sola pieza. «Alguien malo», como supuso Tim Earheart.

En segundo lugar, el deseo de que el poema sea leído. Podría habérselo guardado, pero no, lo dejó junto al cadáver de

la víctima. Un asesino que desea un público para su obra, como todos los escritores. Para que sintamos algo. Para provocar el análisis que estoy haciendo yo de su poema. Para que se le entienda.

En tercer lugar, aunque se trate de una simple cuarteta, revela cierta inteligencia. El hecho de que se le ocurriese un poema le sitúa en un plano creativo, por encima del simple matarife de barrio. Por otro lado, la composición insinúa cierto talento. Para empezar, rima. Su ritmo no es accidental. Y tiene bastante calidad como para que su efecto macabro no dependa de estar junto a un cadáver.

En siguiente lugar, las palabras en sí.

El primer verso establece el objetivo del poema: el poeta quiere presentarse. Es alguien que va de un lado a otro y que da miedo. El siguiente verso ahonda en lo amenazador y hostil de su presencia: «Acecho en las oscuras callejuelas». Claro que a mí me llama especialmente la atención la palabra «callejuelas», porque hace pocos días que corrí a mi casa por una de ellas, aterrorizado por algo que probablemente no existiera, pero, en general, las «oscuras callejuelas» se consideran como algo que hay que evitar. Quiere informarnos de que es quien nos espera en ellas.

El tercer verso aporta una nota de fantasía inquietante. Su reino es «Nada es lo que Parece», pero también puede materializarse en las calles. A la vez realidad e ilusión. Un metamorfo.

Aspectos remarcados en el último verso: si queremos verle, no debemos recurrir a las pistas que haya podido dejar, sino a nuestros sueños. Y esos sueños no son meramente imaginarios, sino que están «aquí», en la realidad. Queramos o no, todos formamos parte de un mismo sueño. El suyo.

No se me ocurre ninguna otra interpretación hasta que vuelvo a casa caminando. Es posible que «ocurrir» se quede corto. En realidad, casi me caigo. Tengo que sentarme en el bordillo, con la cabeza entre las piernas, para no perder el conocimiento.

Recuperado a medias, hablo por la grabadora. Sigo encorvado en el bordillo a pocos centímetros de los coches que pasan.

TRANSCRIPCIÓN DE CINTA

12 de marzo de 2003

[Ruido de tráfico]

Por donde voy, va el miedo a cuestras.

Siempre lleva el miedo encima. Como si fuera una mochila.

O un saco.

[Aparte]

Mierda.

[Niño de fondo]

¡Mirad aquel borracho! ¡Se va a quedar sin...

[Bocinazo]

...como no vigile!

[Risas de fondo]

Si cierras los ojos, me verás: aquí, en tus sueños.

Vale. Si queremos saber quién es, tenemos que soñar. Pero ¿quién lleva un saco, y está relacionado con la noche y los sueños?

[Cambia de voz]

Si no te portas bien, vendrá el Hombre del Saco...

Capítulo 10

El relato de Angela

Transcripción de la cinta n.º 3

La semana siguiente, después de que reabriesen el colegio aunque siguiera sin aparecer la segunda niña y no se hubieran descubierto pistas sobre el culpable de lo que el jefe de la policía local calificaba de «crímenes rastros» (palabra que la niña oía por primera vez, y que le sonaba a «rastros», como un recordatorio más de lo que había descubierto en el establo), Edra tuvo que ir al hospital (doscientos sesenta kilómetros de carretera) para una operación. La vesícula biliar. Nada grave, aseguró Jacob a la niña. A Edra no le perjudicaría que se la extirpasen; cosa que, de ser cierta, despertaba en la niña la pregunta de por qué Dios nos dio vesículas biliares.

Como el viernes se llevan a Edra al hospital, Jacob y la niña se quedan solos en la granja hasta el domingo que, si todo va bien, es cuando la volverán a traer. El viejo y la niña tienen todo el fin de semana para los dos.

Aunque a la niña le encante la idea de recibir en exclusiva los cuidados de Jacob, también le da un poco de miedo pasar de tres a dos. Se pregunta si la cuerda invisible que les convertía en una familia no era también como un conjuro, como un campo de fuerza que impedía entrar al hombre malísimo que hace cosas malísimas. La ausencia de Edra podría abrir una puerta. La niña está dispuesta a guardar un horrendo secreto por el bien de sus padres adoptivos; está dispuesta a enterrar a alguien de noche y a sufrir las pesadillas consiguientes, pero

no está tan segura de poder cerrar la puerta al Hombre del Saco una vez abierta.

Pronto, cada mirada y cada gesto de la niña traslucen sus preocupaciones. Por mucho que se esfuerce en mantener oculto el peso que lleva encima, su inquietud es como un libro abierto. Jacob la conoce demasiado para no darse cuenta. Cuando le pregunta qué le pasa, no hace falta ningún otro detonante para desencadenar una explosión de llanto.

La niña se lo cuenta casi todo. La existencia de un hombre malísimo que hace cosas malísimas, que antes sólo vivía en sus sueños, pero que ha cobrado forma en el mundo real. Su convicción de que es el mismo hombre que se ha llevado a las dos niñas del pueblo, sólo porque eran de la misma edad que ella y se le parecían.

Lo que no le cuenta es qué encontró en el establo, ni qué hizo con ello.

Cuando la niña acaba de hablar, Jacob guarda un largo silencio. Al final encuentra las palabras que busca, y la niña espera oír que lo que dice es imposible, pero se lleva una sorpresa.

–Yo también le he visto –dice el viejo.

La niña no sale de su asombro. ¿Cómo era? ¿Dónde le vio Jacob?

–No puedo describirle, como no puedo decir qué forma tiene el viento –contesta el viejo–. Lo he sentido. Se movía por la casa como si lo que busca estuviera dentro, pero él no pudiera entrar. Todavía.

Tal vez fuera mejor ir a su encuentro. ¿Qué sentido tiene arriesgarse a que el Hombre del Saco le haga daño a otra niña, si sólo la busca a ella? O a Jacob y Edra, que aún sería peor.

–No hables así –le implora Jacob–. Ni se te ocurra, ¿me oyes? Mientras yo viva, no te cogerá. Y cuando yo ya no esté, tienes que seguir resistiendo. Prométemelo.

La niña se lo promete, pero ¿qué pueden hacer? No se le ocurre ninguna manera de luchar contra él. ¿Cómo matar algo que ya está muerto?

–Yo no sé si está vivo o muerto, pero creo que puedo decir quién es.

Jacob sujeta firmemente a la niña por los hombros, como si quisiera impedir que se cayese.

–Es tu padre –dice.

El domingo, como Jacob no iba a buscarla, Edra volvió del hospital en taxi y se encontró la granja vacía. Con la puerta trasera abierta de par en par. No se podía saber si había entrado o salido alguien. Hacía veinticuatro horas que todo el condado estaba cubierto por un metro de nieve, una tormenta de noviembre que anunciaba la llegada del invierno. Cualquier posible huella, colmada y esculpida en montoncitos.

Cuando llega la policía, Edra está desesperada por que busquen a la niña. No tienen que ir muy lejos. Está acurrucada en una esquina de la última casilla del establo. Ojos vidriosos, piel azul. Temblando por la hipotermia de toda una noche a la intemperie con temperaturas mínimas de diez bajo cero.

Le preguntan por Jacob. Su única respuesta es caer en la inconsciencia. Al principio se le calculan un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir. Le amputan tres dedos de los pies, ennegrecidos por la congelación. Mientras duerme, le hacen un escáner del cerebro para saber qué partes han muerto por falta de oxígeno.

Pero la niña no se muere.

Al día siguiente vuelve en sí, pero sólo habla con Edra, y no de lo que ha pasado durante los últimos días. Edra actúa como filtro entre la niña y la investigación, anteponiendo la necesidad de protegerla a la preocupación por su marido. La policía se queda sola en su búsqueda de Jacob.

Una vez comprobado que la camioneta de Jacob estuvo aparcada todo el fin de semana en el patio y que dentro de la casa no hay rastros de pelea ni de nota de suicidio, el bosque que delimita los campos, y que se extiende casi mil kilómetros hacia el norte, hasta el Escudo Canadiense, se convierte en el principal foco de la investigación policial.

La nieve que dejó la tormenta dificulta las pesquisas. Desde los helicópteros casi sólo se ven árboles brotando de un manto blanco. Tras correr cien metros por el bosque, los perros

que siguen el rastro de Jacob se limitan a hundir el hocico en la nieve, y se los tienen que llevar a rastras los cuidadores, gañendo. El cuarto día se rebaja el grado de urgencia de la búsqueda: de operación de rescate a recogida de pruebas. Si Jacob está en algún punto de aquel bosque interminable, no hay ninguna esperanza de encontrarle vivo.

Hacen falta dos semanas más de clima templado para que se derrita bastante la nieve, dejando a la vista el cadáver de Jacob. A seis kilómetros de la granja. Boca abajo, con los brazos abiertos. Sin heridas, a excepción de los cortes en la cara y los brazos que le hicieron las ramas al correr. Los pies descalzos, sólo con calcetines, y ninguna prenda de abrigo. (Sus botas y su abrigo estaban en la casa, en el lugar de costumbre.) Causa establecida del fallecimiento: exposición a la intemperie tras caerse de agotamiento. Al forense le deja atónito que alguien de la edad de Jacob fuera capaz de llegar tan lejos. Seis kilómetros corriendo por el bosque, de noche y en plena tormenta. Sólo podría hacerlo alguien en un estado de pánico mortal.

Lo que ya no estaba en manos del forense, ni en las de su equipo de investigación, era responder a las preguntas que se derivaban. ¿Qué hacía Jacob, perseguir o huir? Si era el perseguidor, ¿qué podía hacer que se internase por el bosque con aquella ropa, durante la peor nevada del año? Y si era el perseguido, ¿qué podía aterrorizarle hasta el extremo de correr tan lejos como para llegar a caer y morir sin que nadie ni nada le pusiera la mano encima?

La policía estuvo de acuerdo en que, si Jacob había sido asesinado, era el crimen perfecto. Ni un solo sospechoso. Ni un solo testigo. Ni una sola huella, todas colmadas por la nieve. Ni una sola arma de la que se tuviera constancia, aparte del frío.

Sólo la niña conocía (o podía conocer) lo sucedido durante el tiempo en que ella y Jacob habían estado solos en la granja, pero no dijo nada, por mucho que se lo preguntasen.

El shock, decían los médicos. Traumatismo emocional extremo. Le corta la lengua a los niños como el más afilado cuchillo. Ahora ya es inútil, concluyeron. Hacerle preguntas a

esta pobre niña sería como preguntarles a los árboles del bosque de Jacob qué vieron.

La niña oía todo lo que decían de ella, aunque se hiciera la sorda. Resolvió que hay cosas de las que no se puede hablar. Aun así, decidió plasmar lo que sabía de otra manera que hablando. Lo escribiría. Más tarde, cuando fuera mayor e independiente, contaría la verdad, aunque sólo fuera para sí misma.

Precisamente aquí, en las páginas de este libro.

Hasta sabe el principio.

«Érase una vez una niña perseguida por un fantasma...»

Capítulo 11

«Miedo en la ciudad», dice el titular del *National Star* del día siguiente, y no exagera, al menos en mi caso. El artículo en sí es de los que se escriben «en la calle», recogiendo el sentir de la población; un simple refrito de lo que ya se sabe sobre las dos víctimas recientes: ninguna relación entre ambas, sin antecedentes penales conocidos, señales de agresión sexual ni robo de objetos de valor que llevaran encima. De hecho, no hay motivos para atribuir sus muertes al mismo asesino. A esta exposición le siguen entrevistas con vecinos del barrio que reconocen que no piensan salir de noche «hasta que hayan pillado al bastardo retorcido que es capaz de algo así». Leo el artículo hasta el final, para ver si menciona el poema encontrado junto al cadáver de Carol Ulrich, pero parece que Tim tenía razón. Se lo han cargado en dirección.

Lo más inquietante de todo el artículo posiblemente sea esto: el resumen de los testimonios oculares y de las llamadas anónimas recibidas por la policía. Uno de ellos dice que era un hombre blanco, calvo y bien vestido. También se habla de dos hombres negros, uno con dientes de oro y gorra de los Raiders y el otro con el pelo gris, de aspecto bondadoso, «a lo Denzel Washington». Una pareja de hombres de pelo rizado que «podrían ser gemelos». Una mujer mayor, portuguesa, de luto.

«La gente ve asesinos en cualquiera que se siente a su lado en el metro», señala un policía.

¿Por qué no? Podrían serlo.

El recorrido matinal a pie por la Ciudad del Miedo confirma que los tres millones de corazones que laten a mi alrededor de camino al trabajo se han oscurecido de preocupación. Los dispensadores de periódicos demuestran que la competencia del *National Star* también se ha decantado por el alarmismo. La prensa sensacionalista se reafirma en su histeria de siempre, publicando una foto de Carol Ulrich al lado de otra de Ronald Pevencey bajo el titular: «¿Será usted el siguiente?». Pregunta en la que es imposible no pensar un poco. Estas caras en primera plana las ve toda la gente que baja del tranvía o sale por la boca del metro, y se ve a sí misma en ellas. No son gánsteres imperturbables, ni pandilleros juveniles (de los que no podían acabar de otra manera), sino caras de personas cuyo principal objetivo era evitarse problemas. Es la seguridad en la que confiamos casi todos: ser de la mayoría que nunca se lo busca; pero, al mismo tiempo, todos sabemos que esa seguridad suena cada vez más hueca. El miedo siempre existe, buscando una vía hacia la superficie.

Hagamos lo que hagamos para no destacar, a veces el Hombre del Saco nos encuentra.

El Quotidian Award, más conocido por el cariñoso apodo de Dickie, es el segundo premio literario mejor dotado del país, honor debido a Richard *Dickie* Barnham, un ministro presbiteriano que al jubilarse se entregó con entusiasmo a la escritura de memorias donde narra las modestas excentricidades de su pintoresca rectoría de Ontario, y que, por otra parte, ganó doce millones en la lotería un año antes de morir. Actualmente el Dickie se otorga a la obra narrativa que «mejor refleje las tradiciones de la vida familiar canadiense», lo cual explica que sus ganadores formen un grupo caracterizado por la discreción y la insipidez militante. Un lluvioso desfile de granjeros impasibles y viudas de pescadores.

Resulta que también es uno de los acontecimientos sociales de la temporada. Ser invitado al Dickie equivale a ingresar

en la élite del país, un quién es quién de filántropos de club de campo, presentadores de la tele y grandes empresarios. El presidente del *National Star* nunca se lo ha perdido. Es una de las razones de que cada año aparezcan en primera plana una foto del ganador y una descripción extasiada del menú y los vestidos de las mujeres.

Ahora ni siquiera me barajan para este tipo de encargos. En mi época de comentarista literario ya preferían mandar a una de las chicas monas de la sección de Estilo, capaz de reconocer no sólo a los famosos, sino a los diseñadores de los trajes. Sin embargo, este año el reportero en quien pensaban se ha puesto enfermo cuatro horas antes de la fiesta, y como la jefa de redacción estaba fuera de la ciudad, en uno de sus retiros para ejecutivos, le tocó elegir una alternativa de último minuto al director de Actualidad, que me lo propuso a mí. Y acepté.

El pase de prensa me permite acudir con un acompañante. Lo más sensato sería ir solo, escribir el artículo que quieren y estar en la cama a medianoche, pero llamo a Len.

—Podrías pasarle tu manuscrito a alguien —le digo.

—¿Tú crees?

—Estarán todos los editores de la ciudad.

—Bueno, igual un par de cuentos —decide al cabo de un momento—; algo que me quepa debajo de la americana.

Entre que alquilo un esmoquin y voy en taxi a recoger a Len (que también se ha puesto un traje de etiqueta, aunque más apropiado para alguien un palmo más bajo y quince kilos más delgado que él), llegamos al Royal York justo a tiempo para la última mitad del cóctel.

—¡Mira! —susurra Len al ir hacia el salón Imperial—. ¡Es Grant Duguay!

Al seguir la dirección de su índice, reconozco al maestro de ceremonias del acto. El mismo maniquí acartonado con sonrisa de vendedor de coches de segunda mano que presenta *Canadian MegaStar!*

—Sí que es él, sí.

—¿Y aquélla? ¡Rosalind Canon!

—¿Quién?

Len me mira para comprobar que hablo en serio.

—La de la presentación de *Brain pudding*. La que ha cobrado medio millón por su primera novela.

Le pido que me la señale, y sí, efectivamente, es la misma chica calladita, que ahora está dando la mano a todos los cultu-rócratas y todas las señoras bien que se le acercan. Aunque esté en la otra punta de la sala, leo en sus labios una y otra vez el mismo «gracias» serio en respuesta a las felicitaciones. Me dan ganas de decirle lo mismo a alguien. Tendré que conformarme con uno de los camareros que circulan.

—Gracias —digo cogiendo dos martinis de la bandeja, uno con cada mano.

Nos sentamos en la mesa de la prensa antes de que lleguen los demás plumíferos. Así puedo ponerme entre los pies una de las dos botellas de vino de la mesa, por si más tarde, en algún momento crítico, no anda cerca el camarero. Luego sube al estrado el de *MegaStar!* y dice algo de que se lo debe todo a la lectura, lo cual parece sensato, ya que a un analfabeto le sería difícil usar el *teleprómpter*. A continuación, mientras empiezan a servir la cena, desfilan por el escenario todos los escritores nominados para hablar de la génesis de su obra. La botella de mis pies dura menos que el tartar de caribú.

Es absurdo, y lo sé. Es superficial, infundado, y en general no habla muy bien de mi forma de ser. Porque yo no he publicado ningún libro. Ni he escrito ninguno. Ni tengo nada en la cabeza que pueda convertirse algún día en un libro. Sin embargo, en honor a la mayor de las franquezas, diré lo que pienso en el salón Imperial, con un esmoquin que me pica, viendo hacer reverencias a los galardonados en respuesta a los aplausos.

«¿Y por qué no yo?»

Suerte. Influencias. Marketing. Tal vez tengan todo eso de su parte, pero siempre hay algo más: una manera atractiva de ordenar las cosas, con principio, desarrollo y final del relato.

¿Y yo? Yo sólo tengo lo mismo que la mayoría de la gente, el lío indescifrable de una vida que se está viviendo.

Para pensar en otras cosas, me inclino hacia Len y le cuento lo del poema secreto del asesino. Abre los ojos como platos. Me animo y le expongo mi interpretación del significado de los versos, incluida la pista inverosímil sobre la identidad de la persona que lo ha escrito.

—¿Tú crees que hay alguna relación? —pregunta Len, secándose el sudor del labio.

—Yo creo que es coincidencia.

—Espera, espera —Len toquetea los cubiertos de delante, como si representaran sus pensamientos—. Si tienes razón, el que hace todas estas cosas o es de nuestro círculo o se ha leído el relato de Angela.

—No. El nombre de Hombre del Saco se lo puede poner cualquiera. Además, en el poema no sale ningún nombre. Sólo es una teoría.

—Pues mi teoría es que es William.

—Para el carro, que no...

—¡Venga, hombre! ¿Un niño que destripa gatos y caballos para divertirse? En el fondo nos está diciendo de qué es capaz.

—Len, que es un relato.

—Hay relatos verídicos.

—Si por escribir narrativa sobre asesinos en serie ya eres sospechoso de asesinato, aquí, a diez manzanas a la redonda, habría como cien tíos locos interesantes para la policía.

—Bueno... bueno, pero... —dice Len, mordiéndose el labio—. Me gustaría saber qué le parecería a Angela...

—No se lo puedes comentar a nadie.

Se queda alicaído. Tiene en sus manos una historia de terror verídica, y no le dejan sacarle jugo.

—Lo digo en serio, Len. Sólo te lo he contado porque...

¿Por qué? Los martinis tienen su parte de culpa, y supongo que he querido impresionarle. Soy periodista en un periódico de verdad. Sé cosas. Pero creo que lo principal es que tenía ganas de entretener al grandullón.

—Porque me pareces una persona de fiar —digo al final, terminando la frase de la que Len estaba pendiente.

Él aparta la vista, claramente emocionado por el cumplido.

Después del postre, el de *MegaStar!* da el nombre del ganador. Me voy nada más apuntarlo.

—Me marcho, Len. Lo tengo que escribir en un pispás.

Len mira mi pastel de queso con jarabe de arce intacto.

—¿Te lo vas a comer?

—Todo para ti.

Le aprieto el hombro al levantarme de la mesa; y aunque él sonría en agradecimiento, la verdad es que si no me hubiera cogido a Len me habría dado de bruces con la bandeja que pasa, llena de galletas *shortbread* en forma de castor.

Después de un par de horas machacando teclas en mi portátil, y manteniendo la concentración a base de Manhattans del Library Bar, salgo a la calle Send y empiezo mi larga y precaria vuelta a casa. No es fácil. Mis piernas no me obedecen, las muy vagas. Se enredan entre sí, y de repente se lanzan contra las paredes o los parquímetros. Tardo media hora para dos manzanas. Al menos parece que los brazos sí que me responden. Uno se aferra a una farola y el otro detiene un taxi.

Bajo la ventanilla a pesar del frío, mientras el taxista deja atrás como un cohete los clubs nocturnos de la calle Richmond, que hasta estas horas de la noche no empiezan a desalojar a teleoperadoras sudorosas, administrativas y dependientes venidos al centro para pulirse media paga semanal en entrada, parking y media docena de vodkas con limón. Saco el codo y dejo que se me adormezca la cara con el aire. El sueño se me enrosca poco a poco, desde las plantas de los pies.

Sin embargo, lo interrumpen las palabras de un locutor de noticias en el altavoz de detrás de mi cabeza. Subo la ventanilla para oírlo: tercera víctima en una escabechina que la policía persiste en no atribuir públicamente a un solo asesino. Al igual que en los casos de Carol Ulrich y Ronald Pevenney,

el cadáver ha aparecido descuartizado. Otra mujer, cuyo nombre no han revelado todavía los investigadores. Lo desconcertante es que sólo hace un día que llegó de Vancouver. Nadie le conoce ninguna relación con las primeras dos víctimas. Es más: la policía aún no tiene claro si conocía a alguien en la ciudad.

Justo al final de la noticia dan un detalle que me deja más helado que si me llevaran a mi casa atado a la baca del taxi.

El cuerpo de la víctima ha aparecido en el parque de la esquina de mi casa. El parque adonde llevo a Sam.

Y no en un sitio cualquiera, sino en el cajón de arena.

—Ocho cincuenta —dice el taxista.

—Ah, ya estamos. Claro. Le tengo que pagar.

—Es como funciona.

Mientras me estiro en el asiento trasero, gruñendo al sacar la cartera, el taxista me informa de que ha enloquecido toda la ciudad.

—Los críos van al cole con pistolas. Los polis se dejan sobornar. ¿Y la droga? Ahora venden mierda que convierte a la gente en robots, robots que te clavan una navaja en la barriga por calderilla.

—Ya lo sé.

—Y ahora este cabrón que no está bien de la chaveta, con perdón, deja a tres personas hechas picadillo en tres semanas. ¡Tres semanas! ¿Qué pasa, que no tiene vacaciones?

Le doy un trozo de papel que, con la oscuridad y lo borrosa que tengo la vista a causa de los Manhattans, podría ser un billete de veinte dólares o un resguardo de la tintorería. Sea lo que sea, parece que se conforma.

—Llevo ocho años trabajando de noche —dice, mientras empujo la puerta con el hombro y me derramo por la calle—, pero es la primera vez que tengo miedo.

—Pues cuídese.

Me pega un repaso.

—¿Sabe qué le digo? Que a ver si se cuida usted.

Vejo alejarse el taxi por Euclid hasta que sus luces de freno se encogen y desaparecen. Nieve flotando bajo las farolas, sin caer ni subir.

En el momento siguiente tengo la certeza de que no puedo girarme, al menos si quiero mantener la ilusión de que estoy solo. Por lo tanto, subo por la calle y me tambaleo hacia mi puerta. Entonces veo que alguien ha hecho el mismo recorrido.

Huellas de botas. Como mínimo dos números mayores que las mías. Cruzan el cuadradito de césped y se internan por el estrecho paso que hay entre nuestra casa y la de al lado.

Al menos es el camino que creo seguir yo. Cuando miro hacia atrás, el polvillo de nieve ya ha borrado todas las huellas, tanto las mías como las de las botas. Siempre llevo el miedo encima.

Podría sacar las llaves, abrir la puerta delantera y no ser tan asustadizo, pero hay algo que me impulsa a seguir por el pasillo sin luz entre las casas. Si existe algún peligro, mi deber es plantarle cara. Por inestables que sean mis pasos. Por mucho miedo que me dé.

Pero aquí dentro está más negro que la noche. Una franja de cielo a seis o siete metros de mi cabeza es la única vía de entrada para la luz de la ciudad. El pulso se acelera tan rápido que me duele el corazón. Cada mano en un muro de ladrillo, para que no me encierren las paredes. Sólo son diez metros, pero el espacio del fondo que es nuestro jardín hace que parezca el triple. Y de subida.

Junto con otra impresión, la de que por aquí ha pasado alguien hace poco.

Acecho en las oscuras callejuelas.

Al salir pego la espalda a la pared trasera. Ramas de árboles perennes saliendo de la nieve como dedos esqueléticos. El viejo cobertizo que siempre he querido tirar se apoya en la valla para no caerse, como yo en el muro.

Camino de lado hasta el porche. La puerta corredera de cristal está cerrada. Luz de tele en la sala de estar. Un publibreportaje que muestra la increíble utilidad de un aparato para

cortar en rodajas y en dados. Será que estoy borracho, o serán las imágenes reconfortantes del anuncio, pero durante un momento me retiene algo y me quedo mirando mi casa a oscuras, los muebles que no hacen juego, la alfombra gastada y las estanterías demasiado repletas, como si fueran de otra persona. Podrían serlo.

Si no fuera porque hay alguien en la sala de estar.

Sam. Dormido, con un cómic de *Los cuatro fantásticos* abierto sobre las piernas, cogiendo la tapa con la mano. Emmie le ha dejado trasnochar, y ella se ha acostado en el dormitorio de invitados esperando mi llegada. Al mirar a mi hijo detecto inquietud en su postura, resistencia al sueño. Pesadillas. Y vuelve a dolerme el corazón.

Aparto las manos del cristal donde estaban apoyadas. Busco las llaves de la casa en el bolsillo y, justo al encontrarlas, encuentro algo más que me deja de piedra.

Huellas de otras manos en la puerta corredera, encima de las mías. No se veían hasta que me he apartado del cristal y la condensación de mi aliento las ha dibujado en plata. Diez yemas y dos manchas de palmas que, cuando aplico mis manos, las sobrepasan dos o tres centímetros en todas las direcciones.

Ha estado aquí.

Mirando mi casa como la miro yo y calculando lo fácil que sería entrar. Estudiando con sus ojos a mi hijo dormido.

Esta vez, al apartarme de la puerta corredera, mis manos manchan el cristal borrando las marcas del otro. Otras huellas de bota colmadas por la nieve. Una intuición desencaminada. Un fruto dudoso de mi mente no creativa.

Sin embargo, por muy racionales que parezcan estas explicaciones, no me las creo ni remotamente.

–Tengo curiosidad –dice la jefa de redacción, componiendo una expresión que se aproxima a la curiosidad sincera–. ¿Cómo se le ocurrió escribir esto?

Es la mañana siguiente. Ha puesto encima de su mesa la portada del *National Star* de hoy. Mi firma al pie del principal artículo. «Grandiosa gratificación para un ganador engolado.»

—¿Se refiere al titular? —digo yo—. Siempre me han podido las aliteraciones.

—Me refiero al artículo en sí.

—Supongo que me pareció que necesitaba un poco de color.

La jefa de redacción baja la vista hacia el periódico y lee en voz alta algunas de las frases que ha resaltado.

—«Un acto interrumpido por las toses del público, que no podía respirar de tanta hipocresía.» «Si alguien se merecía un premio era el jurado, por conseguir leer la lista.» «Hay menos ironía en los diez últimos ganadores del Dickie que en el hecho de que el presentador de un programa televisivo de lo más deleznable glosara las virtudes de la lectura.» No hace falta que siga.

Levanta la vista de la página.

—¿Color, Patrick?

Busco alguna manera de pedir disculpas, porque la verdad es que lo siento y dispongo de más de una excusa en apoyo de mi arrepentimiento. Mi luto, que parece que lo convierta todo en algo peor. Un bloqueo insuperable de escritor. Un monstruo rondando mi casa.

—Últimamente estoy un poco raro —digo.

—¿Ah, sí?

—Tengo la sensación de que se me escapa todo de las manos, pero no me lo puedo permitir. Tengo un hijo, que aún es pequeño y sólo me tiene a mí para...

—¿O sea —me interrumpe la jefa de redacción, poniendo un dedo en mi artículo—, que esto se puede interpretar como un grito de auxilio?

—Sí, supongo que en cierta manera sí.

Coge el teléfono.

—¿A quién llama?

—A seguridad.

—No hace falta.

—Ya lo sé. Es que me gusta la idea de que le acompañen hasta la puerta.

—¿O sea, que ya está?

—Efectivamente.

—¿Cambiaría algo si le digo que lo siento?

—En absoluto. —Levanta un dedo para hacerme callar—. Por favor, ¿podrían sacar del edificio a Patrick Rush? Exacto, prohibición permanente de entrada. Gracias.

La jefa de redacción cuelga y me sonrío, aunque en realidad no es una sonrisa. Son los dientes que se enseñan los perros para mostrar su disposición a sacarse mutuamente las tripas.

—¿Y qué, cómo anda la familia, Patrick?

Capítulo 12

Aunque ahora tengo mucho tiempo libre, mi última entrega para el círculo no es mejor que las anteriores. Cuatro días de paro a tutiplén y sólo me sale una especie de lista de quehaceres estirada en frases completas. Patrick hace la siesta. Patrick va a buscar algo que se había olvidado en la tintorería. Patrick se calienta una lata de sopa para comer. Si lo ambientase en alguna guerra, o en la Depresión, y lo alargase cien mil palabras, me presentaría al Dickie.

Aun así, voy nervioso hacia Kensington, con ganas de llegar, entre señales de invierno en retirada, una tarde de marzo casi despejada que hace todo lo que está en su mano para elevar la temperatura por encima de cero. Un expreso doble de camino me ha dado una inyección de esperanza. Recordatorio caféinico de que no está todo tan negro.

Para empezar, Sam se tomó mi despido todo lo bien que se podía esperar de un niño de cuatro años. Él no entiende de dinero. Ni de hipotecas. Ni de perspectivas laborales para escritores en paro. Pero parece que ve capaz al bueno de su papi de sacarse un par de conejos de la chistera, si se lo propone de verdad.

La otra buena noticia es que he tenido éxito en disuadirme a mí mismo de las teorías del Hombre del Saco. Mi alejamiento de la redacción, y de las truculentas exclusivas de Tim Earheart, han suavizado mi paranoia. A la luz del día, mis pruebas de que existe un vínculo entre el relato de Angela y los asesinatos de Carol Ulrich, Ronald Pevencey y la mujer

anónima de Vancouver se quedan en poco. La interpretación abusiva de un poema de cuatro versos. Cadáveres aparecidos en la playa y en un cajón de arena. Huellas de manos en un cristal. Nada más. Curiosidades que sólo es posible enlazar con una lógica muy elástica, dejando en pie preguntas de gran importancia. ¿Qué sentido tiene que alguien del Círculo de Kensington se vea incitado a asesinar brutalmente a gente que no conoce de nada? Aunque haya un Hombre del Saco salido de las páginas del diario de Angela, ¿qué podría querer de mí?

La reunión de esta noche es la última. Cuando salgamos del frío apartamento de Conrad White, cada uno se irá por su camino, fundiéndose con la ciudad, y engrosaremos las filas de los novelistas sin declarar, los poetas secretos y los cronistas de armario. Las rarezas que pueblan mis sueños desde la primera vez que oí contar a Angela su historia de una niña perseguida desaparecerán. Y yo me alegraré. Soy tan amante de los cuentos de fantasmas como el que más, pero, tarde o temprano, tienes que despertarte y volver a la cotidianidad, al mundo en que las sombras sólo son eso, sombras, y la oscuridad, simple falta de luz.

Hacemos la última ronda del círculo, y me sorprende comprobar que estamos algo mejor que al principio. La rata de Ivan, por ejemplo, ha madurado como personaje. Su estilo desprende una melancolía que no recuerdo en la primera tanda de lecturas. Incluso Len ha revisado un poco sus cuentos de terror, que no son tan repetitivos desde que su autor se ha dado cuenta de que no hace falta sacarles el cerebro absolutamente a todas las víctimas de un ataque zombi para que comprendamos qué impulsa a los no muertos.

Durante la sesión me fijé especialmente en Conrad White, buscando indicios que puedan confirmar su relación con Evelyn, pero el viejo asiste a su lectura con la misma mirada de benevolencia que a todas las demás. Tal vez sólo sea una atracción en el sentido opuesto. De todos modos, no me parece que

Evelyn sea su tipo. A la «chica perfecta» de *Jarvis and Wellesley* me la imaginaba más dulce, desamparada e inocente (aunque fuese una inocencia fingida). Alguien que pensara menos y sintiera más. Alguien como Angela.

Si en algún miembro del círculo se fija especialmente Conrad White durante la reunión, es en ella. Creo que hasta le sorprende mirándola durante la lectura de Len, aprovechando que está de perfil y puede observarla sin ser visto. La expresión de Conrad no es de deseo. Angela tiene algo que ya ha visto, o al menos imaginado. Le sorprende, y es posible que hasta le asuste un poco.

Un segundo después es él quien sorprende mi mirada.

Es cuando me parece verlo; no puedo estar seguro, y menos con esta luz, pero, en el momento en que me pasa por encima la mirada de Conrad, intuyo que su mundo también ha recibido la visita del Hombre del Saco, como el mío.

Llega el turno de Angela. Se disculpa por no haber traído nada nuevo esta semana. Gemidos de decepción generales. Nos quejamos en broma de que ya no sabremos cómo murió Jacob, qué pasó de verdad mientras estaba Edra en el hospital y quién era el Hombre del Saco. Conrad White le pregunta si ha hecho algún cambio en el borrador, y ella reconoce que no ha tenido tiempo. Al menos es lo que nos dice. Para mí que nunca ha tenido la intención de revisar nada. No vino al círculo para que le dieran consejos, sino para compartir su relato con otras personas. Sin público, la niña, Edra, Jacob y el hombre malísimo que hace cosas malísimas sólo son palabras muertas en la página. Ahora viven dentro de nosotros.

A continuación, hacemos todo lo posible –repetir comentarios anteriores, pedir otra pausa para fumar–, pero aún queda tiempo para que lea William. Estaba sentado en la silla que queda más cerca de la puerta, a uno o dos metros de los demás. Casi hemos logrado olvidar su presencia, pero, ahora que Conrad White le ha dado paso, se inclina hacia delante y se le refleja en los ojos la luz de las velas, como si salieran de detrás de una cortina de terciopelo.

Su lectura vuelve a ser brutal, pero afortunadamente no tan larga. Otra página en el verano perdido de un niño despellejador de gatos. Esta vez, al niño le ha dado por espiar a su madre por la ventana de su dormitorio, mientras «se gana la vida». Observa «lo que hacen los hombres encima de ella, con los pantalones en los tobillos, y ve que sólo son animales». El niño no siente vergüenza ni asco, sólo claridad, «el descubrimiento de una verdad; una verdad que estaba oculta bajo una mentira repetida sin descanso». Si todos somos animales, concluye, ¿qué diferencia hay entre cortarle el cuello a un perro y hacerle lo mismo a uno de los hombres que van al dormitorio de su madre? Y, ya puestos, ¿qué diferencia hay en hacérselo con su madre?

En poco tiempo experimenta la necesidad de poner a prueba lo que era una simple reflexión. El niño se siente como «un científico, un astronauta, el descubridor de algo que nunca ha visto ni pensado nadie». Partiendo de la premisa de que todos somos seres con las mismas inclinaciones, la conclusión es que no valemos más que las hormigas «que pisamos adrede, desviándonos de nuestro camino». Él podría demostrarlo. Bastaría con hacer «algo que le hubieran enseñado que estaba muy, muy mal». Si después de eso seguía siendo el mismo, si no cambiaba nada en el mundo, tendría razón. La idea «le entusiasma de la misma manera, supone, que a los otros niños del colegio la de besar a chicas. Pero él no pensaba en eso, ni muchísimo menos».

William se apoya en el respaldo, y se le vuelven a apagar las luces de los ojos. Hasta ahí llega el relato. Esta vez me toca a mí el primer comentario. Normalmente se me dan muy bien las reflexiones vacuas, pero en este caso me he quedado sin palabras.

—A mí me da la sensación de estar muy cerca de la superficie —consigo decir finalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me produce una sensación muy real, supongo.

—¿Qué es una sensación real?

–La que tenemos ahora mismo.

–¿Qué hace? –dice una voz femenina.

Todos nos giramos hacia Angela. Tiene la vista clavada en la oscuridad donde está sentado William.

–El niño. ¿Pone en práctica su... experimento?

De pronto William hace un ruido que inmediatamente lamentamos todos haber oído. Se ríe.

–Te la enseño si tú me la enseñas –dice.

Al final, Conrad White nos sugiere ir a «la cervecería que haya más cerca» para celebrar nuestros éxitos. Nos decidimos por Grossman's Tavern, un blues bar de la calle Spadina donde no he estado desde antes de licenciarme. Casi no ha cambiado. El grupo de la casa tocando en un rincón, los tranvías rayando de rojo el ventanal... Juntamos unas cuantas mesas y pedimos jarras, todos algo nerviosos ante la perspectiva de no hablar de nuestros relatos, sino de nuestras personas, lo cual, aunque en la mayoría de los casos se parezca, no es lo mismo.

La cerveza ayuda. También la ausencia de William, que al salir a la calle se ha ido en dirección contraria. Casi resulta inimaginable saber qué haría en un ambiente social, si se comería o no las palomitas acartonadas que nos trae la camarera y cómo levantaría los vasitos de cerveza de barril hasta ponerlos en contacto con los labios, dentro de su barba.

Mientras cavilo sobre ello, me interrumpe Len gritando en pleno solo de T-Bone Walker, reproducido nota por nota:

–Cuéntaselo, Patrick.

–¿Perdón?

–El poema. Diles lo que me explicaste. Sobre el Hombre del Saco.

Todo el círculo me mira. Len da brincos en la silla como un mono a la hora de comer.

–Es un secreto, Len.

–No, ya no. ¿No has leído el periódico de esta mañana? Creo que es donde trabajas.

–Trabajaba.

–Anda... Vaya, qué lástima... A mí me encantaba lo del Teleadicto.

–Te lo agradezco mucho.

–¿Sabes el poema, el que encontraron al lado del cadáver de Ulrich? Pues hoy lo han publicado.

Yo no estaba al corriente de la victoria de Tim Earheart, porque no he mirado el *National Star* desde que me despidieron. Significa que pueden darse dos cosas por seguras: una, que mi amigo ha salido a celebrar la exclusiva y que ahora mismo está por ahí pillando una buena turca. Dos, que la policía sigue tan lejos de encontrar al asesino como cuando le pidieron al periódico que retuviese el poema.

–¿Y la teoría del Hombre del Saco? –pregunta Petra mirándome primero a mí y después a Angela, que lleva un rato observándome con una intensidad que me pone nervioso.

–No es nada.

–¡Venga, si está muy bien!

Sigo negándome. De repente, Angela se inclina y apoya una mano en la mesa, con la palma hacia arriba, como si me invitase a poner la mía.

–Patrick, por favor –dice–. Nos interesaría mucho.

Así pues, se lo explico. A ella y a todos.

Mi interpretación del Hombre del Saco suena aún más ridícula al ser expuesta a gritos en un bar con todo el círculo inclinado para oírme; un grupo de una incongruencia cómica, que si entrases ahora mismo te preguntarías qué pueden tener en común sus miembros. El absurdo me facilita defenderme, consciente de que es una teoría con pocas posibilidades de ser cierta.

La pega es que los otros se la toman en serio. Aunque intente bromear, me doy cuenta de que les convengo. Se ve claramente por sus caras que han pensado cosas parecidas durante las últimas semanas. Han entrado en el bar creyendo tanto como yo en el Hombre del Saco.

Al acabar, pido perdón y me levanto para llamar a Sam. Le pillo de milagro, porque Emmie ya le estaba acostando. (Le doy

las buenas noches, y él pide creps para desayunar.) Al volver a la mesa, me encuentro al grupo hablando de problemas domésticos (a Petra le parece mentira lo caro que le ha salido cambiar el grifo del *jacuzzi*) y de deporte (Ivan defiende a los Leafs por haber vendido a aquel chico ruso tan alto que no sabe patinar). Más jarras. Cigarrillos en la acera. Una ronda a la que invito yo, obligado a beberme lo de Angela y Len porque ella aparta su vaso y Len me recuerda que es abstemio. (Lo recordaba, por supuesto; me ha parecido una buena manera de beber el doble.)

Pero aunque se pone todo cada vez más borroso, hay un par de episodios merecedores de atención.

En un momento dado, Len y yo nos quedamos solos en una punta de la mesa, y Conrad White y Evelyn en la otra. Susurran, con las caras a punto de tocarse. No, si al final habrá acertado Len... ¿No es lo que harían dos amantes después de un par de copas? Sin embargo, los secretos que se dicen tienen una gravedad y seriedad que no cuadran con ningún tipo de flirteo que conozca yo. Aunque tampoco es que sea un gran experto...

Me estoy sirviendo otro vaso sin dejar de observarles, cuando es Len quien se inclina para decirme un secreto en voz baja.

—Anoche me siguieron. Creo que fue el que tú ya sabes.

—¿Le viste?

—Más que verle, le sentí. Su... avidez, ¿me entiendes?

—La verdad es que no.

—No me lo creo.

—¿No? Mira, voy a decirte lo que pienso. Te estás tomando demasiado en serio mi interpretación del poema. Son tontearías. Lo decía en broma.

—Mentira. Además, yo sé lo que sentí. Era él.

—¿Quién?

—El coco.

—Mírame, Len. No me río.

—Sería lo que fuera, pero no era como tú ni como yo.

—Supongo que hablas de William.

—Puede que pensase que era William, pero sólo porque puede adoptar varias formas. Por eso no hay testigos. Piensa un poco. ¿Quién sabe qué pinta tiene el coco? Nadie. Y eso es lo que más miedo da.

Debo reconocer que las últimas palabras de Len me desazonan tanto que no estoy seguro de poder disimularlo. Pero lo que desmonta del todo mi apariencia de calma es lo siguiente que dice.

—Y no soy el único.

—¿Les has contado lo mismo a los demás?

—Me lo han contado ellos a mí.

—¿Y?

—Hace dos noches, Petra vio a alguien en el jardín de su casa —explica Len, acercándose tanto que ahora Evelyn y Conrad White nos miran—. La última semana, Ivan llevó un convoy a la cochera. Iba a toda pastilla, con todas las estaciones cerradas. En principio no tenía que haber nadie. De repente, al pasar por un andén, vio a alguien justo al borde, solo, como si fuera a saltar. Pero claro, no podía ser, porque de noche cierran todas las estaciones, y no era nadie de seguridad; no llevaba el típico chaleco fluorescente de los de mantenimiento. Al pasar de largo, Ivan intentó verle la cara, y ¿sabes qué dice? Que no tenía cara.

—Deberías pasarte una temporadita sin leer tantos cómics de *Historias de la cripta* —digo con una risa forzada, y entonces llegan los demás.

Len quiere seguir hablando, pero robo un cigarrillo del paquete que ha dejado Evelyn sobre la mesa y salgo sin darle tiempo.

Sólo al llegar a la calle y tratar de encender una cerilla con las manos temblorosas me permito pensar en el significado que pueden tener las revelaciones de Len. La primera posibilidad es que Len esté como una cabra. La otra es que diga la verdad. En el mejor de los casos, el relato del Hombre del Saco nos ha metido el miedo en el cuerpo. En el peor, es realidad.

Interrumpo mis cavilaciones al notar que no estoy solo. Es Petra. Detrás de mí, al otro lado de la esquina, hablando por el

móvil con cierta urgencia. Debe de haber salido antes, con los otros fumadores. Un poco raro, porque no fuma y siempre se queja del frío... Se cree que está sola.

Entonces llega el Lincoln. Uno de la flota de los Continentals negros que merodean por la ciudad trasladando a banqueros de postín y ejecutivos de altos vuelos entre sus despachos con vistas, sus amantes, la ópera y sus casas. Éste, concretamente, viene a buscar a Petra.

Cierra el móvil. Abren la puerta trasera desde dentro. Visión fugaz de cuero negro y un chófer con gorra al volante. Parece que Petra habla un momento con quien está sentado en el asiento de atrás. Reticencia visible en su fugaz mirada a la puerta de Grossman's. Le dicen algo desde el coche. Esta vez se monta en él. La limusina acelera por una callecita de Chinatown con la seguridad de un tiburón que se ha tragado entero a un pez más pequeño.

Lo que me llama la atención de todo el episodio es que Petra se haya ido sin despedirse; eso y su manera de subir al Lincoln como si no tuviera más remedio.

El resto de la última velada del Círculo de Kensington discurre por cauces previsibles. Más rondas, más cotilleo inevitable sobre famosos, y hasta algunas recomendaciones de libros léídos hace poco. El círculo mengua miembro a miembro, cada vez que alguien declara tener que levantarse pronto. Yo, recién liberado de cualquier obligación profesional, me quedo, por supuesto. Siguen apareciendo jarras, de las que me ocupo sin ayuda. Pospongo mi marcha hasta que me sorprende descubrir que Angela y yo somos los últimos que quedan.

—Parece que vamos a echar la persiana —digo ofreciéndole lo que queda de mi jarra.

Ella pasa una mano por encima de su vaso, como negativa.

—Tengo que irme a casa.

—Espera, que te quiero preguntar una cosa.

Lo digo sin saber cómo seguir. La repentina intimidad de estar sentado al lado de Angela me ha emocionado tanto que me cohíbo.

–Tu relato... es... fantástico –añado–. Quiero decir que me parece buenísimo. En serio.

–No es ninguna pregunta.

–Sólo estoy ganando tiempo. Me dijo mi psicólogo que una de las primeras señales del alcoholismo es beber solo. Fue la última vez que me vio, como comprenderás.

–¿Te puedo preguntar una cosa, Patrick?

–Dispara.

–¿Por qué crees que has sido el único del círculo que no tenía historia?

–Supongo que por falta de imaginación.

–Siempre podrías contar tu vida.

–Bueno, ya sé que desde fuera parezco fascinante, pero te aseguro que mi apariencia misteriosa encubre el aburrimiento personificado.

–No hay nadie aburrido. Al menos si escarbas un poco.

–Para ti es muy fácil decirlo.

–¿Por qué?

–Por tu diario. Aunque sólo sea verdad una décima parte, sigues llevándome kilómetros de ventaja.

–Lo dices como si fuera una competición.

–¿Ah, pero no lo es? –Oigo que mi voz chirría de autocompasión. No sirve de nada carraspear, pero ya no hay quien me pare–. A la mayoría de los grandes escritores les ha pasado algo, algo fuera de lo común. A mí no. Se me ha muerto alguien, vale; mala suerte, pero no es nada anómalo. Si lo que quieres es no tener problemas, perfecto; pero si quieres ser artista... entonces ya no tanto.

–Todo el mundo tiene algún secreto.

–Hay excepciones.

–O sea, que en tu caso ni sorpresas ni imprevistos, ¿verdad?

–Exacto. Soy lo que se ve al cien por cien.

Es un concurso de miradas. Angela no se limita a mirarme a los ojos, sino que mide la profundidad de lo que hay detrás.

–Te creo –dice finalmente. Se acaba los últimos dedos de cerveza de su vaso–. Por que alguna vez te pase algo.

Es tarde. El grupo ya guarda los instrumentos y el encargado nos mira de reojo con impaciencia, pero la intensidad velada de Angela tiene algo que me retiene, una insinuación de recovecos que ella casi me desafía a adivinar. Me recuerda lo mucho que necesito averiguar. Preguntas a las que no me había dado cuenta de dar vueltas desde la primera reunión del círculo. Al final sólo consigo expresar una.

—La niña... La del cuento... ¿Eras tú de verdad?

La camarera se lleva nuestros vasos vacíos. Rocía la mesa con vinagre y pasa el trapo. Angela se levanta.

—¿Has soñado alguna vez que te caes? —dice—. ¿Que te precipitas por el vacío, cada vez más cerca del suelo, pero que no te puedes despertar?

—Sí.

—¿La persona que se cae eres tú de verdad?

Casi sonrío.

Se pone el abrigo y sale. Pasa por la ventana sin girarse. Desde donde estoy sentado, sólo se la ve de hombros para arriba, como si fuese una aparición contra el telón de fondo de la noche. Una niña que baja la cabeza por el viento, alguien a la vez claramente visible y oculto que al irse deja ciertas dudas sobre su presencia.

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE DEL SACO

Capítulo 13

Mayo de 2007

Fin de semana del Día de la Reina Victoria

Es la cuarta entrevista en cinco horas, y ya no sé si hablo con coherencia. Alguien de la plantilla del *New Yorker*, para un perfil de dos mil palabras. Un equipo de documentalistas suecos. Los de *USA Today*, que quieren alguna «primicia» sobre mi próximo libro.

—Estoy jubilado —insisto yo, y el reportero sonríe como diciendo: «No, si te entiendo; a los escritores no nos gusta enseñar nuestras cartas».

Y ahora un chaval del *National Star* con intenciones corrosivas que adivino en cuanto se sienta delante sin mirarme a los ojos. Un apretón de manos fofo y gotas de sudor brillando en sus labios y mejillas. Le recuerdo vagamente: un corrector muy susceptible sobre su procedencia de Swift Current.

—Vamos a ver —dice, pulsando el botón de *record* de la grabadora que ha puesto en la mesa—. Lleva usted en la lista de libros más vendidos del *Times* de Londres desde la fecha de publicación. Ya han contratado la película, con reparto estelar. Y lleva seis semanas en la lista del *New York Times*. ¿Todo eso lo tenía planeado desde el principio?

—¿Planeado?

—¿Hasta qué punto era consciente con antelación de los factores de mercado?

—La verdad es que no me planteé...

—Tranquilo, no hace falta que se ponga a la defensiva. Yo creo que la narrativa barata siempre se merece un hueco.

–Muy generoso.

–Lo digo en el sentido de que su libro... serio, lo que se dice serio, no es.

–No, claro que no; si yo algo serio no lo reconocería ni en pintura.

El chaval resopla y cierra el bloc.

–¿Usted cree que se lo merece? ¿De verdad? ¿Se cree que lo que ha escrito...?

Hace una pausa para dejar caer mi libro encima de la mesa, como si acabara de darse cuenta de que tenía un zurullo en la mano.

–¿A usted le parece literatura, esto?

Sigue haciendo ruido con los labios, pero no sale ninguna otra palabra. Mientras le miro, el esfuerzo visible de buscar lo más cruel que es capaz de decir le arruga la frente en pliegues rojos. Por mi parte, contraigo los párpados y hago memoria teatralmente. Cuando me viene a la cabeza, chasqueo los dedos.

–Swift Current.

–¿Qué?

–Al principio no reconocía el acento, pero ahora estoy seguro. ¡Swift Current! ¡Qué sitio más emocionante para un niño! ¡Con tanta cultura alrededor!

Al César lo que es del César. El chaval se va hecho una furia, pero no tiene más remedio que volver para coger la grabadora, que le tiendo, todavía encendida, y entonces tiene la educación de decir gracias.

El caso es que el chaval tenía razón en preguntarme si me parece que me lo merezco, porque la respuesta es no. Mientras la relaciones públicas que me ha estado llevando en limusina por entrevistas en librerías y tertulias de la tele nos sirve a mí y a Sam más agua con gas, sólo siento el vacío del vampiro, de quien ha alcanzado la inmortalidad a un precio monstruoso.

—¿Estás nervioso, papá? —pregunta Sam.

«Más que nada, desacreditado. Desacreditado y arrepentido.»

—Un poco —digo.

—Pero es la última lectura, ¿no?

—Exacto.

—Pues yo de ti estaría nervioso.

Vemos pasar Toronto, conocida y nueva a la vez. Todas las ciudades norteamericanas en una. O una ciudad cualquiera. Aunque ésta resulta ser la mía. Dejando atrás el racimo de torres residenciales de cristal, la limusina cruza el puente del tren con destino a Harbourfront, donde en pocos minutos tengo que leer, yo, Patrick Rush, mi primera novela, que ha triunfado más allá de lo razonable.

Han pasado cuatro años desde que se reunió por última vez el Círculo de Kensington. Entonces era el único aspirante a narrador de todo el grupo sin nada que contar. No he vuelto a ningún taller literario o clase de escritura. Mi sueño de dar a luz una novela es cosa del pasado. Y yo contento. Liberado. Os aseguro que da gusto quitarse de encima el peso de una meta imposible, aunque no negaré que deja alguna que otra cicatriz.

Pero aquí estoy, viajando a los países a cuyas lenguas se han traducido mis palabras. Cenas y copas con famosos novelistas (no, «colegas») a quienes leí y admiré de lejos durante mucho tiempo. Invitaciones para publicar artículos de opinión en revistas de las que antes sólo recibía correo basura. Un salto de los que sólo se pueden calificar de «surrealistas» en una reseña para *Vanity Fair*, como hice yo.

Y todavía hoy, volviendo victorioso a mi ciudad, cumplido todo lo soñado y por soñar, sé que nada es verdad.

—Casi hemos llegado, señor Rush —dice la relaciones públicas.

Se la ve preocupada. Cada vez me ensimismo con más frecuencia en lo que ella probablemente considere momentos reflexivos de creatividad, cavilaciones de artista. Quizá fuera mejor contárselo. Quizá fuera mejor sincerarme en el

confesionario de terciopelo de la limusina. Y, sin la presencia de Sam, quizá lo hiciera. Le explicaría que mis silencios no se deben a que mi imaginación esté fraguando nada. En realidad, lo único que intento es reprimir la vergüenza el tiempo necesario para la próxima sonrisa, las próximas gracias y la próxima firma en la primera página de un libro del que figuro como autor, pero que no es mío de verdad.

En el *backstage* me dan una botella de agua, un plato de fruta y una pausa para hacer pipí. Me dicen que está a reventar, y me preguntan si estaría dispuesto a contestar preguntas del público después de la lectura. A la gente le encantaría saber qué se siente al triunfar así con un primer libro. Accedo. Lo entiendo perfectamente. A mí también me encantaría.

Después me llevan por el pasillo hasta la oscuridad de los bastidores. Me susurran que tenga cuidado con dónde piso. Aparece una rendija en un telón de terciopelo, que cruzo a solas. Mi sitio está en primera fila. Sentada junto a Sam, la relaciones públicas saluda con la mano, como si hubiera algún peligro de que me gire y me vaya.

Aparece en el atril el director del programa de lecturas. Empieza dando las gracias a las empresas patrocinadoras por los donativos que lo han hecho posible. Luego se embarca en la presentación. Una anécdota graciosa sobre lo que han hablado hace un momento en el *backstage* él y el escritor del día. Me río con los demás, pensando en lo bonito que sería que existiese de verdad el simpático invitado a quien acaba de describir. Que pudiera ser yo.

Vuelvo a pisar terreno peligroso. Añorando a Tamara. Un puñetazo de pena que me corta la respiración.

—¡Y ahora, señoras y señores, sin más preámbulos, tengo el placer de presentarles a Patrick Rush, de aquí mismo, de Toronto, que nos va a leer un fragmento de su primera novela, la sensacional *El Hombre del Saco!*

Aplausos. Mis manos levantadas hacia el foco, en protesta por el exceso de cariño. Y un gran esfuerzo interior para no vomitar en la primera fila.

Silencio. Carraspeo. Me ajusto las gafas.

Allá va.

«Érase una vez una niña perseguida por un fantasma...»

Capítulo 14

Un sobre normal y corriente con sello de Toronto. Dentro, un recorte de periódico. Sin nota adjunta. Un artículo del *Whitley Register*, el semanario de una localidad del norte de Ontario. Un puntito en la agreste y despoblada columna vertebral del lago Superior.

DOS MUERTOS POR ACCIDENTE EN LA TRANSCANADIENSE

Una escritora y su acompañante, víctimas
de un accidente «desconcertante»

Carl Luben, redacción

Whitley, Ont. – El martes a primera hora de la mañana, los dos ocupantes de un vehículo que circulaba por la Transcanadiense a veinte minutos de Whitley fallecieron al chocar con una pared de roca.

Se cree que Conrad White (sesenta y nueve años) y Angela Whitmore (edad desconocida) murieron en el momento del impacto, entre la una y las tres de la noche, al salirse su coche de la carretera. Al cierre de esta edición aún no ha sido establecido el domicilio de la señora Whitmore. Parece ser que el señor White, por su parte, residía en Toronto. No se sabe qué les traía a la zona de Whitley.

El señor White es autor de la novela *Jarvis and Wellesley*, obra polémica en la época de su publicación, 1972. Regresó a Canadá hace poco tiempo, tras varias décadas en el extranjero.

La policía aún no se ha puesto en contacto con la familia inmediata de Angela Whitmore, ya que la identificación disponible no contenía datos sobre sus parientes próximos. Se invita a los lectores que puedan facilitar alguna información acerca de la situación familiar de la señora Whitmore a que se pongan en contacto con el destacamento de Whitley de la Policía Provincial de Ontario.

La policía aún está determinando la causa exacta del accidente. «Es un poco desconcertante —comentó en el lugar de los hechos el agente Dennis Peet—. Al no haber más coches accidentados, ni huellas de derrape, no parece muy probable que se saliesen de la carretera para no chocar con otro vehículo en sentido contrario o con algún animal que se les cruzase.»

Los investigadores calculan que la velocidad del coche en el momento del impacto era de 140 km/h. Esta velocidad, sumada al hecho de que el accidente se produjo en un tramo bastante recto, reduce las posibilidades de que la conductora, la señora Whitmore, se durmiese al volante.

«A veces, cuando pasan este tipo de cosas, lo único que sabes es que no sabes nada», fue la conclusión del agente Peet.

En lo primero que pensé al enterarme del accidente no fue en los dos fallecidos, sino en quién podía haberme enviado el recorte. Estaba casi seguro de que tenía que ser alguien del círculo, puesto que mi relación con Angela y Conrad White la sabían muy pocas personas fuera de él. Pero, entonces, ¿por qué el anonimato? Quizá el remitente del sobre sólo quisiera ser portador de malas noticias. Tal vez Petra, sintiéndose obligada a comunicar lo que sabía, pero reacia a recibir visitas; o Evelyn, que nunca se rebajaría a algo tan cutre como una nota. Por no hablar del favorito: Len. Seguro que él tenía tiempo de rastrear la ignota base de datos donde aparecía aquel tipo de noticias, y le gustaba el toque de misterio que daba la falta de remite.

Inevitablemente, sin embargo, las explicaciones prácticas dejaron paso (como cualquier conjetura sobre el círculo, tarde o temprano) a otras teorías más fantasiosas. Es decir, a William. En cuanto pensé en él, cobraron protagonismo las preguntas secundarias que planteaba el artículo. Para empezar, ¿qué

hacían Conrad White y Angela viajando juntos por la zona de Whitley, donde no vivía un alma? ¿Y qué hacía Angela saliéndose de la carretera a sesenta kilómetros por encima del límite de velocidad? Introduciendo el factor William en los interrogantes, la idea de que no sólo fuera el remitente del recorte, sino de alguna manera el responsable del propio accidente, se convertía en una hipótesis puntera, aunque inverosímil.

Sólo al cabo de un tiempo, a solas en la Cripta, se me echó encima con fuerza inusitada el hecho de que Conrad y Angela estuvieran muertos. Bajando el *Time* de hacía tres meses que fingía leer, sentí que el corazón me palpitaba en las costillas, a la vez que mi nuca se cubría de sudor. Era el tipo de ataque al que había sucumbido en más de una ocasión desde la muerte de Tamara, pero con una diferencia: esta vez, el impacto se debía a la muerte de dos personas a quienes conocía muy poco.

Un momento. La última frase no es del todo cierta.

Lo que dejó sin aire toda la habitación fue exclusivamente pensar en Angela. La chica del relato cuyo final jamás conocería.

Después de la noche en Grossman's Tavern, el asesino a quien yo llamaba Hombre del Saco dejó de matar. La policía nunca detuvo a nadie por las muertes de Carol Ulrich, Ronald Pevencey y la mujer de Vancouver, que acabó siendo identificada como Jane Whirter. A pesar de que ofrecieron una recompensa de cincuenta mil dólares por cualquier pista que desembocase en una condena, y de que de vez en cuando la policía emitía notas de prensa para asegurar que investigaba el caso con una diligencia sin precedentes, las autoridades no tuvieron más remedio que reconocer que no tenían pistas dignas de ese nombre, y menos aún sospechosos. Se aventuró que el asesino ya no estaba en la ciudad; sin domicilio fijo, familia ni amigos, probablemente continuase su obra en otro sitio.

Durante una temporada, sin embargo, no pude librarme de la sensación de que las muertes de Pevencey, Ulrich y Whirter

estaban relacionadas con el círculo. Sólo es un efecto secundario de la coincidencia, claro; el encanto egocéntrico de la coincidencia que personaliza las grandes tragedias, dándonos la sensación de que lo que hacíamos cuando cayeron las Torres Gemelas, o cuando mataron a JFK, o cuando un asesino en serie descuartizó a alguien en el parque infantil de la esquina, es «nuestra» historia, a fin de cuentas.

Todo eso ya lo sé, pero jamás me convencí de que el Hombre del Saco fuera agua pasada, ni siquiera después de que me jubilasen. La forma oscura que a veces se insinuaba en mi visión periférica nunca podía ser nada, sino siempre el «algo» de la coincidencia. La huella persistente del destino.

Una vez vi a Ivan por la calle Yonge. En la acera, mirando al norte y luego al sur, como si no se decidiese. Cuando crucé la calle para saludarle, se giró y me miró inexpresivamente. Tras él parpadeaba y palpitaba la marquesina cutre del Zanzíbar, el club de *strippers*.

–Ivan –dije poniéndole una mano en el codo.

Me miró como a un agente de la secreta por quien hiciera tiempo que esperaba ser detenido.

–Soy Patrick.

–Patrick...

–Del círculo. El círculo de escritores.

Miró por encima de mi hombro, hacia la puerta del Zanzíbar.

–¿Tomamos una copa? –dijo.

Dejando atrás la luz del día, nos sentamos en una mesa del rincón. Las chicas de la tarde ensayando en la barra del escenario. Ajustándose los implantes en los espejos ahumados. Embadurnándose de aceite de bebé.

Todo el rato hablé yo. Le pregunté si escribía (había estado «rumiando» ideas), y por el trabajo («las vías y los túneles de siempre»). Después se hizo un largo silencio, mientras esperaba a que me preguntase lo mismo, pero no. Al principio lo atribuí a un síntoma de que el local le cohibía, pero ahora veo que

me equivocaba. Sólo era la misma sensación de incomodidad de nuestra primera conversación, cuando me confesó que le habían acusado de hacer daño a alguien. La soledad le estaba dejando sin voz. Conducir en el metro, quedarse mirando las paredes de su semisótano, pagar por que bailara una *stripper* en su mesa... Para nada de eso hacía falta hablar.

Dije que iba un momento al lavabo, y fue muy violento, porque me siguió. Empezó a hablar solo cuando estábamos en urinarios adyacentes.

Normalmente lo que se dicen dos hombres en este contexto, picha en mano, obedece a restricciones temáticas muy claras. Se puede hablar sin riesgo de cómo está la camarera, o del partido de la pantalla gigante, pero nunca, jamás, de algo como la confesión de Ivan de que tenía miedo de acercarse a la gente desde que le acusaron de matar a su sobrina, hacía catorce años.

—Se llamaba Pam, la hija mayor de mi hermana —explicó—. Cinco años. Hacía uno que la había abandonado el cabrón de su padre. Como mi hermana Julie trabajaba de día, y yo era conductor de noche, a veces me pedía que fuera a su casa para cuidarle a la niña. Yo encantado. Si tuviera hijos, me gustaría que fueran como Pam. Que no los tendré, pero bueno... El caso es que un día, en casa de Julie, Pam me pidió permiso para ir a buscar unos juguetes en el sótano. Al verla correr por el pasillo y empezar a bajar por la escalera, me dije: «Es la última vez que ves viva a esta niña». Al cuidar críos te dices cosas así constantemente, pero esta vez pensé: «Ahora sí que ya está. Adiós, Pam», y me duró un par de segundos más de lo habitual; bastante para oírla tropezar por la escalera. Fui y encendí la luz. Estaba en el suelo. Con sangre. Se había caído sobre algo. Un rastrillo olvidado en el suelo. De los antiguos, ¿sabes?; de esos como peines, pero con las púas metálicas. Giradas hacia arriba. Pero espera, que aún hay más: Julie pensó que lo había hecho yo. Mi única familia. Total, que lo investigó la policía, sin poder llegar a ninguna conclusión. Sospechaban, pero no tuvieron más remedio que dejarlo correr. Desde

entonces Julie no ha vuelto a hablarme. Ni siquiera sé dónde vive. Así se acaba una vida. Bueno, dos. Cosas que pasan. Pero yo sigo aquí.

Se la sacude, sube la cremallera y sale sin lavarse las manos.

Al volver a nuestra mesa, vi que Ivan estaba pidiendo otra ronda, y le dije a la camarera que yo con una tenía bastante.

—Pues nada, ya nos veremos —le dije, pero Ivan seguía con la vista fija en el pringoso número del escenario.

Al cabo de unos pasos me giré a saludar con la mano (confiando en que el gesto transmitiese mi necesidad de acudir cuanto antes a otro cita), pero él seguía sentado; reparé en que no miraba a la bailarina, sino el techo, el vacío. Con las manos a los lados, frías, blancas.

Una vez me llamó Len, el único que tenía mi número de teléfono. Me preguntó si tenía ganas de salir a «hablar de nuestras cosas», y no sé por qué, pero acepté. Tal vez me sintiera más solo de lo que me pensaba.

Quedamos en el Starbucks de la esquina. En cuanto cruzó la puerta, infantil y torpón, supe que era un error; y no porque lo pasáramos mal. Hablamos sobre sus esfuerzos por dejar el terror y volverse un escritor «serio». Había enviado cuentos a varias revistas universitarias, y se sentía alentado por «algunas cartas de rechazo que no estaban nada mal».

Antes de acabarnos el café, me contó cotilleos de Petra. A su ex marido, Leonard Dunn, le habían detenido por estafa, chantaje y extorsión; no sólo eso, sino que los informes insinuaban que mantenía estrechas relaciones con el crimen organizado. Len y yo bromeamos con que la mansión de Petra en Rosedale tenía cimientos de dinero blanqueado, pero yo me guardé mi última imagen de Petra a la salida de Grossman's, entrando en un Lincoln negro al que no parecía querer subir.

Ahí quedó la cosa. Ninguno de los dos habló de William, Angela o los otros. (Yo aún no sabía nada del accidente de coche en las afueras de Whitley.) Incluso el supuesto final de las

correrías del Hombre del Saco se zanjó con un simple comentario. Me llamó la atención que Len tuviera tantas dudas como yo sobre que no volviéramos a saber nada de él, como sostenía la policía.

He dicho en muchas entrevistas que no empecé a escribir *El Hombre del Saco* hasta haberme gastado toda la indemnización del *National Star*, pero no es del todo cierto. Si escribir es una actividad puramente mental (al menos hasta cierto punto), algo que se hace sin tocar bolis ni teclas, empecé a llenar las lagunas del relato de Angela desde la última noche que la vi.

Incluso después del círculo, y de los largos días de preocupación que siguieron, cuando el banco me empezó a mandar avisos de retraso en los pagos y sus letrados anuncios de ejecución, una parte de mi cerebro se afanaba en tejerles posibles pasados y futuros a la niña huérfana, a Jacob, a Edra y al hombre malísimo que hace cosas malísimas.

No es que me reconfortasen mucho aquellas reflexiones. Sería más exacto decir que volví sobre el relato de Angela por una simple cuestión de supervivencia. Si no quería fallarle a mi hijo, necesitaba un cuento de terror ficticio al que acudir como alternativa a los terrores reales que se nos echaban encima sin descanso. Tenía a Sam, pero estaba solo. Ya nos habíamos quedado sin Tamara. Luego, adiós a la casa. Adiós a la cordura de papá. Y sin poder contarle nada a Sam.

Fue por ese camino como vi en *El Hombre del Saco* mi posible salvación. Tendría algo a lo que recurrir, algo que fuera mío.

Pero me equivocaba. Nunca fue mío. Tampoco podía ser mi salvación.

El Hombre del Saco tenía sus propios planes. Sólo me necesitaba para que le dejase en libertad.

Capítulo 15

Reconozco haber robado el relato de Angela, pero entonces aún no era una novela. Aunque utilizara sus personajes, su trama y su ambientación, aunque imitara su tono y hasta copiara páginas enteras de las grabaciones de sus lecturas, si nos ceñimos al recuento de palabras, la mayor parte de *El Hombre del Saco* se podría calificar técnicamente como mía.

Tuve que añadir muchas cosas para que adquiriera el peso de un libro; todo lo necesario para estirar el material de partida con un mínimo de creación propiamente dicha, de modo que el resultado se diluyese a lo largo de doscientas páginas. Sin embargo, lo que aún le faltaba al libro era justamente lo que no proporcionaba el relato de Angela: un final.

Tras largos meses garabateando ideas en fichas (que casi siempre acababan en la papelera), conseguí pergeñar por mi cuenta un par de vueltas de tuerca finales, aunque no tendría sentido entrar en detalles.

Baste decir que decidí convertirlo en una historia de fantasmas.

Yo ya sabía que era un plagio. No pensé ni por un momento que *El Hombre del Saco* contuviese bastantes cosas inventadas como para considerarlo realmente de mi propiedad. Lo que atenuaba la conciencia del delito era su condición de juego, de pura y simple distracción; una especie de terapia para las horas en que Sam dormía, la tele vomitaba sus chorradas de siempre

y las frases de mis libros favoritos flotaban ilegibles en mi campo visual.

Ni siquiera después de terminarlo se me ocurrió presentarme como su único autor; en parte, porque no lo era, pero también por otra razón.

Escribir el libro siempre me había parecido una especie de comunicación, de intercambio entre Angela y yo. He leído decenas de entrevistas con escritores de verdad que dicen que a lo largo del proceso piensan en un público de una sola persona, en un lector ideal que entiende todas sus intenciones. Para mí Angela era eso, los dos ojos suplementarios que miraban por encima de mi hombro mientras las palabras corrían por la pantalla. Angela fue el único fantasma que me acompañó durante toda la redacción de nuestra historia de fantasmas.

A partir de un momento, me empecé a plantear la posibilidad de que no fuera bueno. Nuestro libro. El de Angela y mío. Sólo que entonces Angela ya estaba muerta.

¿Qué pensaría un tercero de lo que habíamos hecho entre los dos?

Pero mi perdición no fue este razonamiento engañoso. Mi verdadero error fue imprimirlo todo, comprar sobres y decirme «sólo por curiosidad» al echarlos al correo con la dirección de los principales agentes literarios de Nueva York.

Ahí sí que me equivoqué.

Capítulo 16

Cuando me hacen la pregunta más socorrida del cuestionario poslectura, siempre digo lo mismo que todas las personas en mi situación: «Siempre he querido ser escritor». Sin embargo, en mi caso la respuesta no es exactamente cierta. Quería escribir, es verdad, pero lo que más quería desde siempre era ser «autor». Lo único que contaba era publicar. Mi anhelo era ser un nombre en relieve sobre un lomo, ingresar en la orden de caballería de quienes habían sido elegidos para codearse con sus vecinos de abecedario en los estantes de las librerías y las bibliotecas. Grandes y no tan grandes, famosos e injustamente olvidados. Vivos y muertos.

En cambio, ahora sólo tenía ganas de salir de ella.

De pronto, lo que tan importante me había parecido se me presentaba como un artificio, un invento con la finalidad de complicar lo que de por sí era cruelmente simple. «La vida es una mierda, y al final te mueres», como ponía en las camisetas.

Estaba dispuesto a conformarme con no apartar las manos del volante de la paternidad, con fines de semana de barbacoa, paquetes de vacaciones en la playa, westerns alquilados y películas de Hitchcock; ya no sentiría la necesidad de «decir algo», de alzarme aislado e iracundo entre un rebaño anestesiado de borregos. Sería uno más de la hermandad consumidora. Final de la búsqueda.

A veces, cuando paseo con Sam, o le leo, o le hago unos huevos revueltos, sufro un ataque de amor paralizante, y me quedo a medio paso, a media página o a medio golpe de tenedor. Son momentos que intento controlar por su bien. Aunque sea tan pequeño, ya es muy sensible a la vergüenza, y verme lloroso, diciendo que es perfecto, tan igual a su madre... como que no procede, vaya. Aunque tampoco es que me disuada, al menos no en todos los casos.

Son estos placeres los que me ha arrebatado la publicación de *El Hombre del Saco*. Toda la atención acordada al novelista revelación –tertulias de parroquia, entrevistas matinales de cuarenta y dos segundos en radios de difusión nacional («Oye, Pat, que el libro me ha encantado, pero te quería preguntar una cosa: ¿de qué equipo eres en la Super Bowl?»), y hasta alguna invitación de cama (cortésmente rechazada) por parte de azafatas del club del libro y Sylvia Plaths de facultad–, la envenenaba el estar solo, a muchos kilómetros de mi hijo.

–¿Pero dónde estás, papá? –recuerdo que me preguntó por teléfono en uno de los momentos bajos de la campaña.

–En Kansas City.

–¿Y eso dónde está?

–Pues no lo sé muy bien. ¿En Kansas, tal vez?

–*El mago de Oz*.

–Exacto. Dorothy. Toto. El arco iris.

Un silencio de cierta duración.

–Papá...

–¿Qué?

–¿Te acuerdas de cuando Dorothy hace chocar tres veces los tacones? ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de lo que decía?

El hecho de que *El Hombre del Saco* no fuera mío no mejoraba las cosas. Justo cuando una crítica elogiosa, una cola kilométrica a la puerta de una librería o una carta de un alumno de instituto llamándome «la hostia» estaban a punto de hacerme olvidar, oía otra vez la voz grabada de Angela leyendo su diario

en el apartamento de Conrad White, y se desvanecía de golpe todo lo que pudiera haber tenido aquel momento de reconfortante.

Eso, y el miedo de que me descubrieran. Aunque no tuviera noticias del Círculo de Kensington desde la publicación de *El Hombre del Saco*, siempre cabía la posibilidad de que alguno de sus miembros viera el libro, reconociera sus fuentes y acudiese a la prensa. Otra hipótesis aún peor era que Evelyn o Len vinieran a mi casa con el libro en sus manos, pidiéndome dinero a cambio de no chivarse a nadie. O peor, William. Fuera quien fuese, yo pagaría. Me había portado mal. No lo niego. Ahora bien, si alguna vez ha habido un crimen sin víctima, es el mío. A partir de aquel momento, para que se cumplieran mis planes de alejarme discretamente de una carrera de escritor fraudulenta y sin futuro, cuatro personas debían guardar un secreto.

Al volver a Toronto y abrir el correo que se amontonaba en mi escritorio de la Cripta, preví encontrar como mínimo una carta de chantaje, pero sólo había facturas, las de siempre.

Todo regresó a la normalidad, al menos a la que nos esperaba a Sam y a mí. Veíamos muchas películas. Salíamos a comer por el barrio y nos sentábamos juntos en la barra. Al principio eran como unas vacaciones que ni él ni yo habíamos pedido.

Y siempre pendiente de encontrarme por casualidad con alguien del círculo. Toronto es una ciudad grande, pero no tanto como para no toparte nunca con quienes menos ganas tienes de volver a ver. Tarde o temprano, me pillarían.

Empecé a salir de casa con gorra de visera y gafas de sol. Iba por calles poco transitadas, sin mirar a nadie a los ojos. Era como si me volviera a perseguir el Hombre del Saco. Cualquier sombra en las aceras era un agujero que esperaba el momento de engullirme. E inevitablemente, yo me preguntaba: ¿qué me aguardaba en el fondo?

Capítulo 17

Levanto la vista de la página. La luz me hace parpadear. Polvo que orbita como átomos en los focos blancos. Si hay gente, no la veo. Quizá se han enterado de que no soy lo que decía que era, y se han ido indignados de la sala. A menos que sigan en su sitio, esperando a que la policía me ponga las esposas...

Pero no, sólo me esperan a mí, y a las palabras que necesita cualquier oyente del relato de Angela para huir del hechizo al que ha sido sometido.

–Gracias –digo.

Movimiento pulsátil, amarillo, como un aleteo de colibrís. Cientos de manos aplaudiendo a la vez.

Sam está en un lateral del escenario, sonriendo de alivio a su papá.

Le levanto y le doy un beso.

–Ya está –susurro, y, aunque nos vean, él también me da un beso.

–Deberíamos ir a la mesa de firmas –dice la relaciones públicas, conduciéndome por el codo.

Dejo a Sam en el suelo, para que se lo lleve a casa la limusina que le está esperando, y me dejo arrastrar hacia una puerta lateral por la relaciones públicas. Una sala muy iluminada, con una mesa al fondo, y en la superficie de la mesa nada más que una pluma, una botella de agua y una rosa en un jarrón de cristal. Dos hombres jóvenes tras una máquina registradora. Ejemplares de *El Hombre del Saco* apilados en montañas a punto de

caerse. Un diseño de portada que he visto mil veces y un nombre que he escrito toda la vida, pero que aun así me resultan poco familiares, como si los viese por primera vez.

Ya se abren las puertas del auditorio, mientras rodeo las cuerdas de terciopelo que organizarán a los buscadores de autógrafos en pulcras filas que siempre me hacen pensar en reses de camino al matadero. En este caso, lo único que les espera al final soy yo. Mi cara fijada en un rictus de alarma o lo que quede de lo que empezó como una sonrisa.

Aquí están. No hay disturbios (a fin de cuentas, son lectores, los últimos defensores de la civilización, con faldas de flores, pantalones de pana y bolsas de tela), pero sí cierto nerviosismo. La gente se abre paso con los codos para comprar la edición de tapa dura, obligarme a hacer el numerito y salir antes de que se llene demasiado el parking.

Todo este esfuerzo, ¿cómo lo viviría si el libro fuese enteramente mío? Pues supongo que de mil maravillas; un encuentro entre dos aves cada vez más exóticas, el escritor y el lector, para reconocer su compromiso mutuo con una especie de resistencia secreta. Por no faltar, no faltaría ni un acompañamiento de coqueteos y ánimos. En cambio ahora me limito a cometer destrozos contra la propiedad privada. Más vándalo que artista.

Ya falta poco. Cabizbajo, cortando los amagos de conversación antes de que prosperen. Lo único que me apetece es irme a casa. Encontrar despierto a Sam, antes de que Emmie le acueste. Hasta podría quedar tiempo para un cuento en la cama.

Deslizan otro libro hacia mí. Ya lo he abierto por la primera página y tengo la pluma levantada.

—Pon lo que quieras, pero no te me despaches con «atentamente».

Una voz de mujer. Descarada, burlona y algo más. O algo menos: la plenitud de las palabras cuya intención no es ofender. Levanto la vista. El libro se cierra con un suspiro.

Angela. Mirando hacia abajo con una sonrisa carnívora. Angela, pero distinta. Traje de ejecutiva, corte de pelo caro.

Segura de sí misma, expeditiva, sexy. La hermana mayor de Angela. La que no se murió en un accidente de coche con un viejo verde novelista; la que nunca le vio la gracia a querer escribir novelas.

«Estás muerta», estoy a punto de decir.

—¿Qué, no me preguntas si aún escribo? —dice la Angela viva.

—¿Aún escribes?

—Por lo que veo, no tanto como tú.

La relaciones públicas da un paso casi imperceptible hacia la mesa. La siguiente en la cola se acerca un poco más. Tose más fuerte de lo necesario. Da golpecitos en el suelo con la punta de una sandalia Birkenstock.

Angela sigue sonriendo, pero hay un cambio en su pose, una tensión en los bordes de su boca.

—¿Has...? —Se calla, como si perdiera el hilo. Después se inclina un poco más—. ¿Has visto a alguno?

—A un par, de vez en cuando.

Reflexiona sobre la respuesta como si le hubiese contestado en forma de acertijo. La mujer de detrás avanza un paso, cada vez más roja, casi encajando la cabeza en el hombro de Angela.

—¿Desea hablar con el señor Rush después de la firma? —dice la relaciones públicas, con toda la amabilidad que puede tener una advertencia clara.

—Creo... —dice Angela.

Me pregunto si está preparando algún tipo de ataque. Una bofetada. Una citación judicial. Pero no es eso. Sus siguientes palabras dejan claro que no está enfadada. Lo que está es asustada.

—Creo que está... pasando algo.

La relaciones públicas intenta deslizarse entre Angela y la mesa. «¿Puedo ayudarla?», pregunta, tocando a Angela en el brazo. Pero Angela retrocede como si el contacto con otra persona pudiera producirle quemaduras.

—Perdón. ¡Uy! Lo siento —murmura, acercándose el libro unos centímetros—. Supongo que me lo debería firmar.

Ahora es toda la fila la que empieza a mosquearse. La mujer de detrás de Angela se ha puesto a su lado, acto de rebeldía que

amenaza con crear una segunda fila. Temiendo el caos resultante, la relaciones públicas levanta la tapa del libro y me lo abre por la primera página.

—Aquí está —dice.

Firmo. Primero, sólo el nombre. Después, al ver que es de una impersonalidad inaceptable, añado una dedicatoria por encima.

*Para los vivos,
Patrick Rush*

—Espero que te guste —digo al devolverle el libro a Angela, que lo coge sin apartar la vista de mi cara.

—Seguro que sí —contesta—. Me intriga especialmente el título.

La mujer de las Birkenstock ya se ha cansado. Deja caer su ejemplar sobre la mesa desde una altura de un metro, con un sonoro impacto que provoca sobresaltos en varias personas de la cola.

Al mismo tiempo, Angela se aferra al borde de la mesa con su mano libre y me susurra algo, tan bajo que me levanto de la silla para oírla.

—Tengo que hablar contigo —dice.

Abre la palma de la mano, incitándome a tender el brazo y coger la tarjeta que me ofrece.

Después aparta bruscamente a la relaciones públicas (que intentaba encarrilarla hacia la puerta), se aleja con paso no muy firme y desaparece girando la esquina.

—Me ha gustado —dice la mujer de las Birkenstock cuando mis manos dejan de temblar lo suficiente como para abrir su ejemplar—. Aunque no me ha convencido del todo el final.

TERCERA PARTE

LADRONES DE RELATOS

Capítulo 18

Verano de 2007

NO se puede decir que el punto fuerte de Toronto sea el clima, al menos si a uno le gustan las estaciones en su acepción normal de cuartos en transición. En esta ciudad hay que aguantar largos meses de un calor pantanoso, ecuatorial, y meses todavía más largos de un frío que hace doler las orejas, separados entre sí por dos agradables series de tres días, a una de las cuales la llaman primavera, y a la otra otoño.

Esta mañana, por ejemplo, el radiodespertador me ha sacado del sueño con la noticia de la cuarta alarma de calor extremo en lo que va de año, y sólo estamos en la primera semana de junio. Se han montado «centros de fresco de emergencia» en edificios públicos, donde la gente de paso puede tumbarse en suelos fríos de mármol hasta el anochecer. Se aconseja a la población en general que no salga de casa, no exponga la piel al sol, no se mueva y no respire; advertencias inútiles, por descontado, ya que la gente sigue teniendo que trabajar y, lo que es peor, ir a trabajar. Después de dejar a Sam en la guardería, vuelvo por Queen Street con chorros de sudor en el pecho, mirando con mala cara a los pasajeros del tranvía parado, todos en posturas estáticas de sufrimiento mudo.

Después giro por la calle College y paso al lado de las casas pareadas victorianas, todas con su valla que llega a la rodilla, para proteger céspedes tan diminutos que se podrían segar con pinzas. Hago lo posible por no salirme de la sombra de los árboles. Sin embargo, no es el calor lo único que me hace ir tan despacio: he quedado con Angela.

En la tarjeta que puso en mi mano el día de la firma en Harbourfront sólo había un número de móvil escrito a mano, sobre un quejumbroso «llámame». Yo no quería; vaya, que era consciente de que seguir en contacto con una mujer a quien había perjudicado hasta extremos delictivos y que según datos publicados en la prensa ya no figuraba entre los vivos no podía llevar a nada bueno.

Ni siquiera ahora que se me doblan las piernas de calor y que voy haciendo zigzags por la acera como si le diera al frasco en pleno día estoy seguro de por qué la he llamado. Habrá sido por el mismo impulso que me hizo apretar el botón de *record* la primera vez que la oí leer. La razón por la que seguí yendo a las reuniones del círculo cuando ya estaba claro que no servían de nada. La antigua maldición de los curiosos, de los metomentodos, de los lectores natos.

Necesitaba saber.

Decidimos quedar en el Kalendar, un bar con terraza. Mientras elijo la última mesa libre (tapada sólo a medias por la sombra del toldo) me arrepiento de no habernos decantado por una bodega. Como soy el primero, me siento en la silla menos soleada. Más tarde, cuando el sol se deslice hacia un nuevo ángulo que le permitirá dispararme rayos láser en un lado de la cabeza, y cuando la silla de enfrente esté cómodamente protegida, me daré cuenta del error de mi posicionamiento; por ahora, sin embargo, pido algo tan intencionadamente soso como un agua con gas, creyendo que todavía puedo controlar los acontecimientos que se me vienen encima.

Al principio, cuando llega una mujer joven, me ve y se acerca con una sonrisa tímida bajo sus gafas de sol de policía, la tomo por una admiradora. Desde hace unos meses no es del todo infrecuente que se me aproximen desconocidos para hacer algún comentario sobre *El Hombre del Saco*. Algunos se quedan más de la cuenta: gente sola, achispada, loca... Mientras intento encasillarla, se sienta a mi mesa. Estoy a punto de

decirle que lo siento, pero que espero a alguien, cuando de repente le cambia la cara, se le tensan las mejillas, y veo que no es precisamente una desconocida.

—Supongo que nunca nos habíamos visto en pleno día —dice Angela observándome de una manera que me dan ganas de haber traído también yo gafas de sol.

—Es verdad, nunca.

—Te veo diferente.

—Será el golpe de calor.

Mira mi agua con gas.

—¿Bebemos algo serio?

—Venga.

Tras la incorporación de un chorro de vodka a mi vaso y la colocación de una copa de vino blanco junto a la mano de Angela, hablamos un poco sobre lo que ha hecho durante los últimos años. Después de una época como administrativa en varias empresas, llegó a la conclusión de que necesitaba algo más estable. Volvió a estudiar y se sacó un diploma en derecho administrativo con el que obtuvo un puesto de ayudante en uno de los bufetes de Bay Street. Era ese trabajo, justamente, el que se estaba saltando durante una horita, supuestamente por tener que ir de urgencias al dentista.

—Por eso puedo darme el lujo de un par de copitas —dice llevándose la de vino a los labios—. Gas hilarante.

Llega el camarero para tomar nota. Angela pide una especie de ensalada, y yo lo mismo. (Estoy tan nervioso que no puedo comer, sólo beber, o sea, que me es indiferente lo que me pongan delante.) Al quedarnos solos, Angela me mira: la misma mirada escrutadora que sorprendí un par de veces en el círculo. No me levanto, ni me voy a casa, ni desvío la mirada, ni salgo corriendo al lavabo de hombres para echarme agua fría en las muñecas (cosas, todas ellas, que me gustaría hacer). Ya sabe demasiado: mi delito, por supuesto, pero también otras cosas. ¿Qué me susurró al caer del cielo o, mejor dicho, resucitar de entre los muertos?

«Está pasando algo.»

A pesar de los pesares, el sol, el lujo excepcional de comer fuera en pleno día y los primeros efectos del alcohol hacen que nos pasemos un rato charlando como si fuéramos una pareja en una cita a ciegas que de momento va mejor de lo esperado. De hecho, Angela casi parece contenta de haber venido. Es como si se hubiera fugado de la cárcel sin la esperanza de llegar tan lejos.

Llegan las ensaladas: nidos de *radicchio*, remolacha y garbanzos de aspecto agresivamente saludables. Normalmente, yo esas cosas no sólo no las comería, sino que las taparía con una servilleta para no tener que mirarlas, pero la ilusión de inmunidad me ha abierto bruscamente el apetito. Descargo el tenedor y, cuando lo levanto hacia mi boca, Angela pronuncia las palabras que yo creía que habíamos decidido no remover.

—He leído tu libro.

Mi tenedor baja. Un garbanzo se intenta escapar.

—Claro, cómo no lo ibas a leer... Supongo que verías que te... tomé prestados algunos elementos.

—Me robaste la historia.

—Bueno, eso ya es más discutible. Vaya, que en el aspecto constructivo...

—Patrick.

—... se tenía que mejorar bastante, por no hablar de la inventiva que hizo falta para...

—Me robaste la historia.

Las gafas de sol. Me impiden ver hasta qué punto va en serio, si lo siguiente será verme expuesto a acusaciones en voz baja, recibir en la cara el vino que queda en la copa o algo peor. Un cuchillo clavando mi mano a la mesa. Nombres de abogados en su boca.

—Tienes razón. Te robé la historia.

Lo digo. No tengo más remedio. Lo siguiente, en cambio, no lo digo a la fuerza. Lo comporta la crisis irrefrenable, toda la fuerza del shock de estar sentado a un metro de la persona a quien has perjudicado.

—Yo sólo quería escribir un libro, pero no tenía ninguno. Entonces te oí leer en casa de Conrad, y no se me iba de la

cabeza. Tu diario, relato, o lo que fuera, se volvió una obsesión. Ya llevaba bastante tiempo viudo —¡madre mía, ya estamos otra vez!—, y necesitaba algo. Necesitaba alguna ayuda. Por eso empecé a escribir. Luego, al enterarme de lo de tu accidente, pensé... pensé que no era sólo tuyo, sino de los dos. Pero era mentira, como todo. Y ahora... ¿Ahora? Pues ahora sólo puedo decirte que lo siento. Lo siento muchísimo, de verdad.

Ya se han girado algunas cabezas a mirarnos. Me ven sonarme con una servilleta robada de la mesa de al lado.

—¿Sabes una cosa? —dice Angela después de un rato—. Que me gustó bastante.

—¿Te gustó?

—Me gustó lo que decía. Sobre ti. Te hacía mucho más interesante.

—Lo que escribí.

—Lo que hiciste.

Mi mirada de perplejidad la impulsa a seguir hablando.

—En el círculo eras el único sin nada que contar. La mayoría de la gente al menos se cree que tiene alguna historia. En cambio tú siempre dabas por supuesto que no dabas la talla ni remotamente como personaje. ¿Y luego qué haces? Robarme la mía. Añadirle un final. Publicarlo. ¡Y arrepentirte! Casi es trágico.

Se come el primer bocado de ensalada. Cuando se acerca el camarero para ver si falta algo (con falsa cara de preocupación al ver mi facha y los primeros síntomas de quemadura en mi frente), Angela pide otra ronda para los dos. No menciona represalias, acuerdos ni humillaciones públicas. Se limita a comerse la ensalada y beberse el vino, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir sobre el tema.

Al acabar de comer se apoya en el respaldo y me observa otra vez. Parece que mi presencia le recuerde algo.

—Me imagino que ahora te toca a ti que te dé una explicación —dice.

—No tienes ninguna obligación de decir nada.

—No, obligación no, pero probablemente te merezcas saber por qué no estoy muerta.

Me cuenta que se enteró del accidente mortal de Conrad con una chica a quien confundieron con ella. Por aquel entonces se habían visto algunas veces («analizaba mis textos muy a fondo»), y ella se dejó el bolso en el coche de Conrad. En eso se basaron las autoridades para identificar el cadáver. La policía no siguió investigando, ni tenía por qué. Dado que los restos de la pasajera habían quedado especialmente malparados en el accidente, no se observó ninguna discordancia con las fotos del documento de identidad de Angela. El accidente presentaba algunas rarezas, pero no había indicios de delito. Se tenía constancia de que la supuesta víctima, Angela Whitmore, había cambiado muchas veces de trabajo y domicilio en los últimos años, y por eso las autoridades no se sorprendieron de no poder averiguar su última dirección, ya que probablemente no tuviera domicilio fijo. Tampoco se indagó en su relación con Conrad White. Él tenía antecedentes como aficionado a la compañía de mujeres mucho más jóvenes que él. Lo más probable era que Conrad y Angela hubiesen emprendido un viaje juntos por todo el país, una odisea sórdida a lo *Lolita*, y no hubieran pasado de la primera noche por las curvas de la zona más agreste de Ontario.

Después de contármelo cambia de postura. Aparta la cara de la calle, escondiéndola detrás del pelo. La pícara naturalidad con que ha sacado el tema del robo de su historia y lo ha zanjado en pocas palabras se ha visto sustituida por tensión en la espalda.

—Pues si no ibas tú en el coche, ¿quién era?

Sus manos se cierran con tal fuerza en el borde de la mesa que los nudillos se convierten en bolas blancas.

—No se sabe del todo —dice—, pero yo estoy bastante segura de que era Evelyn.

—¿Evelyn?

—En la época del círculo se veían mucho. Siguió yendo a casa de Conrad después de la última reunión.

—¿Qué pasa, que la seguías?

—Ella a mí, si acaso. —Angela levanta el vino, pero le tiembla la mano, y deja la copa en la mesa sin beber—. Yo también fui algunas veces a casa de Conrad. Al principio me gustaba la atención, pero se me empezó a hacer raro, y ya no volví. Pero antes de eso empezó a ir Evelyn. Cuando aparecía, yo nunca me quedaba mucho. La verdad es que no parecía muy contenta de verme.

—¿Llegaste a ver por dónde iban los tiros, por qué se veían?

—La verdad es que no. Era todo como muy secreto, como si colaborasen en algo.

—Por eso crees que el cadáver del coche era Evelyn.

—Investigué un poco más. Después de que saliera la noticia en el periódico local...

—El recorte que me mandaste.

Angela ladea la cabeza.

—Yo no te mandé nada.

—Pues alguien me lo mandó. Por correo, sin firmar.

—Sí, yo me enteré de la misma manera.

Me gustaría saber más, es más fuerte que yo (¿quién me envió el recorte, si no fue Angela?), pero si sigo distrayéndola corro el riesgo de que se calle del todo. Ya está mirando su reloj para ver cuánto tiempo le queda.

—Total, que investigaste —digo.

—Porque me parecía que podía ser Evelyn, pero no estaba segura. Además, en uno de los artículos ponía que la única seña particular del cadáver de la mujer era un tatuaje. Un tatuaje de un cuervo.

—Detrás de la muñeca. Ya me acuerdo.

—Ya sé que debería haber informado a las autoridades. Probablemente Evelyn tenga una familia que aún la esté buscando. Se deben de pensar que ha desaparecido.

—¿Pues por qué no lo hiciste?

—Creo que al principio me pareció una oportunidad para... no sé, perderme. Borrarme. Empezar desde cero. ¿Me entiendes?

—Aún no es demasiado tarde. Podrías contárselo a la policía. Para aclarar las cosas.

–Imposible.

–Tampoco es que hayas hecho nada malo.

–No lo digo por eso.

–No lo entiendo. ¿Se muere alguien, una persona que conoces, la confunden contigo y dejas que sus seres queridos se engañen pensando que puede estar viva? No aspiro a ninguna autoridad moral; ya sabes que no soy quién, pero estás perjudicando a otras personas sin ninguna relación contigo.

Angela se quita las gafas de sol, y se le mueven las pupilas de un lado a otro, en las periferias de su campo visual. Casi había logrado disimular el pánico en su voz. Ahora son los ojos los que la delatan.

–Después del accidente, adopté varios nombres –dice–. Cambié de domicilio, de aspecto y de trabajo. Era como si hubiese desaparecido. Y lo necesitaba, necesitaba desaparecer.

–¿Por qué?

–Porque me perseguían.

El camarero, que lleva unos minutos observándonos desde la otra punta de la terraza, se acerca para preguntar si queremos un café o algo de postre.

–No, sólo la cuenta –contesta Angela, abriendo de golpe la cartera.

–Por favor, que invito yo –digo, moviendo las manos.

Lo absurdo del gesto, dadas las circunstancias, hace salir de mi garganta una risa arrepentida que Angela está demasiado agitada para compartir.

–Mira, Patrick, dudo que pueda volver a verte, o sea, que más vale que te diga lo que venía a decirte.

Parpadea por el sol, que ahora cae prácticamente igual sobre los dos. Durante un segundo me pregunto si, en el momento de ir al grano, se le ha olvidado lo que pretendía decir, pero no es ésa la razón de que se calle. Sólo está buscando la manera más simple de hacerlo.

–Ten cuidado.

–¿De qué?

–Antes él sólo miraba, pero ahora... ahora ya es otra cosa.

El camarero trae la cuenta. Se queda tanto tiempo al lado de la mesa que al final no tengo más remedio que hurgar en mi billetero, sacar una tarjeta de crédito y ponerla en la bandejita. Sólo entonces se va, a regañadientes. Mientras tanto, Angela se ha levantado.

–Espera, espera un segundo. ¿Quién es «él»?

–¿Te creías que eras el único? ¿En serio?

–¿Qué estás diciendo?

–El Hombre del Saco –dice Angela, desapareciendo una vez más tras las gafas de sol–. Ha vuelto.

Capítulo 19

A la mañana siguiente me niego a pensar en la comida con Angela, salvo para recordarme que no parece tener intenciones de poner una demanda. Eso está bien. En cuanto a lo demás... Haré todo lo posible por evitarlo.

Lo que hacen falta son rituales, hábitos nuevos que podamos empezar a repetir Sam y yo para que desbrocen el camino a seguir durante los próximos días. Empezando por la comida. En vez de la improvisación de la que nos hemos estado sustentando (cualquier cosa para llevar, a salto de mata, latas de rancho de la tienda de la esquina, Fruit Loops), salgo con Sam a llenar como es debido la despensa.

Vamos en coche al supermercado del puerto, donde están reconvirtiendo almacenes y muelles en locales nocturnos y viviendas. Es donde compramos, o comprábamos, porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Sin embargo, está todo como siempre: pirámides de fruta y verduras selectas, primeros platos para microondas, pasillos de productos alimenticios para quien no tiene que mirar el precio en la etiqueta... Sam y yo vamos llenando la cesta al pasar. La escandalosa prodigalidad del surtido en América del Norte.

—Por eso nos odia el resto del mundo —le digo a Sam.

Él levanta la vista hacia mí y asiente como si estuviéramos pensando exactamente lo mismo.

Más tarde, en la Cripta, después de guardar todas las compras, me siento frente al escritorio y me doy cuenta de que no tengo trabajo. Ningún encargo *freelance*, ninguna novela a

medias, ninguna crítica con plazo que cumplir. Aún falta una hora para comer. Me pongo al ordenador y me permito un momento de masturbación virtual: me busco a mí mismo en Google.

Como siempre, la primera entrada de la lista es mi web oficial. Creada por el departamento de marketing de mi editorial, www.patrickrush.com, tiene una sección de comentarios en la que entro de vez en cuando. Los que los hacen suelen representar uno de los dos extremos: o admiradores entusiastas o críticos demoledores. Los segundos tienden a ese tipo de parrafadas en minúsculas, puro cabreo, que manchan la pantalla durante unas cuantas horas hasta que el *webmaster* se decide a borrarlas del registro. Esta mañana, sin embargo, me espera algo muy distinto, e inquietante.

No es un sermón incoherente; tampoco una lista minuciosa de errores ortográficos, ni un lector exigiendo que le devuelvan el dinero. Sólo una palabra acusadora:

Ladrón.

El autor del comentario no se identifica en ninguna parte. Sólo consta su *nom-de-blog*: *elverdaderohombredelsaco*.

Podría ser pura coincidencia (lo concreto de la acusación, justo cuando Angela me ha hecho partícipe de su seguridad de que el Hombre del Saco ha vuelto, la identidad implícita en el nombre...), pero estoy convencido de que es alguien que lo sabe.

Escribo enseguida la respuesta. Antes debo crearme una identidad para el blog: *braindead29*.

¿Por qué tienes miedo de firmar con tu nombre?

Al releer la pregunta, me doy cuenta de que es demasiado clara y benévola para el lenguaje de los *blogs*, e intento traducirla:

pk a los gpollas os da miedo firmar con vuestro nombre????

Mejor.

Pulso Enviar y me apoyo en el respaldo, seguro de que a elverdaderohombredelsaco le amedrentará mi desafío directo, pero la respuesta sólo tarda unos segundos.

Tú aún no sabes qué es el miedo.

Ahora que lo pienso, tampoco es que me sorprendiera tanto que Angela se presentase el día de la firma, aunque, al estar muerta, su aparición fuera una imposibilidad. Quizá se deba a haber dedicado una parte tan grande de los últimos años a escribir sobre un fantasma. Me he acostumbrado a ver a los muertos.

O tal vez no.

Por la tarde, con Sam en el taller artístico de verano del parque de Trinity-Bellwoods pintando con las manos, ensayando una obra de teatro o escribiendo un poema, salgo caminando hacia la calle Bloor para comprarme un libro. Una cosa es que ya no pueda escribir y otra que no tenga que seguir leyendo. Busco un ensayo, un tema de conversación para una fiesta (por si me invitaran a alguna); el derretimiento de los casquetes polares, pongamos por caso, o la aparición de potencias nucleares canallas. Algo ligero.

Entro en Book City con la idea de que tal vez mis esfuerzos anteriores por tener un día normal no se hayan visto trastocados del todo por el encuentro con elverdaderohombredelsaco. La ilusión de las montañas de novedades y de los clientes levantando la tapa para la primera degustación me llena de compañerismo. Mi sitio está aquí, entre la gente anónima que curiosear; un sitio al que tal vez pueda volver el día en que logre ser de nuevo un paseante con gafas entre tantos, no alguien que se cree perseguido, como Angela.

A punto estoy de convencerme a mí mismo, cuando le veo.

Esquivando Narrativa – Novedades, he ido directamente a la mesa del fondo, la de Lo más vendido – Ensayo. Al coger el primer título, me escondo detrás de la tapa y me permito un repaso furtivo a la librería. Me fijo enseguida en un hombre con mi libro en las manos. De perfil, recortado en el sol blanco de la calle Bloor que entra por los escaparates. Aproximadamente en la página cien de *El Hombre del Saco*, con una mueca de desagrado. Conrad White. Mi profesor de escritura. Nada contento con lo que ha publicado su peor alumno.

Gira la cabeza.

Una torsión brusca del cuello, gracias a la cual sus ojos hundidos me encuentran enseguida. Contracción de facciones que llena de arrugas su piel cenicienta. Una mirada tan intensa de reproche que me da la impresión de una fiera que ruga.

Tardo un segundo en acordarme de que está muerto.

Es el momento en que mi mano libre tira los libros al suelo. Una pila de guías de viaje que se derraman por el borde de la mesa. Un desplome, un manoteo que me deja caído por el suelo, intentando levantarme entre libros de bolsillo que resbalan.

—¡Madre mía! ¿Se encuentra bien? —pregunta un empleado, corriendo desde detrás de la máquina registradora.

—Sí, sí, no pasa nada... Me sabe mal que... Ya pagaré lo que se haya... —balbuceo, mirando hacia donde estaba Conrad White.

Pero ya no hay nadie. El libro que estaba leyendo, torcido en lo alto del montón.

Tras ser reconocido por el empleado y disculparme por no poder leer su novela inacabada («es que lo que más necesito son contactos, ¿sabe?»), me escurro de la librería y salgo al calor atroz. Se me cruzan estudiantes extranjeros y *hippies* bien del Annex, mientras yo, desorientado, trato de recuperar el norte. Tengo en la mano una bolsa con lo que he comprado por sentimiento de culpa: el primer libro que había en el mostrador

de salida, y que ha resultado estar en blanco, sin título. El empleado ha supuesto que compraba un cuaderno para mi próximo libro.

—No habrá próximo libro —le he espetado yo.

De camino al centro para recoger a Sam, vuelvo a preguntarme si ver fantasmas será un síntoma de que lo mío es grave. Tristeza que por falta de atención ha degenerado en un cuadro psicótico como una casa. Tal vez estrés postraumático agudo (si enviudar, quedarse en paro y profanar la única ambición que se tenía no es un trauma, ya no sé qué puede serlo). Tal vez necesite ayuda. O tal vez sea demasiado tarde.

Pero es que al viejo se le veía tan real, a sólo cinco metros, sin los bordes borrosos ni la espectral ingravidez que se atribuyen a la mayoría de las apariciones... Era Conrad White, muerto y con pinta de muerto. Y, aun así, presente.

Una vez a la sombra relativamente fresca de los árboles de Trinity-Bellwoods, llego a la conclusión de que, si tengo que perder la cordura, mi deber es que nadie se entere de su ausencia. Sam ya ha perdido a uno de sus padres. Seguro que le conviene más un padre loco que le cuide que ninguno.

Me planto al otro lado de la valla provisional que delimita el taller artístico infantil dentro del parque, y veo que Sam está leyendo un libro en el asiento del piloto de un avión de madera reciclada. Levanta la vista de la página y mira hacia mí. Yo le saludo con la mano, pero él no. Estoy seguro de que me ha visto. Llego a preguntarme si me habré confundido y no es Sam. Luego me acuerdo: mi hijo está llegando a la edad en que le dan vergüenza sus padres. No quiere que los otros niños vean que ha venido su padre y que le está saludando con una ridícula bolsa de libros.

Mientras vamos a casa, sin embargo, me da una explicación alternativa. No me ha saludado porque había un hombre que le miraba fijamente al otro lado de la valla.

—Sí, era yo.

—No, papá, tú no. A ti ya te he visto. El otro. El que tenías detrás.

- Yo no tenía a nadie detrás.
–¿Lo has mirado?
–¿Qué quieres para cenar?
–¿Sí o no? ¿Has visto...?
–Hay pollo, lasaña y aquel kit de tacos. Venga, elige un veneno.
–Vale, pues hamburguesas. Para llevar.
–Pero si esta mañana hemos hecho la compra...
–Me has dicho tú que elija.

Después de cenar miro si hay mensajes en el contestador. Tres de telemárketing, alguien que ha colgado, dos desconocidos pidiendo que haga llegar sus manuscritos a mi agente y Tim Earheart preguntando si al «gran novelista» le apetecería «salir alguna vez a pillar una cogorza». También Petra Dunn, la divorciada del círculo. Dice que lo siente, que no quiere molestar, pero que le parece importante que hablemos.

Me apunto su número, pero decido no llamarla esta noche. Lo que más me apetece es acostarme. Arrojar a Sam, pasear la vista por algunos párrafos de lo que sea y, si se confirman los precedentes, entrar en un vacío sin sueños. Lo malo es que esta tarde al final no he comprado nada para leer, sino para escribir.

Quizá sea infringir una promesa hecha a mí mismo, pero supongo que no tiene nada de malo tomar simples notas. Me llevo a la cama un bolígrafo y la agenda, y empiezo a escribir sin ton ni son. Frases sueltas sobre lo que ha pasado desde que se presentó Angela en la firma de libros, y luego un *flashback* sobre los principios del círculo, mi primer contacto con la historia del Hombre del Saco y observaciones desordenadas sobre la época de los asesinatos, hace cuatro años. Más que escribir, es recopilar datos e impresiones. Si he ofendido a los dioses por robar historias, seguro que esto (la crónica desnuda de mi propia vida) no le hace daño a nadie.

Hasta en esto me equivoco.

Ruidos en el piso de abajo.

Algo que me hace salir de esa fase intermedia que es dar cabezaditas sin notarlo. Un golpe. Seguido por una milésima de segundo de reverberación que confirma que su peso es suficiente para descartar a los sospechosos habituales de los sustos nocturnos («crujido de tablones» o «ratones entre las paredes»). Lo primero que pienso es que un pájaro ha confundido en la noche la superficie transparente de la puerta corredera del jardín; y sí, podría tratarse de eso, si no fuera por el siguiente ruido: un chirrido de uñas sobre un cristal.

Me pongo los calzoncillos y la camiseta que he dejado tirados al pie de la cama y voy a ver a Sam. Duerme. Cierro su puerta y me asomo a la escalera. Sólo los crujidos y suspiros de una casa vieja. Está tronando, pero a varios kilómetros.

Abajo no se ve nada anormal. ¿Por qué iba a haberlo, a fin de cuentas? Si hubiera entrado alguien en la casa con la intención de hacernos daño, tendría muy poco sentido volcar una mesita o romper el espejo del pasillo. Aun así, me tranquiliza ver las zapatillas de deporte de Sam juntas en el felpudo y el montón de sobres en el primer escalón para ser echados al buzón por la mañana. ¿Hay algo tan malo y poderoso como para burlar semejantes talismanes?

Al llegar al pie de la escalera, me desplazo con el menor ruido posible hacia la sala de estar del fondo de la casa. Desde ella veo un trozo de la puerta corredera que da al porche. Ha empezado a llover, una lluvia lenta y densa como aceite. Golpecitos en el tejado.

Luego la lluvia se vuelve plateada.

Algo en el jardín activa los sensores luminosos de movimiento que instalé la semana pasada. No es la lluvia (están diseñados para ignorarla), ni el movimiento de las ramas (no hay viento). Algo bastante grande para que lo detecten. Moviéndose de un lado a otro de la finca. Algo que no veo.

Voy corriendo a la cocina, saco unas tijeras del bloque de cuchillos y las levanto al ir hacia la puerta de cristal. Las luces

se apagan antes de llegar. Sólo tres segundos de claridad. ¿Por qué le dije al que las instaló que pusiera el temporizador en tres segundos? Demasiado poco para que se fije un mapache, y aún más para disuadir a un intruso. Ahora me acuerdo: no quería despertar a los vecinos. No se me había ocurrido que estos aparatos estuvieran para eso.

Abro la cerradura y deslizo la puerta. Primero saco las tijeras, como si quisiera clavar las cuchillas en el cuerpo de la lluvia.

Nada más salir, el chaparrón pega la camiseta a mi piel. Sigo avanzando por el porche. Al llegar al borde, penetro en el radio de los sensores y se encienden los focos. Todo el jardín iluminándose de golpe, con el resultado de que los contornos grises (el césped sediento, los arriates infestados de malas hierbas al pie de la valla, el cobertizo torcido del rincón del fondo) se traducen en detalles nítidos. Nada más. Nada fuera de su sitio.

Tres segundos después, la luz se apaga. La oscuridad amplía el jardín.

Vuelvo a activar el sensor agitando los brazos. Todo como siempre. La cortina de lluvia. La forma vaga de las otras casas.

He cumplido mi deber. Las dos de la noche y sin novedad. Es hora de entrar, coger una toalla y contar ovejitas.

Pero no lo hago.

Levanto un brazo, esta vez sin darme cuenta, apuntando al cielo con las tijeras. Y se encienden otra vez las luces.

Iluminando a alguien en el jardín.

Un hombre de espaldas a la valla del fondo, cerca del cobertizo. La cara tapada por las ramas que cuelgan del sauce del vecino. Los brazos caídos. Y, al final de los brazos, manos como guantes arrugados.

Se apagan las luces.

Si no fuera por Sam, sería incapaz de volver a mover los brazos. Mi hijo durmiendo en su cuarto del piso de arriba. Confiado en que no permitiré que se le acerque el coco. Pensar en Sam es lo que enciende las luces.

Pero el jardín está vacío. No es más que el mismo rectángulo triste de terreno urbano que antes, un jardín descuidado y un cobertizo con telarañas en las ventanas. Y en la valla del fondo, nadie. El hombre malísimo que hace cosas malísimos se ha ido, si es que ha estado.

Capítulo 20

Después de ver a un fantasma leyendo mi libro, después de mi comida con Angela, después del monstruo entrevistado en mi jardín, lo lógico sería decidirme de una vez a mudarme a otro barrio, pero para lo único que han servido los acontecimientos de los últimos días es para dar respuesta a una pregunta más vieja que el mundo: ¿por qué los protagonistas de las películas de terror vuelven a la casa encantada aunque el público le grite a la pantalla: «¡Corre! ¡Sube al coche y arranca!»? Es porque sólo sabes que estás en una peli de terror cuando ya es demasiado tarde. Aunque empiecen a fallar las reglas que separan lo posible de lo imposible, no te crees que puedas acabar como una simple cifra en el recuento de cadáveres, sino que eres el protagonista, el que resolverá el acertijo y sobrevivirá. Nadie vive como si sólo le hubieran contratado de secundario truculento.

Además, en mi caso lo encantado no es sólo la casa, sino yo.

Al llamar a Petra ha puesto voz de no acordarse de mí.

–Patrick Rush –he repetido–. Del taller de escritura. Me llamaste tú.

–Ah, sí... Oye, ¿podrías venir esta tarde?

–Agradecería saber de qué se trata.

–¿Te va bien a las cinco?

–Oye, que no estoy seguro de...

–¡Perfecto! ¡Pues hasta entonces!

Y ha colgado.

Yo sé reconocer cuándo alguien finge hablar con una persona distinta de la real por teléfono (por algo soy amigo de Tim Earheart, sin duda uno de los mejores gestores de rollos simultáneos del periodismo actual), pero ¿qué razón podía tener Petra para esconder mi identidad a quien estaba con ella en la habitación?

Al cruzar la puerta de la estación de Rosedale, recuerdo mi conversación con Ivan en el mismo sitio y siento curiosidad por saber si aún es conductor de metro, si aún escribe sobre sus metamorfosis imaginarias y sigue tan solo como antes. Nada impide que fuera el conductor del tren en el que he venido. Es una idea que me da escalofríos a pleno sol; no necesariamente por pensar en Ivan, sino en que, si me ha buscado Angela, y ahora Petra, ¿estarán muy lejos Ivan y Len? Y si ellos dos son los siguientes, ¿por qué no William?

—¿Patrick?

Al girarme me encuentro con Petra corriendo sin moverse. Zapatillas recién estrenadas. El pelo recogido con una gorra de los Yankees.

—Te aviso de que no estoy en muy buena forma.

—Perdona —dice ella parando de saltar—. Es que a esta hora suelo salir a correr, y se me ha ocurrido venir a buscarte aquí, mejor que esperarte en casa.

—¿No vamos a tu casa?

—Prefiero que no.

Me lanza una mirada suplicante, como si cupiera la posibilidad, no sólo de que yo rechace su propuesta, sino de que la coja por el brazo y me la lleve a su casa por la fuerza. Yo ya había visto expresiones así, pero no en divorciadas de la alta sociedad, sino en las caras amoratadas de las mujeres de los centros de acogida; mujeres educadas para comportarse de forma suplicante con todos los hombres y aun así esperarse lo peor.

—¿Adónde quieres ir?

—Abajo, al parque del barranco. Es donde corro —dice ella—. En la sombra no hace tanto calor.

—Y hay más intimidad.

—Sí, hay más intimidad.

Le hago señas de que se adelante, y ella va hacia el puente que cruza las vías. Se gira cada pocos pasos para mirar hacia atrás. Estamos expuestos a todas las miradas: la gente que sale del metro, los coches de la calle Yonge y las ventanas de las mansiones del borde del barranco medio escondidas por los árboles. Por eso Petra va tan deprisa.

Al otro lado del puente, atraviesa la maleza y baja por un camino lleno de vegetación. La pierdo durante unos minutos, pero, al cruzar las matas de frambuesos silvestres del fondo, me la encuentro esperando.

—No me he acordado de darte las gracias por venir —indica.

—Tal como lo has dicho, no tenía elección.

—No es sólo por mi bien.

Vuelve a caminar. Seguimos el sendero hasta que el bosque se hace más frondoso, y el barranco se abre. Cuando ya estamos bastante lejos como para no ver a nadie en doscientos metros a la redonda, se para y se gira hacia mí con una expresión agitada, como si no se esperase que la siguiera.

—No tengo mucho tiempo —dice—. Mi agenda está bastante llena y, si la cambio, la gente se fija.

—¿La gente?

—Mi vida personal —responde con vaguedad.

Se pone en jarras y se inclina un poco, respirando hondo, como si en vez de empezar a correr ya hubiera terminado.

—Me ha estado vigilando un hombre —continúa finalmente.

—¿Sabes quién es?

—La misma persona que nos ha estado vigilando a todos.

—¿A todos?

—Al círculo. O a algunos del círculo. Len, Ivan y Angela.

—¿Has hablado con ellos?

—Len se puso en contacto conmigo y me explicó lo de los otros.

Hasta ahora nuestra conversación no ha durado ni un minuto, pero da la sensación de ser mucho más larga. Es por el esfuerzo de disimular la sorpresa.

–Y seguro que te crees que es el Hombre del Saco –digo intentando parecer escéptico.

–Se me había ocurrido.

–Esto es de locos.

–¿Qué quieres decir, que no le has visto?

–No, que sí que le he visto. Por eso es de locos.

Petra vuelve a mirar el camino. Me doy cuenta de que está calculando el tiempo que falta para la hora en que debería abrir la puerta de su casa y secarse el sudor de los ojos.

–Supongo que has leído mi libro –digo.

–¿«Tu» libro?

–Bueno, vale, el que salió a mi nombre.

–Lo he visto. Lo he cogido un par de veces en la librería, pero no quiero tenerlo cerca.

De repente pone cara de aburrimiento. Ahora me toca a mí decir algo para retenerla.

–¿Quién iba en la limusina que pasó a buscarte aquella noche delante de Grossman's?

–No estoy segura de que te importe.

–Antes no, pero ahora que me has dicho que nos sigue la misma persona...

Transcurre un segundo en el que estoy seguro de que Petra se va a ir, pero lo que hace es tomar internamente alguna decisión, algo que le hace dar un paso hacia mí.

–Por cuestión de negocios, mi ex marido tenía que dedicarse a cosas no del todo convencionales.

–A juzgar por tu casa de allá arriba, diría que le salió bien.

–Le salió y le sale.

–¿El de la limusina era él?

–No, Roman, Roman Gaborek, el socio de mi marido. Bueno, ex socio.

–Amigo tuyo.

–Novio. O algo así. Es por quien dejé a mi marido, pero él no lo sabe. Si Leonard se enterase de que estoy con Roman, saldríamos todos perdiendo.

–Celoso, el hombre.

—Para Leonard las personas son de su propiedad.

—Pues entonces podría ser la persona que has visto merodeando por tu casa.

—Podría, y a veces lo ha sido, pero no creo que ahora mismo nos estemos refiriendo a él.

—¿Por qué no?

—Porque el hombre que digo... es raro.

Detrás de nosotros corretea algo por el sotobosque. El ruido sobresalta a Petra, que se protege con las manos. Sigue encogida hasta después de darse cuenta de que no era nadie.

—Si es el Hombre del Saco, ¿por qué justo ahora? —digo yo—. ¿Por qué ha vuelto?

—¿Tú qué crees?

—Por mi libro.

—Tuyo, de ella... De quien sea.

En respuesta a una señal que es la única en oír, Petra se gira y se va por el sendero, sumergiéndose cada vez más en la penumbra húmeda del barranco. Primero corre despacio, saltando mucho, y luego más deprisa, balanceando los brazos. Cuando desaparece en una vuelta del camino, va lo más deprisa que puede.

El cielo anaranjado de un crepúsculo en alerta por contaminación ha dado paso a la noche. Una hora en que la mayoría de la gente bien está sana y salva, bajo llave, en las cajas climatizadas de sus apartamentos, y los demás, enemigos del sol, salen de callejones de mala muerte y esquinas meadas. De por sí, entre la población de las últimas cuatro manzanas de Queen Street hasta mi casa ya predominan los adictos y la gente con problemas, pero esta noche forman una verdadera multitud. Es porque muchos de ellos son visitantes. Hasta los yonquis sin techo pueden ser turistas de verano, deseosos de saber qué es todo eso que dicen de la gran ciudad. Una belleza desdentada que da tumbos hasta chocar conmigo se ofende porque no le doy calderilla.

—¡Si estoy de vacaciones! —protesta.

Pues ya somos dos. Yo, en todo caso, no trabajo más. Una vez finalizada la gira de presentación de *El Hombre del Saco*, mis planes no van más allá de retirarme de cualquier ocupación y actividad. Quizá sea un error. Quizá la ociosidad de las últimas semanas haya abierto un resquicio en el que pueden entrar elementos no deseados. Si no, ¿cómo se explica el regreso a mi vida del Círculo de Kensington?

Claro que, en realidad, sí que tengo un trabajo, un único objetivo al que me entregué tras la muerte de Tamara: criar a Sam. Ser buen padre. Compartir mis pocos puntos buenos e intentar esconder mis defectos, que son legión.

Sin embargo, mi única responsabilidad ya no es el sustento de mi hijo, sino su protección. Si hay algo deplorable que ha traído al mundo mi deplorable libro es que se acabaron las vacaciones. Ahora mi trabajo es el mismo que el de la niña del relato de Angela, que intentaba alejar del peligro a sus seres queridos: asegurarme de que, si viene a por nosotros, no le toque a él, sino a mí solo.

Giro por Euclid, y una vez más tengo la sensación de que pasa algo raro. Esta vez no hay cinta de la policía, ni ningún perseguidor que me haga ir corriendo hasta la puerta de mi casa, pero sí un momento de mareo, un ataque de náuseas repentino. La sensación que empiezo a relacionar con estar cerca de «él».

¿Dónde está Sam?

Está en casa, con Emmie. No le pasa nada.

¿Entonces, por qué corro? ¿Por qué he sacado el llavero del bolsillo y cierro el puño con las puntas de las llaves saliendo entre los dedos? ¿Por qué, cuando aparece mi casa, hay una silueta humana frente a la ventana principal?

Me ve llegar y no se mueve. Me ve meter la llave y abrir la puerta.

El pasillo está oscuro. No ha encendido las luces. No le hacía falta. Sabía adónde ir.

Doblo la esquina del comedor, cuya ventana da a la calle. No hay nadie dentro. Tampoco hay dónde esconderse. Vuelvo al pasillo para buscar en la parte trasera de la casa. Cajones de la cocina cerrados, nada desordenado en la encimera... También la sala de estar está como la he dejado.

Justo cuando me dispongo a subir por la escalera, una corriente de aire me hace fijarme en la puerta corredera. Abierta. Lo que me había parecido cristal resulta ser la vía de entrada del intruso.

Lo cual no significa que haya salido por el mismo sitio. Ni que no esté en casa.

—¿Sam?

Subo los escalones de tres en tres. Palmadas en la pared al resbalar mis pies en el rellano. El impacto de mi hombro en la puerta del cuarto de mi hijo.

—¡Sam!

Ni siquiera he mirado si está en la cama y ya echo un vistazo a la ventana. «Tatuajes de sangre en las cortinas.» Pero está cerrada, y las cortinas intactas. La cama hecha, como la ha dejado esta mañana.

Me acuerdo de golpe. Está en casa de su amigo Joseph, en la casa de enfrente. Un cumpleaños. Sam no está en casa porque no tiene que estar.

Cruzo el pasillo y cojo el teléfono. Se pone la madre de Joseph.

—Es que acabo de... la puerta trasera... ¿se puede poner Sam, por favor?

Pasa medio minuto. No es normal. Sólo falta que la madre de Joseph vuelva a ponerse y diga: «¡Qué raro! La última vez que he mirado estaba con el resto de los niños».

—¿Papá?

—¿Sam?

—¿Qué pasa?

—¿Estás dentro?

—Sí, es donde está el teléfono.

—Vale.

—¿Tú dónde estás?

—En casa. Es que... me había olvidado... Ay, Dios mío...

—¿Puedo colgar?

—Te paso a buscar cuando se acabe la fiesta, ¿vale?

—¡Si estoy al otro lado de la calle!

—Da igual, ya pasaré a buscarte.

—Bueno.

—Hasta ahora.

—Adiós.

No sé quién estaba en la ventana, pero esta vez no se ha equivocado de casa. Pero sí de noche.

Suerte. Parece mentira que me quede alguna después de mis laureles inmerecidos y de mis pactos con el diablo, pero Sam está vivo. Comiendo pastel y haciendo el bestia por el sótano de mis vecinos.

De todos modos, ya va siendo hora de buscar ayuda. No de tipo psiquiátrico (aunque cada vez parezca más inevitable), sino policial. Ya no hay margen para preguntarse si el Hombre del Saco es real. Ha entrado alguien en mi casa. Y ya es hora de que vengan los de las placas y las pistolas.

Suena el teléfono antes de poder cogerlo.

Al levantar la vista, veo que las cortinas de mi dormitorio están abiertas. Las he dejado así por la mañana, descorridas para que entrara la luz; pero ahora, de noche, con la lámpara de la mesita encendida, me pueden ver desde la calle.

Sigue sonando el teléfono.

Si estoy a punto de hablar con el hombre malísimo que hace cosas malísimas, me vence la curiosidad de saber qué dirá.

—¿Diga?

—¿El señor Rush?

Algún tipo de acento.

—Si es por lo del manuscrito de las narices, no le puedo ayudar. Y ahora, si no le importa meterse el...

—Tengo malas noticias, señor Rush.

—¿Quién es? Ya sé que él está bien, o sea, que si...

—Creo que se confunde...

–... pretende amenazarme, avisaré a la policía, ¿me oye?

–Señor Rush... Patrick, por favor... Soy el detective Ian Ramsay, de la policía de Toronto. Le llamo por su amiga Petra Dunn.

Cantinela escocesa que delata al inmigrante que lleva aquí casi toda la vida, pero que aún no ha perdido del todo el acento de su patria. Me distrae un momento. Por eso, cuando sigue hablando, me pilla pensando en si será de la zona de Edimburgo o la de Glasgow.

–Creemos que la han asesinado, señor Rush –dice.

Capítulo 21

Cuando llega la policía es en forma de un solo hombre, un individuo alto, vestido de civil, con unos ojos verdes y brillantes que no invitan a tomarle muy en serio. Un bigote, con toda la pinta de habersele ocurrido en el último momento, como accesorio obligatorio del que preferiría prescindir. Yo, que nunca he conocido a un detective de verdad, intento adoptar una actitud mezcla de cautela y calma. Sin embargo, sus facciones afables y la constatación de que soy unos centímetros más ancho que él (cuando lo que me esperaba era un armario lleno de reproches), me hacen sentir desde el primer momento que un hombre así no puede hacerme daño de verdad.

—Vengo por lo del asesinato —dice con estudiada consternación, como podría presentarse en la puerta un hombre con mono y decir: «Vengo por lo de las cucarachas».

Tiendo el brazo para hacerle pasar. Entra y va directamente a la sala de estar. Muestra la familiaridad con que lo haría un amigo de toda la vida, alguien con bastante confianza como para ir directamente al bar y no decir hola hasta después del primer trago.

Cuando alcanzo al detective Ramsay, sin embargo, no se ha servido nada, sino que está en el centro de la sala con las manos en la espalda. Me hace gestos de que me siente (elijo el apoyabrazos de una tumbona hecha polvo), pero él se queda de pie. Sin embargo, incluso el estar sentado a medias neutraliza la diferencia de peso que me daba ventaja. Se pasa calculo que un minuto dando pocas muestras de interés por mí. Mira la

habitación como si se comunicara directamente con todas las revistas y las figuritas de la repisa de la chimenea, y quisiera darles a todas la oportunidad de hablar.

—¿Está casado, señor Rush?

—Mi mujer falleció hace siete años.

—Lo siento.

—¿Y usted?

Levanta la mano, enseñando el anular con la alianza de oro.

—Hace veinte años. Siempre le digo a mi mujer que hoy te caen menos por homicidio.

Intento sonreír, pero no parece que lo espere.

—Me han dicho que es escritor.

—Ya lo he dejado —digo.

—¿Piensa dedicarse a alguna otra cosa?

—Todavía no lo he decidido.

—Pues yo habría dicho que la vida de escritor es casi ideal: no tener jefes, hacer el horario que quieres, inventarte cosas, que tampoco es lo que se dice trabajar...

—Dicho así, parece más fácil de lo que es.

—¿Qué tiene de duro?

—Todo. Especialmente lo de inventarse cosas.

—Me imagino que se parecerá bastante a decir mentiras.

Se acerca a la estantería y asiente al ver los títulos, aunque no da señas de reconocer ninguno.

—A mí también me pirra leer —dice—. Bueno, la verdad es que sólo novelas policiacas. No soporto las elucubraciones sobre el sentido de la vida. —El detective Ramsay se gira hacia mí y su cara se arruga en una mueca de reproche—. ¿Puedo preguntarle qué le hace tanta gracia?

—Es un policía que sólo lee novelas policiacas.

—¿Y qué?

—Pues que me parece irónico.

—¿Ah, sí?

—Tal vez no lo sea.

Sigue fijándose en la estantería, hasta que saca mi libro.

—¿Qué es? —dice.

—¿Perdón?

—¿Qué tipo de libro es?

—Nunca sé muy bien qué contestar a esa pregunta.

—¿Por qué no?

—Las clasificaciones tienen trampa.

El detective Ramsay abre la contraportada para mirar la foto del autor: yo, con aire malhumorado y contemplativo, y aerógrafo.

—¡Qué coincidencia, el título! —dice.

—¿Sí?

—Los asesinatos del Hombre del Saco, hace unos años. La investigación la llevé yo.

—¿En serio?

—El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—Supongo que el título, hasta cierto punto, se inspira en todo aquello.

—¿Se inspira?

—Bueno, no es que lo que hacía el asesino fuera muy inspirador... Sólo lo digo en el sentido de que me dio una idea.

—¿Qué idea?

—La del título. Es a lo que me refería.

Baja la vista, y al principio me pregunto si tendré una mancha en la camisa. Luego me doy cuenta de que me mira las manos. Contengo el impulso de metérmelas en los bolsillos.

Ramsay vuelve a alzar la vista. Levanta y baja mi libro varias veces, como si evaluase su calidad sólo por el peso.

—¿Le importaría prestármelo?

—Quédeselo. Tengo muchos en el sótano.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más tiene abajo?

La única señal de que lo dice en broma es la risa que se permite al cabo de un momento. De hecho, todo lo que dice con sus restos de acento podría interpretarse en clave sarcástica, pero yo ya no me atrevo a tanto.

—Tengo que preguntarle qué hizo todo el día con la señora Dunn —dice, mientras deja mi libro en una mesita y saca una libreta del bolsillo de su americana.

—No estuvimos todo el día. Como máximo veinte minutos.

—Bueno, pues veinte minutos. Empezamos por ahí.

Le explico que Petra me dejó un mensaje la noche anterior, pidiendo que nos viéramos. Yo contesté por la mañana, y quedamos en su casa a las cinco. Me la encontré al salir del metro, con chándal y gorra de los Yankees. No le hacía mucha gracia ir a su casa, y me llevó a dar una vuelta por el parque. Me dijo que estaba preocupada porque parecía que la seguía un hombre. Le había visto de noche fuera de la casa. Tenía miedo, y quería saber si yo también había observado que me seguía una sombra.

—¿Y lo ha observado? —dice el detective Ramsay.

Al contar una historia, siempre hay un momento en que el escritor se vuelve su propio corrector. Nunca se cuenta todo. Ningún informe es completo al cien por cien. Hasta el adúltero con demasiados remordimientos de conciencia excluye de su confesión el olor del perfume de su amante. Los países en guerra facilitan el recuento de víctimas, pero no una comparación del número de brazos y piernas amputados. La causa de esas lagunas no tiene por qué ser el engaño, en el sentido activo de distorsionar los hechos. La mayoría de las veces es por decir lo esencial sin infligir dolor innecesario. Así se puede ser veraz y al mismo tiempo guardar secretos.

Así es como justificaré más tarde haberle dicho al teniente Ramsay que no, que ni me han seguido ni tengo la menor idea de a qué se refería Petra en el barranco. Ya sé que es mal camino en el mismo momento de tomarlo. Tal como están las cosas, quizá los únicos que puedan velar por mí y por Sam sean los policías. Pero hay algo que me convence de que revelárselo sólo serviría para ser la siguiente víctima. Si el Hombre del Saco me vigila desde tan cerca como da la sensación, estoy resuelto a ceñirme a sus reglas, no a las de la policía.

Por no hablar de que empiezo a tener la sensación de que podría ser uno de los sospechosos del asesinato de Petra. Os aseguro que en estos casos el primer impulso es callar; ya habrá tiempo de pensar si ha sido buena idea.

—Bueno, y ¿por qué le llamó?

—Supongo que por el círculo de escritura en el que coincidimos hace años. Intentaba establecer alguna relación entre nosotros, mi libro y su preocupación por que la persiguiesen. Era todo bastante vago.

—Vago —dice, parándose a reflexionar en la palabra—. Cuénteme algo del círculo.

Lo hago. Le doy todos los nombres y los pocos datos de contacto de los que dispongo. También en este caso decido guardarme algunas cosas. Por ejemplo, mi cita con Angela.

—Sólo quiero que me confirme la secuencia de hechos —dice él—. Quedó con la señora Dunn hacia las cinco. ¿Es así?

—Sí, a las cinco menos un par de minutos.

—Y la dejó en el barranco veinte minutos después.

—Más o menos.

—¿Volvió caminando a su casa?

—Sí.

—¿Habló con alguien? ¿Se paró en alguna parte?

—Me tomé algo en Kensington Market.

—¿Dónde exactamente?

—El Fukhouse. Es un bar punki.

—No le veo en ese ambiente.

—Me pillaba de camino.

—¿Le reconocería alguien por haberle visto en el Fukhouse?

—Tal vez el de la barra. Es lo que dice usted sobre el ambiente.

—¿Cuándo llegó a su casa?

—Era de noche. Calculo que a las nueve y pico.

—Que fue cuando llamó a los vecinos para preguntar por su hijo.

—Sí.

—¿Tenía algún motivo en especial para estar preocupado por él?

«Le vi de pie, al lado de la ventana.»

—Soy viudo, detective. Sam es la única familia que me queda. Nunca dejo de preocuparme por él.

Parpadea.

–Es muy lejos para volver caminando –dice–. Incluso con un par de copas encima.

–Me gusta ir despacio.

–Tal vez le interese saber que la señora Dunn desapareció entre su encuentro con usted y las ocho. Unas dos horas y media.

–¿Desapareció? Creía que había dicho que la asesinaron.

–He dicho que es lo que creemos.

¿Cómo puedo haberme equivocado tanto? La combinación de los restos de acento escocés de Ramsay y su aspecto cómico me habían hecho pensar que, si realmente sospechasen de mí como autor de lo que le habían hecho a Petra, me habrían enviado a uno de los duros. Ahora veo que Ramsay es uno de los duros.

–¿Sabe de alguien que pudiera tener motivos para hacerle algo así a su amiga? –pregunta, ausente–. ¿Aparte de la sombra que dijo ella?

–No somos amigos. Ni lo éramos. Nos conocíamos muy poco.

–«No eran amigos» –dice, escribiendo.

–En cuanto a los motivos, no tengo ni idea. Sí que habló del divorcio, y de que salía con el socio de su ex marido. Parecía una situación delicada.

–¿Todo eso durante los veinte minutos en el barranco?

–Casi no dijo nada, sólo un nombre.

–¿Qué nombre?

–Roman. El novio. Roman algo. Petra tenía miedo de salir perjudicada si su marido se enteraba de la relación.

–Roman Gaborek.

–Eso es.

–¿Su amiga le comentó que tanto el señor Gaborek como el señor Dunn son figuras destacadas del crimen organizado de esta zona?

–Hizo una alusión.

–Una alusión... Hizo una alusión.

–Exacto.

—Es curioso —dice Ramsay, cerrando la libreta—. La gente, cuando se entera de algo como lo que acabo de contarle, suele querer saber detalles. En cambio usted no me pregunta nada.

—Tengo poco estómago para la violencia.

—Pues suerte que no me lo ha preguntado, porque en el caso de la señora Dunn la violencia ha sido considerable.

—Creía que no tenían el cadáver.

—No, el cadáver no, pero sí lo que dejó, y... vaya, que indicaba unas técnicas determinadas. A mí me han recordado lo de hace cuatro años. ¿Se acuerda?

Si justo ahora entrase alguien y viera la expresión del detective Ramsay, podría interpretarla erróneamente como la de alguien que disfruta de este tipo de momentos, pero yo me doy cuenta de que no es placer, sino rabia; una ira que con el paso de los años ha logrado disfrazarse casi de lo contrario.

—Bueno, pues ya está —dice.

Me levanto y le tiendo la mano. Él tarda un poco en cogerla con un apretón implacable.

—Espero haberles ayudado en algo.

—Si no, ya nos ayudará.

Se dirige él solo hacia la puerta. Le acompaño, con ansias repentinas de oír cómo se cierra.

—Sólo una cosa más. La gorra que ha dicho que llevaba la señora Dunn cuando se vieron...

—¿Qué le pasa?

—¿De qué equipo ha dicho que era?

—De los Yankees. ¿Por qué?

—No, por nada; es que no han encontrado ninguna gorra, ni de los Yankees ni de nada.

Abre la puerta y sale. Antes de cerrarla, me enseña una sonrisa. La que se ha guardado para el final.

La mañana me trae una idea curiosa: estoy a punto de volver a ser famoso. Cuando vengán a buscarme y camine esposado desde el furgón hasta la puerta del juzgado entre un runrún de

cámaras y reporteros implorando unas palabras del monstruo del día para las noticias de la cena.

Salta el radiodespertador, y pienso otra vez lo mismo.

Son las noticias, contando a la ciudad que ayer, en el barranco de Rosedale, desapareció Petra Dunn, de cuarenta y cinco años. Las pruebas halladas *in situ* apuntan claramente a un crimen. La policía ya ha empezado a interrogar a una serie de «personas de interés» para la resolución del caso.

Personas de interés. Ése soy yo. Amanezco comoseudonovelista en paro, y sólo veinticuatro horas después me enfrento a un nuevo día como principal sospechoso de un probable homicidio. Y no queda ahí la cosa, porque si el detective Ramsay cree que a la pobre Petra Dunn me la he cargado yo, la conclusión es que hace cuatro años también me cargué a Carol Ulrich, Ronald Pevencey y Jane Whirter.

Quizá tuviera razón Angela. Ha vuelto el Hombre del Saco. Y quien más números tiene de serlo soy yo.

—¿Papá?

Sam, en la puerta de mi habitación.

—Tenía pesadillas —digo yo.

—Pero ahora estás despierto.

Tiene razón. Estoy despierto.

Lo primero que hago después de ducharme y afeitarme es llevar a Sam a casa de Stacey, la hermana de Tamara, que vive en St. Catharines. Durante la hora en coche me esfuerzo en explicarle la razón de que viniera un policía a hablar conmigo la noche pasada y de que sea mejor pasar un tiempo separados. Le explico que a veces te ves metido en cosas sin comerlo ni beberlo y tienes que aguantar preguntas.

—Por el proceso de eliminación —dice Sam.

—Sí, algo así.

—Pero ¿y lo de «inocente hasta que se demuestre lo contrario»?

—Eso sólo es en los juicios.

—¿Tiene algo que ver con tu libro?

–Sí, indirectamente.

–Nunca me ha gustado tu libro.

Naturalmente que lo ha leído. ¿Cómo no iba a leer la única aportación de su padre a la estantería, aunque lo tuviera prohibido? No puedo saber hasta qué punto lo entiende (sólo tiene ocho años, por muy buen lector que sea), pero parece que lo principal sí lo ha pillado: que el Hombre del Saco de *El Hombre del Saco* existe de verdad.

Al llegar a casa dejo un mensaje en el contestador de Angela pidiendo que me llame en cuanto pueda.

Mientras espero su llamada, pienso en cuántos miembros del círculo ya han tenido contacto entre sí. Yo suponía que nos habíamos ido cada uno por nuestro lado después de la noche en Grossman's, pero es posible que se hubieran formado relaciones de las que entonces no tenía ni idea. Amores, rivalidades, artistas y musas... Pasiones capaces, como bien se sabe, de provocar los actos más horrendos.

Para pasar el rato, vuelvo a entrar en la página de comentarios de www.patrickrush.com y me encuentro lo de siempre: debates obsesivos sobre aspectos anecdóticos de la trama de *El Hombre del Saco*, denuncias de incoherencias e impresiones personales divergentes acerca del autor. («A mí me firmó el libro, y me preguntó si también era escritor. ¡Sí que lo soy! ¡Es como si me hubiera LEÍDO EL PENSAMIENTO!», contra «el otro día vi a PR por la calle, intentando parecer una “persona normal” sin conseguirlo; llevaba una *bolsa del súper* (!!). ¡Hay que ser chorra y pretencioso!»)

Justo cuando voy a desconectarme, el puntero encuentra la entrada más reciente de hoy. Otro boletín de *elverdadero hombre del saco*:

Uno menos.

Me llama Angela. Esta noche saldrá tarde del trabajo, pero podemos quedar después, si me va bien. No sé por qué, pero

insisto en que nos veamos en su casa (a lo cual ella accede de mala gana). Después de colgar, caigo en la cuenta de que necesito ver dónde vive para cerciorarme de que existe de verdad.

He quedado en que llegaré hacia las ocho. Me da tiempo de marcar el único otro número del círculo que tengo: Len.

—Acaba de irse la policía —dice, saltándose el saludo, como si llevásemos un día sin hablar y no varios años—. ¿Te has enterado de lo de Petra?

—Sí. ¿El que ha hablado contigo se llamaba Ramsay?

—Con el susto, la verdad es que casi no le escuchaba. Un tío un poco curioso.

—¿Ah, sí?

—Raro y a la vez cachondo.

—Pues es el mismo.

Yo iría caminando a Parkdale, que es donde vive Len, pero como la ola de calor ha vuelto a romper el récord de temperatura establecido el día anterior, voy por King Street hacia el oeste en mi Toyota, con la ventanilla bajada. Giro a la izquierda, en dirección al lago, y llego a una de las manzanas de casas unifamiliares majestuosas que ya hace mucho tiempo que se dividieron en pensiones de mala muerte. El edificio de Len tiene incluso peor pinta que los demás. Largos tirabuzones de pintura desconchada en el porche. En las ventanas de la calle, en vez de persianas, banderas, papel de aluminio y bolsas de basura fijados con chinchetas.

Len ocupa el apartamento del último piso. Tal como me ha dicho, está abierta la entrada lateral. Subo por una escalera estrecha, junto a puertas por las que se filtran olores agresivos y asfixiantes de hachís, huesos de caldo y disolvente.

A la vuelta del último rellano, levanto la vista y veo que me espera el tontorrón de Len, encorvado en la puerta, deshecho de sudor, pero por lo demás aliviado de verme.

—Eres tú —dice.

—¿Esperas a alguien más?

—Se me había pasado por la cabeza.

El apartamento de Len tiene una sola habitación. Una encimera pequeña y una neverita en un rincón, un simple colchón en el suelo y, como única fuente de luz natural, dos ventanas del tamaño de libros de bolsillo, una a la calle y la otra al patio. El techo, inclinadísimo, es a dos aguas, con una viga central que parte el espacio por la mitad, por lo que Len sólo puede estar de pie en medio de la sala. En las paredes, carteles de cine con burbujas de humedad. *El exorcista*, *Suspiria* y *La noche de los muertos vivientes*. Ropa sucia tirada por el suelo, con un olor en el que se enfrentan el del desodorante y el de calcetines.

—Siéntate —me invita quitando un montón de libros de bolsillo de una silla plegable.

Él no tiene más remedio que sentarse en el suelo cruzado de piernas: un niño ansioso por oír el cuento de cada noche.

—¿Qué, cómo va la vida?

—Bien. No he escrito gran cosa. Ya hace bastante tiempo que no me puedo concentrar. Cuesta mucho escribir cosas de miedo cuando el miedo lo vives.

Al mirar por encima del hombro de Len y fijarme en las estanterías, hechas con cajas de leche, reconozco mi libro. Portada gastada. Varias relecturas con dedos manchados de grasa que han aumentado el grosor de las páginas.

—La primera vez que lo leí, me pasé una semana sin poder dormir —dice siguiendo mi mirada.

—Lo siento.

—Pues no lo sientas, que lo mejor no era tuyo.

—No te lo pienso discutir.

Mira la puerta de reajo, como si quisiera asegurarse de que está cerrada. Su aspecto demacrado, asustadizo, revela de golpe que lleva más tiempo de lo saludable reconcomiéndose aquí arriba.

—¿Desde cuándo no sales a la calle?

—Ya no me gusta mucho bajar —dice—. Es como cuando tienes la sensación de que te observan pero al girarte no ves nada, ¿sabes? Ahora me pasa constantemente.

—¿Se lo has contado a Ramsay?

–No, es un secreto. Un secreto de agente secreto. Si te chivas, estás muerto.

–Ya te entiendo.

–Me ha preguntado por ti.

–¿Qué quería saber?

–Si tenías alguna relación con Petra fuera del círculo. Y mi opinión sobre ti.

Miro a Len, mientras elige qué revelar. Como no parece de los que aguantan bien la presión, me esfuerzo por introducirla en mi mirada.

–Le he dicho que eres amigo mío –acaba respondiendo.

–¿Y ya está?

–Es que no sé nada más.

–Aparte de la fuente de mi libro.

–Aparte de eso.

–¿Y?

–Y eso no se lo he dicho.

–¿Con quién más has hablado?

–Me llamó Petra. Y Angela, que me contó lo del accidente de Conrad. Hasta vino Ivan, anteayer. Todos cagados de miedo.

–¿William no?

–¿Lo dices en serio? El día que me encuentre, me voy a vivir a otro sitio.

De repente me asfixia el calor de la habitación. No hay bastante aire para dos pulmones ni de lejos; por otro lado, casi todo lo consume Len, jadeando como un perro de presa que come demasiado.

–¿Angela te contó el accidente de Conrad?

–Ya te lo he dicho.

–Pero ¿te dijo si había alguien más en el coche?

–¿Había alguien más?

–No. No, nadie –digo chocando con el techo al levantarme–. Perdona, pero es que he quedado y llego tarde.

–¿Con quién?

–Con Angela, precisamente.

–Debe de estar cabreadísima contigo.

—Parece que no le quiere dar importancia.

Len se rasca las islas de barba de las quijadas.

—Quería enseñarte una cosa —dice.

Separa las piernas y rueda por el suelo hasta la estantería de cajas de leche. Sus dedos gruesos hurgan en las montañas de cómics y escarban en los libros de bolsillo apilados de cualquier manera. Cuando encuentra lo que busca, ya se le ha puesto negra de sudor la camiseta.

Se me acerca a gatas y me da un libro. Una revista literaria que me suena, *The Tarragon Review*. Una de las docenas de publicaciones regionales de tercera que imprimen relatos y poemas para un público que no supera las dos cifras.

—¿Sales tú? —pregunto pensando que Len quiere enseñarme su estreno en la imprenta.

—Mira el índice.

Leo todos los títulos y autores de la lista. No me suena ninguno.

—Mira otra vez —me pide Len—. En los nombres.

La segunda vez sí que lo veo: un cuento titulado «El conductor de metro», y escrito por una tal Evelyn Delsack.

—Delsack. Del Saco. ¿Te das cuenta?

—¿Qué quieres decir, que lo ha escrito Evelyn?

—Al final —dice Len excitado—. En la sección de colaboradores.

Las últimas páginas de la revista presentan breves perfiles de los autores del número, junto con una foto en blanco y negro. La entrada de Evelyn Delsack contiene el siguiente párrafo:

Evelyn es una viajera fascinada por las vidas ajenas. «Para un escritor, la mejor manera de investigar es acercarse a los desconocidos», dice. Es el primer cuento que publica.

Y al lado una foto de Angela.

—¿Cuándo está publicado?

—El año pasado.

—¿Y por qué lo tienes tú?

–Yo me suscribo a todo –dice Len–. Me gusta saber quién publica y dónde. Supongo que alimenta mis celos. Sin esto, hay mañanas en que no me levantaría.

Len se ha puesto de rodillas delante de mí, desquiciado de calor y del contacto humano que tan poco tiene. De compar-tir una vuelta de tuerca argumental.

–¿Me lo dejas?

–Tú mismo. La verdad es que no lo quiero –dice con los ojos brillantes por un subidón narcótico de miedo.

«El conductor de metro» está muy bien. El crítico que llevo dentro insiste en proclamarlo. Una voz totalmente distinta a la que contaba el relato del diario de Angela. Esta vez el tono narrativo es de una insensibilidad escalofriante: un hombre que recorre espacios urbanos llenos de gente sin que nadie se fije en él, borroso como un fantasma. Pero también salen a flote momentos de una desesperación desgarradora. No es la voz de Angela, ni ninguna creación estrictamente ficticia. La causa es que se trata de la voz de una persona real: la de Ivan.

Como ya adelanta el título, «El conductor de metro» cuenta una jornada en la vida de un hombre apocado que de día conduce trenes por los túneles del metro y de noche escribe relatos crónicamente inacabados. Pero lo que realmente me toma por sorpresa, la revelación que me deja temblando al volante del Toyota que he aparcado frente a la casa de Len, no es esta descarada recreación de la biografía desgranada por Ivan durante las sesiones del Círculo de Kensington, sino el trasfondo íntimo, el secreto trágico que creía ser el único en conocer.

En algunos puntos del relato principal, el personaje-Ivan reflexiona sobre la caída accidental (o no) de su sobrina por la escalera del sótano de su hermana. Lo mismo que me contó en el lavabo del Zanzíbar. En el texto de Angela se filtran hasta detalles y frases concretas (al menos que yo recuerde).

Se llamaba Pam... Al verla correr por el pasillo y empezar a bajar por la escalera, me dije: «Es la última vez que ves viva a esta niña». ... De los antiguos, ¿sabes?; de esos como peines, pero con las púas metálicas... Así se acaba una vida. Bueno, dos. Cosas que pasan.

Seguro que averiguó ella sola el secreto de Ivan. Se lo contó él.

Y ella lo usó. Le utilizó.

La dirección que me ha dado Angela incluye el código de seguridad de su bloque de pisos en una de las torres de cristal y metal gris, altas pero anodinas, que han salido como malas hierbas alrededor del estadio de béisbol. Es la única manera que tengo de encontrar el piso, porque al lado del número no pone Angela Whitmore, sino Pam Turgenov. El nombre de la sobrina muerta de Ivan.

Cuando me abre por el interfono, cojo el ascensor. Mi rabia aumenta al ritmo de los números de piso que parpadean en el visor, hasta llegar al veintiuno. Puntos de ignición.

«Es una mentirosa.

Un peligro para mí.

Y para Sam.»

Y luego:

«No he sido yo. No ha sido mi libro. Es ella la que me ha robado mi vida de antes».

Nunca me había sentido así, tan furioso. Aunque no veo mucha relación entre la ira y lo que siento ahora. La ira es demasiado suave, un estado de ánimo entre tantos. Esto es físico, una descarga eléctrica que saca chispas de mi pecho. División clara entre un yo pensante y un yo actuante.

Angela ha dejado la puerta abierta. Lo sé porque, al darle una patada, el pomo se clava en el yeso de la pared.

Mi parte actuante se echa encima de Angela.

Mi parte pensante se fija en muebles baratos y en ventanas sin cortinas que miran al oeste, hacia el lago, las vías del tren

y la ciudad perdiéndose en el horizonte. Y, por encima de todo, el calor.

Lo que pueda haber dicho Angela antes del impacto pasa desapercibido. En todo caso, ahora no le sale ninguna palabra de la boca. Es porque la he cogido por el cuello. Apretando los pulgares. Algo blando cede bajo la piel.

Acto seguido, la levanto y la arrojo al sofá y me siento sobre su pelvis. Volcando todo mi peso en mis brazos unidos para que le impidan emitir cualquier sonido.

Gritándole con una voz que no es la mía.

—No sé qué coño quieres. No sé quién coño eres. Da igual, porque como vuelva a ver cerca de mi casa o de mi hijo al que tienes siguiéndome, te mato.

Su cuerpo se agita.

—¿Lo has pillado? ¡Te mato, joder!

Le sigo apretando el cuello con la misma fuerza. Siento ablandarse su cuerpo. Ya la estoy matando. Curiosidad por saber cómo se manifestará el final. ¿Un último ataque? ¿Inmovilidad?

—Eres tú.

La estoy soltando; bueno, debo de haberla soltado, porque parece que intenta decir algo.

—Creía que eras demasiado... simple, pero eres el tipo de persona que hace este tipo de cosas, ¿no? Tabla rasa.

—No soy yo.

—Ahora mismo no sabías qué hacías. Eras otra persona. Quizá esa persona sea la que ha matado a Petra.

Angela se levanta con dificultad. Se aparta sin perder mis manos de vista.

—Aquí al que siguen es a mí —digo.

—¡Has estado a punto de estrangularme!

—Porque me estás jodiendo. A mí y a mi hijo.

—¡Vete a la mierda!

Nos quedamos sin fuerzas a la vez. Se nos mueven los pies sin ton ni son, como si estuviéramos en la cubierta de un barco en medio de una tormenta.

–Dime sólo una cosa. Si eres tan inocente, ¿por qué te escondes bajo otro nombre?

–Para evitarle.

Me cuenta que de vez en cuando le ha visto. Desde que dejó de reunirse el Círculo de Kensington. Alguien que, con el paso de los años, se ha seguido plantando en la acera de enfrente de los edificios donde trabajaba y de los pisos donde vivía, o mirándola por el escaparate de los restaurantes donde comía. Siempre en la sombra. Sin cara.

Fue el Hombre del Saco quien la obligó a cambiar de nombre, aspecto y trabajo antes de enterarse del accidente de Conrad White y Evelyn. Desde entonces le fue mucho más fácil desaparecer.

–¿Desaparecer incluye mandar cuentos con seudónimo?

–¿Seudónimo?

–Evelyn Delsack. Pam Turgenov. ¿Quién más has sido?

Cruza los brazos.

–«El conductor de metro.»

–Sí, muy bueno. Aunque no del todo tuyo.

–Tú lo que hiciste lo hiciste para que te reconocieran.

–No es verdad.

–¿Ah, no?

–Lo hice para tener algo mío.

–Aunque no fuera tuyo.

–Exacto, aunque no fuera mío.

–A mí no es lo que me interesa.

–¿Pues qué te interesa?

–La gente –dice Angela–. A mí me interesa la gente.

Estaba convencida de que, por muchas veces que cambiara de vida (o enviase sus textos con nombre ajeno), tarde o temprano él la localizaría. La última vez fue el día de nuestra comida. Al volver a su coche, en un parking subterráneo, se encontró un mensaje escrito con pintalabios en el parabrisas. El pintalabios de ella. Cogido de donde lo había dejado, en el lavabo.

–¿Ha estado aquí dentro?

—Sí, y quiere que lo sepa. Que puede volver cuando le dé la gana.

—¿Qué ponía? En el parabrisas.

—«Eres mía.»

Al principio pensaba que el único objetivo era amenazarla. Suponía que quien la vigilaba disfrutaba sabiendo que su vida se estaba reduciendo a poco más que la función nerviosa, los inquietos instintos de supervivencia de una alimaña. En cambio, ahora cree que los recordatorios también obedecen a una finalidad lógica: tal vez el rastro que deja pueda acabar sirviendo para involucrarla. Tarde o temprano dejará algún tipo de huella y se la atribuirán a ella. A Angela le está pasando lo mismo que a mí, que empieza a verse como sospechosa, no como víctima.

Justo entonces, como si fuera la confirmación, miro por encima de su hombro y veo algo sobre el mármol de la cocina. También Angela se gira a mirarlo.

—¿De dónde sale? —digo.

—Me lo he encontrado esta mañana metido en el buzón.

—Es una gorra de los Yankees.

—Otro de sus mensajes, imagino. Aunque no se me ocurre qué puede significar. ¿Te encuentras bien? Pareces a punto de desmayarte.

Tengo que aferrarme al respaldo de una silla con las dos manos para no caerme. Todo se tambalea, la habitación y la ciudad del otro lado de la ventana.

—La gorra —digo—. Es la misma que llevaba Petra cuando desapareció.

Angela me mira. Una expresión muda que demuestra su inocencia con más certeza que cualquier negativa. Hasta las interpretaciones de los mejores actores muestran señales de artificio en los bordes. Es lo que hace teatral al teatro: un pequeño suplemento para llegar hasta las butacas más baratas. En cambio, lo que me hace ver Angela es tan confuso, tan ajeno a cualquier posibilidad de premeditación, que barre los últimos restos de sospecha contra ella.

—Tranquila, que no pasará nada —digo, acercándome un paso.

—¿Quién lo hace?

—No lo sé.

—¿Por qué a nosotros?

—No lo sé.

Fuera se apaga un poco el cielo en la primera de las gradaciones del crepúsculo, y la ciudad, debajo, adquiere una insistente concreción, una mayor nitidez de calles, tejados y rotulación. Nos giramos los dos para mirarla. Y los dos pensamos lo mismo.

«Está aquí fuera.»

El sigiloso tráfico en damero, los tranvías morosos, los peatones que parecen quietos.

«Es uno de ellos.»

Me despierto de noche y veo en el techo el parpadeo azul, rojo y amarillo de los carteles digitales de la orilla del lago. Las luces del dinero.

Sentado, con la espalda contra el cabezal, miro dormir a Angela, con su cuerpo encogido e inmóvil como el de un niño. No había estado con ninguna mujer desde la muerte de Tamara. Qué raro (lo que más, tal vez, de un día lleno de revelaciones raras) que el pelo que aparto de la cara que duerme sea el de Angela...

La miro un rato. No como de noche contemplan los enamorados a su amada. Miro su forma como una no presencia, un testimonio del submundo. Un fantasma.

Un fantasma, eso sí, que tiene que ir al baño. Aparto la sábana de mis piernas y me deslizo hacia el pie de la cama. Los pies descalzos de Angela cuelgan por el borde. Blancos, con venas azules.

A punto de levantarme del colchón, me fijo en un detalle de los pies. Faltan tres dedos. El pequeño y los dos de al lado, simple vacío cicatrizado, una redondez innatural del pie que

transmite un escalofrío de repulsa hacia el punto de contacto entre los dedos de mis pies y el suelo.

Aunque Angela cambie tanto de nombre, los dedos ausentes de sus pies la atan a una identidad inequívoca. La niña de su relato. La que perdió los mismos dedos por congelación al pasar una noche en el establo, la noche en que desapareció su padrastro en el bosque.

Aquella niña, la del secreto inconfesable.

Esta niña, dormida a mi lado.

Capítulo 22

Podrá ser difícil de creer, de aceptar que pueda hacerlo una persona en una situación real (en contraposición a lo que por desgracia no soy: un personaje de un relato), pero la razón de que, tras ver el pie amputado de Angela, no le pregunte si es la versión adulta de la niña del diario de los horrores es que no quiero que me tome por un lector tan poco sofisticado. Dar por supuesto que la falta de los dedos demuestra que lo que le pasaba a la niña del Hombre del Saco era autobiografía, no ficción (una ficción que, como todas, se elabora necesariamente cosiendo experiencias vividas e inventadas), me delataría como uno de esos pobres desgraciados que babea en la sección de crónicas de sucesos, un paletito que se lo toma todo al pie de la letra y les exige a sus libros de bolsillo y sus pelis de palomitas la promesa de «¡Basado en hechos reales!».

¿Y por qué me importa que pueda tener esa impresión? Para empezar, por orgullo. Como escritor, seré un falsario, pero sigo siendo un «buen lector». Sigo en la lista de especies en peligro de extinción de los que saben que es una chafardearía absurda conectar los puntos entre la vida de un escritor y las vidas sobre las que escribe.

Ésta es una de las dos razones por las que me guardo las preguntas sobre dedos congelados al salir de la cama y ver que Angela me está sirviendo un café. La otra es que estoy solo.

—¿Has dormido bien? —me pregunta, deslizando por el mármol una taza donde pone «Soy una mala bestia».

—Muy bien, pero con pesadillas.

—¿Muy malas?

—Lo normal.

—Yo también. Por eso estoy levantada. Y porque tengo que estar en el trabajo dentro de menos de una hora.

Me había olvidado de que trabajaba. Me había olvidado de que lo hiciera alguien. Otro efecto secundario de ser escritor. Empiezas a pensar que todo el mundo puede justificar profesionalmente pasarse el día en casa mano sobre mano, esperando al cartero y fingiendo que mirar por la ventana y preguntarse qué comida calentar en el microondas es una forma de meditación.

—Oye, sobre lo de anoche... —empiezo a decir—. Quería decirte que lo...

—Creo que deberías hablar con algunos de los demás.

—¿Los demás?

—Del círculo.

Angela coge su café con las dos manos para contrarrestar el frío estimulante del aire acondicionado del bloque de pisos.

—Mira tú por dónde. Y yo que iba a decir algo sobre nosotros, algo bonito...

—Supongo que no se me dan muy bien las mañanas siguientes.

—O sea, que has tenido otras. Otras mañanas.

—Sí, Patrick. He tenido otras mañanas.

Mundano, tomo un sorbo de café hirviendo. Cuando deja de arderme la garganta y pasa a dolerme de manera atroz, pregunto por qué quiere que hable con los otros.

—Para averiguar qué saben. Si se han visto... implicados de la misma manera que nosotros.

Asiento. Vuelvo a asentir. Es por la palabra que ha usado Angela: «implicado». Dicha como la dijo Conrad White cuando le pregunté su opinión sobre el relato de Angela. «Quieres saber si hay alguien más que se haya implicado tanto como tú.»

—¿Cómo es que te dejaste el bolso en el coche de Conrad?

—Ya te lo dije. En esa época nos vimos varias veces.

—¿Verse... o «verse»?

–Le interesaba yo como persona.

«¿Y quién eres?», estoy a punto de preguntar, pero lo impido a tiempo con otro sorbo de café escaldador de almígdalas.

–¿Has leído algo suyo?

–*¿Jarvis and Wellesley?* Sí, claro –dice Angela–. ¿Por qué?

–Creo que te veía como lo que buscaba el personaje de su libro.

–Su hija muerta.

–La chica perfecta.

–¿Te lo dijo él?

–O sea, que tengo razón.

–No te equivocas.

Angela me cuenta que a veces, después de ver a Conrad, él la llevaba a casa en coche. Al principio los temas de conversación solían ser literarios, como sus libros favoritos (en el caso de Conrad, *El proceso*, y en el de Angela, *El mago*), sus hábitos de trabajo, los bloqueos y la manera de superarlos... Pero en poco tiempo Conrad empezó a centrarse en la procedencia del relato de Angela. Su infancia, sus amigos, sus padres... Eran preguntas tan concretas que Angela se ponía a la defensiva y, cuanto más perseveraba él, más vagas se volvían las respuestas intencionadamente. Él se enfadaba.

–Como si fuera desesperación, más que simple curiosidad –dice metiendo el móvil y las llaves en el bolso.

–¿Estaba enamorado de ti?

–En cierto sentido puede que sí. Más como un admirador obseso que como un enamorado, ¿sabes? Pero no me hacía preguntas por eso.

Se calla. No le gusta el derrotero de la conversación.

–Yo creo que tenía miedo –dice.

–¿Miedo de qué?

–De lo mismo que nosotros.

–Y...

–Creía que tenía algo que ver con mi relato.

Sigo a Angela hasta la puerta, poniéndome el reloj, los calcetines y los zapatos.

—¿Conrad tenía algún contacto con el Hombre del Saco, con alguien que le pareciese que era el Hombre del Saco? En aquella época hubo unos asesinatos. Tal vez atara cabos que no se nos ocurrieron a los demás.

—Es posible —contesta Angela—. A menos que fuera un introvertido lleno de complejos que se volvía loco viendo cosas que no había.

Al bajar en ascensor, pregunto por qué miembro del círculo considera que deberíamos empezar.

—¿Deberíamos?

—Creía que habías dicho que podría ser útil averiguar qué saben los demás.

—Pero no puedo preguntarlo yo.

—¿Por qué no?

—¿A quién le ha dejado la gorra de los Yankees?

Se abre la puerta del ascensor. Fuera, el calor hace ondular el aire con cortinas de vaho.

—¿Puedo llamarte?

—De momento no.

—¿Por qué?

—«Eres mía.» ¿Te acuerdas? —dice Angela abriendo la puerta a un mundo de fuego—. No creo que le gustase mucho pensar que soy tuya.

Nadie se imaginaría que a una persona envuelta en «una red de intrigas» (me parece mentira estar usando la expresión de una manera tan personal e insustituible) pudiera quedarle tanto tiempo libre entre las escenas descritas de revelación y confrontación. Os aseguro que el desempleo es capaz de abrir enormes simas hasta en los días de mayor actividad mental. Temer que ocuparse de las banalidades del mantenimiento: comidas a deshora, urgencias urinarias, largas duchas... Sigue habiendo correo, cesta de ropa sucia desbordada y cita con el dentista. Se puede ser sospechoso de asesinato y objetivo de un

asesino en serie sin dejar de perder tiempo en la lacrimógena media hora final de *Dr. Phil*.

Así y todo, durante estos días tórridos de julio hay dos actividades que se repiten con demasiada frecuencia como para anotarlas cada vez. La primera es mi cuaderno. He dado el salto de hacer apuntes sueltos a la hora de acostarme a no salir sin él a la calle. Recojo fragmentos de conversaciones, dónde y cuándo pasa qué... Al releerlo, se ve que es un documento cada vez más desestructurado. Las páginas ordenadas del principio, compuestas de puntos coherentes, se disgregan enseguida en mensajes a Sam y garabatos de Petra y el detective Ramsay. (Con quien no me atrevo es con Angela; no se me ocurre de dónde arrancararía la primera línea.) Hasta hay una carta al Hombre del Saco, en la que le pido que, si tiene que llevarse me al reino de Nada es lo que Parece, deje a mi hijo. Se me ocurre que más tarde, cuando haya pasado todo, este diario podría ser un material que respaldase la teoría de que el pobre Patrick ya estaba ido antes de caer en manos de la sombra. A fin de cuentas, ¿qué es la cordura sino mantener el límite entre las secciones de ficción y no ficción?

Mi otro hábito es llamar por teléfono a Sam y enterarme de qué está haciendo. Casi siempre está en el jardín, jugando con los hijos de Stacey (tienen piscina, un lujo suburbano inimaginable para los ratones de ciudad como yo), o de acampada (en vez de la guardería con pretensiones artísticas a la que le llevaba yo), o en alguna otra distracción veraniega saludable a las que hace tiempo que quiero acompañarle, pero que no he llegado a hacerlo, sustituyéndolas por libros o películas. Resumiendo, que, aunque le llame, no consigo hablar con él. Pero al menos es una oportunidad de volver a dar las gracias a Stacey por lo que hace, asegurarle que pasaré a buscar a Sam en cuanto haya «puesto un poco de orden» y pedirle que le diga que he llamado.

Lo dicho, que hasta un hombre envuelto en una red de intrigas sigue enfrentándose a lo inevitable con lo que le queda: aferrarse a la forma que adoptaba su vida antes del cautiverio,

de este momento en que poco más puede hacer que esperar a que la araña perciba su resistencia y decida que ya basta de esta mosca. Ha llegado la hora.

Desde que nos separamos en el vestíbulo de su edificio he contravenido varias veces la petición de Angela de no llamarla, y ella siempre ha alegado cualquier excusa («llevo una semana trabajando como una burra», «estoy cansadísima, no sé por qué»). Le digo que necesito verla. Que la echo de menos.

–No sé si me veo capaz –contesta ella.

–Si quieres sólo hablamos.

–¿De qué hablaríamos?

–No tendría que ser de... cosas malas.

–Es que es lo único que hay.

Añade que ha recibido un par de señales más de «él». Cuando le pregunto de qué indicaciones se trata, se calla. Le hace clic el aliento en la garganta.

–Si nos quedamos juntos, quizá podamos protegernos –propongo.

–Lo dices, pero no te lo crees.

–He dicho «quizá».

–Yo creo que quiere que estemos separados. Que cada uno vaya por su lado.

–Y si no le hacemos caso...

–... nos separará. O algo peor. Tenemos que seguirle el juego.

«Pues mira tú qué bien está saliendo», tengo ganas de decir; eso y otro comentario que se me ocurre demasiado tarde: «Además, ¿qué creemos que quiere?». Si es que Patrick Rush se arrepienta en el alma de haber usado su nombre en el título de una novela plagiada, misión cumplida. Mea culpa. Si volver a segar vidas arbitrarias, no seré yo, ni mucho menos, quien se lo impida.

«Vidas arbitrarias.»

Es el rompecabezas que me ocupa durante la siguiente hora. Aquí abajo, enterrado en la Cripta, cartografiando las pocas conexiones que puedo establecer.

Carol Ulrich.

Ronald Pevencey.

Jane Whirter.

Y ahora Petra Dunn.

Nada en común entre los cuatro. Pero algo tiene que haber visto él. Para el Hombre del Saco no tenían nada de arbitrario. Sólo hay que pensar como un psicópata.

«Bueno –pienso–, yo soy un escritor jubilado. Tampoco puede costarme tanto.»

Aunque sólo hayan pasado cuatro años desde el Círculo de Kensington, se han multiplicado los espacios disponibles para grupos de escritura. Bibliotecas, librerías, cafés... Pero también clínicas de rehabilitación, sinagogas, *ashrams* de yoga, Alcohólicos Anónimos... El número de seminarios de escritura del yo, talleres de narrativa femenina y mesas redondas de evaluación colectiva de novelas a los que te puedes apuntar no tiene límites. Y yo me apunto a todos. O a todos los que puedo. No para aprender, compartir y descubrirme a mí mismo, sino para seguir los pasos que me han llevado hasta aquí. El mismo viaje que están obligados a hacer todos los asesinos pasionales: el regreso al lugar del crimen.

Con Sam a salvo en casa de Stacey, nada me retiene de dedicar el sofocante resto de semana a saltar de círculo en círculo. Cruzando la ciudad en todos los sentidos, o saliendo de ella, en coche, en metro, siempre con la misma pregunta; y a veces con respuestas.

–¿Os suenan de algo estos nombres? –les inquiría a mis compañeros de círculo, sometiendo a su consideración los nombres (y apellidos, cuando los sabía) de todos los miembros del de Kensington.

A finales de semana ya tenía la confirmación de mis sospechas.

En un sótano de Little Italy me enteré de que años atrás William había figurado durante una temporada entre los

participantes, y que dejó de acudir de un día para otro, por iniciativa propia, justo cuando le iban a pedir que se fuera (por incapacidad de seguir aguantando sus cuentos sobre niños sociopáticos que despellejaban animales). Lo mismo me dijeron, poco más o menos, en un Coffee Time de Scarborough, una biblioteca de Lawrence Park y un bar gay de la calle Jarvis: un hombre grande, que da miedo, se apunta a un club de escritura, aporta cuentos de terror demasiado reales y desaparece.

Pero aún hay más.

También saqué a relucir otros nombres en los círculos; nombres de gente a quien no conocía, pero que cada vez eran más importantes en mi situación. Carol Ulrich. Ronald Pevencey. (A Jane Whirter no la mencioné, porque antes de morir había vivido más de veinte años en Vancouver.) Nombres que algunos a quienes preguntaba no oían por primera vez. Pero no sólo porque Ulrich y Pevencey pertenecieran a la primera hornada de víctimas del Hombre del Saco. Se acordaban de ellos porque en algún momento los dos habían participado en uno o varios círculos de escritura de la ciudad.

Es lo que tengo, y que no tiene la policía, si hay que dar crédito a la prensa: una relación entre las víctimas «aleatorias» del Hombre del Saco. Eran escritores. Y, por alguna razón, les mataron por eso.

Capítulo 23

Por la calle, al ir hacia mi casa, saco el móvil y finjo hablar con alguien. No es la primera vez que lo hago. Si eres el único peatón que no habla por teléfono, tarde o temprano te sientes desaparecer. Tienes que *crear nuevo, añadir contacto y marcar varios*. Marcación rápida, luego existimos.

Esta vez, al llamar al contestador de mi casa, me sorprende reconocer una voz: Ivan.

«He tenido un... encuentro.»

Una pausa tan larga que parece que se haya olvidado de colgar. Luego se acuerda.

Clic.

«Un encuentro.»

Marco el número que me dio, a la vez que me cruzo con un grupo que mira entre risitas el escaparate de un sex-shop, dando golpes en el cristal. («¿Qué será esto, Brenda?» «Ni idea; seguro que algo que te pones donde no da el sol.»)

Ivan contesta a la primera.

—¿Patrick?

—Me has dejado un mensaje...

—Mañana en la parada del museo. El andén que va al sur. A las diez de la mañana.

Clic.

Ahora, sin querer, soy como todos, como los millones de personas que me cruzo por la acera y la calzada. Tengo planes para el fin de semana.

Acabo de llegar a casa cuando llaman a la puerta.

—Ya he acabado su libro. Muy interesante —dice el detective Ramsay, que entra otra vez en la sala de estar como si la casa sólo fuera mía de nombre; y luego añade, con un tono todavía más falso—: Me muero de ganas por leer lo próximo que escriba.

—Estoy jubilado.

—¿En serio?

—¿De verdad que ha venido a comentar mi libro?

—Es una investigación. Algo tenemos que meter en las carpetas.

En cualquier conversación estructurada en torno a un intercambio de acusaciones y refutaciones (una inspección de Hacienda, vecinos molestos porque un árbol tuyo les llene de hojas su jardín) llega un punto en que se puede aceptar o evitar lo desagradable. Es el punto al que hemos llegado Ramsay y yo. Y yo he decidido que Ramsay me cae mal.

—¿Sabe qué le digo? —porfío—. Que igual me queda un libro en el tintero. La verdad es que ahora mismo me está inspirando un personaje.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es el personaje?

—Con defectos, obviamente. Un investigador entrometido, que es listo, pero menos de lo que se cree. El secreto es que quiere ser escritor. Novelas policiacas, lo único que lee. Le gusta pensar que ya las estaría escribiendo si no estuviera tan ocupado en resolver delitos de verdad.

Decir que Ramsay se pone serio sería un eufemismo. Sus brazos y sus piernas se tensan, adoptando el vocabulario gestual del matón, del pendenciero de bar de mala muerte. Ahora ya tengo clara la respuesta a mi anterior pregunta sobre él. Decididamente, más Glasgow que Edinburgo.

—Un personaje cómico —dice.

—Creo que sí.

—Pues, entonces, se equivoca.

—¿Qué quiere decir, que no es divertido?

—Quiero decir que se equivoca en reírse de él.

Me costaría describir su mirada. Es más fácil centrarse en sus efectos, el principal de los cuales es darme ganas de correr hacia la puerta.

—¿Cómo se desea suerte a los escritores? —dice pasando de largo—. ¿Mucha mierda?

—Normalmente sólo se dice «No dejes que te agobien los hijos de puta».

—Lo mismo que en mi profesión.

Se oye el golpe de la puerta al cerrarse. La casa espera un minuto completo antes de seguir gimiendo y rechinando como de costumbre.

Más tarde, al preguntarme por qué no le he contado a Ramsay mi descubrimiento de que todas las víctimas de la primera tanda del Hombre del Saco habían estado en círculos (por no hablar de la aparición de William en algunas de las reuniones), decido que no es porque me caiga mal, ni para no empeorar aún más mi situación. No se lo he dicho porque se me ha ocurrido algo justo cuando Ramsay dejaba entrever su peor lado.

Podría ser él.

Es una sospecha que no se apoya en nada más que en la intuición, pero, ahora que se ha ido, logro sustentarla en una serie de datos sin caer en lo descabellado. El primero es que dirigió la investigación sobre los asesinatos anteriores del Hombre del Saco, lo cual no sólo le daba acceso a los lugares del crimen y a la posibilidad de manipular pruebas, sino a sus colegas de la policía y a los medios de comunicación. Buena manera de corregir los errores que pudiera haber cometido (pocos, sin duda). Luego está su aspecto físico: más o menos de la misma estatura que el Hombre del Saco. Y seguro que lo bastante fuerte como para practicar el descuartizamiento humano.

Claro que también podría ser un paso más en mi lento camino hacia la locura. ¿Sospechar del detective?

No hace falta que te persiga un Hombre del Saco para ver crímenes y criminales por todas partes. Todo lo que has hecho, todas tus decisiones, las posibilidades que se te abrían... Hasta

un momento dado era tu relato, pero luego aparecen los ladrones y te lo quitan, dejándote con la pregunta, esa pregunta cuya capacidad obsesiva, cuya popularidad de lista de los más vendidos, se debe a que nace de un idioma universal. Lo primero que hace decir el miedo. Y el fracaso.

¿Quién ha sido?

El viernes aún no se ha acabado, socialmente hablando. Salgo a tomar algo con un amigo. Bueno, la verdad es que suena más normal de lo que es, porque con quien salgo es con Len. Y porque me ha pedido que lo hagamos para exponerme una idea «de lo más retorcida» sobre Angela.

Nos decidimos por el Paddock, una antigua bodega al sur de Queen Street. Cuando viene el camarero, pido un bourbon *sour*, y me sorprende que Len quiera lo mismo.

—No sabía que hubieras empezado a beber.

—No, si no he empezado.

—Pues podrías haberte pedido un zumo o algo así.

—No quiero llamar la atención —dice, mirando por encima del hombro—. Además, es importante que hablemos en un sitio adonde no iría normalmente.

—¿Por qué?

—Para que no nos vea ella.

Después de que nos sirven, Len me cuenta que Angela fue a verle hace unos días a su casa. Estuvo mirando por la habitación, fijándose en las estanterías. Le llamó la atención *El Hombre del Saco*, aunque no hizo ningún comentario. Len no tuvo más remedio que fijarse en que llevaba «un perfume muy agradable, en el sentido de... sexy». Y una blusa a la que, a su entender, le faltaban un par de botones.

—¿Cuándo fue exactamente?

—El miércoles. ¿Por qué?

—No, por nada.

El miércoles. Dos días después de haberme dicho que no volviéramos a vernos. Y luego le hace una visita a Len, un niño

grande de calvicie prematura y olor a cartón. Al poco tiempo de pensar en ello, tengo el vaso vacío. Me tomo el de Len de un solo trago y levanto la mano para pedir otra ronda.

Len me explica que al principio Angela le hablaba como podría haberle hablado en el círculo (cosa que nunca hizo). Asuntos de escritores. Preguntas sobre qué tenía entre manos, adónde había enviado textos, qué libros leía últimamente...

—¿Le preguntaste por qué publicó con nombre falso?

—No tuve tiempo.

—Pero ¿no dices que estuvisteis hablando un buen rato?

—Sí, pero luego fue muy raro.

Raro porque Angela se inclinó, le puso una mano en la rodilla y le confesó que, si algún día escribía un cuento sobre él, ya tenía el título.

—«Virgen» —dice Len—. Entonces le pregunté: «¿Y por qué lo titularías así?». Y ella contestó: «Porque nunca has estado con ninguna chica, ¿verdad, Len?». Y luego me dio un beso.

—¿Un beso? ¿Dónde?

—En la boca.

—¿Y después?

—No sé. Creo que me resistí. Como que la aparté.

—¿Por qué?

—Porque no me besaba de verdad. Más bien parecía que se burlase.

—¿Cómo lo sabes?

—Fue la sensación que me dio.

Le pongo el vaso en la mano y le incito a beber. Lo hace. Un buen trago. Seguido por otro todavía mayor.

—Bienvenido al maravilloso mundo de la terapia alcohólica —digo.

—Calienta.

—Pues sólo es el principio.

Se pasa la manga de la camisa por los ojos. Yo le pondría una mano en el hombro para tranquilizarle, pero la verdad es que no tengo ganas de tocarle, ni siquiera en un momento así. En vez de eso, le regalo tiempo. Cuando está preparado, dice que

cuando Angela acabó de burlarse le dijo que no hacía falta que le devolviera el beso; que no hacía falta que hiciese nada, porque era demasiado tarde. Ya sabía todo lo que necesitaba.

—¿Sobre qué?

—Sobre mí.

—¿Qué quería saber sobre ti?

—Todo lo que necesitaba para escribir su versión de mí.

—¿Estaba escribiendo un cuento basado en ti? ¿«Virgen»?

—Creo que está escribiendo cuentos sobre todos nosotros —dice Len. Acerca su cara a la mía—. Pero ahora me toca a mí.

—Te toca ser el tema.

—No. Me toca morirme.

Len no está bien. Ahora lo veo claramente. Es algo más que un simple tío raro que colecciona cómics, uno de tantos semiinvisibles de los que respiran por la boca y a los que intentas no hacer caso cuando miran por encima de tu hombro en los cajeros automáticos. Está enfermo. Pero, ya que estamos aquí, en un sitio donde se pueden pedir más cócteles si la cosa se pone peliaguda, supongo que no tiene nada de malo azuzarle un poco.

—¿Y por qué no yo? ¿Por qué no me toca a mí?

—Tú eras el único sin relato —contesta, acabándose el vaso y haciéndolo chocar involuntariamente con la barra.

—¿Te lo dijo ella?

—Se notaba bastante.

Len me pone una mano en la muñeca y me la aprieta contra la superficie barnizada de la barra, sin resistencia. Tampoco me resisto a que se acerque otra vez para susurrar en mi mejilla:

—Angela no es lo que parece.

Intento apartar el brazo, pero tiene más fuerza de lo que me pensaba.

—No digo sólo que esté loca —añade subiendo la voz de golpe. A mis espaldas chirrían sillas y se interrumpen las conversaciones de los otros clientes, que se han callado para oír al tío nervioso del rincón—. Digo que no es humana.

–¡Len, por favor!

–Las leyendas medievales tenían un nombre para los seres femeninos que iban consumiendo a otros seres hasta dejarlos agotados o muertos.

–Un súcubo.

–Exacto.

–¡Venga ya!

–Una bruja que adopta la forma de una tentadora.

–Tranquilízate. Toma, bebe un poco más y...

–Normalmente el objetivo del súcubo es robar el semen de hombres que duermen, su fuerza vital, pero en este caso es diferente. Ella roba historias.

–¿Qué quieres decir, que le tenemos que clavar una estaca en el corazón? ¿Dispararle una bala de plata?

–Lo digo en serio. Y cuanto antes te lo tomes tú en serio, más tiempo podrás vivir.

Lo dice en serio, sí. Se ha dado cuenta todo el bar, que le ve levantarse, perdiendo todo el arrojo que le poseía durante los últimos momentos.

–Algunos deseos son tan infectos que no tienen satisfacción posible –dice.

Parece que intente acordarse de algo más, pero, de ser así, se le ha escapado. «Ya está –dicen sus hombros caídos y su cabeza baja, al alejarse–. No doy más de mí.»

Y mi viernes se suaviza con un final de bourbon. De todos modos, pese a la seguridad de que las teorías de Len son tan retorcidas como me anunció desde el principio, el día se acaba con una idea inquietante. Al cerrarse la puerta, pienso irremediamente que es la última vez que le veo.

Capítulo 24

Salgo temprano para mi cita con Ivan, pero acabo llegando tarde por el sol, que a las nueve ya está alto y despiadado. Tengo que pararme dos veces y sentarme a la sombra para controlar el mareo que comporta caminar a la fuerza por un aire no apto para ello, ni para nada, la verdad sea dicha, como no sea para hacerles la eutanasia a los viejos y fomentar la venta de inhaladores de asma para niños. Cuando arrastro los pies frente a la vieja fachada del Royal Ontario Museum, ya no me importa mucho que Ivan me espere o no bajo tierra. Lo que necesito es apartarme del sol y esperar a que llegue octubre.

Abajo, por desgracia, no se está mucho mejor. Al final de la escalera, el aire casi es igual de caliente y se oyen retumbar y rechinar los trenes. En el fondo, ¿qué hago aquí? ¿Por qué quiero saber qué entiende Ivan por «encuentro»? Lo más inteligente sería dar el plante. No sólo a Ivan, sino a todos. Que desentrañe otro el misterio del Hombre del Saco y reciba la misma recompensa que Carol Ulrich, Petra y los demás.

Sin embargo, no hago lo más inteligente. Descubro la razón precisamente aquí, en la escalera mecánica: quiero acabar bien el día. Escritor deshonorado, crítico puesto de patitas en la calle, amante rechazado... Todo eso, sí, pero es posible que aún haya una oportunidad de perdón, una absolución completa que me haga volver de observar el mundo a estar propiamente en él. Así de hondo han arraigado en mí las falsas esperanzas de la ficción.

Justo después, me fijo en alguien que se cruza conmigo en la escalera de subida.

Con las dos manos en las cintas de goma y la cara tapada por la capucha del chándal. Si se irguiera, sería alto, pero no va erguido.

Pasa de largo, deslizándose. Sigo bajando.

Lo que me llama la atención no es su aspecto, sino el olor que impregna el aire a su paso. Una breve ráfaga de humus. Lo primero que recibes en la cara al abrir una nevera desenchufada.

Ya he estado lo bastante cerca de esa piel como para que no sea la primera vez que percibo su olor. También he intentado describirlo.

«Humo de leña, sudor y carne hervida.»

William.

Cuando me giro, ya está a punto de desaparecer al final de la escalera mecánica. La puerta de la calle se abre chirriando y hace el vacío al cerrarse.

Me lanzo a una carrera perdida de antemano contra los escalones que bajan (dos de subida por cada uno de bajada). Me rindo a medio camino, cuando aparece una madre con su cochecito en lo más alto y me mira con dureza. «Otro loco –dice su cara de votante de los verdes–. ¿Cuándo limpiarán de una vez esta ciudad?»

Sólo al llegar a la taquilla y esperar el cambio reparo en la primera señal de que abajo puede estar pasando algo peor que una aparición de William. Un eco de exclamaciones incoherentes («¡No lo toque! ¡Que venga alguien!») llegadas del andén, al pie de la escalera. Gritos histéricos de niños. Un alarido de mujer.

Cruzo la barrera justo cuando el taquillero coge el teléfono y me hace señas de que no me vaya. Yo le ignoro. Al caminar de espaldas, veo que a la mujer del cochecito le están diciendo que no puede pasar. Exige saber por qué, y el taquillero se lo dice. Sea lo que sea, le hace dar media vuelta y marcar un taconeo de socorro en el suelo de mármol.

Al bajar al andén, las voces de antes aumentan de volumen. A los lamentos infantiles se han sumado más gritos adultos. También se oyen órdenes oficiales («¡Hacia atrás! ¡Pónganse en

fila!)), junto con los diosmíos de pánico de varias madres que llevaban a sus hijos a ver el museo. (A juzgar por el ruido, muchas aún están bajando del tren.) Resoplar y gruñir de pasajeros intentando acomodarse en un espacio cada vez más reducido. Ganado humano.

Llego al andén y me uno a ellos, el único que baja mientras todo el mundo se dirige atropelladamente hacia las salidas.

Entonces veo por qué.

El tren que iba hacia el sur ha frenado con sólo dos tercios dentro de la estación. Puertas abiertas y vacío absoluto en los vagones. Varios hombres con chalecos naranjas fluorescentes se abren paso por la multitud para abrir la puerta de la cabina de control delantera. Poco después sale el conductor con las manos temblando a ambos lados de la cara y sin que salga ni un sonido de sus labios temblorosos.

Un accidente. Ahora mismo. El hecho de que algunos niños se suelten de sus madres y se asomen al borde del andén deja muy claro de qué tipo. Un suicida. No es en lo único que acierto antes de empujar a los demás para echar un vistazo. Ya sé quién ha saltado.

Una de las formas más habituales de reflexionar sobre nuestra experiencia individual es calcular cuántas veces hemos visto o hecho algo: con cuántas personas nos hemos acostado, cuántos países hemos visitado, cuántas enfermedades hemos contraído y superado... Y los muertos. ¿A cuántos has visto, si no es en ataúdes y en las noticias de la tele? Hasta hoy, mi recuento era infantilmente bajo: sólo dos. Tamara, por supuesto. Y mi abuela, a la que encontré en el suelo de la cocina de su residencia mirándome con la misma expresión irritada que cuando estaba viva.

Pues ya lo he compensado. Miro por el borde del andén, y ya está: ya me he puesto a la altura en temas mortuorios.

Lo inolvidable de ver el cadáver de Ivan en las vías no es que se trate de una persona conocida, ni que aún haya partes de su cuerpo esparcidas por el morro del tren; tampoco que a pesar de su estado general le haya quedado la cara sorprendentemente

intacta, sino que aún no esté muerto. Se le entreabre y entre-cierra la mandíbula.

Está diciendo algo que entiendo. No porque le oiga. Lo sé porque sabe que soy yo quien le mira desde arriba. Y su boca atragantada quiere hacerme saber que le han empujado.

Ya ha dejado de moverse cuando un policía me aparta del borde del andén. Al principio creo que me están deteniendo. Oigo una conversación mental tan clara que espero que empiece con las primeras palabras del policía:

—¿Le conoce?

—Sí.

—¿Qué relación tiene con él?

—Los dos queríamos ser escritores. Y a los dos nos perseguían.

—¿Que les perseguían? ¡Eh, Steve, ven un momento! ¿Quién les perseguía?

—La verdad es que tiene varios nombres. Mi favorito es el hombre malísimo que hace cosas malísimas.

Sin embargo, el policía sólo dice «apártese, por favor». Obedezco. Corro discretamente hacia la escalera.

En el momento de sumarme a los otros pasajeros de subida, los únicos que bajan son más policías y un par de sanitarios, cuya conversación relajada da a entender que ya les han dicho que no hay nada que hacer.

En los torniquetes de salida, dos detectives de paisano preguntan si alguien ha visto algo, y de entre la gente, muy afectada, se paran dos o tres a declarar. Yo sigo caminando. Última escalera antes de la calle, donde casi se agradece el calor abrasador, un malestar que me despierta.

Corto por la zona universitaria, a la sombra de los árboles de *Philosopher's Walk*. Negándome conscientemente a pensar en nada que no sea volver a casa. Pero, antes de llegar, requerirá de todas mis fuerzas el mero hecho de no parar.

Y no paro: del *bourbon* al vodka con tónica, y luego al vino tinto pensado para despertar el hambre de la cena, pero que al

final resulta ser la propia cena. Toda una tarde zapeando y bebiendo sin parar, que no logra mantener del todo a raya las instantáneas de los últimos segundos de Ivan.

Por mucho que me empeñe, hay algunas repercusiones descarnadas de los horrores de este día que abren un boquete en la barrera: si a Ivan le han empujado, y si era William quien se ha cruzado conmigo en las escaleras mecánicas del metro, ¿quién puede haberle empujado, sino él? Y aunque me equivocase, y lo de Ivan haya sido un salto, la aparición simultánea de William parece demasiada casualidad. Claro que también estaba yo... ¿Será que Ivan quedó con William a la misma hora y en el mismo sitio que conmigo? Puede ser, aunque lo más probable sigue siendo que a Ivan le haya seguido hasta la parada de Museum la misma persona de la que quería hablarme, pero que mi retraso haya permitido que su perseguidor llegase antes. Si era el Hombre del Saco, probablemente me haya reconocido en la escalera mecánica; es decir, que ya sabe que me estoy acercando. A su identidad.

Pero cuando la tarde se pone fea de verdad es cuando me embarco en una degustación de los whiskys de malta reservados para alguna ocasión especial. Bien que hoy ha sido un día especial, ¿no? Ver el cuerpo de Ivan en las vías cada vez que cierro los ojos y que parpadeo. Imaginarme cómo será el día en que me toque a mí.

Lo que necesito es compañía. Lo cual desemboca en mi segundo desacierto: llamar a Angela. Como salta el contestador, llamo otra vez. Un par de horas con las botellas de whisky escocés impronunciable sobre el escritorio, mientras mi mano libre pulsa la tecla de rellamada y, cada vez que no se pone Angela, vuelvo a pedir disculpas por lo que pueda haber hecho y por quien soy.

Después de que empiece a tamborilear la lluvia en la ventana del sótano, decido acercarme a su casa. Front Street, más allá del centro de convenciones, en cuya acera se ha formado una hilera sinuosa de varios centenares de chavales dispuestos a pasar la noche a la intemperie para ser los primeros en el

casting matinal de *Canadian MegaStar!* La lluvia les ha dejado temblorosos y pelados como cachorros de chihuahua. Al pasar, les animo a gritos («¡Volved a casa! ¡Dejad toda esperanza los que entráis!»), y ellos contestan con gemidos, como soldados heridos, víctimas abandonadas en el campo de batalla de la fama.

Pasada Union Station, me protejo de la lluvia metiéndome en el túnel que cruza las vías por debajo, pero, al salir al otro lado, el chaparrón se ha convertido en algo más intenso, como si hubieran inclinado el lago Ontario por la otra punta y se estuviera derramando sobre la ciudad. Sigo caminando, aunque no vea nada, sin saber si voy por la acera o por el medio de la calle. Lo único que sé es que, cuando amaina bastante para abrir los ojos, lo primero que veo ante mí es la sombra del paso elevado de la Gardiner Expressway; y debajo, la silueta de un hombre resguardado de la lluvia. Un hombre que me mira fijamente.

Al principio, cuando corro hacia él, no se mueve. Se limita a verme venir, como si tuviera curiosidad por conocer mis intenciones. A menos que quiera que me acerque... Su postura tiene algo (hombros caídos, brazos cruzados) que no me había llamado la atención en sus apariciones anteriores. Su presencia, que hasta ahora sólo transmitía una negra amenaza, se ha suavizado.

Justo cuando estoy bastante cerca para poder gritarle algo, él echa a correr en dirección al lago, al sur; zancadas más largas y seguras que las mías, pero con una fatiga, una falta de vigor, que le mantienen a la vista.

—¡Has sido tú!

Soy yo. Gritando. Un borracho loco entre los borrachos locos que viven debajo de la carretera y que me ven pasar.

—¡Has sido tú!

La silueta corre más despacio. Movimiento de brazos, tal vez para girarse y atacar, o para hablar conmigo; pero al final no se decide. Vuelve a alejarse más deprisa, estampando sus botas en el suelo mojado a un ritmo que ni en sueños podría seguir yo.

Al pararme y expectorar en mis zapatos la prueba de una vida sedentaria, le veo dar la vuelta a la esquina de una torre de pisos, enfrente del puerto. O ponerse detrás de una fila de coches en el aparcamiento de delante. O lanzarse al oleaje.

En todo caso, ahora estoy solo. Con la lluvia.

Cuando consigo respirar y erguirme al mismo tiempo, sigo hasta el bloque de Angela, que está a pocas manzanas. Mantengo pulsado el número de su apartamento hasta que sale el portero y me dice que me vaya. En vista de que me niego, hace una maniobra de gorila avezado. La clásica, por mi experiencia: coge la parte trasera de mi camisa con una mano, mi cinturón con la otra y, después de abrir la puerta con el pie, me tira al césped (cuidadísimo), como una bolsa de basura demasiado llena.

Todavía llueve. Lo veo porque, al mirar si tengo el labio partido, el agua me limpia la sangre de las manos.

Por esta noche se acabó el actuar. Ahora es momento de pensar, de establecer el sentido subyacente de las cosas.

Lo malo es que, por segunda vez en lo que va de día, parece que se me escapan las repercusiones de lo que he presenciado, y voy hasta mi casa desgranando posibilidades en voz alta. Hasta con la primera pregunta tengo problemas: ¿el que se ha escapado de mí era William? ¿Le he atribuido el olor del hombre de la escalera mecánica del metro y la postura de la silueta de debajo de la carretera porque me acordaba de ambas cosas, o porque siempre he creído que era William y por eso le veo en cualquier presencia?

Después de eso, otra reflexión que todavía da más vértigo: si esta noche he visto a William, ¿era la misma persona que estaba en la ventana de mi sala de estar, el asesino de escritores desconocidos y el fantasma malo del diario de Angela? Tal vez cada uno de esos crímenes esté vinculado a un monstruo diferente. Tal vez el Hombre del Saco sólo sea uno de los nombres compartidos por todos los agentes de lo sobrenatural: el Hombre del Saco, el coco, el súcubo, el demonio.

Intento limitar mis pensamientos a cosas sabidas, pero ¿qué se sabe? Ivan está muerto. Petra desaparecida. Conrad White –y Evelyn, si hay que dar crédito a Angela–, también muerto.

Y lo que nos une es el círculo. O algo más fundamental: un terreno común que incluso aquí, en una ciudad con varios millones de habitantes, se limita a unas pocas personas, los últimos creyentes en los cuentos infantiles. Los que no sólo han visto al Hombre del Saco al borde de sus vidas, sino que le han invitado a entrar.

La mañana resulta tan pésima como era de prever. Las complicaciones no se limitan a una resaca bastante profunda como para reunir ocho de los nueve síntomas básicos del shock tóxico, ni a una visita a urgencias a media tarde para que un residente me machaque el labio («¡Uy, perdone!») y me lo acabe cosiendo, sino que se les suma la omnipresente sensación de que, si lo sucedido hasta ahora era preocupante, todo lo que pase a partir de este momento demostrará que la preocupación estaba más que justificada. Puede que esté paranoico, pero nadie ha dicho que los paranoicos no puedan acertar de vez en cuando.

Al volver del hospital, paso otra vez por el bloque de Angela. Sigue sin contestar. De repente se me ocurre algo. Quien vi anoche, fuera William u otra persona, también venía de verla a ella.

La llamo al trabajo. La recepcionista me informa de que lleva toda la semana sin aparecer. Len no se pone al teléfono. Son todas las pistas que tengo, más la fe en que a estas alturas, si Angela pudiera, habría venido a verme a mí, aunque sólo fuera para decirme que no la siguiera molestando con mis mensajes de cenizo.

Se ha escondido. Ahora mismo está con él. Se ha muerto.

Al margen de cuál sea la verdad, la cuestión es que tendré que buscarla yo solo.

Por la tarde cojo el coche y salgo de la ciudad, mirando el retrovisor por si me siguen; claro que si vas hacia el oeste por la Queen Elizabeth Way, en una carrera suicida en la que cada coche pugna en vano por adelantarse un par de centímetros, lo imposible es que no te sigan... Aun así, tengo la impresión de que hay un coche que se me pega más que los demás. Un Lincoln Continental negro que no me deja alejarme cuando se abre un hueco en el carril lento. Aunque, en el fondo, lo único que demuestra es que tiene tantas ganas de avanzar como yo. En cuanto al hecho de que la luz oblicua del crepúsculo me impida ver la cara del conductor, podría decirse lo mismo de casi todos los coches que compiten conmigo por detrás.

Sin embargo, tres cuartos de hora después, a punto de llegar a la primera salida de St. Catherines, el Continental aún no ha desaparecido. Espero hasta el último momento para girar por la vía de acceso. Al principio parece que el turismo negro intenta seguirme metiéndose en el carril central, pero en la curva que dibuja la salida al confluir con las calles residenciales de la localidad veo que el Continental ya se pierde por la carretera. Si me seguían, lo máximo que sabrá el conductor es dónde he salido, pero no adónde voy.

Y voy a ver a Sam.

Tiene buen aspecto. Moreno, con arañazos en las rodillas de jugar. No sé cómo, pero en una semana se ha hecho un año mayor.

—¿Volvemos juntos? —pregunta cuando nos quedamos solos en la sala de estar, con una peli de Disney puesta en pausa en la pantalla gigante.

—No, lo siento.

—¿Entonces cuándo?

—Otra semana. O dos.

—¿Una semana?

—Creía que te divertirías.

—Sí, está bien, pero es que... te echo de menos.

—Te apuesto lo que quieras a que no tanto como yo.

—Entonces, ¿por qué no puedo ir a casa?

—Porque primero tengo que resolver algo. Y quiero que estés a salvo.

—¿Tú estás a salvo?

—Tienes que fiarte de mí. ¿Podrás, sólo este tiempo?

Sam asiente. No hay más que mirarle: se fía, sí. No debería sorprenderme (soy su padre), pero me sorprende el peso de su confianza. Cuando alguien te la entrega de este modo, es un regalo; un regalo que pueden quitarte cuando sea, sin dificultad. Es lo que leo con la misma claridad que las pecas de los mofletes de mi hijo, que son como manchas de plátano: una vez perdido, no puedes recuperarlo. Quizá pienses que sí, pero no.

Más tarde, al acostar a Sam, le pregunto si quiere que le lea algo de los libros que se trajo, y responde que no con la cabeza.

—¿Te apetece que te traiga algo nuevo? Si quieres, la próxima vez nos vamos a la librería y tiramos la casa por la ventana.

—No.

—¿Qué pasa? ¿Ya eres demasiado mayor para que te lean?

—Es que ya no leo libros.

Hay mil cosas que podría decir un hijo más dolorosas para un padre, pero sus palabras, pronunciadas en la oscuridad de un cuarto de invitados con olor a otros niños, han sido serias, casi crueles.

—¿Y eso por qué?

—No me gustan.

—¿No te gustan las historias?

—Son por lo que me has dejado aquí, ¿verdad?

Lo niego. Le digo que la ficción puede informar, influir e incitar, pero no perjudicar a nadie. Sin embargo, al darle el beso de buenas noches y dejar la puerta abierta, ambos sabemos que tiene razón. Lo que ha nublado nuestras vidas es la irrealidad salida de la página. Y mientras no se la obligue a regresar al sitio que le corresponde, Sam deberá quedarse aquí, despierto en la penumbra de la luz de seguridad, preparándose para que no entren en su noche otros sueños que el de que su padre vuelve para llevárselo a casa.

Vuelvo a Toronto de noche. Aquí, donde la carretera bordea el lago por el sur, los huecos entre viejos moteles y huertos vallados permiten entrever el *skyline* de la ciudad al otro lado del agua. Antes me parecía glamuroso, sexualmente incitante en la fusión de las columnas luminosas. Lo que me gustaba era la insinuación de posibilidades, de peligro; estaba orgulloso de tener alguna relación con ello, aunque sólo fuera por proximidad.

Esta noche, la visión de las torres lejanas tiene otro efecto. Son un ejército extraterrestre, animales saliendo de un mar oscuro y reflejando la luz de la luna. Sólo el deseo alimenta sus luces. No correspondidos, insaciables. Un ansia terrible que se alimenta de todo lo dispuesto a someterse a su posesión.

Cruzo los pueblos vinícolas, las pequeñas ciudades dormitorio y el continuo de urbanizaciones de la orilla norte, hasta desembocar finalmente en la luz. El último encuadre de la ciudad antes de que te consuma en su seno. En otros tiempos lo encontraba bonito; le veía la bella promesa del éxito. Y aún lo pienso. Sólo que ahora sé que toda promesa también puede ser una mentira, en función de cómo sea cumplida.

Capítulo 25

Tim Earheart vuelve a llamarme para salir de copas.

—Oye, que me sabe fatal —le digo, acordándome de todos los e-mails y los mensajes telefónicos sin contestar—; es que llevo una temporadita... Igual mañana...

—No te llamo en plan de amigo, Patrick.

—¿Entonces? ¿Por trabajo?

—Sí, eso, por trabajo.

Quedamos en uno de los bares de alto *standing* de los que Tim se ha vuelto cliente habitual desde que le subieron el sueldo a consecuencia de su nombramiento como reportero especial de investigación («¿Y antes qué eras?» «No lo sé, pero especial, en todo caso, no»), sin olvidar los ingresos de los que ha vuelto a disponer desde que su segunda esposa «consiguió que le pagase algún otro desgraciado todas las chorradas a las que está acostumbrada». Me dice que este local es «el nuevo Tim Earheart». Le gusta que todo sea de piel, las luces halógenas y la prosperidad que reflejan los martinis a veinte dólares. Por no hablar de las oportunidades de ligue.

—Sólo por estar aquí ya ven que tienes éxito —me explica enrollando un billete seductoramente y dejándolo caer en el bote de la chica del guardarropas.

—¿Éxito en qué?

—Ahí está la gracia, que da igual. Ya habrá tiempo de entrar en detalles.

Mientras consumimos la primera ronda, me cuenta un par de anécdotas sobre clientas del local con las que, efectivamente,

acabó «entrando en detalles». El Tim de siempre. Oírle me hace echarle de menos. Compañerismo. ¿Dónde ha quedado eso? En el mismo cesto que una mujer viva y un trabajo, arrasado por la corriente hasta perderse de vista.

Cuando traen la segunda ronda de martinis, Tim carraspea, se saca un papelito del bolsillo de la americana y me lo desliza por la barra, poniendo fin a la ilusión de que somos dos amigos tomándonos tranquilamente un cóctel.

—¿Qué es?

—Léelo.

—¿Lo has escrito tú?

—Tú léelo.

*La Iglesia dice que es pecado actuar así,
pero ¿cómo pararé hasta habértelo hecho a tí?
Ya arderán mis huesos más tarde en el infierno.
Mientras tanto, que se sepa que el Hombre del Saco ha vuelto.*

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo enviaron al periódico; bueno, a mí.

—¿Crees que es él?

—¿A ti qué te parece?

—Está claro que el estilo cuadra.

—Y no digamos el nombre.

Tim me observa. Para ver cómo me tomo esta lúgubre revelación. O para calcular cuántos años he envejecido desde la última vez que me vio. Yo ya sé que no tengo buen aspecto, pero que un amigo recién afeitado y socio de gimnasio me estudie como estudian los forenses un cadáver... la verdad es que pone un poco nervioso.

—¿Lo vas a publicar? —pregunto.

—Me gustaría.

—Pero no te dejarán.

—Esta vez depende de mí.

—¿O sea?

—¿O sea qué? No hay nada que contar.

–«Vuelve el Hombre del Saco.» A mí me suena a titular.

–No se está responsabilizando de ningún asesinato en concreto. No tiene mucho sentido aterrorizar a la gente si lo único terrorífico que tienes son unos ripios baratos.

–No son ripios.

–Bueno, en eso el experto eres tú.

Víctimas las hay, claro que sí: Conrad y Evelyn; el supuesto suicidio de Ivan en lo que llaman los reporteros de sucesos «circunstancias sospechosas»; sin olvidar la desaparición de Petra (y ahora de Angela). Pero la única relación entre todos es el Círculo de Kensington, y si Tim Earheart aún no la ha descubierto, no seré yo quien se lo diga.

–¿Sabes qué? Que sí que hay un contexto en el que me decidiría a publicar el poema –dice Tim, pensando en voz alta–. Claro, que haría falta una reacción...

–¿Una reacción?

–Por tu parte. Un comentario sobre cómo se siente un novelista superventas sabiendo que ha inspirado a psicópatas con una obra narrativa. Con eso sí que se podría hacer algo.

–¿Lo dices en serio?

–Bueno, me ha parecido divertido.

–¿Que yo me atribuya haber desencadenado una nueva generación de asesinos en serie? ¡No veas qué gracia! La repera.

Supongo que no hay más que decir. Tim venía en busca de una historia, no la ha conseguido, y ahora sólo falta que las copas corran a cuenta del *National Star*. Cerramos la sesión con algunas bromas sobre los últimos escándalos y chismorreos de la redacción. Sólo es una manera de pasar el rato, pero me hace añorar mis tiempos de críticas y quejas, en los que habría sido yo quien le contase a Tim que el director de fotografía se disfraza de mujer los fines de semana.

Pero no, resulta que aún no está todo dicho, que Tim me había llamado por algo más.

–Entre nosotros –dice al pedir la cuenta con el dedo–, ¿a ti qué te parece esto del Hombre del Saco? Me refiero a que alguien use el nombre del malo de tu novela.

—No me siento responsable de nada, si va por ahí la pregunta.

—No, no va por ahí.

—¿Entonces por dónde?

—¿Tú qué sabes?

—Lo que leo en el periódico.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No.

—Me juego lo que quieras a que tienes una teoría.

—Mira, Tim —digo al bajar del taburete, sorprendido por mi falta de equilibrio—, las cosas están así: he escrito un libro y me arrepiento. De verdad.

Tim levanta el brazo para sostenerme, pero me aparto. Me tendría que ir. Sin embargo, la mirada compasiva de Tim Earheart, el Tim que había estado a mi nivel en el periódico, me hace quedarme y decir un par de cosas más.

—Yo lo único que intento es sobrevivir, ¿me entiendes? O sea, que si recibes más versos de tercera de psicópatas, no me llames a mí.

—Caray, Patrick, lo siento...

—¿Que lo sientes? No, aquí el arrepentido soy yo. Es mi especialidad.

Mis manos se deslizan por las mangas de la americana. Entonces aparece la chica del guardarropas, como llovida del cielo, y me arropa contra el frío de la calle. Con una mirada de conmiseración, mientras me alisa el cuello de la americana por detrás; un momento que demuestra que en este mundo todavía hay consuelo, aunque sea en los lugares más impensados. Me dan ganas de darle un beso. Igual ya se lo ha dado Tim Earheart.

Cojo un taxi, pero me bajo un par de manzanas antes de mi casa para caminar a solas. Hago esos, concibiendo a tientas una idea: tal vez los lunáticos y psicópatas de estas calles sean versiones de lo que acabaremos siendo todos. Miedo en la

Ciudad. ¡Y tanto! Con razón teníamos cada vez más miedo. Lo que ocurre es que nos equivocábamos de motivo. Lo que acabe con nosotros no será un cataclismo inesperado del espacio, ni la falta de ozono, ni un cometa, ni una bomba sucia, sino la difusión de la locura. ¿Por qué? Pues porque ya no queda sitio para la cordura. Al final reventarán las puertas de los manicomios. Y quienes salgan seremos nosotros.

O sólo yo, quién sabe; porque vuelvo a ser de la opinión de que me siguen. A medio camino entre el sex-shop y el otro sex-shop, oigo ruido de pasos por detrás, golpes de suelas gruesas.

Ya he pasado el Prague, de comida para llevar, y la tienda de discos de segunda mano, pero no se rezaga ni cambia el ritmo de sus pasos. Sería el momento de correr. Un sprint que interponga los pocos metros que necesito para tener alguna posibilidad. Pero de repente me noto demasiado cansado.

Me meto en la parte más oscura de Euclid y no paro hasta el terreno con raíces a la vista que es mi jardín delantero. Entonces sí que me giro, con la resignación de una presa que no puede seguir huyendo.

—Tengo noticias —dice Ramsay burlón, mostrando un cuarto de su dentadura.

—¿No podía decírmelo por teléfono?

—Dicen que en persona gano.

—¿Qué gana?

Da un paso hacia mí. Como no le llega la luz de la farola, sólo veo brillar sus dientes.

—Han denunciado la desaparición de Len Innes.

—¿Desaparición? ¿Cómo ha sido?

—Es lo que tienen las desapariciones, que no se sabe cómo han sido.

—Madre mía...

—¿Cuándo hablaron por última vez?

—No lo sé. Hace bastante tiempo.

- ¿Y cuál fue el contenido de la conversación?
- No gran cosa.
- Una charla entre amigos, vaya.
- ¿Qué se cree, que le he matado yo?
- Creía que sólo había desaparecido.
- Yo no sé nada.
- Pues claro que sabe.
- ¿A usted este numerito a lo Colombo le divierte? ¿Disfruta jugando al gato y el ratón?
- Lo más fácil siempre es criticar.
- Yo ya no me dedico a la crítica.
- El ocio es la madre de todos los vicios.
- Ya me gustaría estar ocioso, ya, pero le tengo siempre encima acusándome de asesinato. Es como para estropearle a cualquiera los planes de jubilación.
- Le voy a dar una noticia: me importan una mierda sus planes de jubilación.
- Pues para mí que tampoco se cree que sea un asesino.
- No esté tan seguro.
- Pues deténgame. Haga algo. Y si no, váyase de mi casa.
- Algo cambia en la cara del detective Ramsay; no en su expresión (que sigue igual, crispada, absorta), sino en su cara: la piel muy tensa sobre el hueso, mostrando la animalidad que hay debajo. He aquí un ser a quien no estorban la lealtad, la empatía ni la consideración de que la especie humana pueda tener alguna oportunidad a largo plazo. Es probable que ello le convierta en alguien sobradamente capacitado para investigar los actos más oscuros de la humanidad. También podría capacitarle para cometerlos.
- ¿Cómo está Sam?
- ¿Perdón?
- Su hijo, que cómo está.
- Muy bien.
- Muy tarde ha salido este papi para dejar solo a un niño tan pequeño.
- Ya sabe que no está dentro.

—¿Ah, ya lo sé?

—Sam está a salvo.

—¿Seguro? Porque cada vez es más difícil estar a salvo en algún sitio.

Me giro, esperando que suelte la puntilla, pero abro la puerta, entro y cierro sin oír su voz.

Y no porque se haya ido.

Miro por la ventana sin encender la luz. Ramsay está debajo de la oscura rama del arce del jardín. Inmóvil como una estatua, pero innegablemente vivo, con aire entrando y saliendo de sus pulmones, como si además de respirarlo se lo apropiase. Pertenece al mundo de la noche, la sima cada vez más ancha entre lo que sabes que está y lo que no puede estar.

También Ivan pertenece al mundo de la noche. Y lo próximo que veo es a él en los *fast-foods* del Eaton Centre, yendo hacia la boca de metro de Dundas. Es un poco raro, porque a mí los centros comerciales me dan mucha rabia, y lo que se come en ellos, todavía más. En eso pienso, justamente («qué raro estar aquí»), cuando Ivan pasa al lado de mi mesa. Lo cual es todavía más raro, teniendo en cuenta que está muerto...

Al ver a Conrad White hojeando *El Hombre del Saco* en una librería, cuando tampoco estaba ya entre nosotros, me pegué un buen susto, pero ahora que veo dar zancadas a Ivan entre la multitud de turistas y gente de Toronto sin otro sitio mejor adonde ir, como es mi caso, me paraliza de inmediato el miedo. La razón es que Ivan está aquí por algo, y que está claro que ese algo no me gustará. Es lo que me dice su insondable y pasmosa realidad, la mirada que me echa por encima del hombro, llamándome con ojos que son como agujeros de taladro. Ha venido a enseñarme algo.

Y yo le sigo. Colándome en la taquilla del metro y apartando a los que, comprensiblemente, me arrojan a la espalda sus «vete a la mierda». Ya puede estar muerto, ya que nunca le había visto caminar tan deprisa. Dejando atrás a la gente que

baja. Descendiendo como una flecha por la escalera mecánica, hasta el punto de que mis esperanzas de alcanzarle pasan por bajar los escalones de dos en dos.

Al llegar al andén estoy seguro de haberle perdido la pista. Bueno, de hecho estoy seguro de que nunca ha estado. Es lo que intento decirme: te falta sueño, tienes estrés y ves cosas raras.

Cuando el tren entra ruidosamente en la estación, Ivan se destaca entre los pasajeros de la otra punta del andén. Me abro paso a empujones, previendo ya que el desenlace será el mismo que el de sus últimos segundos de vida: saltará a la vía antes de que el conductor tenga tiempo de echar el freno.

Pero no salta. Mira hacia mí.

Sus ojos me encuentran enseguida sobre las cabezas, gorras de visera y turbantes. Una expresión del mismo tipo que la que tenía en las reuniones del círculo, pero intensificada, no sé cómo. Me permite ver su interior, lo que tal vez siempre haya estado dentro de él. Ansia. De hablar con alguien. De que le perdonen.

Se abren las puertas. Nos apartamos todos menos Ivan para dejar bajar a la gente, que rodea el espacio ocupado por él. Así puede ser el primero en subir. Luego le siguen los demás, apretujándose por unas puertas que no son lo bastante anchas. Cuando la mirada de Ivan me suelta, estoy solo en el andén y ya se están cerrando los vagones. Corro para subir (golpes en el cristal acogidos por miradas de burla en el interior), pero no llego a tiempo.

Retrocedo, por si alcanzo a verle dentro. Allá: sentado junto a la ventana. Me localiza su mirada, hostil, celosa, pero ya no está solo.

Tiene sentado enfrente a Conrad White, rodilla con rodilla. Detrás de ellos está Petra. Y algunos asientos más atrás, Evelyn. Todos los muertos del Círculo de Kensington pegando las narices al cristal. Óvalos de maldad mezclados con los indiferentes pasajeros.

En el siguiente segundo, cuando el tren suelta el freno y acelera, sus caras se achatan y se vuelven borrosas. La boca del túnel se traga el vagón donde están. Las caras del Círculo de Kensington, con las de los pasajeros vivos, los que esperan un golpe de suerte, los que luchan como jabatos.

Si no supiera diferenciarlos, diría que estaban todos muertos.

Capítulo 26

Por la mañana, al despertarme, me encuentro a William sentado en la otra punta de la cama.

Cuerpo encorvado y cabeza ladeada, la postura de un hombre preocupado que vela por su amigo. Hasta su cara (que sigue tan densamente barbada como un cepillo) podría interpretarse como de compasión, con ojos que me observan sin moverse, intensos. Pero sólo son primeras impresiones. Erróneas.

Las manos de William se levantan de la sábana. Soltando grumos de tierra fresca. Uñas rotas que supuran. Manos que quieren tocarme.

Intento sentarme. Un peso en las piernas me impide moverlas. La única acción de la que soy capaz es observar.

Sus manos me van a matar. Son ellas las que están a punto de cometer los más horribles actos, no él. Es lo que parecen querer decir sus labios agrietados. Es un instrumento de la muerte, pero también la muerte misma.

Lo anoto (mi primer susto del día) en el diario que ahora siempre tengo al lado de la cama: a la vez crónica de hechos reales y diario de sueños. Probablemente hubiera sido mejor tener dos cuadernos separados, uno para cada cosa, pero se han abierto tantas vías entre mis dos mundos, el despierto y el dormido, que tampoco parece importar demasiado.

La gorra, por ejemplo.

La veo por primera vez al trampear por mi rutina de hacer el café y echar los cereales para el desayuno, y aun así tardo unos segundos en comprender qué significa. Una gorra de los Yankees. En la mesita de centro de la sala de estar.

La cojo y me la acerco a la nariz: el champú de Petra, cuyo rastro aún no se ha borrado del algodón. La puerta corredera de cristal está cerrada. Pero no con llave. Y las cortinas, que estaba seguro de haber corrido por la noche, abiertas.

Te veo.

Tras cerrar la cortina y las puertas con llave, hago una ronda por el sótano y la planta baja para ver si están cerradas las otras puertas y ventanas, antes de volver a examinar la gorra de Petra, como si llevara cosida alguna prueba en la tela.

La llevaba Petra, y ahora se la cree muerta. Se la dejaron a Angela, y ha desaparecido. Y ahora la tengo yo.

Podrías ser tú.

Ramsay ya cree (tal vez con parte de razón) que tengo algo que ver con la muerte de Petra, y quizá con las de antes. Si averiguase que su gorra está en mi poder, sería más que suficiente para detenerme. La primera prueba tangible que me relacionaría con uno de los asesinatos. El Hombre del Saco quiere que la tenga en mis manos y sepa lo que se siente. Sabiendo lo que se me puede hacer sin ni siquiera tocarme.

*La Iglesia dice que es pecado actuar así,
pero ¿cómo pararé hasta habértelo hecho a ti?*

La gorra de los Yankees es una promesa de lo que está por venir, una demostración de poder, una firma; pero también un juego.

Que te pillo. Yo la llevo.

No me doy cuenta y ya me están pidiendo que me vaya del edificio del *National Star*; concretamente del vestíbulo, que es lo más lejos que llego antes de que me paren cuando intentaba

saltarme la recepción sin pase. Después de preguntarme a qué vengo (Patrick Rush, para una visita sorpresa a su viejo amigo Tim Earheart), el del mostrador de seguridad teclea mi nombre en su terminal y aparece una bandera. Unas cuantas, a juzgar por sus mejillas rojas y el teléfono en su oreja, a sólo un dígito de completar la llamada al 091.

—Pues dígame a Earheart que estoy aquí abajo —le pido al de seguridad, cuya expresión torturada indica que no estoy en situación de negociar, mientras que él sí que se puede meter en un buen lío si se ve obligado a usar conmigo su linterna.

—Hágale caso —dice detrás de mí una voz de mujer.

Al girarme, veo a la jefa de redacción con una de sus sonrisas letales. Bueno, ya no es jefa de redacción, ahora es la directora más joven de la historia del periódico.

—Déjele saludar y que se vaya.

Sigue sonriendo. Si fuera de verdad, ya me estaría enamorando, pero su expresión no se puede confundir de ninguna manera con afecto. Así las cosas, retrocedo un paso por cada uno que da ella.

—Siempre es agradable ver salir por la puerta a un ex empleado —dice.

Justo cuando me giro hacia el calor, veo a Tim Earheart, que pasa corriendo al lado de la directora con un «no volverá a pasar» en sus labios.

—¿Sabes que no te pueden despedir dos veces? ¿O es que quieres que me despidan a mí? —dice cogiéndome del brazo y sacándome del edificio.

Veo por la puerta de cristal que la directora sigue en el mismo sitio, con las manos en sus caderas esbeltas de usuaria de cinta de gimnasio.

Cruzo Front Street detrás de Tim, hasta la cinta de césped que hay entre la calzada y la valla que separa a los peatones de las vías de entrada y salida a Union Station.

—Estoy trabajando —dice Tim—. Es que no todos somos novelistas, ¿sabes?

—Seré breve.

—Cuanto más breve, mejor.

—¿Tú puedes entrar en bases de datos de organismos públicos?

—Depende de cuál.

—Familia. Adopción. De quien dependan las tutelas permanentes.

Tim se pone un cigarrillo en la boca, pero no hace el gesto de encenderlo.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Estoy buscando a alguien.

—¿A alguien que conoces?

—Sí, la conozco; no mucho, pero la conozco.

—¿Una niña?

—Ahora ya es adulta.

—¿Pues por qué no la llamas?

—Porque no sé dónde está.

Tim Earheart me escruta por primera vez, y tengo la impresión de que lo próximo que salga de mi boca será decisivo para el resto de la conversación. Quiero implicar a Tim, pero tampoco mucho.

—¿Lo piensas encender o no?

Se quita el cigarrillo de los labios y lo tira al otro lado de la valla.

—¿Cómo se llama?

—Angela Whitmore, pero puede que sólo sea el apellido de sus padres adoptivos. O probablemente no. Vaya, que es como la conozco yo, pero quizá no sea el de verdad.

—Investigar una adopción sin el apellido del niño... Imposible.

—No creo que fuera una adopción voluntaria.

—¿Cómo que no?

—Se la quitaron a sus padres biológicos. Intervino el Estado. No sé los detalles. Una de esas situaciones en que no hay más remedio.

—Ya es algo.

Le cuento todos los detalles que sé y que pueden ayudarle. No es que sean muchos. La edad aproximada de Angela (entre veintimuchos y treinta y pocos), su experiencia laboral (secretaria de un bufete) y su posible formación (casi seguro

que Humanidades). Al final me guardo más de lo que le explico: su diario de ficción y el haberle robado yo lo esencial de su argumento, nuestra noche juntos y el descubrimiento de que le faltaban dedos del pie. Quizá en otra ocasión, me digo. Si sale todo bien, quizá le ponga al corriente de todo.

–Una pregunta –dice Tim, cuando se lo agradezco con un apretón de manos, mirando Front Street en los dos sentidos para encontrar un taxi.

–Quieres saber por qué necesito averiguarlo.

–No. Quiero saber en qué me beneficia a mí.

–En nada. Aparte de una historia.

–¿En el sentido de noticia de periódico o de anécdota para contar?

–Una historia de chicas –le digo compungido, moviendo la cabeza, gesto que sé que Tim Earheart entenderá sin entrar en detalles.

Debajo de nosotros, otro tren vierte empleados, compradores y espectadores de béisbol en la ciudad. Tim y yo miramos hacia abajo, intentando distinguir las caras en las ventanillas, pero están un poco demasiado lejos y van un poco demasiado rápido para ser algo más que una larga hilera de siluetas.

–Tengo que volver –dice Tim empezando a cruzar Front Street.

–Yo también –contesto, y aunque se nos ocurre a los dos la pregunta («¿volver a qué?»), Tim tiene la delicadeza de guardársela.

El primer mail del foro de www.patrick.rush.com es de [elverdadero-hombre-del-saco](http://elverdadero-hombre-del-saco.com).

Espero que te haya gustado el regalo.

Para alegrarme el día, el detective Ramsay llama por teléfono y me da la noticia de que ha descubierto que hace cuatro años que a Evelyn no la ven ni su familia ni sus amigos.

—Empieza a haber muchos desaparecidos en aquel grupo de usted —dice—. ¿Le preocupa?

¿Es ilegal colgarle a un investigador de homicidios cuando te pregunta algo? En caso afirmativo, Ramsay puede añadirlo a la lista de cargos que reúne contra mí.

Vuelve a sonar el teléfono.

—Esto es acoso.

—¿Ya vuelves a no tomarte las pastillas?

—Tim. Creía que era otra persona.

—¿Más problemas de chicas?

—Ya me gustaría, pero no.

—No tienes ojos para nadie más que para Angela Whitmore.

¿Es eso?

Ruido de fondo de papeles.

—La has encontrado —digo.

—A la persona no, pero sí algunos antecedentes muy interesantes. Para empezar, resulta que tenías razón en lo de que se la quitasen a sus padres biológicos. En el expediente pone «negligencia grave». Desnutrición, falta de higiene básica... «Señales de malos tratos físicos y emocionales.» Más que el típico cuadro de madre yonqui.

—¿La madre era drogadicta?

—Muchas órdenes judiciales de rehabilitación. ¡Sorpresa! No funcionó ninguna.

—¿Tienes algún nombre?

—La madre se llama Michelle Carruthers, o sea, que o Whitmore se lo puso ella misma o es el apellido de los que acabaron adoptándola.

—¿Y el padre?

—En el expediente no se nombra a ningún padre.

—Y me imagino que Michelle Carruthers estará en el hoyo.

—Hasta hace un año, no. Es cuando presentó una solicitud para que la informasen de la identidad de los padres adoptivos de Angela. Lógicamente, se la rechazaron.

—¿En serio?

–Después de veinticinco años, va la tía y se despierta en un *camping* de caravanas del lago Huron pensando: «¿Pero dónde está mi niña?».

–¿En tu expediente pone dónde fue a parar Angela?

–Los expedientes de los padres adoptivos se archivan por separado de los que he podido consultar. En eso son muy puntillosos.

–O sea, que no lo sabes.

–Oye, Patrick, que yo todavía trabajo.

–Perdona.

–¿Quieres que insista? No sé... Igual si engraso algunos engranajes más...

–No, no; de hecho, es por lo único que tenía curiosidad. Gracias.

–Escucha, que normalmente no cotilleo en la vida personal de mis amigos, pero, teniendo en cuenta el pedigrí de la tal Angela, quizá no sea la opción ideal para volver a salir con alguien.

–La verdad es que nunca sé lo que me conviene.

–Tamara te convenía.

–Sí, es verdad. –Oír el nombre de mi mujer hace subir hasta mi boca algo que no quiero que oiga Tim–. Bueno, Tim, no te molesto más. Gracias otra vez.

Cuelgo. Pero antes de servirme un bourbon en una taza grande de café (todos los vasos me parecen demasiado pequeños), e incluso antes de haber digerido la noticia de que Angela es huérfana de padre, caigo en la cuenta de que, si Tim Earheart está tan preocupado por mí como se le nota en la voz, estoy peor de lo que me pensaba.

Obviamente busco información sobre Michelle Carruthers. Obviamente la encuentro al cabo de unas cuantas búsquedas en Google y unas cuantas llamadas por proceso de eliminación: una dirección del Refugio de las Colinas, un «residencial de caravanas» a orillas del lago Huron. Y obviamente cojo el

coche y voy a verla el mismo día, sin la menor idea de qué quiero de ella ni de en qué me ayudaría, aunque lo supiera.

Colinas no hay, y no está nada claro qué refugio pueden brindar los pocos y esqueléticos álamos y la valla que delimitan el residencial. Tiene el aspecto, en su conjunto, de un accidente no corregido: un par de docenas de caravanas en hileras, algunas de ellas arrimadas entre sí y otras distantes en su doble parcela llena de hierbajos, pero todas orientadas hacia el lago.

La más pequeña de todas es la de Michelle Carruthers: un remolque de acampada de los que hace treinta años se veían enganchados a coches familiares. Al dar unos golpes en la puerta lateral y oír la respuesta en sordina («¿Qué coño pasa?»), me pregunto si habrá alguna manera de convencer a la madre de Angela de que salga. No parece posible que dentro haya bastante sitio para los dos.

Sin embargo, cuando se abre la puerta, veo que hay pocas probabilidades de que salga la mujer apoyada en el marco. Piel apergaminada. Una máscara de oxígeno en la cara, y al lado una bombona sobre ruedas.

—Perdone que la moleste. Me llamo Patrick Rush —digo tendiendo la mano, que sus dedos fríos, más que estrechar, sopesan—. Busco a Angela.

—¿Angela?

—Su hija, señora.

—Ya sé quién es, puñetas.

—Es que...

—¿Qué pasa, que es su marido? ¿Le ha dejado?

—Soy un amigo suyo. Creo que podría tener problemas. Por eso he venido. Si la encontrara, quizá podría ayudarla.

Después de pasarse cerca de un minuto pensando, abre del todo la puerta de la caravana, se quita la máscara de oxígeno y se la deja de collar.

—Pase, pase, no se quede aquí al sol —dice.

Dentro hace más calor que fuera. Y no es más grande de lo que temía. Una mini cocina que huele a espaguetis de lata. Una sala de estar con una tele gigante en un rincón y un viejo

tocadiscos con radio en el otro que casi no dejan sitio para nada más. Y al fondo, detrás de una cortina echada a medias, la litera deshecha donde duerme. Lo único que mueve el aire es un ventilador sobre una pila de elepés, aunque, con todas las ventanas cerradas, lo máximo que puede hacer es soplarme aire caliente a la cara.

—Siéntese —dice ella dejándose caer en su tumbona, mientras a mí no me queda otra que encogerme en una silla plegable que ni siquiera pegandola a la pared puedo evitar que se rocen nuestras rodillas.

—Lo que me interesa saber es cualquier información sobre el pasado que pueda...

—Un momento, un momento —dice ella poniéndose las manos en la nuca, maniobra que me brinda un lamentable panorama de sus axilas—. ¿Cómo me ha encontrado?

—Soy periodista. Bueno, era periodista. Tenemos acceso a más información que la otra gente.

—¿Le despidieron o se fue?

—¿Cómo?

—Ha dicho que era periodista. Eso es en pasado, ¿no?

—Me despidieron. Pero ha sido para bien.

—Todo es para bien.

—Tengo entendido que Angela, de niña, fue dada en adopción —prosigo yo.

—¿Que si me la quitaron, dice? Sí.

—Debió de ser muy duro.

—Casi no me acuerdo. Entonces estaba muy... ocupada.

—Aun así, me consta que últimamente ha hecho algún intento de localizarla.

Enseña los dientes. Una mueca que se parece más a obedecer la orden de un dentista que a una sonrisa.

—No soy todo lo vieja que parezco —dice—, pero eso no quiere decir que me quede mucho tiempo; vaya, que empiezas a mirar atrás y piensas: «Bueno, ahora toda esa porquería ya no tiene remedio».

—¿Ha conseguido ponerse en contacto con ella?

—Qué va. Yo ya no pinto nada.

Se incorpora lo suficiente como para que su cara quede expuesta a la luz de la lamparita de detrás: todo arrugas prematuras y manchas.

—¿Cómo era Angela? —digo yo—. ¿De niña?

Las manos trepan por el pecho para coger la máscara de oxígeno colgada.

—Inocente.

—Como todos los niños, ¿no?

—Es lo que digo. Era como cualquier otro niño.

—Eso es en pasado.

Se ajusta la mascarilla a la cara y respira. El vaho en el plástico tapa todas sus facciones a excepción de los ojos, que, al mirarme, parpadeando, se empañan.

—Sufría —dice.

—¿En qué sentido?

—De soledad. Se quedaba sola. Yo no estaba como para cuidarla.

—Le gustaba leer.

—Le gustaba escribir. Diarios. Montones y montones.

—¿De qué iban?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo sólo me alegraba de que tuviera algo.

Se aparta la mascarilla de oxígeno de la cara, y veo que ya no aguantará mucho. Le sudan las mejillas sólo de estar sentada, recordando.

—El padre de Angela —digo mirando la puerta de reajo.

—Con ese hijo de puta no he hablado en veintisiete años.

—¿Sabe dónde está?

—Busque en las cárceles. Al menos es donde espero que esté.

—¿Qué hizo?

—¿Qué no hizo?

—¿Era violento?

—Primero, no podía controlarlo, y luego, tampoco quería. ¿Me entiende?

—Explíquemelo.

—Lo que hizo... Lo que... Con sus propias... —dice tosiendo en busca de un aliento que tardará el resto del día en recuperarse—. De eso no quiero ni hablar.

—Es importante.

—¿Cómo va a ser importante algo que tenga que ver con ese hombre?

—Podría ayudarme a encontrar a su hija.

Levanta la vista hacia mí, y veo que ya no le quedan fuerzas. Pero no deja de ser una madre. Incluso ahora lleva dentro el deseo inútil de que todo hubiera salido de otra manera.

—Matar —dice apretando tanto los dientes que oigo el chirrido de los huesos, como de tiza—. Niños pequeños. Niñas. Mataba a niñas.

Antes de salir de la caravana de Michelle Carruthers y volver dando traspies a mi Toyota cegado por el sol, oí de su boca el nombre del padre de Angela: Raymond Mull. Me sonó enseguida de algo, aunque para descubrir de qué, y exactamente por qué, tuve que volver a Toronto y poner en marcha mi ordenador en la Cripta.

La madre de Angela tenía razón. Raymond Mull era un asesino de niñas. De hecho, le acusaron de matar a dos, dos niñas de trece años que desaparecieron hace casi dos décadas. Aproximadamente la misma edad de Angela en aquella época, suponiendo que ahora tenga treinta años.

¿Eso qué quiere decir? Puede que nada. O posiblemente todo.

Si Angela era una niña de trece años, coetánea de las niñas asesinadas, confirmaría (junto con los dedos amputados) la interpretación de que la narradora de su diario novelado era efectivamente ella. Es más: teniendo en cuenta su relación con Raymond Mull, probablemente sea cierto que fue él la inspiración directa para el Hombre del Saco. Tanto es así que, en el relato, Angela hace que Jacob, el padre adoptivo, lo sospeche al decir que cree que quien elige a las víctimas es el padre de la

niña. Todo apunta a que en el mundo real fue Raymond Mull el hombre malísimo que hace cosas malísimas original.

Sin embargo, lo siguiente que descubro parece indicar que no he sido el primer miembro del Círculo de Kensington en averiguarlo.

Buscando en la base de datos de prensa para la que conservo una contraseña de mi época en el *National Star*, me salen decenas de artículos sobre el juicio de Raymond Mull. También hay fotos: con barba, los ojos demasiado juntos, pero, por lo demás, inexpresivos. Es lo que tiene en común con Angela, aunque no se parezcan: estar y no estar al mismo tiempo.

A juzgar por los primeros artículos sobre el juicio de Raymond Mull, se daba por hecha su condena. Entre las pruebas de la fiscalía había una serie de herramientas encontradas en su habitación de motel (sierras, taladros, cuchillos de cazador...). Por otro lado, varios testigos le identificaron por haberle visto en la zona durante las semanas anteriores, siguiendo a colegialas desde su casa hasta el colegio y esperando fuera de la tienda donde se compraban caramelos los niños. Su larga lista de condenas anteriores no hablaba muy bien de él como persona.

Nada de ello, sin embargo, pudo evitar la absolución final. No se encontraron rastros de sangre en las herramientas para compararlos con el ADN de las víctimas. La policía adujo que era porque Mull las había limpiado muy bien, y que incluso sin sangre había bastantes pruebas para vincularle con los crímenes. El tribunal no se puso de acuerdo. La defensa, sin llamar a un solo testigo, cursó una petición de sobreseimiento con el argumento de que la fiscalía no había podido presentar pruebas suficientes. La acusación no tuvo más remedio que condenar a Mull por infracciones anteriores de la libertad provisional. Fue condenado a nueve meses.

Es decir, que, a menos que en los últimos dieciocho años le haya caído alguna otra pena de cárcel, Raymond Mull está libre.

Pero lo que me impacta todavía más es el sitio donde ocurrieron los asesinatos: Whitley, Ontario. El mismo donde se salieron de la carretera Conrad White y Evelyn.

Podría ser pura coincidencia, pero lo dudo. La curiosidad por el relato de Angela, común a Evelyn y Conrad White, les llevó hasta Raymond Mull y Whitley. A eso se habían dedicado durante todo el tiempo en que acabé suponiendo que tenían un lío profesor–alumna: investigaban.

Si estoy en lo cierto, la posibilidad de que el accidente de Conrad y Evelyn fuera eso, un accidente, resulta bastante más difícil de aceptar. Chocaron con un terraplén, pero ¿por qué giraron? A esa velocidad, ¿de dónde venían? Hasta la policía encontró «desconcertante» el choque. Una solución sería que fuese un doble asesinato. Y que el asesino fuera Raymond Mull.

El padre de Angela. El Hombre del Saco original.

Capítulo 27

Me llama Sam.

Llevo todo el día sentado en la Cripta, escribiendo intermitentemente en mi diario y marcando sin parar el número de Angela como si sólo hiciera falta persistencia para resucitar a los muertos. Marco incluso el de Len, cuyo mensaje de contestador es el piano de la terrorífica banda sonora de *Halloween*.

Se han ido todos, o han desaparecido. Yo también. Por eso me pilla por sorpresa que suene el teléfono.

—¿Papá?

—¿Qué tal?

—¿Hoy vendrás a verme?

—No, hoy no.

—¿De qué tienes miedo, papá?

—No tengo miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—No quiero que lo pases mal por culpa de algo que hice yo —contesto finalmente—. Tú lo eres todo. Eres lo único que tengo. Para mí no hay nada más importante que asegurarme de que no volveré a meter la pata.

—¿Qué hiciste?

—Robar algo.

—¿No puedes devolverlo?

—Es demasiado tarde.

—¿Como si fuera un... artículo perecedero?

—Exactamente. Eso mismo.

Si coges el pasado de otra persona y lo usas como propio, ya no se puede devolver. Se ha pasado. Es precedero. Cógele a alguien un relato, y hay muchas posibilidades de que no quieran que se lo devuelvas.

Por la noche ya me doy cuenta de que pasa algo raro antes de aparcar el Toyota detrás de la casa. Está entreabierta la puerta del jardín. En la que me acordé de poner un candado hace más de una semana. Me quedo un par de minutos con las manos en el volante. Un soplo de brisa abre otro palmo la puerta. Aunque sea de noche, veo cortes más claros en la madera, de haber hecho saltar el cerrojo con una palanca.

Es rabia lo que me hace correr las últimas dos casas, por el callejón, hasta la calle; abrir la puerta con llave y darle una patada con un zumbido submarino en los oídos.

El piso de arriba. Ir por todo el pasillo entrando a ciegas en las habitaciones, sin molestarme en que no se oigan mis pasos, ni en encender la luz.

Ni rastro de que se hayan llevado o tocado algo. Tampoco se han dejado nada.

En la planta baja, más de lo mismo. Todas las puertas cerradas con llave y todas las ventanas intactas. Parece que el que se ha molestado en forzar la puerta trasera se ha visto interrumpido de camino a la casa; o eso, o no era a la casa adonde iba.

Descorro las cortinas de la sala de estar y miro la puerta corredera. La luz de una bombilla colgada de su cable ilumina por dentro el cobertizo inclinado. Sorpresa. Primero, porque hace tanto que no voy de noche por ahí que no sabía ni que hubiera una bombilla que funcionase. Segundo, porque hace cuatro minutos, al aparcar el coche, no había luz.

Bajo al sótano. Hurgando en el material de deporte que está tirado de cualquier manera en un rincón, encuentro lo que busco casi al llegar al suelo. Un bate de béisbol. Un Louisville Slugger que se ajusta bien a mis manos, pesado,

pero capaz de adquirir una velocidad decisiva al primer *swing*. Después, si sale bien, ya podré entretenerme.

Estoy abriendo la puerta corredera. Estoy caminando por el césped sin cortar. La puerta del cobertizo me llama, abierta un palmo.

La ventana del cobertizo es pequeña, de unos cincuenta centímetros de ancho, y el cristal está sucio de telarañas. Intento mirar dentro. Desde mi perspectiva sólo se ven estanterías y ganchos con utensilios ignorados y herramientas regaladas sin abrir. Un museo de manitas fallido.

Voy hasta la puerta y levanto el bate a la altura de los hombros.

Por un momento se silencia el tráfico y el latido de aire acondicionado de la ciudad. Sólo estoy yo. Un hombre en su jardín trasero. Con un bate de béisbol. Levantando un pie para dar una patada a la puerta de un cobertizo.

Sale disparada. Choca contra la pared. Rebota y vuelve a cerrarse.

Pero tengo tiempo de entrever lo que hay dentro. El cortacésped viejo de cilindro que este año aún no he sacado. El calendario Sunshine Girl de 1999 que me dio Tim Earheart. Manchas de pintura roja en el suelo. Petra.

Y luego: no, manchas rojas no, sangre.

Petra no. El cadáver de Petra.

¿Qué usó?

Es lo primero que pienso al ver en el suelo de mi cobertizo lo que queda de Petra. ¿Eso lo podría hacer un cuchillo? ¿Un taladro? ¿Lo puede hacer una sola persona?

¿La ha tenido en el congelador? También lo pienso. *Se la ve muy fresca.*

Pero es el shock el que habla. No soy yo.

Me la quedo mirando. Lo rosa y las volutas azules que no se suelen ver, porque están dentro de la gente. Me siento en un bote de pintura y hago lo mismo que después de encontrar la gorra de los Yankees, una vez que logró pasar del piso de Angela a la mesita de centro de mi sala de estar: mirarla, y nada más. Bastante tiempo como para que la

mañana se deslizase hacia la tarde y para que llegara y pasara una tormenta. Y en todo ese tiempo me encallé en la misma pregunta en la que me encallo ahora: ¿qué se hace con las pruebas que dejan en tu casa y que podrían hacerte pasar el resto de la vida en la cárcel?

Se puede ir a la policía y contárselo todo en compañía de un abogado caro, con la esperanza de que compartan tu punto de vista. Algo que no me puedo permitir, y menos existiendo tantas conexiones que incluso yo me pregunto si soy el culpable.

Lo otro sería conseguir ayuda; pedirle consejo a algún amigo o que te lleve en coche al otro lado de la frontera. Pero ¿a quién llamaría? ¿A Tim Earheart? Parece difícil que pudiera resistirse a la tentación de imprimir la transcripción de mi llamada en primera página del periódico de mañana.

Al final, igual haces lo mismo que yo: ponerte los guantes de jardín, limpiar las huellas de la gorra con un trapo mojado, cortarla a tiras y tirarla a la basura.

Que es lo mismo que hago yo con el cadáver de Petra.

Pero no enseguida. No antes de respirar hondo durante un par de horas con la cabeza entre las rodillas. De fumarme un cigarrillo del paquete de emergencia que guardo en el bote de la harina. De una tanda de arcadas infructuosas en el cubo de la basura. No es una decisión fácil de tomar. Pero eso no es nada. Decidirlo está chupado en comparación con hacerlo.

Y no digamos los preparativos para hacerlo.

Por fin me sirve de algo lo que aprendí durante cientos de horas de series de forenses en horario de máxima audiencia, examinadas en mi época de Teleadicto: la mejor manera de no dejar huellas al librarse de un cadáver.

Empiezo desnudándome. (Más tarde quemaré la ropa que llevaba al entrar en el cobertizo, por si las moscas.) Después de cortar, envuelvo cada trozo en varias bolsas de basura. Seco y hermético. Los paquetes resultantes los meto en una bolsa de mayor tamaño, de las de jardín.

Al acabar me corto las uñas y el pelo, y me afeito. Me ducho. Restriego cada centímetro de piel con productos de uso reservado a la cocina. Limpio el cuarto de baño con lejía.

Y luego, vuelta a empezar. Y luego otra vez.

¿De qué me acuerdo, ahora que sólo han pasado unos minutos? De cosas sueltas. Por decirlo de alguna manera. Muros de protección que ya se van irguiendo en mi cabeza. No aguantarán, por supuesto que no; ni siempre ni del todo. Pero os sorprenderíais. Lo peor lo mantienes a raya, y aún puedes servirte una copa, mirarte al espejo y acordarte de tu nombre.

Me limitaré a decir que no es lo mismo recortar una gorra que un cuerpo de mujer. Las herramientas que se necesitan, el tiempo, lo que queda... Son cosas diferentes.

Y después de pasar la mopa, de la lejía, de limpiar huellas de pies en el suelo de cemento, aún me quedan seis bolsas de basura de las de jardín.

Me fumo el resto del paquete.

Hoy es el día del reciclaje. En mi calle, el camión pasa temprano, normalmente a los ocho y pico. Falta poco más de una hora. Los basureros que pasan por este barrio están acostumbrados a verme correr cuando se acercan, descalzo, en calzoncillos, acarreando como un loco la basura que me olvidé de sacar a la acera la noche anterior. Siempre me dejan disculparme por el retraso, y se me quedan mirando mientras insisto en tirar yo mismo las bolsas a la parte trasera. Cuando acabo, aprietan el botón que compacta la carga en el camión. Y luego se van.

Hoy se llevarán a Petra.

Capítulo 28

Supongo que será el sentimiento de culpa por lo que hice en el cobertizo, o el miedo a ser descubierto, que crece por momentos; sea cual sea la razón, me paso en casa todo el día siguiente, castigándome. Imposición continua de la más aborrecible de las torturas domésticas: mirar la tele.

No es que antes no intente leer. Un vistazo al principio de lo último de Philip Roth (demasiado brusco), una página al azar de Borges (demasiado fantasioso) y una redegustación de Patricia Highsmith (demasiado parecido a la realidad, al menos a la mía). Parece probable que no vuelva a leer nunca jamás. Me siento como el ratón de biblioteca interpretado por Burgess Meredith en aquel episodio de *La dimensión desconocida* donde descubre que es el último superviviente en todo el planeta y, al disponerse a disfrutar por fin de todas las obras literarias que le quedan por leer, se sienta en los escalones de la biblioteca y se le caen y rompen las gafas en mil trozos. Así ve el infierno un empollón. Y así lo veo yo.

Desde que me pagaban por hacerlo, no he vuelto a pasarme un día entero con los cristianos renacidos de primera hora, los programas de cotilleo del mediodía y las autopsias del *prime time*, todo ello con la guinda de horas y horas insensibles de píldoras adelgazantes milagrosas, líneas calientes y reportajes publicitarios sobre cómo hacerse rico en cuatro días. Ahora me doy cuenta de la que probablemente siempre haya sido mi auténtica vocación: no una vida dedicada a escribir, ni tan siquiera sobre libros, sino la de un haragán de

baja estofa intelectual que se equivoca al pensar que se merece algo mejor. No es de extrañar que el día en que decido que mi vida debe tomar forma literaria, no se trate de una novela de ideas, sino de una crónica de asesinatos y sospechas, el tipo de cosas que siempre he tenido la impresión de que no estaban a mi altura y que, por consiguiente, no leía, pero que ahora no tengo más remedio que vivir. Un puñetero *best seller*.

Por el lado positivo, parece que me he salido con la mía. Ni llamadas telefónicas del departamento de residuos preguntando por unas extremidades azules que sobresalían de bolsas de basura, ni vecinos viniendo a quejarse de que hiciera ruido en plena noche con una sierra eléctrica. Petra aparecerá algún día, no hay más remedio, pero no ha sido ayer, ni hoy. Y cuando aparezca, dentro de una semana, un año o media vida, no habrá pruebas que la relacionen conmigo. De todos modos, lo más probable es que yo ya no esté vivo. Si el objetivo del Hombre del Saco es matar uno por uno a todos los del Círculo de Kensington, casi ha terminado. Apostaría a que soy el único con vida. Y ya ha dejado claro que sabe dónde vivo.

Conque aquí estoy, esperándole en la Cripta, atento a cualquier cosa que se mueva en las ventanas del sótano y pensando que cualquier gato furtivo o cualquier envoltorio de *fast-food* empujado en la acera por el viento son sus botas al pasar. Está esperando a que salga y, si me niego, vendrá a por mí. No le oiré entrar. Me encontrará en esta silla, con el mando a distancia en la mano. Y hará lo que tenga que hacer.

Me pregunto si antes me dejará ver quién es.

De repente hay una colisión de ruidos: el timbre de la puerta, la sintonía cincuentona de *Happy Days* y la caída al suelo del cuaderno que estaba garabateando. Es por la mañana. Los ventanucos filtran una luz amarillenta.

Tengo que estar despierto. ¿Se percibe durmiendo el propio mal olor?

Vuelve a sonar el timbre. Subo por la escalera metiéndome la camisa en los pantalones sin dejar de preguntarme por qué me molesto en ponerme presentable para el Hombre del Saco. Porque es así como ha decidido hacer su entrada: no de noche, sino una mañana lánquida de julio en que las nubes mantienen el calor en la ciudad como un gran dosel de lana.

Al otro lado de las ventanas laterales de la puerta principal hay una forma de hombre, alta y con los brazos largos. Me acerco sin necesidad de que me incite nada más que otra presión rítmica en el timbre; aprieto el botón del pomo y lo giro.

Ramsay me brinda una de sus sonrisas vagamente crueles e irónicas. Está de buen humor.

—¿Un poco de café?

—Estoy intentando beber menos —dice—, pero, bueno, un día es un día.

Le doy un café, con la advertencia de que quema, pero él rodea la taza con las manos y bebe con avidez.

—Para mí nunca quema bastante —murmura.

Ya se ha acercado a la puerta corredera, y mira el día. Después, con una lentitud que me hace deducir que quiere que me fije, baja la vista desde el cielo hasta el cobertizo del jardín.

—¿Qué, va a ponerme las esposas o salimos caminando de manera normal? —digo estampando las dos manos sobre el mármol.

—¿Cree que he venido a detenerle?

—Sí.

—Pensaba que éramos amigos.

—Pues entonces, ¿a qué viene? Porque yo tengo que mirar unas reposiciones importantes de *Los Beverly ricos*.

Cuando deja la taza en el mármol, veo que está vacía, mientras que la mía, al lado, todavía humea.

—He venido a decirle que le hemos encontrado —dice.

—¿Encontrado?

—Le hemos detenido esta mañana.

—Me he perdido.

—Al Hombre del Saco —afirma Ramsay—. El que mató a sus amigos del círculo literario. Ya es nuestro.

Me he apoyado en la puerta de la nevera para no caerme.

—¿Quién es?

—¿No lo sabe?

—He llegado a pensar que podía ser cualquiera. Incluso usted.

—Según mi experiencia, se suele acertar a la primera.

—William.

—Felicidades.

—¿Y ya le tienen?

—La imputación formal será esta misma mañana. Por eso tengo que irme enseguida. No me gusta perderme la lectura de las acusaciones.

Supongo que tengo que hacerle más preguntas, ya que me está contando cosas. Sobre las pruebas que tienen contra William. Su pasado, antecedentes penales, seudónimos. Las herramientas manchadas de sangre de su habitación de alquiler. Su pertenencia, no sólo al Círculo de Kensington, sino a los de antes, los que habían tenido entre sus miembros a Carol Ulrich, Ronald Pevencey y Jane Whirter. Que la policía seguirá buscando a Angela, Petra y Len, y tarde o temprano los encontrará, o al menos sus restos, porque si algo odia Ramsay es una investigación inconclusa.

—En el fondo nunca me pareció que fuera usted —dice Ramsay—, pero estuvo en el círculo, y había escrito una novela con el mismo título que el nombre del asesino. Era un poco raro. Sin embargo, las pruebas hablan por sí solas. Además, usted sólo le usaba como material, ¿verdad? Un parásito, con perdón. Pero bueno, usted es así. Es como hace las cosas.

Ramsay mira su reloj. Aún es pronto para ir al juzgado (el reloj de la cocina acaba de marcar las nueve y cuarto), pero finge que va con retraso. La casa de los Rush ha perdido su gracia.

Da unas zancadas hacia la puerta, conmigo detrás; y aunque se mueve con la seguridad de quien ha visto cómo le dan la

razón, me doy cuenta con un hormigueo de emoción de que en realidad la victoria es mía. Nadie ha encontrado a Petra; y aunque la encuentren, atribuirán a William mi labor de artesanía. Por otro lado, Ramsay me ha hecho el favor de pillar al Hombre del Saco antes de que pudiera visitarme.

Cuando ya está por la mitad del camino de entrada, se gira.

—Rece por que podamos condenarle —dice.

Yo ya sabía que era William. Vaya, que sólo podía ser él. Y aun así me había creído casi desde el principio que el Hombre del Saco no era el simple seudónimo de un asesino, sino un ser de verdad para el que no existía ningún nombre real. Separado de la humanidad no sólo por sus actos, sino por su composición. Un monstruo.

Era el encanto del relato de Angela.

Como perfil psicológico, William es un clásico. Niño que a los seis años pierde a sus padres en muy poco tiempo (la madre de esclerosis múltiple, el padre de una embolia) y se pasa el resto de su infancia saltando de tía en tía, o de tío en tío, y de poblacho en poblacho. Como dijo Ramsay, «no le vigila nadie; o eso, o se hacen los distraídos».

La cuestión es que el pequeño William ya era un matón sin amigos desde que empezaron a abrirle expedientes los psicólogos del colegio. Pegaba a los profesores, rompía ventanas, torturaba a los otros niños en el patio... Previamente a que surgieran otros talentos más explícitamente delictivos: descuartizar los animales domésticos del vecindario. Robos, allanamientos, atracos. Una escalada de delitos, de lo simple a lo brutal.

De repente, a los dos años de salir del instituto se pierde de vista. No se le acusa de nada más. No se le conoce ningún domicilio. Por lo que sabe la policía, entre los veinte y los treinta años vaga por las zonas más conflictivas de varias poblaciones del oeste, alquilando habitaciones en lo peorcito de Winnipeg, Portland, Lethbridge y Spokane. Se gana la vida de cualquier manera. Y el tiempo libre lo dedica a actividades más turbias.

Por donde pasaba William, desaparecía gente. Una ristra arbitraria (al parecer) de hombres y mujeres sin nada en común, ni en su vida ni en su pasado; casos sin resolver, cuyo único elemento recurrente es un hombre alto con barba, muy reservado, que en el momento de la desaparición llevaba cierto tiempo en la localidad correspondiente. «Puramente circunstancial –admitió Ramsay–, pero yo no me lo creo ni un momento. Con lo que hemos encontrado, no.»

¿Y qué encontró la policía en el apartamento de William, encima de una carnicería cerrada de East End? Pues las herramientas de otra carnicería: cuchillos, sierras, alambres de cortar carne... Casi todo con sangre humana encostrada. Todo pendiente de análisis en el laboratorio, para las pruebas de ADN. Pero teniendo en cuenta otros artículos encontrados en la bañera, el armario del lavabo y hasta en el borde de la cama (el bolso de Carol Ulrich, el diario de Ronald Pevencey), resulta evidente que los resultados demostrarán que aquellas herramientas sirvieron para eliminarles a todos.

Añádanse a ello los libros de cuentos: ediciones caseras con tapas de cartón, y dentro, páginas que versan sobre las historias inconexas de una sombra que yerra por la noche y que de vez en cuando se para a descuartizar a algún desconocido que le ha llamado la atención. Todo está escrito con la letra de William. ¿Y el nombre del protagonista?

–Déjeme que lo adivine –interrumpí a Ramsay–. ¿El Hombre del Saco?

–¿No es violación del copyright?

–Los derechos son sobre el contenido, no sobre el título.

–Lástima. Ya me veía acusando de algo más a nuestro amigo.

La policía ya tiene al hombre que buscaba. Y es un hombre. No tiene nada de sobrenatural, como no sea la magia negra que hace matar por puro placer. El Hombre del Saco es un personaje de fantasía. Pero ni aquí ni nunca resulta necesario lo fantástico. Sólo se necesita a un artista del descuartizamiento, como hay tantos: niños sin afecto, resentidos con el

mundo, sociópatas sin remordimientos... Basta abrir las últimas páginas de cualquier periódico. Los hay a puñados.

Debería estar aliviado. Y lo estoy. Sam ya puede volver a casa. Podemos empezar a trabajar en fabricarnos una nueva vida.

Pero sigue en pie la pregunta del único superviviente: ¿por qué yo? Supongo que alguien tiene que contarlo.

Y esta vez no es de Angela. Esta vez no es robado, sino mío.

Al día siguiente fijan la fianza de William, y aunque tengo ganas de ir directamente a St. Catherines a recoger a Sam, me freno con el jarro de agua fría de una dosis de miedo. Si esta tarde el abogado de la persona a la que llaman Hombre del Saco consigue, vaya usted a saber cómo, dejarle suelto por la calle, ya sé adónde es más probable que vaya en primer lugar. Ahora Sam está a salvo. El precio de que siga estándolo es otro día de separación.

De todos modos, parece que esto habría que celebrarlo de alguna manera.

Lo que necesito es salir de casa.

Un paseo en coche por el campo.

El letrero del Refugio de las Colinas brota del horizonte como única interrupción en la horizontal de los campos. Al tomar el camino de entrada, me pregunto cómo le diré a la madre de Angela que probablemente su hija esté muerta. Supongo que no hay que preocuparse mucho por las palabras exactas. Michelle Carruthers está acostumbrada a que le den malas noticias. Se hará cargo antes de que termine de decírselo.

Aparco en la gravilla, al lado de su caravana, agradeciendo la capa de nubes que disimula algunos de los rasgos más desoladores del Refugio de las Colinas. Sus triciclos sin ruedas y sus muñecas sin pelo. La ropa interior manchada que se columpia en los tendedores.

—No hay nadie.

Me giro antes de llamar a la puerta. Es una mujer que ya no tiene edad para las dos coletas que apuntan hacia abajo a sendos niños con manchas de chocolate cogidos de sus manos. Con camisetas que en ninguno de ambos casos alcanzan para tapar las barrigas que se asoman sobre las cinturas de sus pantalones de chándal.

—¿Michelle volverá pronto?

—No creo.

—¿Está bien?

—¿Es amigo suyo?

Un poli. Es lo que le parezco. Seguro que a las puertas de hojalata del Refugio de las Colinas llama más de un policía de paisano.

—Me llamo Patrick Rush. Era amigo de su hija. Me sabe mal, pero es que le ha pasado algo.

—¿Ah, sí? —dice ella soltando las manos de los niños enchocolatados.

—Es privado.

—¿Qué pasa, que también se ha muerto?

—¿Cómo?

—Michelle. Falleció la semana pasada.

—Ah... Ya...

—Los médicos no sabían muy bien de qué; claro, que con ella podía ser cualquier cosa.

No hay más que decir. Sin embargo, tampoco parece adecuado volver a mi coche sin ningún otro comentario. De no ser por la lengua negra que me saca el menor de los dos niños, no sé si se me habría ocurrido la pregunta.

—¿Ya la han enterrado?

—A los dos días de que se muriese. Sólo fue gente de aquí, muy poca. Y el hijo.

—¿El hijo?

—Bueno, supusimos que era el hijo...

—¿Cómo se llamaba?

—No se lo preguntamos.

—¿Cómo era?

—Grandote, diría. De los que no les gusta que les mires mucho; como si quisiera estar, pero sin que se enterase nadie.

Bajo los escalones de cemento de la puerta de la caravana. Unas nubes destapan el sol del mediodía.

—¿Cuándo fue el entierro?

—La semana pasada. Ya se lo he dicho.

—¿Pero qué día?

—Creo que el martes.

El martes. Dos días antes de que detuvieran a William. «Grandote.»

—Bueno, tengo que irme —digo, pero al intentar pasar de largo, ella me retiene por el brazo.

—Si se ha muerto la hermana, alguien debería avisar al hijo, digo yo...

—Ya le informaré.

—¿O sea, que le conoce? ¿Teníamos razón? ¿Era el hijo de Michelle?

—Bueno, las familias... —digo sin entrar en detalles, aunque parece que lo entiende. Me hace una señal con la cabeza, abarcando a sus dos hijos, a la caravana de la madre de Angela, al sol y a todo el refugio.

—¡Y tanto! —exclama—. Están llenas de sorpresas.

Al llegar a mi casa, tengo un mensaje de Tim Earheart. Quiere que quedemos y saber cómo estoy. Al devolverle la llamada, y quedar en un bar cerca de su nueva casa en Cabbagetown, ya sé que se ha enterado de la detención de William y que quiere averiguar lo que sé yo. Siempre ha sido su noticia, desde el primer momento. Ahora que se acerca el último acto (el ritual de purificación pública en que consiste cualquier juicio a un criminal notorio), quiere exprimir hasta su última ventaja sobre la competencia.

Tim se cree que sé algo; y a menos que se presente por sí sola una noticia más jugosa, no se cansará de hacerme preguntas.

A pesar de todo, me aferro a la posibilidad de escabullirme. Es verdad que, si se acaba celebrando un juicio con todas las de la ley, me llamarán a declarar, pero si al final la acusación no tiene que llegar tan lejos, o mejor aún, si William se declara culpable, no hará falta que se sepa que el autor de *El Hombre del Saco* estuvo en el mismo taller literario que el Hombre del Saco. Todavía tengo alguna posibilidad. Siempre que se pueda disuadir a Tim de hurgar en el punto de vista de Patrick Rush...

—¿Qué, estás cómodo en la nueva casa? —le pregunto cuando nos traen la primera ronda.

—Es una inversión. Además, me estoy planteando sentar la cabeza dentro de poco.

—¡Venga ya! Ahora sí que me matas.

—Sólo me falta conocer a alguien.

—¿Aún no has conocido a bastantes?

—Existir, existe. Igual que tu Angela.

Asiento, observándole para saber si tiene algún dato más que yo sobre la desaparición de Angela.

—Debe de ser raro —dice, pensando en voz alta—. Estar tan cerca de lo de William Feld.

—Bueno, tan cerca no he estado.

—Tu libro podría ser su biografía.

—Eso es exagerar.

—El título mismo. Cuesta un poco aceptar que sea coincidencia.

—Pues a la policía no le ha costado tanto.

—¿Han hablado contigo?

—Vino un detective a preguntarme un par de cosas.

—Ramsay.

—Sí, creo que sí.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Lo que te estoy diciendo a ti: que es una novela. Es inventado. Ahora, me alegro de que haya pasado todo.

A Tim se le atraganta el trago que acaba de dar a la botella.

—¿Pasado? Para mí, no. Esta noticia es mía. Pienso pasarme los próximos meses informando sobre el juicio de Feld; y

como no encuentre la manera de colarme, puede ser difícil de la hostia.

Ahora me mira a los ojos con las dos manos apoyadas en la barra.

—A mí ya me gustaría ayudarte —digo haciéndole retroceder unos centímetros con un erupción—, pero es que yo, de William Feld, no sé nada que no sepan los que hayan leído tu artículo en el periódico de hoy.

Nunca sabré si Tim me cree o no, pero, sea por la impresión de que he sido sincero o bien sea por algún resquicio de amistad, el caso es que me suelta.

—¿Qué, estás trabajando en algo nuevo?

—Me estaba planteando volver al periodismo. Estoy dispuesto a probar algo diferente. Horóscopos, clasificados, crucigramas... —le contesto—. ¿Tú crees que la directora me aceptaría otra vez?

Muy buena. Nos reímos los dos a gusto.

Por la mañana me acerco en coche a St. Catherines. Voy cargado de regalos (una tele de plasma para Stacey y su marido, iPods y una edición de coleccionista de Tolkien para los niños), pero a Sam no le llevo nada, adrede. El regalo que nos hacemos mutuamente es el propio reencuentro. Podrá decidir qué quiere que hagamos el resto del verano. Volveremos poco a poco a ser como antes, pero a nuestro ritmo, sin nadie que nos marque cómo hacerlo.

De camino a casa, me esfuerzo en no exagerar lo mal que lo he pasado estas semanas sin él. Durante la primera hora, más o menos, me cuenta anécdotas sobre los memos de sus primos y sobre lo bien que ha aprendido a nadar. También él está siendo delicado.

Cerca de Oakville, mientras pasan a toda velocidad sedes bajas de empresas y franquicias de *steakhouses*, decide que ya estoy en condiciones de aceptar que vaya al grano.

—Me lo tienes que explicar, papá.

- Ya lo sé.
- No hace falta que sea ahora.
- Vale.
- Pero algún día sí.
- Te lo debo.
- No es cuestión de deber.

Se gira en el asiento. Y quien me mira no es un niño de ocho años, sino un joven sorprendido de que su padre no se dé cuenta de algo que debería ser obvio.

–Si no me lo explicas, serás el único que lo sepa –dice.

Agosto decide comportarse, con tardes en que la brisa del lago empuja hacia el norte la contaminación, desvelando la ciudad que durante todo un mes había estado cubierta de un velo anaranjado. En honor a este cambio, Sam y yo damos largos paseos. Salimos a comer en camiseta y chanclas, vamos en bici por los senderos del valle del Don, acariciamos las esculturas de Henry Moore cuando no nos miran los vigilantes del museo... Hasta hemos vuelto a leer: picnics con libros en Trinity-Bellwoods, devorando a la sombra *Robinson Crusoe* (Sam) y *Expiación* (yo).

Pero ni siquiera estos días de felicidad están libres de fantasmas.

El primero llega en forma de voz: una llamada casi a medianoche, que parece hecha desde un bar.

- ¿Patrick?
- ¿Quién es?
- Soy Len.
- ¿Dónde estás?
- En el Fukhouse.
- ¿Por qué?

–Pues no lo sé muy bien. Supongo que tiene un valor sentimental.

–Tengo que hacerte una pregunta, aunque te parecerá una tontería –digo yo, cerrando los ojos al encender la lámpara de la mesita de noche–: No estás muerto, ¿verdad?

–No –contesta él tras un momento de reflexión–. Creo que no.

–¿Dónde estabas?

–Me fui de repente, con lo puesto, y he vivido de alquiler por toda la ciudad. Ha sido una temporada bastante jodida.

–La verdad es que sí.

–Pero ahora ya le tienen.

–Sí. Ya le tienen.

Suspira en el teléfono: un silbido húmedo por el que sé que, antes de mi confirmación, Len no estaba seguro de que hubiera terminado todo.

–Fíjate qué gracioso –añade–: estaba a punto de decir que ya puedo volver a casa, pero no tengo ni idea de dónde está mi casa. El casero me tiró todos los libros y los cómics.

–Siempre puedes empezar de cero.

–¿A qué?

–A coleccionar.

–Ya. Claro.

Se oye un ruido de fondo, como si hubieran roto un vaso en la pared.

–¿Qué, está movida la noche?

–No, bien –dice Len nerviosamente–. Oye, ¿hacías algo?

–Pues la verdad es que estaba a punto de acostarme.

–¿Ya es tan tarde? Te iba a preguntar si querías venir. A celebrarlo.

–No, esta noche no.

–Otro día.

Parece que no hay más que decir, pero Len lo prolonga, mientras la soledad recorre la línea telefónica como un peso invisible.

–Supongo que sólo quedamos tú y yo –acaba diciendo.

–¿Y Angela?

–¿Tú crees que puede estar viva?

–No.

–Yo tampoco.

–Pues por nosotros, Len. Por los vivos.

—Por los vivos —dice, como si no estuviera muy seguro de quiénes son.

Tampoco está muerto el otro fantasma de agosto, pero es como si lo estuviera.

Lo veo una tarde, al volver de la tienda de la esquina con Sam aferrado a mi pulgar con una mano mientras chupa un polo con la otra: un padre y su hijo caminando de la mano por una calle de barrio en verano. Una versión de la libertad.

Al pasar al lado de la peluquería punki de la esquina (donde cortaba y teñía Ronald Pevencey), una furgoneta negra frena a seis o siete metros de nosotros y se arrima al bordillo. En este tramo de Queen Street hay reparto todo el día, pero algo me llama la atención. No es ningún detalle, sino la falta absoluta de detalles: ni nombre de empresa pintado en la puerta, ni adhesivos, ni matrícula trasera. Hasta la pintura negra es tan añeja que se ha quedado mate, como una vieja pizarra.

Cuando la distancia que nos separa de la furgoneta se ha reducido a pocos pasos, empiezo a caminar más despacio. No se ha abierto ninguna puerta, ni la del conductor ni la del otro lado, y el ángulo de los retrovisores me impide ver quién va al volante. Pero lo que irradia peligro es la parte trasera: una capa de polvo en las dos ventanillas, embadurnadas de algo más, manchas reseca que cruzan el cristal de arriba abajo. Lluvia. O disolvente desprendido de guantes de trabajo. O manos desnudas abiertas en un esfuerzo por arañar el cristal.

—Papá, ¿por qué paramos?

Mientras busco una respuesta («Es que hace tan buen día que prefiero dar media vuelta y volver por el camino largo»), le veo. La cara de William contra la ventanilla trasera de la furgoneta.

Aprieto a Sam contra mí. Se le cae el polo a la acera.

Soy el único que ve a William.

Y ni siquiera yo le veo. William está solo en una celda, esperando la sentencia. Porque no habrá juicio. Ya no. Se

declaró culpable hace unos días y aceptó firmar su confesión. Lo único que queda por determinar es cuántas cadenas perpetuas encadenará.

O sea, que los labios que forman un óvalo no son de William, ni es suya la lengua que grita en silencio blanca contra el cristal. Lo cual no me impide caminar hacia atrás, hasta que mis hombros chocan con el escaparate de la peluquería.

Lo que me aterroriza de la furgoneta es esto: no William, sino los horrores que se han producido en su interior, cosas que hasta a William le darían miedo. Allá está su cara para demostrarlo. Hasta ahora nunca había expresado nada más que una velada amenaza (ojos negrísimos, una cortina de barba), pero ahora está tensa de pánico.

Por el tubo de escape de la furgoneta sale humo. Cuando se despeja, William ya no está. Pero sí el círculo mojado que ha dejado su lengua en el cristal. Ya estaba antes.

La furgoneta cabecea al reincorporarse al tráfico. Media manzana más allá, gira y desaparece.

Sam da una patada al polo derretido para acercarlo a la pared. Me coge la mano para llevarme a casa. No me pregunta qué he creído ver. Ni falta que hace. Es como el monstruo que vive en el armario del dormitorio: si consigues aferrarte a lo que sabes que existe de verdad, no puede hacerte daño.

Capítulo 29

El verano se acaba con una serie de días de una perfección idéntica, como si fuera su disculpa por habernos maltratado: una semana sedante de cielos azules, poco tráfico en el centro y atardeceres despejados con perfume a humo de barbacoa. Todas las incertidumbres y preocupaciones por lo que pasó antes (no sólo en el caso de los atribulados Rush, sino de cuantos pasean sus sonrisas forzadas por las calles de la ciudad) se encuadran en perspectivas más llevaderas. Todos querrían que durase para siempre.

Y de repente es el fin de semana del Día del Trabajo. De un día al otro el aire se vuelve fresco, otoñal, y las hojas cambian por oro la mitad de su verde. *Es el momento*. Nos lo dice el sabor a tiza de la vuelta al colegio. *Si hay algo divertido que pensarais hacer, que sea ahora*.

Por eso Sam y yo nos decidimos a ir a la sesión nocturna del autocine Mustang. Último pase de la temporada en un sitio al que solíamos ir Tamara y yo con una botella de vino blanco escondida debajo del asiento, como dos adolescentes. Para Sam, la atracción es ver lo que, aunque yo insista en corregirle, llama «la peli de mi papá».

—Norte —dice con la nariz en el cristal cuando salgo de la autopista de peaje y me pongo al final de la cola de coches que avanzan lentamente hacia la taquilla.

Yo no sabía que mi hijo supiera orientarse por las estrellas.

—Mira —le digo señalando la pantalla que despunta al final de la subida.

El vaquero y su potro salvaje encima del letrero, y detrás, los campos de trigo maduro. Sam lee en voz alta las letras que anuncian la película estrella de la noche:

—*El Hombre del Saco*.

Yo ya la he visto. Puede que Sam aún no tenga edad para entender algunos de los temas más «maduros» (es la opinión de la censura, cuya clasificación avisa quisquillosamente de «violencia y señales de conducta sexual indecorosa»), pero si el taquillero está dispuesto a aceptar lo que le pago por dos adultos, entonces esta noche lo seremos.

Aparcamos en un lado frente al bar y sacamos sillas plegables del maletero del Toyota. También nos tapamos las rodillas con un saco de dormir para no coger frío.

Aunque *El Hombre del Saco* se base en mi novela, mi participación en la película se ha limitado a la aceptación culpable de un cheque. Hace un par de semanas me invitaron al estreno en Los Ángeles, pero dije que no. Los relaciones públicas del estudio me llamaron para convencerme de que mi ausencia se podía interpretar como «reservas creativas sobre el proyecto», y yo les aseguré que no tenía creatividad, ni por ende reservas. A cambio de mi promesa de no hacer declaraciones, me enviaron champán y el DVD antes de que saliera al mercado.

Lo puse el otro día. Descorché el espumoso y me pasé una hora y media en la Cripta bebiendo a morro. No estaba mal. Me refiero al champán. En cuanto a la película, supongo que tiene cierto empuje, alimentado más que nada por un montaje entrecortado y una banda sonora tecno que hace que la ciudad en la que se rodó (Toronto, mira tú por dónde, aunque con la intención de parecerse a Nueva York) dé la impresión de haberse metido metanfetaminas.

Lo raro de la película, lo que me molesta un poco, no es su calidad, o falta de ella, sino hasta qué punto se desvía de la realidad. De Angela. Su voz. Es lo que no aparece ni por asomo en la versión de Hollywood, y no por culpa de los guionistas, los actores o los productores. ¿Cómo van a saber lo que era estar sentado en el piso de Conrad White a la luz de las velas,

con la nieve arañando las ventanas, oyendo leer a Angela las páginas de su diario llenas de garabatos en los márgenes? Las películas cuentan historias, pero su mundo es estático; cada escenario, cada gesto, cada imagen están previstos hasta el último detalle. La narración está herméticamente sellada. Las películas no te dejan crear lo que ves en tu interior. Que es lo que hacía la voz de Angela: invitarte a entrar.

—¡Ya empieza! —anuncia Sam cuando se apagan los focos. El resto ya lo sabéis.

Lo sabéis por el punto de partida, en pleno desarrollo: la historia del hombre que perdió a su hijo en el cine. Digo «perdió» porque es la palabra que usaban la policía y la prensa, como si Sam fuera un billetero caído. Los comunicados de prensa puntualizaban que no se encontraron pruebas de ningún delito. No sé si lo decían por sistema o simplemente porque no me creyeron cuando expliqué que había perseguido a una sombra por el maíz.

Ya sabéis en qué acaba para mí este Día del Trabajo. Pero, cuando se empieza a medias, se dejan fuera algunos puntos de vista, matices de significado que no habrían podido entenderse a la primera. Por ejemplo, el efecto turbador que tuvo sobre mí ver *El Hombre del Saco* en una pantalla enorme, bajo las estrellas de la noche. Y que en la narración agigantada en *off* hubo algo que intentó decirme: *Coge a tu hijo y vete*. Algo que intentó avisarme.

¿De qué hablas?

Lo que hay debajo de tu cama. Los ojos que te miran de noche en el armario. La oscuridad. Lo que más miedo te da...

No puedo mirar la pantalla más de unos cuantos segundos. Los actores recitando directamente el guión, sus caras mirándome con máscaras irónicas de «miedo», «determinación», «preocupación»... Me equivocaba en lo de que las películas sean mundos fijos. Estos personajes, en concreto, lo que pasa en esta pantalla... todo quiere salir.

—¿Te apetece algo? —pregunto—. ¿Unas bolitas de patata?

Y él me coge la mano. Sólo me la suelta cuando la cajera tarda demasiado en atendernos.

Luego corro entre las filas de coches aparcados, intentando decirme que no está pasando lo que sé que está pasando. No funciona. Porque el Hombre del Saco está aquí. No William, sentado en una celda a varios kilómetros. Tampoco Ramsay. Tampoco Len, o Conrad White. Tampoco Raymond Mull.

Es el Hombre del Saco quien entra corriendo en el campo de maíz, dejándose ver fugazmente para que yo pueda seguirle. Era su intención. Así tenía tiempo de desaparecer, asegurándose de que yo fuera en dirección contraria a donde tenían a Sam, encerrado en el maletero de uno de los coches de la última fila. A menos que mi hijo estuviera desde el principio en el coche de al lado...

Yo perseguía al Hombre del Saco, pero el Hombre del Saco nunca tuvo a Sam.

Cuando llego a la granja abandonada del final del campo, ya no hay nada que hacer. Sólo puedo quedarme plantado, mirando fijamente la pantalla del Mustang a lo lejos.

El hombre malísimo que hace cosas malísimas no es William. Ni siquiera es un hombre. Es una niña. La niña cuya cara está en la pantalla del autocine, la que leía su diario en el piso de Conrad White, la que se quedó sin dedos de los pies a causa de la congelación. Una niña que al hacerse mayor ha adoptado varios nombres. Y ha robado varias vidas.

Mi error fue dar por sentado que el malo de mi historia era el mismo que el de la suya. Pero el monstruo que se ha llevado lo único que me quedaba no es el Hombre del Saco. Es quien lo creó.

CUARTA PARTE

EL HOMBRE MALÍSIMO QUE HACE
COSAS MALÍSIMAS

Capítulo 30

Hay una búsqueda. Os lo podéis imaginar. Un padre pierde a su hijo en el cine. Le raptan en lo que se tarda en comprar unos perritos calientes y unos aros de cebolla. El sueño de un director de noticiario de fin de semana hecho realidad. Aquel domingo, a primera hora (antes del amanecer de la sesión nocturna cancelada), una cadena de noticias despierta a un «experto en desapariciones» y graba una entrevista en la que se nos recuerda que «en un caso de este tipo las primeras doce horas son cruciales». Ni los mandos de la policía situados detrás de los micrófonos en la primera rueda de prensa del día son inmunes a la emoción de una carrera contra el tiempo, y menos tratándose de un niño. Es como en la tele. Sale en la tele.

Mirad, el jefe de la policía de Ontario se está comprometiendo, con los ojos en la cámara, a emplear todos los medios disponibles para encontrar al «pequeño Sam», y dice que hasta entonces «les aseguro que no dormiremos». Planos de voluntarios recorriendo los maizales de la zona del Mustang en busca de pistas y de partes corporales. Y aquí está el padre, con pecas y una cara fofa de papilla, suplicando robóticamente que le devuelvan a su hijo sano y salvo. «Conque ésta es la pinta que tienen los novelistas», piensan los lectores del Teleadicto.

Tiene una pinta sospechosa. Hasta a mí me lo parece. Una interpretación escasamente convincente de preocupación paterna; demasiado poco pánico, y la voz hueca, como si ya se hubiera resignado al luto. En la Cripta, veo repetirse con incredulidad la misma imagen de mí mismo en todos los canales de

noticias. No es lo que siento. Ni siquiera soy yo. ¿Veis a este que llora tapándose la cara con las manos y que tira un vaso a la pared de madera para no volver a llenárselo? ¿Veis que un minuto después se corta los pies con los trozos de cristal al levantarse para llamar a la policía por quinta vez en una hora? Pues ese sí que soy yo.

Parece que la policía empieza a cobrar especial interés por ese yo. Van a venir para «repararlo todo» otra vez, y aunque vuelvan a ofrecerme los servicios de un psicólogo experto en «crisis familiares», noto que se les está secando la compasión inicial. Hacen menos preguntas sobre la figura que vi al fondo del aparcamiento del autocine y más sobre mi estado emocional durante los últimos años. Primero, el cáncer que me dejó viudo. Después todo el follón de los asesinatos de William Feld, sobre los que (por citar a un investigador) «le teníamos fichado como sospechoso». Más todas las otras capas: que hayan raptado a mi hijo durante una proyección de una película basada en mi propio libro, libro en el que un turbio personaje quita la vida a varios niños... «Si es que algo así no se puede escribir –me dice otro poli, sacudiendo la cabeza–. Aunque usted bien que lo hizo...»

El domingo por la noche me aconsejan que llame a un abogado. Al decirles que no hace falta, me miran como si fuera justo lo que diría el culpable. Están buscando a mi hijo en plena noche, pero aquí dentro, en la casa del padre, en la avenida Euclid, ya han encontrado al hombre que buscaban, y ahora sólo tienen que esperar a que se derrumbe. Tarde o temprano, la gente como yo siempre se derrumba.

Han pinchado todos los teléfonos de la casa con mi permiso. Dicen que es por si llama alguien pidiendo un rescate, pero a mí no me engañan: seguro que lo hacen para buscar pruebas. Un mensaje de un cómplice. Una confesión a medianoche.

Y no se lo reprocho. En casos así, el principal sospechoso es siempre el padre. Estadísticamente, las sombras sólo son eso, sombras. Es la gente a la que más conoces la que tiende a hacerte daño.

Aunque siempre hay excepciones. Siempre hay un Hombre del Saco. Y cuando ataca, no te sorprendas de ser el único que cree que ha sido él.

Durante las primeras veinticuatro horas no hay tiempo de sufrir. Lo único que hay son las mismas respuestas a las mismas preguntas, enseñarles a desconocidos dónde están guardadas las cosas en la casa y dejar que una mujer amable te enderece el cuello de la camisa y te limpie los restos de pasta de dientes de las comisuras de la boca antes de la rueda de prensa.

Al final, sin embargo, todas estas distracciones sólo lo empeoran. En mi caso, es el segundo día, al despertarme de una siesta con pastillas y caerme al suelo del dormitorio (con una pierna dentro del pantalón y la otra fuera) bajo el peso de los hechos. «Fulminado por la verdad.» Nunca me había dado cuenta de que se pudiera interpretar el tópico de una manera tan literal. Es la verdad lo que me deja tirado en el parque, pestañeando ante las bolas de polvo que hay debajo de la cama y palpándome el cogote por si me he hecho sangre.

Sam no está.

No le van a encontrar.

Soy el único que tiene alguna posibilidad de rescatarle.

Sin esta idea, la última, no estoy nada seguro de que hubiera podido acabar de vestirme una hora después. Menos mal, porque tengo que recibir a la prensa. Espío a través de las cortinas: un par de camionetas de la tele con los corresponsales repeinados practicando caras serias y unos cuantos machacas de la prensa contándose chistes verdes y tirando colillas al jardín de mi vecino. Si hay que seguir viviendo (aunque sea un endeble simulacro de vida como el que me espera), habrá que contentarles bastante a todos como para que me dejen en paz al menos hasta el siguiente plazo que les marquen.

Decido que la mejor manera de actuar es conceder una exclusiva. Sigo el reflejo de elegir el *National Star*. ¿Y a quién

trae el responsable de relaciones con los medios de comunicación de la policía sino al chaval de Swift Current?

—¿Ahora estás en sucesos? —le pregunto.

Pese a la obstinación con que aprieta las mandíbulas, sonrío un poco al ser reconocido.

—En el arte no hay futuro.

—Totalmente de acuerdo.

—Supongo que me han ascendido.

—La directora sabe reconocer el talento.

—Debe de estar pasándolo muy mal —empieza a decir.

Es como empiezan todos. Los policías, los psicólogos, las almas bienintencionadas, los gacetilleros... Santa televisión.

Añado un poco de diálogo televisivo de mi propia cosecha sobre mantener el optimismo, y pido que, si alguien sabe algo de mi hijo, lo diga. Luego el chaval de Swift Current hace la pregunta inevitable.

—¿Cómo se explica las coincidencias entre todo esto y su novela?

—No me las explico.

—Pero es curioso que...

—Ya hemos acabado.

—¿Perdón?

Tiempo la mano y le apago la grabadora.

—Se ha acabado la entrevista. Y recuérdales a los demás buitres de fuera que hoy la carroña sólo es para ti.

Funciona. Un par de horas después, no hay camionetas, ni periodistas tiritando fuera; si quieren alguna declaración de Patrick Rush, no tendrán más remedio que citar el artículo del *National Star*. Hasta la policía ha respetado mi petición de tener un poco de intimidad. Me mandan a un trabajador social para montar guardia, por si entra Sam por la puerta. Así puedo salir.

Voy hacia la calle Dundas y giro hacia el este por el tentáculo cada vez más largo de Chinatown. Acabo frente al Fukhouse antes de haberme dado cuenta de que era adonde iba. El Fukhouse. Anarquistas. Me dijo Evelyn que era donde se reunían, la noche en que la vi por vez primera. Se me ocurre una

pregunta: *¿Los anarquistas pueden reunirse mucho tiempo y seguir siendo anarquistas?* Claro que si los sin ley no pueden ser flexibles con las leyes, quién lo será...

Se enciende una luz donde vivía Conrad White. Detrás de los visillos, dos sombras ejecutan lo que probablemente sea una tarea doméstica, aunque desde aquí parece un baile de salón: se mueven en círculo, se cogen un momento de la mano y se van cada uno hacia una punta de la habitación.

Se apaga la bombilla. La luz ha durado tan poco que tengo mis dudas de que las sombras fueran reales. Más fantasmas. Evelyn y Conrad entrevistados en un vals de ultratumba.

Pero yo aún estoy vivo. Y mi hijo también. Tiene que estarlo. Ya no tiene sentido ver fantasmas. No tienen nada que decirme, más allá de lo que ya ha ocurrido. Ahora a los vivos no les queda sino retomar el misterio donde lo dejaron los muertos.

—O sea, que sí que es un asiduo —declara una voz a mis espaldas. Al girarme veo a Ramsay, que me sonríe en la penumbra del Fukhouse—. Me lo imaginaba en ambientes un poco más selectos.

—Están baratas las copas.

—No me extraña —dice mirando la sala—. ¿Me deja que le invite a una?

—Que sean dos.

Pide dos bourbons y dos cervezas. Nos metemos los primeros entre pecho y espalda en cuanto nos los traen.

—Acabo de pasar por su casa —dice.

—Y no me ha encontrado.

—Dando un paseíto, ¿eh?

—Usted sabrá, que me ha seguido.

—Soy policía —dice Ramsay encogiéndose de hombros—. Es la costumbre.

Nos quedamos sentados mirando: dos cabezas en un espejo sucio, detrás de las ginebras, los whiskys y los rones.

—Qué horror —exclama Ramsay al cabo de un buen rato—. Lo de su hijo.

Intento calibrar la sinceridad de su voz y el gesto compungido de su cabeza. Me parecen auténticos. Claro que no sería la primera vez que malinterpretase a Ramsay... Tal vez no le haya entendido nunca.

—Me han dicho que lo están investigando los mejores hombres —digo.

—Pues entonces seguro que le encuentran.

—Tengo la sensación de que debería ayudarles a buscar.

—¿Pues por qué no lo hace?

—Me han dicho que me quede en casa.

—Difícil de cumplir, si cree que aún está vivo.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—Sam está vivo. Y le encontraré yo.

—Suena como si tuviera un plan.

—¿Si lo tuviera, se lo contaría?

—Tal vez. Si quisiera ser claro.

—¿Claro?

—Una demostración de buena voluntad. Si no, existe el riesgo de tomar el rumbo equivocado.

Me ha pillado. Durante un segundo he pensado que, ahora que Ramsay tiene a William en su celda, existía la posibilidad de que se compadeciera en serio de un padre que ha perdido a su hijo. Pero la sospecha es la posición por defecto de Ramsay. Es donde vive.

—Yo nunca le haría daño a Sam.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—No, decirlo no lo han dicho... Entonces, si ellos no son sinceros conmigo, ¿por qué tengo que serlo yo con ellos?

—Por lo que le digo. Podría dejar las cosas claras.

—Para mí ya están bastante claras.

Me dirijo a la puerta, un poco desequilibrado por el bourbon y el sofoco que implica airear revelaciones íntimas. Aun así, cuando Ramsay abre la boca para decir algo, consigo adelantarme.

—¡Usted ya ha encontrado a su Hombre del Saco! —exclamo al empujar la puerta con las palmas—. Ahora me toca a mí.

Puede que Ramsay aún me siga, pero me da igual. No estoy haciendo nada malo, sólo caminar. Y susurrar preguntas en voz alta. Preguntas que me sacan de las brumas del shock durante un largo paseo nocturno hacia el este.

La primera es cómo se enteró el secuestrador de Sam de que pensábamos ir justo esa noche al Mustang. Que yo sepa, no se lo dije a nadie. ¿Y Sam? Tal vez. Quizá le oyeran presumir en el parque («¡Esta noche mi papá me lleva a ver su película!»), o se le escapara algo con su amigo Joseph. De todos modos, ni lo uno ni lo otro es muy probable, ya que Sam no suele cotillear con su pandilla de amigos, ni ellos con él; están en la edad en que la comunicación gira básicamente en torno a juegos de rol sobre soldados con metralletas o robots que disparan rayos láser por los ojos.

Hay muchísimas más probabilidades de que nos siguieran. Una furgoneta negra cambiando de carril para no perderme de vista mientras salíamos de la ciudad.

Entonces, ¿por qué no se lo cuento a la policía? He estado a punto de hablarles de Angela un par de veces, pero al final me he callado, por motivos racionales e intuitivos. En el aspecto racional, no tengo pruebas de que fuera ella. Es más: «Angela» está muerta. Debo esconder la eliminación de Petra. Y en este momento soy el principal sospechoso de la desaparición de Sam. Ahora que lo pienso, es probable que todos los miembros del círculo tuvieran algo con Angela que no quisieran que se supiese. Era la manera que tenía ella de estar constantemente fuera del radar.

Pero lo que más pesa en mi silencio es la corazonada de que no me corresponde hablar de ella. Si Angela (o quien tenga a mi hijo) sospecha que le estoy contando todo lo que sé a la policía, será el final. La única manera de llegar hasta Sam es seguir el relato hasta su conclusión.

El sol, sin darme cuenta, ya ha empezado a descolgar las estrellas del cielo. Mis pasos me han llevado hasta la playa y, por una de las callecitas, al paseo. No hay casi nadie: algún que otro corredor de madrugada y los que dormitan en las mesas de *picnic*; solitarios y angustiados, como yo. Descalzo, siento el frío de la arena. Sin embargo, al pisar las primeras y tímidas olas, el agua está a temperatura corporal, después de todo un tórrido verano a fuego lento. Puede que nunca más se hiele.

Algo me toca la mano (una mosca o un papel de caramelo elevado del suelo por una ráfaga de viento). Miro hacia abajo, esperando ver a Sam. El hecho de que haya desaparecido siempre está al frente de mis pensamientos; aun así, la ilusión de su presencia se repite varias veces cada hora de vigilia. No está conmigo. Pero debería estar. Cogiéndome la mano, mientras da pasos por el agua. Preguntando si se puede meter del todo. Diciéndome que no tenga miedo.

Al oeste, la mañana aporta una desagradable concreción a las pantallas gigantes y a las grúas que me hace volver la vista al agua; pero existe el mismo riesgo de que el lago sea un producto industrial, con una superficie como de papel de aluminio, arrugada y fina.

Esto es lo que pienso al emprender el camino de regreso: que ya no se puede ir a ningún sitio que no haya sido modificado, reinventado o mejorado. Los sitios ya no existen como antes, de una manera simple y convincente. La realidad virtual es la única que queda.

¿Y qué? Si no puedo recuperar a Sam, que el resto del mundo se quede sus mitos reciclados y sus imitaciones perfectamente elaboradas. Yo no necesito que las cosas sean reales. Sólo le necesito a él.

Capítulo 31

Para encontrar a Sam debo encontrar a Angela. Pero encontrar a alguien que no existe... no es el mejor trabajo para un crítico de televisión en paro. ¿Qué harían en mi lugar Tim Earheart o Ramsay? Empezar por los datos. Poca cosa. El apellido de Angela (falso), su edad (con una década de precisión) y su obra publicada (robada de relatos autobiográficos ajenos). Sin olvidar lo que sé de su aspecto (especialmente vulnerable a los caprichos de las luces y las sombras, hasta el punto de que una cosa era cuando leía su diario al otro lado de la alfombra de Conrad White y otra la noche en que me puso las manos en las orejas para que no oyera los ruidos que hacía en la cama, como si pudieran molestar a mí, no a los vecinos). Para haber llegado a desempeñar un papel de tan cruel importancia dentro de mi vida, Angela se ha quedado con todo el toma y ha reducido prácticamente a cero el daca de sí misma.

Un extremo de ella sí que tengo, y es el del edificio donde vi y toqué, a dieciocho pisos de altura, partes de ella que, desde mi perspectiva actual, refuerzan la hipótesis de que Angela siempre ha sido fruto de la fantasía. Mis esfuerzos por volver a poner las manos en su piel sólo producen impresiones genéricas, una coreografía de porno suave. Ahora la Angela desnuda vuelve de demasiado lejos, con una perfección poco plausible, bajo una luz azul.

Si es así (si nunca he estado con Angela en lo que consideraba como nuestra única noche juntos), tal vez la culpa no sea de ella. Tal vez el psicótico sea yo. Ahora no hay Angela,

porque nunca la ha habido. Lo cual significaría que no es ella quien le ha hecho algo horrible a Sam. Soy yo.

Estas siniestras reflexiones no quedan descartadas hasta que me empuja el portero contra la pared.

—¿Otra vez? —dice. Es el mismo que me echó, aunque ahora sus ojos tienen la mirada clínica de un médico buscando síntomas de ictericia—. Contésteme una cosa, entre usted y yo. Si quiere, me lo dice al oído.

—¿Qué?

—¿Qué le pasa?

—Busco a alguien.

—Pues ya le ha encontrado.

—No, a usted no, a un inquilino.

—Aquí no hay inquilinos.

—¿Entonces qué hay?

—Propietarios.

—Pues estoy buscando a una propietaria.

—Llame por el interfono.

—No están. O no contestan.

—Si supiera que está usted aquí abajo, yo tampoco contestaría.

Ya no se coge el cinturón con las dos manos. Lo que me convence de que me va a pegar es su tranquilidad. Sé por experiencia que justo antes de que te den un puñetazo en la cara siempre hay un momento en que te lo ves venir pero no te lo crees del todo. *Ahora me pega, piensas; y luego: No, no será capaz.* Y va y te pega.

—Tiene a mi hijo.

Los ojos del portero me miran, sobre unas mejillas picadas de viruela.

—¿Un divorcio?

—Más o menos.

—Pues llame a su abogado, como todo el mundo.

—No es cosa de abogados. No sé si me entiende.

Parece que sí. Uno de los puños baja otra vez hacia el costado y el otro busca las llaves en el bolsillo.

–Voy a decirle qué pone en el registro –dice, llevándome a un despachito donde guardan el árbol de Navidad–. Ahora, que si aparece otra vez por aquí, le tiro por donde las basuras.

Le pido que busque el expediente de Pam Turgenov.

–¿No ha dicho que se llamaba Angela?

–Miente.

–Como la mayoría.

Saca la carpeta sobre el estado de cuentas de Angela/Pam con la comunidad del edificio. La hipoteca y la escritura sólo están a nombre de Pam Turgenov, aunque últimamente ha habido una serie de impagos. Hace tres meses que no se pagan los gastos de mantenimiento de la Unidad 1808, y el banco ha congelado las cuentas.

–A ésta la buscábamos –dice el portero–. Aunque hace tiempo que no pasa, al menos que me haya enterado yo. Desde que entraron en el piso.

–¿Entraron a robar?

–Se llevaron bisutería y cosas personales, pero la tele la dejaron.

Cosas personales. Como la gorra de los Yankees de Petra. Para que pudiera aparecer en mi casa.

–Esta semana cambiaré la cerradura –dice el portero.

–Da lo mismo. No volverá.

–Aún tiene todos los trastos arriba.

–Hágame caso.

–Pero tiene a su hijo.

–Ya la encontraré.

Debo de haber estado convincente. El portero me hace un gesto marcial con la cabeza.

–Cuando hable con ella –señala acompañándome a la puerta–, dígame que me he quedado la tele.

Al salir del edificio voy por Bay Street hacia las torres de oficinas doradas y plateadas que hay al fondo de las vías del tren. Tardo bastante. Estoy enfrascado en la asimilación de algo que

no debería haberme sorprendido, pero que lo ha hecho: que, encima de no comunicar a las autoridades que era Evelyn quien conducía el coche accidentado en las rocas junto a Conrad White, probablemente Angela tuviera algo que ver con el accidente. Fue Angela quien les hizo seguir un rastro de indicios hacia el norte. Es más: seguro que también andaba cerca. Para cerciorarse de que saliera todo bien. Y sustituir el bolso de Evelyn por el suyo.

Así se explica que pudiera mantener el más completo anonimato: se las arregló para desaparecer y convertirse en otra persona. Cuando empezaron a acumularse las deudas y Pam Turgenov empezó a quedar en entredicho, se fue otra vez.

En el bufete donde Angela decía trabajar de secretaria hay más pruebas a favor de estas sospechas. Esta vez me hago pasar por otro, un novio abandonado (cosa que soy, supongo, entre otras cosas); así la recepcionista se compadece bastante como para averiguar que hubo una Pam Turgenov en plantilla, efectivamente, pero que no trabajaba de secretaria, sino en un empleo temporal.

—La verdad es que no llegué a conocerla —dice compungida, como si fuera la gran pena de su vida—. Siempre tenía un libro delante, como diciendo: «No me hables, que estoy muy concentrada».

—¿Se acuerda de qué leía?

Se mira las uñas buscando la respuesta.

—Pues ahora que lo pienso, no leía. Escribía.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Bastante. Meses, vaya. No creo que se quedara más de un par de semanas.

—Y ¿sabe adónde fue? ¿A algún otro bufete?

—Por eso se llama trabajo temporal. —La recepcionista se encoge de hombros—. Vienen y van.

Al darle las flores que traía («¿Está Pam? Es que le quería dar esto para su cumpleaños»), me lo paga con un «gracias» ruboroso.

–Si me la encuentro, ¿quién le digo que ha venido a verla?
–me pregunta cuando ya me estoy yendo hacia los ascensores.

–Pruebe con Conrad. O Len. O Ivan.

No deja de apuntar los nombres y levanta la vista con cara de extrañeza hasta que casi se han cerrado las puertas del ascensor.

Anochecer. Aquella luz rosada sobre la ciudad que es un efecto secundario (bonito, a veces) de la contaminación. El frío que llega a los pocos segundos de que se ponga el sol detrás de los tejados. Voy hacia el este, por nada en especial. Nada mejor, en todo caso, que evitar lo que ya sé que me estará esperando en casa: mensajes de la policía informándome de que aún no han descubierto nada. Puede que hasta el chaval del *National Star* haciendo acampada en mi jardín, con un ejemplar de *El Hombre del Saco* en la mochila erizado de post-its. Mejor vagar sin rumbo por las calles en penumbra.

Y eso que es el momento del día y el tipo de luz en que ves cosas, ilusiones crepusculares.

Como la furgoneta negra que pasa lentamente de largo. Una sombra al volante. La silueta de una cabeza y unas manos con guantes que corresponden a lo que perseguí por el maizal del Mustang.

Cuando la sigo (fijándome de nuevo en que el nombre del modelo está arrancado de las puertas traseras y en que la matrícula tiene una capa de barro seco), la furgoneta acelera y se va por la esquina traqueteando.

Cruzo sin mirar. Un coche familiar frena de golpe, chirriando. Me roza la cadera con la rejilla del radiador. El contacto me hace perder el equilibrio y chocar con una camioneta, pero mis pies no pierden el contacto con el suelo y enderezo el rumbo por la acera. Detrás de mí, bocinas y «¡eh, tú!». Todos los ruidos, sin embargo, se absorben al meterme por la misma calle que la furgoneta. A mi edad y en mi estado físico no puedes correr así más de cien metros sin que resuene en tus oídos tu respiración y los latidos de tu corazón, novato en estas lides.

La furgoneta ya no está. Sigo corriendo.

Y de repente le tengo delante.

La sombra se desliza por los muros. Vuelve a cambiar de sentido, adentrándose en la antigua destilería Gooderham & Worts: unas cuantas manzanas del Londres de Dickens apiñadas entre la autopista y varios bloques residenciales en obras; largos barracones victorianos de ladrillo, con chimeneas en la punta como signos de exclamación.

Me frena el pasado. Son los adoquines, que obligan a hacer eses de puntillas en cuanto empiezas a correr. A la luz del día, las puertas de ambos lados dan a galerías y cafés, pero ahora están cerradas. Estamos solos en las callecitas peatonales, yo y quien me ha traído aquí.

Se ha metido por una calle estrecha; pero despacio, como si esperase a que le diera alcance.

Como no hay luces entre dos de los edificios vacíos, lo único que veo de quien tengo delante es su cabeza, que sube y baja contra los ladrillos borrosos. De repente se para.

«Un poco más», dice el lenguaje corporal de su cabeza ladeada. «Casi has llegado.»

Pretendo lanzarme hacia él, pero no estoy para muchos lanzamientos. Al llegar a donde estaba, estoy a punto de tropezar con algo en el suelo. Pesado, pero que cede como un líquido. Un saco de arena.

Así le sobra tiempo. La furgoneta negra le espera en el aparcamiento. Luces de freno apagadas que pintan de rojo y rosa mis manos levantadas cuando la furgoneta arranca y se va.

Al dar media vuelta, estoy a punto de tropezar otra vez con el saco de arena. La diferencia es que ahora tengo tiempo de ver que no es un saco de arena en absoluto.

Un cadáver, más o menos. No, menos.

Apoyado en la pared como un borracho dormido. *Sin piernas*. Ni brazos, nariz u ojos. Un ser humano desmontado en partes disparejas distribuidas por los adoquines. Una antología humana.

Me alegro de que sea de noche. Aun así, veo bastante. Y lo que no veo, lo completa mi cerebro con lo que recuerda de la noche en el cobertizo con Petra.

Es hora de irse. Ya lo descubrirá alguien más por la mañana. Quedándose aquí, lo único que se gana es ser visto.

A pesar de todo, sigo un minuto más donde estoy. En parte porque el mundo se ha quedado sin gota de aire. Y en parte porque el hombre desperdigado a mis pies había sido amigo mío.

Éramos los últimos. Por eso ya sé que es Len antes de usar la punta del zapato para abrir la cartera que hay al lado de la mano del cadáver y forzar la vista para leer su nombre en el carné de conducir. Sin saber lo que sé, sería imposible relacionar la sonrisa forzada del carné de la cartera con el cadáver; ni rastro de su identidad; le han cortado todos los rasgos que diferencian a las personas. Probablemente siempre haya sido la moraleja de Angela: si le quitas a alguien su historia, sólo queda piel y sangre. El cuerpo no vale nada. Lo que cuenta es lo que hace. Las mentiras y verdades que explica.

Por la mañana salgo en las noticias. Han vuelto a usar la grabación de mis declaraciones del primer día de la desaparición de Sam. Desde entonces no he dejado de eludir las cámaras, porque no me beneficia en nada con el tema de las sospechas; por eso, y porque suplicar que me devuelvan sano y salvo a Sam no haría ninguna mella en quien sé que le tiene.

Vienen un par de investigadores para ponerme al día sobre la búsqueda, pero sus ojos ya no disimulan sus dudas. Por un prurito de exhaustividad, vuelven a preguntarme si se lo he contado todo; y aunque repita los mismos detalles, esperan a que siga. «Tranquilo», me aconsejan sus caras de haberlo visto todo. «Tú dinos lo que hiciste, que no te vamos a juzgar.»

Empiezo a hacer la maleta en cuanto cierran la puerta.

Antes de irme, llamo a Tim Earheart desde la cabina de la esquina. Me doy cuenta de que no tengo a nadie más en todo

el mundo de quien despedirme. Pero ni siquiera eso se me concede. Como no está en casa, no tengo más remedio que balbucir chorradas en su contestador. Sólo recuerdo haber intentado hacer un chiste («Si sólo tienes una tecla de marcado rápido es que no sales bastante a menudo»), y haberle pedido: «Cuida a Sam si... si al final necesita que le cuiden». Uno de esos mensajes con nudo en la garganta que te gustaría poder borrar en cuanto cuelgas el teléfono.

Después paso una última vez por casa, por si se me ha olvidado algo. Miro las hileras de libros infantiles que Sam ya es demasiado mayor para leer y pienso: «Aquí vivían un padre con su hijo». Pero la conjugación en pasado lo convierte en algo sin vida. Siempre que entras en una casa vacía, es una casa donde ha vivido alguien, lo cual no la hace estar menos vacía.

Capítulo 32

Whitley, Ontario, es uno de los pueblos que resisten al borde de los dos carriles que recorren la joroba del lago Superior. Actualmente se conoce (en la medida en que se conoce) como sitio donde echar gasolina o encontrar un motel que huelga a húmedo en el que esperar a que pase la nieve. A medio día en coche de las últimas casas de campo adonde se puede estar dispuesto a ir en coche, es una zona que la mayoría sólo sabe situar de una manera abstracta en los mapas o en la imaginación. Una puerta a una de las últimas Nadas del planeta.

Un viaje en coche que tortura a los cuatro cilindros del Toyota. Al norte del Soo, la Transcanadiense se vuelve amorfa y serpentea interminablemente por todos los pantanos, lomas y caletas, de resultas de lo cual los seiscientos kilómetros a Thunder Bay exigen giros de volante y pisotones de acelerador dignos de todo un atleta; pero lo inquietante no son las laboriosas subidas, sino las caídas libres de después, que hacen que el coche salga despedido cada cinco minutos hacia algún barranco, inerme, a sacudidas; y al final, cada giro (acompañado de un tirón al cambio de marchas y de un «mierda, mierda» entre dientes) es un giro in extremis.

Aunque ese problema no lo tiene el coche de detrás...

En la última luz de la tarde, las escasas rectas me permiten vislumbrar un turismo negro a lo lejos. Podría ser el Continental que vi cuando fui a St. Catherines a ver a Sam. Cada vez que freno un poco para observarlo mejor, él también baja la

velocidad o se para directamente en el arcén. Sólo lo veo si estoy en movimiento. Más tarde, cuando el bosque oscuro se inclina hacia la carretera para obstruir cualquier atisbo de luna, el coche sigue ahí. Guiños de faros.

Fue en esta carretera, saliendo de una de estas curvas, donde perdieron la vida Evelyn y Conrad White. Y lo que les obligó a girar demasiado deprisa probablemente fuera un coche que les seguía como me sigue éste a mí. Incluso pudo haber sido el mismo Continental. Y el mismo conductor.

En todo caso, de momento no parece que quien va al volante quiera verme muerto. Lo que quiere es asegurarse de que sigo la dirección correcta. Aquí sólo hay dos opciones: adelante o atrás. Y una de ellas ni siquiera se contempla.

Llego a Whitley poco después de medianoche. El pueblo queda detrás de una arboleda, escondido de la carretera como si le diera vergüenza. Una bolera. Dos puntos de venta de coches «¡seminuevos!». Una taberna con rectángulos de contrachapado donde alguna vez estuvieron las ventanas. No parece que haya nada abierto. Hasta han apagado las farolas. A menos que nunca hayan estado encendidas...

Lo que funciona sin problemas es la tele de la recepción del Sportsman Motel. Es lo que me decide a elegirlo sobre la competencia: el triste resplandor que indica la posibilidad de que en Whitley haya alguien despierto aparte de mí. (Me pregunto cuándo fue la última vez que el encargado tuvo que girar el «NO» delante del letrero de «HAY HABITACIONES LIBRES» donde sale un cazador con una escopeta en una mano y un ganso muerto en la otra.)

El recepcionista está mirando *Canadian MegaStar!* Sacude la cabeza al oír destrozar una canción de Barry Manilow en boca de una chica de Saskatoon.

—Parece mentira —dice al darme las llaves de la habitación, sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Qué se deben de pensar?
—Quieren ser famosos.

—Uy, pues ésta seguro que se hace famosa; famosa por tener el culo gordo y una voz de gallina asfixiada.

Sacude la cabeza, resopla, se cruza de brazos y hace chirriar la silla, pero no cambia de canal.

La habitación huele a ron y a condones usados. Vierto en la alfombra el champú de uno de los frasquitos del lavabo, para refrescar un poco el ambiente. Mientras enjabono el suelo con los zapatos, creo ver deslizarse el Continental frente a la ventana.

Cuando abro la puerta, ya está dando media vuelta. El frío de la calle es como un puñetazo en el pecho que me inmoviliza, con un halo gris de aliento sobre la cabeza. De todos modos, no tendría mucho sentido correr detrás del coche, que ya se está yendo hacia la carretera.

No sé si es él quien lo conduce, pero sé que está aquí. La presencia del Hombre del Saco va acompañada de un sabor que escupo en el suelo del Sportsman. Está aquí. Es decir, que también está aquí Angela.

Aparte de los restos de la hornada de donuts de ayer en el Hugga Mugga, el único desayuno de Whitley hay que buscarlo en el restaurante chino Lucky Seven. Los huevos saben a rollito y las tostadas a *won ton*, pero tengo bastante hambre para comérmelos. Al levantar la mirada del plato, me encuentro a Sam sentado delante. Con cara de preocupación. No por él, sino por mí.

No eres un fantasma. Sólo es porque te echo de menos. Estás vivo.

—¿Más café?

Levanto la vista hacia la camarera. La siguiente vez que miro, la silla de Sam está vacía.

Al salir a la acera, me quedo mirando la calle principal de Whitley y me imagino al padre de Angela buscándola de punta a punta. Como yo. Raymond Mull es mi único vínculo con el

rastros que dejó Angela. Tengo que encontrar la granja donde fue a visitarla, y para eso deberé encontrar a Edra, la madre adoptiva. Si en el diario se apellidaba Stark, seguro que en la vida real tenía otro nombre.

Decido empezar por la sede del *Whitley Register*. Aunque el letrero de la puerta diga que abren a las nueve, son las diez menos y cuarto y aún está cerrado, así que no tengo más remedio que sentarme en los escalones de la entrada lamentando no haber comprado cigarrillos en el Lucky Seven. Pasan camionetas, con caras que me miran sin disimular. Finjo no darme cuenta. Me subo el cuello del abrigo para protegerme de una brisa glacial.

Aquí arriba, el otoño lleva un mes de adelanto, y los árboles ya han perdido sus colores. Los desagües están llenos de basura de la vuelta al cole: hojas naranjas y latas de Red Bull. Porquería que no tardará en cubrir la nieve, hasta que reaparezca en primavera, fermentada y blanda. Como reapareció el cadáver de Jacob Stark después de correr sin botas por el bosque.

Se acerca una mujer con cazadora de cuadros, y me pregunto si viene para echarme. La curva descendente de su boca y lo fornido de sus hombros parecen indicar que es una experta en esos menesteres, pero no: se me pone delante con las manos en las caderas y me pregunta qué deseo. Se lo digo sin rodeos.

—Estoy investigando. Si pudiera ayudarme, se lo agradecería.

—¿Investigando? ¿Qué? ¿La historia de los Whitley Whippers?

—¿Cómo?

—Está hablando con la directora de Deportes, no con la documentalista. Si tuviéramos una, claro.

—¿Y no puedo hablar con nadie de noticias?

—Eso también lo llevo yo. Como espectáculos, economía, consejos de jardinería... Y, si tengo tiempo, me ocupo de los clasificados.

Me tiende una mano cubierta con un guante, que al principio estrecho y luego uso para levantarme.

—Patrick Rush —digo.

—Jane Tanner. Directora en funciones desde que se murió el director oficial.

—Lo siento.

—No lo sienta, que hace tres años y además era un hijo de puta.

Jane Tanner abre la puerta y me deja pasar. Me sirve café de un cazo que ha pasado toda la noche recalentándose en los fogones.

—¿Y qué, qué viene a investigar en Whitley? Se me ocurren minas o asesinatos.

—¿Por qué lo dice?

—Porque aquí es lo único que tenemos: gente mala y agujeros en el suelo.

—Pues la verdad es que ha acertado. Estoy investigando los asesinatos de Raymond Mull, hace unos años.

Jane Tanner baja la taza.

—Dieciocho años.

—Quería saber si puedo consultar los periódicos de aquella época. Los números atrasados aún no están disponibles en internet.

—Aún. Me ha gustado: «Aún».

Me espero alguna pregunta (un desconocido que llega preguntando por lo peor que le ha pasado nunca a un pueblo de mala muerte), pero Jane Tanner se limita a acompañarme al sótano con paredes de tierra donde las pilas de *Registers* mohosos amenazan con enterrar a quien se acerque demasiado.

—Que se divierta —dice antes de subir por la escalera.

Dieciocho años. Empiezo por los periódicos que hay al lado de las herramientas de jardín y me voy acercando a los de las máquinas rotas de escribir. Como los números de otoño de 1989 están cerca de la caldera, hay que tener cuidado para no quemarse al sacarlos. Cuando ya no puedo coger más, quito las cacas de rata de una caja de leche vacía, me siento y empiezo a leer.

Estuvo aquí, sí. Durante la orgía de secuestros infantiles de Raymond Mull, el *Whitley Register* era como una necrológica

constante, llena de parientes desolados y noticias de investigaciones infructuosas por parte de la policía junto a editoriales escandalizados que reclamaban la restitución de la pena de muerte. Pero lo que hace inconcebibles los actos de Mull son las fotos escolares donde sonríen las víctimas. Primero Laney Pelle. Después Tess Warner. Y, por último, Ursula Lyle, la niña a la que no llegaron a encontrar por lo bien que la enterró Angela en el bosque de la granja de los Stark, si no miente su diario.

Después de pillarle en un motel de carretera, treinta kilómetros al norte, y descubrir (como en el caso de William) picos, sierras y guantes, Raymond Mull no tenía nada que decir. En la única foto del *Register* aparece un hombre con ropa como de mecánico, pantalones grises y chaqueta de cremallera a juego; un hombre de ojos inertes, pero con una sonrisa dubitativa, como si le sorprendiera comprobar que era el único que le veía la gracia a todo el tema.

Retrocedo hasta las semanas anteriores a la detención de Mull, buscando noticias sobre la misteriosa muerte de Jacob Stark y la aparición de su hija adoptiva en el granero, traumatizada y casi muerta de frío, pero, cuando encuentro mencionado el incidente, se aparta bastante de la versión del diario de Angela. Empezando por el nombre. Jacob Stark en realidad se llamaba David Percy. Y, si bien es cierto que encontraron su cadáver en las extrañas circunstancias descritas por Angela (enterrado por la primera nevada de la temporada, con el cuerpo lleno de cortes y arañazos de haber corrido como loco entre los árboles), no hay ninguna Angela, ninguna hija, ninguna niña empeñada en no contarle a nadie su secreto. Y algo más: David Percy era oficialmente ciego.

Otra de las piezas que faltan en el *Register* es la situación exacta de la granja de los Percy. De hecho, no la describen como granja, sino sólo como «el domicilio de los Percy, en las afueras de Whitley». Tampoco sirve de nada mirar en el listín. A estas alturas, casi seguro que Marion (que no Edra) Percy estará muerta. No hay manera de saber quién vive actualmente en la finca, si es que vive alguien.

Dejo el último *Register* sobre el montón, pensando: «Quizá se haya acabado». Quizá termine todo aquí, en un sótano lleno de telarañas, con un hombre secándose las lágrimas por sus fallidas intuiciones y sus tontos errores.

Sam no está aquí. Nunca ha estado. Y con el tiempo que he perdido, Angela podría estar en cualquier sitio. Con él.

Es posible que este momento estuviera pensado desde el principio como la gracia del chiste de Angela: hacerme pensar que Whitley me daría todas las respuestas, y acabar descubriendo que ella nunca ha vivido aquí, que nunca ha enterrado a ninguna niña de su edad y que nunca le ha hecho señas ningún Hombre del Saco por la ventana. Era una simple historia.

—Perdone que se lo diga —me interrumpe Jane Tanner, apareciendo al pie de la escalera—, pero tengo la impresión de que ha encontrado lo que buscaba.

—Pues la verdad es que no.

—Por mal que me sepa, puedo decir que he vivido aquí toda la vida. Tal vez pueda ayudarle.

—David Percy.

—Creía que al que investigaba era a Mull.

—Pensaba que podían estar relacionados.

—Pues no sería el único. Entonces le echaban la culpa a Raymond Mull hasta del último gato y las últimas llaves de coche que se perdían.

—¿Tenía hijos? Me refiero a Percy.

—Había una niña.

—¿De los Percy?

—Adoptada. Nadie la conocía demasiado, porque vivía fuera del pueblo y no estuvo aquí mucho tiempo.

—¿Por qué no sale en el periódico?

—Para protegerla.

—¿De qué?

—De lo que había venido a buscarla.

—O sea, que pensaban que era Mull el que hizo meterse al viejo en el bosque.

–¿Quién podía ser? Todo el mundo lo daba por supuesto.
–Y que buscaba a la hija de Percy.
–Tenía la edad exacta. Y se notaba que había pasado algún trauma.

–Al esconderse de él. En el granero.

Jane Tanner se coloca justo debajo de una de las bombillas del techo del sótano.

–¿Cómo lo sabe?

–Nada, una historia que oí.

–Dirá una historia que escribí.

–¿Ha leído mi libro?

–Claro. Periodista que triunfa como novelista. Qué suerte, el jodido... Era uno de los nuestros.

Me pregunta si he venido a averiguar la verdad que hay tras el rompecabezas del caso Percy, el que usé para *El Hombre del Saco*, y yo me esmero en fomentar el malentendido. Le digo que trabajo en un artículo para una revista. Una indagación sobre el origen de la ficción.

–¿Puedo ayudarle en algo más? –me ofrece, pero sin mucha convicción, a la vez que su cuerpo me hace señas de que sea el primero en subir por la escalera.

–Lo dudo. No parece que pueda ir mucho más lejos.

–Es lo que tiene el pasado: la mayoría de las veces no quiere que se sepa.

Justo cuando me voy a adelantar, Jane Tanner me sorprende tocándome un brazo.

–Siento lo de su hijo –dice.

–Gracias.

–No está en Whitley por él, ¿verdad?

–Ya le he dicho a qué he venido.

–Sí, es verdad.

Se queda en el sótano, mientras yo subo la escalera.

–Supongo que con ella ya ha hablado... –me dice en voz alta.

Me giro. ¿Esta mujer conoce a Angela?

–¿Está aquí?

—Que yo sepa, aún no se ha muerto. Siguiendo un poco por la carretera. Una residencia que se llama Spruce Lodge.

—No entiendo.

—Marion Percy. Quizá pueda decirle si la historia que oyó es verdad o mentira.

Como en tantas residencias, los huéspedes de Spruce Lodge dan la impresión de residir y poco más. Entro sin que nadie me pregunte nada. En los pasillos sólo hay un par de sillas de ruedas con ocupantes de cabeza caída, como si fueran a algún sitio, pero se les hubiera olvidado adónde.

La sala de estar aún es más descorazonadora: tubos fluorescentes encendidos sobre una docena de personas que hacen puzles o vegetan con temblores de barbilla. En las paredes nada más que un papel informativo pegado con celo sobre cómo hacer la maniobra Heimlich. El único que se fija en mi llegada es un hombre que está al lado del dispensador de agua con la mano dentro de los pantalones. Al verme la abre para sacarla y saludarme.

—¿Tiene a alguien en la residencia? —pregunta una enfermera cuando llevo cinco minutos o más en la puerta.

—Marion Percy.

—¿Pariente?

—No.

—Pues entonces seguro que le manda la iglesia.

—¿Está la señora Percy?

La enfermera se estaba poniendo simpática (se la ve tan sola como todo el mundo en Spruce Lodge), pero, al darse cuenta de que no estoy de humor, señala a una mujer sentada a solas junto a la única ventana de la sala.

—Allí tiene a lady Marion.

A saber qué edad tendrá. Marion Percy ha alcanzado el estado posoctogenario de la vida en que ninguna expresión numérica hace justicia al asombroso hecho de que siga aquí como ser que parpadea y coge kleenex con la mano; una excepción

viva que en este momento contempla el bosque enmarañado que rodea la parte trasera de Spruce Lodge.

—¿La señora Percy?

Al principio no estoy seguro de que me haya oído, hasta que mueve la cabeza: un tic que tarda un poco en convertirse en algo más intencionado.

—Usted es nuevo —dice.

—Soy un visitante.

—¿No es médico?

—No.

—Lástima. No les iría mal un nuevo médico.

Es posible que sonría. En todo caso, se le ven los dientes.

—Conozco a su hija —digo, atento al efecto del dato, pero su cara no sufre ningún cambio. Una rigidez de cera, que en sí ya podría ser una reacción.

—¿Ah, sí? —musita finalmente.

—Éramos amigos.

—Pero ya no lo son.

—Hace tiempo que no nos vemos.

—Pues no está aquí, si lo dice por eso.

—¿Pero estaba?

La sonrisa (suponiendo que lo fuera) ha desaparecido.

—¿Es policía?

—No, sólo un amigo.

—Ya lo ha dicho.

—No quiero ser entrometido.

—No lo ha sido, pero diría que está a punto de serlo.

—Vengo a preguntarle qué le pasó a su marido.

Me mira como si no me hubiera oído. No tengo más remedio que levantar la voz.

—Su accidente.

—¿Accidente? —Me toca la mano—. ¿Usted correría seis kilómetros bajo la nieve medio desnudo por accidente?

Su mano vuelve al regazo. Me interpongo entre la anciana y el cristal. Ella sigue mirando de la misma manera, como si no hubiera nadie; escrutando el pequeño recuadro de mundo que

hay al otro lado de la ventana y que ha memorizado con tal grado de detalle que no le hace falta mirarlo para verlo.

—¿Usted cree que alguien le hizo meterse en el bosque?
¿Señora Percy? Por favor.

—Soy vieja. ¿Por qué me lo pregunta?

—Conozco a su hija, señora. Es que me interesaba...

—Pero no es por ella, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces?

—Por mi hijo.

—¿Su hijo?

—Ha desaparecido.

Tal vez sea el ruido que hace mi nariz al intentar reprimir la manifestación de mis emociones (un ataque de rojez y humedad que sufro en cuestión de segundos). La cuestión es que se yergue con los nudillos blancos y duros como el cuarzo.

—Le está buscando a él.

—Sí.

Asiente. Mete el labio inferior en la boca.

—¿Qué me estaba preguntando?

—Sobre su marido. ¿Se ha planteado la posibilidad de que le persiguieran por el bosque?

—No la habría dejado sola porque sí. A menos que pensase que intentaba salvarla.

—A Angela.

—Su amiga —dice con los ojos turbios—. Nuestra hija.

La señora Percy me explica que durante los días previos a su muerte (y antes de que a ella la ingresaran para extirparle la vesícula biliar), David Percy reconoció oír voces. Estaba convencido de que alguien entraba en la casa y le torturaba, haciéndole pequeños cortes y moviendo los muebles para que tropezase. Sentía una presencia fuera, pero mirando hacia dentro. A la espera. Temía que fuesen los primeros síntomas de la locura. Cuando Marion llegó a casa, su marido ya no estaba. Y Angela ya no hablaba.

—¿Cree que pudo ser ella?

—¿Cómo dice?

—Lo que hizo meterse a su marido por el bosque. ¿Pudo ser su hija?

La anciana arruga la nariz.

—Era una niña.

—Ya, pero ¿qué otra persona podía...?

—Nuestra niña.

Por muy vieja que sea Marion Percy, es obvio que le sobran facultades para mantenerse firme. En este caso, es la cuestión del papel de su hija adoptiva en los hechos de la noche que le cambió la vida. Ella tiene sus ideas sobre lo ocurrido. Lo cual no significa que esté dispuesta a compartirlas.

—¿Viene alguna vez a verla?

Me mira tras los cristales sucios de sus bifocales.

—Pero ¿usted quién es?

—Me llamo Patrick Rush.

—¿Y dice que conoce a nuestra niña?

—Sí, señora.

Asiente. Preparo una pregunta sobre el paradero de Angela, lo que ha pasado durante estos años y su estado de salud, pero la señora Percy se limita a mirar por la ventana.

—¿Qué ha sido de su granja? —pregunto—. Desde que se jubiló.

—Se echó a perder. Tampoco es que llegáramos a sacarle mucho provecho. Sólo servía para plantar piedras y árboles. Barro para patatas, que la llamaba David.

—¿De quién es?

—De ella.

—¿De Angela?

—Es lo que tienen los hijos: sin ellos, no hay nadie que pueda decir que has existido.

Capítulo 33

Salgo directamente de Spruce Lodge para la granja de los Percy, cuando la luz de la tarde ya da muestras de rendirse. Aunque Marion Percy haya dicho que sólo está «a unos kilómetros de la ciudad, veinte o veintipico», hay momentos en que me pregunto si me ha despistado adrede. En sus indicaciones no hay nombres ni números de calle, sólo referencias («al llegar a la iglesia de piedra, a la derecha») y distancias subjetivas («un poco lejos», «recto un buen rato»). Al cabo de una hora arrugo la hoja en que he anotado sus explicaciones y la tiro al asiento de atrás.

No me queda más remedio que seguir mi intuición. Al final, me encuentro en un camino privado con ramas que intentan entrar por ambos lados. «No verá ninguna granja, ni casa, ni nada que pueda hacerle pensar que haya vivido alguien»: así ha descrito Marion Percy la entrada de su casa. Pues esto se ajusta a la descripción como un guante.

Acaba de empezar la larga fase de los días de otoño en el norte en el que persiste una cuasi oscuridad. Casi, casi... y oscurece de repente. Enciendo los faros, pero no cambian mucho: chispazos naranjas en las ramas retorcidas de los árboles, antes de que arañen el retrovisor del Toyota. El camino se alarga, sin señales de presencia humana. Ni valla, ni verja, ni herramientas oxidadas entre las malas hierbas del bosque. Me he equivocado; no es un camino, ni lleva a ningún sitio. Pero es demasiado estrecho para girar y está demasiado embarrado para dar marcha atrás hasta el principio. Mi única esperanza es acabar saliendo a alguna carretera.

Enciendo la radio. Sale enseguida la previsión del tiempo: se acerca la primera tormenta de la temporada. Esta noche, aviso de nevadas en todo el país con acumulaciones de hasta cuarenta centímetros. Mínimas nocturnas de menos veinte. Se prevén cortes de carreteras. Se aconseja quedarse en casa, salvo que sea estrictamente necesario.

En mi caso, demasiado tarde.

El frío se filtra por el borde de las ventanillas trayendo nuevas imaginaciones sobre el paradero de Sam. ¿Dentro o fuera? ¿Atado, encapuchado? ¿Le han dado de comer? ¿Ve alguna luz? ¿Tiene frío?

¿Aún está vivo?

No. Eso ya no lo consiento.

Debo concentrarme en los actos. Seguir adelante: es lo único que puede llevarme hasta Sam; o en mi caso, retroceder, porque ya estoy levantando el pie del acelerador, poniendo marcha atrás y girándome en el asiento para ver cómo me escuro de donde he venido...

Un hueco delante. Justo cuando giro la cabeza para retroceder muy despacio.

Cambio de marcha y me lanzo hacia las últimas ramas que caen sobre el camino. Se oye un impacto, y una de ellas choca con el parabrisas, cubriendo el cristal con una trama de fisuras. No levanto el pie. El coche derrapa de lado hacia el barro. Los neumáticos se hunden un palmo en el suelo.

Pero ya no importa. Porque ya he llegado.

Una casa cuadrada de ladrillo rojo y hiedras desnudas que se le pegan como lapas. Al lado, un establo inclinado. Más allá de estas dos construcciones, un espacio abierto que antes era un campo cultivado, pero que ahora podría llamarse prado, o como se denominen las tierras a medio camino de su regreso al caos.

Bajo del coche y miro la granja como si fuera un escenario de mi propia memoria. No es exactamente como me la imaginaba al oír leer a Angela, lo cual no impide que la reconozca de inmediato. La veleta de hierro forjado encima del

tejado de la casa, el columpio con correas en el patio y la valla de troncos parcial, que no logra impedir que los hierbajos vuelvan a lo que había sido un huerto.

Voy hacia la casa. Caída lenta y recta, como de ceniza, de los primeros copos. Tiendo los brazos, y ya hay una fina capa blanca en mi abrigo y mis zapatos. Convirtiéndome en fantasma.

Una pulsación eléctrica sube desde el suelo por mis piernas. ¿Existe lo contrario a suelo sagrado? Supongo que algunos campos y granjas de Polonia y Francia contendrán este tipo de energía, la memoria del horror almacenada en la tierra. Ya sé que sólo son aprensiones mías (sea cual sea el desenlace, será aquí y ahora), pero al levantar los pies por los escalones de entrada de la casa, se me echa encima la historia de este sitio para poseerme.

Levanto la vista. Con la lengua fuera, comiendo nieve como un niño. Pero es para ver si hay alguien en la ventana de arriba a la derecha. La ventana donde estuvo Angela de niña mirando a su padre.

Hay un resquicio en la puerta. Algo me impide tocar el pomo con la piel. La empujo con los hombros lo suficiente como para poder pasar. El aire fresco hace correr hojas secas y cacas de alimañas por el suelo. Ni aun así es suficiente para contener el olor rancio del interior. Cañerías atascadas. Y algo más dulce, animal.

«Un olor que habrían reconocido los soldados y los cirujanos.»

—¿Sam?

Mi voz hace enmudecer a la casa. Al entrar estaba en silencio, pero ahora se ha interrumpido alguna actividad que pasaba desapercibida. En el yeso y el suelo de tablones, la tensión sostenida de no respirar.

Intento dejar la puerta abierta, pero la inclinación del marco se obstina en cerrarla casi del todo. Aunque fuera todavía no

sea de noche y las cortinas que quedan sean lazos flácidos sobre el cristal, el interior tiene bolsas de sombra en los rincones, detrás de cada puerta y por todo el pasillo. Cuesta imaginárselo como una casa donde haya circulado libremente alguna vez la luz del sol. Aquí han pasado cosas malas, porque estaba escrito.

La planta baja se distribuye en torno a un estrecho pasillo central, con la cocina al fondo. A un par de metros de la entrada se abre a la derecha la sala de estar, y a la izquierda el comedor, ambos un poco demasiado pequeños para sus funciones, incluso ahora que no hay nadie y falta casi todo el mobiliario. En la sala de estar, señales de ocupación: tres sillas de madera y una botella de whisky rota en medio. Tizne en la chimenea y en los ladrillos de alrededor. Troncos chamuscados demasiado grandes que aún se apoyan entre sí sobre la reja. Me agacho a tocarlos. Fríos como la nieve que se acumula en el umbral.

Cuando vuelvo al pasillo, la casa todavía está más oscura que antes, y debo recorrerla medio a ciegas, deslizando las manos por las paredes. Más o menos así debió de seguir este camino David Percy la última noche de su vida. Viejo y sin vista. Atormentado por lo que creía que era algún intruso diabólico.

Al girarme, veo abierta la puerta principal. Se cierra otra vez cuando la ráfaga de viento que sopla desde fuera pierde fuerza. *Sólo el viento*. También David Percy debió de pensar cosas así, explicaciones que no acababan de cuadrar en su cabeza.

Al subir al piso de arriba, el olor se intensifica. Más caliente y húmedo. Convirtiendo cada escalón en una lucha contra las arcadas.

Aquí ha pasado algo.

Y no sólo hace dieciocho años.

Aquí ha pasado algo, hoy.

En el rellano veo que tengo razón.

Sangre. Una hilera de círculos grandes como monedas que llevan a la habitación de la fachada. La de Angela.

Y un libro.

Boca abajo en el rellano, con el lomo roto, como para marcar la página. Sé el título antes de acercarme bastante para leer las letras de la portada. Sé lo que significa antes de acercarme a los ojos el papel quebradizo y ver que es un libro de bolsillo de mi propia biblioteca elegido por Sam para el montón de la mesita de noche. *Robinson Crusoe*. El libro de segunda mano que se llevó al autocine Mustang la noche de su desaparición.

—¿Sam? —insisto poniendo toda mi voluntad en que su voz me responda, pero sólo se oye crujir el suelo al constatar el libro caído de mis manos y mis pasos arrastrados hacia la puerta entreabierta de la habitación de la fachada.

Mi bota la abre del todo. Así puede salir el olor.

Una cama individual con conejos de Beatrix Potter pintados en el cabecero. Un pupitre de madera. Pegatinas de animales (una mofeta burlona y una jirafa risueña) sobre el espejo partido del tocador. Y en todas partes, sangre. Líneas finas sombreando la habitación, como churretes de un bote de ketchup. Más que indicios de una carnicería, lo son de una pelea. Algo interrumpido a medias. O dejado a medias para acabarlo en otra parte.

Entonces me fijo en las cadenas que hay sobre el colchón. Una en cada poste, con aros de metal en la punta. Grilletes.

En los próximos momentos, no sé muy bien qué hago. Tal vez ni siquiera sean momentos. Sólo sé que sigo las líneas de sangre con el dedo y que lo meto por un eslabón oxidado. Todo en silencio. Todo desmoronándose.

Es cuando lo oigo.

Lejos, tenue pero inconfundible. De algún lugar en el bosque, más allá de los campos.

Una voz que me llama.

Durante la última hora la nieve ha ganado densidad. El viento me la echa en los ojos. El crepúsculo es un paraguas negro abierto contra el cielo. Parece que mis piernas sepan adónde ir:

saliendo del patio de la granja, por los surcos helados del campo abandonado.

Durante el camino al bosque, Sam no vuelve a llamarme. Pero eso no impide que le oiga.

¡Papi!

Papi, no papá. Como me llamaba de pequeño, antes de cambiar la «i» final por una «a» más de mayor, hace un par de años. El retroceso sólo se produce cuando se ha hecho daño. O cuando tiene miedo.

Los árboles se estrechan. Anochece al mismo tiempo que las ramas desnudas niegan la poca luz que pueda dar la luna. El suelo, relativamente plano, me deja ir más deprisa que en los surcos, pero también hay más obstáculos. Ramas enredadas. Tocones que se me clavan en las espinillas brotando de la nieve que sigue acumulándose. Piedras enterradas.

El paso de una mano por mis ojos la deja mojada. Un corte.

Tenía razón el hombre del tiempo. No sólo en la ventisca, sino en el frío. La temperatura ha bajado al nivel necesario para tapan los agujeros de la nariz. Tensa la piel en las mejillas hasta que parece que pueda atravesarla el hueso.

Me paro e intento decirme que es para orientarme, no porque el frío y el pánico hayan congelado todo el oxígeno del aire. ¿Dónde está el norte? Es adonde habrá ido Sam, si está aquí. Sam es el único que sabría salir. Sabría leer las estrellas. Los breves momentos en que no nieva tanto me permiten reconocer algunas de las constelaciones más brillantes, pero nunca escuchaba cuando Sam trataba de explicarme cómo pueden marcar el camino. La idea de no volver a tener la oportunidad de que mi hijo me lo enseñe hace que me doble y vomite, manchando un montón de nieve como nata.

El grito de «¡Sam!» se pierde en la ventisca. Dos o tres centímetros más de nieve en el suelo cada vez que cuento mentalmente hasta veinte. En los cauces de los arroyos ya me cubre las rodillas.

Ahora no es la nieve contra lo que lucho, sino contra mi deseo de apoyarme en el primer pino y dormir. Una cabezadita. Ya sé que sería una siesta de las que no se acaban, pero es

como se fue del mundo David Percy. ¿Puede decirse que tenga más razones de vivir que él? Dos insensatos que creyeron que las buenas intenciones bastarían para llevarles a buen puerto.

Justo cuando me agacho para acurrucarme en un sitio acogedor, lo veo. Una forma humana apoyada en un árbol, delante, en un claro.

—Sam.

Esta vez un susurro. Más fuerte que todos mis gritos.

Al acercarme, sin embargo, veo que el bulto es demasiado grande para ser Sam. Y que, al margen de quien sea, lleva bastante tiempo congelado. Aunque no murió de congelación. Un charco de sangre helada en su regazo. Manos tiasas tapando las heridas. Atado al tronco con alambres que se le han clavado profundamente a causa de sus últimos esfuerzos por soltarse.

La barbilla apoyada en el pecho. Levanto su cabeza, haciendo mirar hacia arriba sus ojos inertes, todavía abiertos.

Se hace raro ver algo que no sea chulería irónica en la cara de Ramsay. Ahora no la hay ni por asomo. Una máscara de miedo, como cera aplicada a la seguridad que mantuvo a lo largo de todos sus años anteriores de vida.

Lo que le hicieron en la habitación de Angela, tardarían lo suyo en hacérselo. Luego se lo llevaron hasta aquí. Sabiendo lo que le esperaba, pero aferrándose a la posibilidad de huir. ¿No es lo que hacían los detectives de sus novelas policíacas? ¿Esperar una ocasión en el último minuto, justo cuando peor pintaba todo?

Me vuelvo a levantar. Ramsay ya está medio enterrado. Media hora más y pasaría desapercibido.

Sigo caminando; no por nada, pero sigo. Sam no está aquí, si es que ha estado alguna vez. Es más probable que lo que he oído saliera de mi cabeza, o del propio Ramsay, incitado a dar la nota correcta con la ayuda del alambre en su cuello. Da lo mismo. La cuestión es la de siempre: establecer principios, medios y finales. A las historias les gusta la simetría, y mi sino es interpretar los momentos finales de David Percy. Sólo sigo para ver dónde me encontrarán cuando me encuentren.

Tal vez sea aquí, en plenos campos de los Percy. Un círculo no intencionado hasta mi punto de partida.

Aparece una luz en la nieve. La bombilla colgada en el porche.

Hay alguien en la casa.

Caigo de rodillas. Al fondo del campo, una larga sombra se toma con calma venir hacia mí. Una oscuridad a punto de devorarme entero. Detrás, saliendo de la casa, lo que podría ser una figura más pequeña que mira.

Por alguna razón, parece que siempre hayan estado aquí. No sólo hoy, sino siempre. Tienen todo el tiempo del mundo.

Capítulo 34

¿Las sombras hacen sombra?

Luz de chimenea en las grietas del techo. Gradaciones de oscuridad empujándose las unas a las otras. Pintura desconchada que adquiere una siniestra animación. Dedos crispados que bajan hacia mí.

Conexiones al azar, minialucinaciones. Me doy cuenta de que no son nada más. Pensamientos de cama de hospital.

Lo que pasa es que no estoy en ningún hospital.

No, no lo preguntes. Dejémoslo. Veamos hacer sombra a las sombras. Que no lo preguntes.

¿Dónde estoy?

Demasiado tarde. Cuando te sale una pregunta así, ya no se puede negar. Es la primera información en la que insistimos al despertarnos.

Señal de que estoy despierto.

Señal de que estoy aquí.

Fuera y, luego, dentro otra vez.

De todos modos hay una laguna que sólo se explica por un desmayo. Durante mi inconsciencia han atizado el tímido fuego de la chimenea. La nevada, reducida a las plumas que flotan en el aire tras una guerra de cojines. Y aunque antes ya hiciera un frío inconcebible, donde no alcanza el fuego (donde se apoya mi mano izquierda, azul, en contraposición a la derecha, rosada) hay algunos grados menos.

Por un momento, o algo más, sopeso la posibilidad de que sea otra granja abandonada y otra sala de estar vacía con ventanas a una noche oscura y asfixiante como el túnel de una mina. Pero hay una botella rota de whisky a mis pies. Y la silla en la que estoy sentado produce la misma sensación que la que vi al mirar la sala de estar de los Percy. Quebradiza, pero firme, con las patas bien plantadas.

Y yo bien plantado encima de ella.

Cadenas en torno a mis muñecas sujetando ambos brazos contra los de la silla. Y los tobillos juntos. Un yugo amorata mi cuello. No veo qué fija la silla al suelo, pero, teniendo en cuenta que no la mueve ningún cambio de postura, deben de ser tornillos.

Estoy vestido, pero sin abrigo. En los pies, sólo calcetines. Supongo que lo han hecho para atarme bien el pecho y las piernas, pero el efecto secundario es acentuar mi vulnerabilidad al frío. No duraré mucho sin el fuego. Incluso con él, noto que se me escarcha de sudor el labio superior y que me pican los ojos por la dureza del aire.

Ya no tengo fuerzas. La verdad es que nunca he tenido muchas. Por no hablar de los puntitos negros de la inconsciencia, que pululan en los límites de mi visión esperando la oportunidad de enterrarme.

Pero tengo que intentarlo. Es lo único que puedo hacer.

Llego a la conclusión de que la mejor manera de poner a prueba las cadenas es mover un solo brazo o pierna cada vez, por si cediesen un poco en algún punto. La concentración necesaria (ahora gira esta muñeca, ahora levanta este pie, ahora el otro) demuestra que mi cerebro se ha debilitado tanto como el resto de mi persona. Consigo unos centímetros de margen en algunos puntos, pero nada indica que se pueda llegar a sacar alguna parte del cuerpo. Si es posible salir de esta silla, no será suavemente.

Lo intento a lo bestia.

Un espasmo enloquecido. Echarme hacia delante y hacia atrás, intentando que se caiga la silla. Patadas y puñetazos que no sirven de nada.

Ya he terminado, y sigo donde estaba. Con la diferencia de que he abierto la puerta a los puntos negros. Un sueño con náuseas que se me echa encima como la niebla.

No se me abren los ojos. O bien estoy ciego. Pero en algún sitio de la casa hay movimiento. Sensación de vibraciones, más que ruidos en sí. Oír como los sordos.

Una pisada contundente en el pasillo del piso de arriba. Y algo más ligero, metálico. Ruido de cacharos y cubiertos en la cocina.

Una vez más, intento levantarme. No puedo. Y esta vez me duele.

—¿Quién es? —grito, o intento gritar, pero es una simple vibración en el aire, una página de periódico al girar.

Aun así, los ruidos se interrumpen un momento. ¿Me han oído? Otra acumulación de puntos negros.

¿Dónde está mi hijo?

Esto sí que consigue salir. Un grito entrecortado que llega hasta los huesos de la casa.

El eco tarda un minuto en apagarse. Nada, sólo los nudillos del viento en el cristal.

Luego empieza otra vez. Botas pisando fuerte en los tablo-nes del piso de arriba y ruido de alguien cocinando. Pero ninguna voz que conteste. Ningún reconocimiento de que en el salón hay un hombre muriéndose de frío. Un padre cuyo único deseo es saber si está aquí su hijo y si podría oírle en caso de que encontrase el aliento necesario para pronunciar su nombre.

Una figura al otro lado del marco de la puerta. En el pasillo, con una vela en una taza. Un juego enloquecido de penumbras. Atisbos de botas con ribete de piel, una gorra de punto y tendones abultados en un cuello blanco.

No se acerca. Coge la vela de lado para que no ilumine directamente su cara. La postura que adopta el personaje de un retrato gótico.

No le hagas daño.

Como mi lengua se niega a formar las palabras, intento enviar el mensaje en el silencio, pero no es la primera vez que le suplican. Ya sabe qué pide la gente al final.

No.

Luchar por aire. Y cuando lo encuentro, el pasillo está vacío.

Cuando me despierto, está otra vez conmigo.

De pie en un rincón de la sala. Sigue en lo más oscuro, como por timidez. Pero no es por eso. Sólo es porque prefiere mirar a ser mirada.

Salto hacia ella, pero las cadenas lo reducen a una mera sacudida, un hipo.

Últimos rescoldos en la chimenea. Fuera, la negra claridad de cuando se está muy por debajo de cero.

—¿Dónde está? —Voz que crepita, reseca. Voz de cebolla pelada—. ¿Dónde está Sam?

—Aquí no.

—Tráemelo.

—No está aquí.

—¿Está vivo?

La pregunta la atraviesa.

Hago otra tentativa por levantarme de la silla. Un retorcerse de serpiente que aprieta aún más las cadenas.

—Suéltame.

—Ya sabes que nunca saldrás de aquí.

—Lástima no haberte dado por el culo.

—Eso no cuadra con tu personaje.

—No soy ningún personaje.

—Depende del punto de vista.

—Pues pregúntame por el mío. ¿Tú? Tú eres una zorra hueca y sin talento. Tú no eres nada.

—Eso tampoco te beneficiará.

—¿Te estoy ofendiendo?

—Va a ser una noche muy larga. La rabia gasta mucha energía.

–Pues entonces, ¿por qué aún estás de pie?

–¿Yo? –dice–. No, si yo no estoy rabiosa.

Angela se acerca. Crujidos en el suelo como si soportara el peso de un gigante. El movimiento del aire a su paso crea una brisa que me acaricia la cara.

–Te encontrarán –digo.

–¿Ah, sí?

–La policía. Me seguirán. A mí y a Ramsay. Saben adónde íbamos.

Se ha inclinado hacia el fuego. Pone más troncos encima; más que troncos, ramas gruesas. El hielo de debajo de la corteza hace chisporrotear las llamas.

–Aquí no vendrá nadie –dice.

Lo único que se ve de ella desde aquí es su nuca. El pelo recogido, menos el vello de la base, que se riza en el cuello de la trenca. Miro el punto fijamente, poniendo toda mi voluntad en que se acerque. Sólo con que tuviese la imprudencia de acercarse un poco, le atravesaría la espalda de una dentellada, con columna vertebral y todo.

El primer requisito es que no se vaya.

–Es como murió David Percy, ¿no? Le hiciste lo mismo que a mí.

–¿O sea?

–Convencerle de que estabas fuera. Un ciego que creía haber perdido a su hija. No le persiguió ningún fantasma, ni el Hombre del Saco. Entró en el bosque buscándote a ti.

–Quizá tuvieras que haber acabado así tu novela.

–Pero es lo que pasó.

–Eres más ciego de lo que llegó a ser el viejo.

–¿En qué parte me equivoco?

–No es por matar. Al menos en mi caso.

–Explícate.

Angela deja en el suelo la palanca que usaba como atizador y da la cara.

–Es por meterse en la cabeza de otro hasta el punto de que todo quede al desnudo –dice.

–Ah, pero ¿te lo planteas como una investigación?

–Más que eso. Es material. Tú y yo tenemos más cosas en común de lo que te imaginas. Para empezar, lo mucho que nos cuesta inventar cosas desde cero.

–No lo entiendo.

–Los dos queríamos escribir libros. Y éste es el mío. La vida que vivo. Las vidas que destruyo. Todo acabará en mi novela. Una novela que en realidad no lo es, porque en cierto modo no hay nada que no sea verídico.

–Una autobiografía.

–No exactamente. El punto de vista no será el mío. Aún no estoy segura de cuál será. Necesito encontrar la voz adecuada.

–O sea, que robas tu libro como lo robé yo.

–Yo no robo nada. Estoy montando.

–¿Ya tienes el título?

–*Plagio mortal*. ¿Te gusta?

–La verdad es que no, pero supongo que tengo prejuicios. Teniendo en cuenta que me vas a matar para poder acabar un capítulo... Como mataste a los demás.

Angela se me echa encima con una rapidez sorprendente. En vez de enfrentarme a ella con la poca furia que me quede, me encojo por reflejo. Ella me coge el pelo. Se oyen los arañazos en la piel de las soldaduras de la cadena.

–Yo nunca he matado a nadie –dice.

Otro despertar. Otra admisión de que creerme atado a una silla en una casa encantada no es un sueño.

Tiene a Sam.

Me moriré cuando se apague el fuego.

No puedo salir de aquí.

La esperanza de que me suelte porque soy el narrador de su historia, y el narrador nunca se muere en su propio relato: otra falsedad.

Cierro los ojos. Intento seguir durmiendo. Pero lo que atenúa mi respiración no tiene nada que ver con el sueño.

Está sentada en una silla a tres metros. Tal vez más. A falta de otros referentes (muebles o cuadros colgados dentro del alcance de la luz del fuego, cada vez más débil), Angela se agiganta, cuando en otras circunstancias podría empequeñecerse. Nunca la había considerado grande. Pero lo es. Es lo único que hay.

Mira por la ventana. Hace chocar los tacones con el suelo. Una colegiala impacientándose en la parada del autobús.

—No me extraña que seas tan retorcida. Teniendo un padre como Raymond Mull...

Se gira a mirarme. Un leve brillo de interés en sus pupilas negras.

—¿Qué sabes de él?

—Que te hizo daño. ¿Cómo te sentías?

—¿«Cómo te sentías»?

—Explicaría muchas cosas.

—¿Que de pequeña ya fuera una niña tan mala? ¿Que hiciera correr a un ciego por el bosque en plena nevada?

—Que no tengas yo.

—Tengo muchos yoes.

Se levanta. Escruta un punto determinado del horizonte nocturno.

—¿Sabes una cosa? Que casi me das pena.

—Los artistas gozan de algunos privilegios —dice—. También están sometidos a algunos sacrificios.

—Suena a frase de Conrad White.

—Creo que sí, que lo dijo.

—¿Cuando te contaba que eras su chica perfecta? ¿Su hija resucitada?

—La gente me ve como lo que quiere ver.

—Un espejo.

—A veces. También otra persona: un gemelo, un amor... Alguien que se murió. O alguien que querrían ser.

—¿Yo qué vi?

—¿Tú? Muy fácil. Tú viste a tu musa.

Se acerca a la chimenea y pone unas ramitas sobre el fuego.

–No es que haya mucha leña –digo yo.

–La suficiente.

–¿Te irás pronto?

Me ignora.

–¿Cómo lo hiciste tú sola? –vuelvo a intentar.

–¿Hacer el qué?

–Dejar así algunos de los cadáveres. Había que levantar mucho peso.

–Tú lo sabrías hacer.

Me esfuerzo al máximo en que no se me aparezca Petra en el cobertizo.

–¿Me espías?

–Siempre te he espiado. Aunque eso... eso no me lo esperaba.

–¿Fue William? ¿Le convenciste de que te ayudara?

–Le incité a estudiar al prójimo.

–Pero a los del círculo no les mató él. Ni a Carol Ulrich ni Pevencey. Los primeros.

–Te has olvidado de Jane Whirter.

–Es verdad. ¿Por qué se instaló en Toronto?

–La invité yo. Ella tenía sus sospechas, y le dije que yo también.

Se me cae la barbilla contra el pecho, despertándome de golpe.

–Pusiste tú en su apartamento las herramientas manchadas de sangre –digo–. El de William.

–La policía necesitaba pillar a un monstruo, y ya lo tienen.

–Pero no es el de verdad.

–¿Tú le has oído declararse inocente?

–¿Por qué no lo hace?

–Porque le convencí yo.

Angela se aparta de la chimenea y va al otro lado de la habitación. Hombros encogidos, pelo grasiento de no haberlo

lavado en varios días. Ha estado ocupada, la niña. Porque vuelve a ser eso, una niña. Gracias al cansancio se han desprendido los años transcurridos desde la primera vez que abrió el diario en casa de Conrad White revelando a una persona algo perdida, que no sabe muy bien dónde está ni por qué ha venido. Es una falsa impresión, por supuesto. Un error más, que desemboca en más errores. Angela es eso tanto como pueda ser cualquier otra cosa: una colección de errores.

—¿Y Ramsay? ¿Por qué? —digo cuando se gira a medias.

—Lo que hago... requiere improvisar.

—Vendrán a buscarle.

—No.

—¿Por qué?

—Hablé con él y... me aseguré que venía por su cuenta. Nadie sabía adónde iba, porque te buscaba a ti.

—¿Y no crees que podría ser mentira?

—Estaba en una situación en la que sería poco probable mentir.

—¿Sabes que no eres muy lista? —casi grito cuando Angela se gira hacia el pasillo—. Una cosa es que te tomes por una especie de artista y otra que lo seas. Una mierda es lo que eres.

Angela se para. Donde no llega la luz del fuego, como una sombra que me sorprende por su facultad de hablar.

—Y tú eres un plagiaro, Patrick —dice—. Al menos lo que hago yo es original.

Me sobresalta despertarme por lo que al principio pienso que es un ruido, pero no, es una luz. Dos puntos blancos abriéndose camino por la oscuridad del exterior. Cada vez más intensos, rodeados por una penumbra de nieve en expansión.

Angela está conmigo. Al lado de la ventana, balanceándose sobre los talones.

—¿Quién es?

—Eso es una pregunta más difícil de contestar de lo que te imaginas —dice.

—El Hombre del Saco.

—Pero podría ser cualquiera.

—No, cualquiera no. Mató a Petra y Len. Es el que hizo salirse de la carretera a Conrad y Evelyn. Las manos que empujaron a Ivan a la vía.

—Eso es como no decir nada.

Se aparta de la ventana. Fuera, los faros se desvían dejando ver el lado del vehículo. Una furgoneta negra. La que vi en Queen Street. La que se fue de donde encontré el cadáver de Len.

—Supongo que ya no tardaré en conocerle —digo.

—¿Te gustaría?

—Mi máxima ilusión es conocer al hombre de tus sueños. Angela suelta una risita de falsa vergüenza.

—Eso no es así.

Su tono infantil me recuerda que lo que es ahora se remonta hasta la niñez. Por eso cuesta tanto adivinar su edad, y por eso se fingía adulta hasta en la cama. Parte de ella pertenece al pasado, porque es en él donde murió.

—Lo que te haga hacer tu padre no es culpa tuya.

—Gracias. Me has quitado un peso de encima.

—Si me sueltas, te podría ayudar.

—¿Ayudarme?

—Enséñame dónde está Sam y podríamos irnos todos juntos. O cada uno por su lado. En todo caso, ya me encargaría yo de que no vuelva a tocarnos tu padre. Estaríamos a salvo.

—Yo ya lo estoy.

—Por favor, Angela. No hace falta que sigas. Por él no.

—¿Y en vez de eso podría estar contigo? ¿Como mujer sustituta? ¿Como coautora?

Se cierra la puerta de la furgoneta. Chirrido de coche de trabajo mal cuidado. Al cabo de un momento, se oyen pasos pesados por el porche.

Por donde voy, va el miedo a cuestras...

Se abre la puerta. Pisotones para quitarse la nieve de las botas. Después los pocos pasos que hay que dar por el pasillo para asomarse a donde estamos.

Una sombra de gigante. La misma que vi acercarse antes de caerme en el campo. Ahora que está dentro, me suena de algo. La forma de un hombre a quien he visto antes.

–Te presento a mi hermano –dice Angela.

La figura se acerca al borde de la luz del fuego. Vacilando, con guantes y las manos cruzadas sobre la barriga. Sonrisa trémula y de labios fofos, como si se le escapara.

–¿Len?

–Es como le conociste –dice Angela acercándose, pero con cuidado. Sin tocarle–. Len, el virgen. Pero ha tenido varios nombres a lo largo de los años, como yo. Varias encarnaciones.

–Pero si te vi... En el callejón...

–Viste lo que creíste ver –dice Len sonriendo más–. Con eso ya contábamos. Hemos contado con eso desde siempre.

–Dios mío.

–¿Te encuentras bien?

–Dios mío.

La habitación da vueltas. No, la habitación no; soy yo el que nada. Rachas de movimiento por un aire casi sólido. Un pez moviendo las aletas por un tanque.

–Voy a echar un vistazo por el piso de arriba –dice Angela.

Len asiente. Al salir al pasillo, Angela le roza la chaqueta de nailon, y es un ruido como el de un cuchillo cortando papel de aluminio.

–Eras tú –digo–. En el entierro de Michelle Carruthers. Mull también era tu padre.

–Que sepamos, sí.

–Y te dieron en adopción, como a tu hermana.

–Las experiencias comunes pueden unir muchísimo a la gente.

—Total, que decidisteis matar a otras personas en sustitución de vuestras propias vidas.

—Demasiado simple. Ni de lejos.

Len escupe en el suelo. Le llama la atención la espuma blanca sobre la madera. En su mirada fija, leo su vacío y su indiferencia estéril.

—Eres buen actor.

—Yo no soy Len —responde avanzando como un depredador—, si lo dices por eso.

—Len era alguien. Era un papel, pero había una personalidad. En cambio, tú no eres nadie.

—¿Pretendes insultarme?

—No podría aunque quisiera. Tú no tienes nada que se pueda ofender. Como tu hermana.

—Angela es una artista.

—Y tú el rey del país de Nada es lo que Parece.

—No.

—El Hombre del Saco.

—No.

—¿Quién es?

—Quien más miedo te dé.

Se quita los guantes y se los mete en el bolsillo. Manos grandes con arrugas negras.

Manos sucias.

—¿Dónde está mi hijo?

—Eso es un secreto.

—Le vais a hacer daño, ¿no? Ya se lo habéis hecho.

—Tranquilo, hombre, no te pongas nervioso.

—Sólo es un niño. ¿Eso para vosotros no quiere decir nada?

—Todos hemos sido niños alguna vez.

Toso para tragarme la bilis. Me arde toda la garganta.

—Fuiste tú —digo—. A las niñas de Whitley te las llevaste tú.

—No soy bastante mayor.

—¿Entonces quién?

—Eso lo hizo él.

—¿Mull? ¿Seguro que no eras tú el que seguía a tu hermanita? ¿No eras tú el que la quería?

—Yo la protegía.

—¿Cómo?

—Haciendo que se fuera papá.

—¿Le mataste?

—Teníamos que formarnos un mundo nuevo —dice enseñando lo que queda de sus dientes—. Y en ese mundo no podía estar él.

Pongo los ojos en blanco.

—No me encuentro muy bien —digo.

—Es por la deshidratación.

—¿Puedo beber un poco de agua?

—Muy bueno. Muy gracioso.

Se acerca a la chimenea. Coge una rama y se piensa si la tira al fuego. Al cabo de un rato la deja otra vez en el montón de donde la ha cogido.

Arriba, Angela está abriendo y cerrando puertas y metiendo cosas en una bolsa. Si no he contado mal los dormitorios, le falta poco.

—¿Quién fue? —pregunto. Parece que esté a punto de vomitar, pero ya queda poco tiempo—. El cadáver que confundí contigo.

Len se pone justo delante de mí. Separa las manos, dejándolas caer en las caderas.

—Creo que pronto habrá una vacante en el *National Star* —dice.

Entonces sí que vomito. Un dolor, un ahogo que acumula media taza de bilis en el suelo.

Aparece Angela en la entrada con un petate. Manchas negras filtrándose por la lona. Ella y Len se miran.

—Creo que ya es la hora —dice.

Empieza a irse, pero se para, se acerca y mete una mano en mi bolsillo. Saca la grabadora.

—He grabado otras cintas —digo yo.

—Ya las tenemos todas.

–Hay copias.

–No, señor, no hay ninguna. Además, también tenemos tus cuadernos. Hasta el momento de llegar aquí. Ése te lo has dejado en la guantera.

Angela le pregunta a Len si ya ha mirado en la cocina. Él baja un poco la cabeza al reconocer que no. Angela mira su reloj y le da dos minutos.

Len obedece. Angela se queda apoyada en la entrada, mirando la ventana, a mis espaldas. Como si no estuviera. Muerto ya.

–No me habéis entendido bien –digo.

La risa inesperada que sigue a mis palabras me llena la barbilla de saliva caliente.

–¿Ah, no?

–No sabéis toda mi historia.

–La voz de la desesperación.

–Es la verdad.

–Yo ya sé todo lo que necesito de ti.

–Mentira. Hay un secreto que guardo desde hace tanto tiempo que la mitad del tiempo no me acuerdo ni yo. Algo que lo cambia todo.

–Qué triste –dice ella. Pero ahora me mira.

–Soy el último personaje del círculo. Sin esto faltaría algo. Tu libro tendría una laguna. El señor Soso no es lo que crees. Tiene un as en la manga.

En la cocina, Len saca demasiado un cajón de cubiertos, que se le cae al suelo. Ruido de cuchillos y tenedores. Una palabrota en voz alta mientras se agacha a recogerlos.

Angela se acerca un poco más.

–Pues venga, dílo.

–Me tienes que prometer una cosa. Te lo diré si me prometes que no le pasará nada a Sam.

–Ya te lo he dicho. Yo nunca...

–Ya, ya sé que no eres tú. Matar no es tu especialidad, sino la de él.

–Quizá ya sea demasiado tarde.

—Quizá. Y si no, lo será. Para que no hable Sam, o para castigar-me, o sólo porque es su costumbre.

—¿Qué te crees, que se lo podría impedir tu secretito?

—No, pero creo que tú sí que podrías.

—¿Por qué voy a hacer algo a cambio de la mentira de un muerto?

—Porque no es mentira.

—¿Y cómo lo sé?

—Lo sabrás en cuanto lo oigas.

Al fondo del pasillo, Len vuelve a meter el cajón en las guías. Da palmadas para calentarse las manos.

—Vale —dice Angela sin poder disimular del todo su interés—, te escucho.

Así pues, se lo digo. En un atropello de frases susurradas, una enumeración escueta y sin adornos. Lo que demuestra que es verdad no es lo que digo, sino la voz, que se rompe nada más empezar: un hilo que se adelgaza más y más durante la narración.

Lo que le cuento a Angela es que maté a Tamara. Mi mujer. Y que eso nos convierte a los dos en asesinos.

No es que fuera un suicidio asistido; no fue cumplir un plan de mutuo acuerdo. La idea fue exclusivamente mía. Eso que quede bien sentado. Pero, aunque ella estuviera dormida en el momento en que clavé la jeringuilla en su brazo, creo que al despertarse y ver lo que hacía me lo agradeció, y entendió que era por amor. Porque lo fue. Tal vez estuviera mal hecho según ciertas leyes o dioses; tal vez llenase el resto de mi vida de noches de insomnio y sueños culpables y fuera la causa de las lágrimas que he derramado estos últimos años sin saber por qué; tal vez lo hiciese demasiado pronto, pero yo sólo quería ahorrarle el dolor y evitarle los peores sufrimientos. Ser tan valiente como lo era ella cuando forzaba una sonrisa con los labios blancos siempre que Sam estaba cerca. Matarla lo hizo casi todo el cáncer. Fue él, no yo, el malo que entró en su habitación sin encender la luz.

Éste es el tipo de pensamientos que no me lo facilitaron. Y que ahora le cuento por primera vez a otra persona: a

Angela, que ve salir las palabras de mi boca en nubes grises de vaho.

Len vuelve a la entrada. Respira como si saborease algún olor.

—Listo —dice.

Angela se gira hacia él. En su expresión no hay nada, nada en absoluto, que pueda indicar que ha oído algo interesante. Se le da muy bien esconder esas cosas. A menos que, sencillamente, no tenga nada que esconder porque ha llegado a la conclusión de que mis palabras apenas son algo más que un farol sobreinterpretado. La mirada vacía que me dirige al seguir a Len hacia la puerta no permite saberlo.

La oigo salir. Una pausa, mientras Len echa un último vistazo al pasillo. Al irse sólo cierra la puerta a medias. El viento gimiendo por la casa, de luto. Triste de que se vayan.

Capítulo 35

Hace unas horas que no siento nada en las piernas. Esperaba que fuese una de las ventajas de morir a la intemperie: reducir al mínimo el dolor. Ahora parece que me equivocaba. El cuerpo no renuncia fácilmente a las sensaciones, aunque la única que le quede sea incendiarse. Congelación. ¿A que suena muy frío? Pues prueba a coger un cubito de hielo en la mano y apretarlo un buen rato. Al principio sólo está frío. Luego quema.

Gritar ayuda. Mi voz empujada hacia la oscuridad que se me viene encima a medida que se apagan las llamas en la chimenea. E incluso ahora se me ocurre que podría oírme alguien. Tal vez Angela haya preparado que entre por la puerta algún *deus ex machina* (¿un vecino amable? ¿un policía local?) y se me lleve en coche al Sportsman para una ducha caliente y una copa. Y a mí me reformarán mis experiencias, como la persona a la que ha elegido para entregarle su rudo amor. ¿Su libro favorito no era *El mago*? Pues por algo sería.

Pero esto no es ningún libro.

Justo cuando me lleno los pulmones para otro berrido, oigo la radio.

Debe de estar encendida desde la última vez que me he despertado, pero no capta bien la señal y de vez en cuando la pierde. Ahora la ha recuperado de golpe. Los últimos compases de *Raindrops Keep Falling on My Head* crepitando en la oscuridad.

Un transistor viejo, en el suelo, a mis pies. La antena, estirada al máximo, oscila en las corrientes de aire. La tenue luz

azul del dial convierte esa zona del suelo en una piscina poco profunda.

Una voz me informa de que es la cadena de sólo música de Whitley («la música más relajante al norte del lago Superior»). Anuncian a Perry Como, Barbara Streisand y los Carpenters. «Y ahora, arrímense bien a sus parejas –dice el locutor con un guiño audible–, que viene... ¡Paul Anka! ¡Qué recuerdos, señores!»

Al oírlo me pregunto si Angela me ha dejado la radio para facilitarme las cosas o para castigarme. ¿Música relajante? Tal vez no haya encontrado ninguna otra emisora. A menos que la selección abrigue un mensaje: música insípida para despedir al hombre sin imaginación.

And they call it puppy love. But I guess they'll never know...

En la chimenea sólo un montón de rescoldos que crepitan. Estrellas rojas titilando contra los ladrillos negros. Pronto se apagarán del todo. Igual que el hombre sin fuerzas que se convierte en sombra.

Se lo he contado.

Lo acompaña una punzada en el pecho, seguida por el convulso esfuerzo de aspirar de manera continuada. Sonarme la nariz rocía de sangre mis pantalones.

Le he contado la historia. No era un sueño. Se lo he contado.

Dos malas noticias por la radio, entre la retrospectiva de Jefferson Airship y *Careless Whisper*: son las 3:42 de la mañana y fuera hay diecinueve grados bajo cero. Yo albergaba la esperanza de durar hasta que se hiciera de día, aunque sólo fuera para ver los dibujos del hielo en el cristal y la hilera de árboles entecos al otro lado, pero parece que no se me concederán estos pequeños consuelos.

El siguiente es Engelbert Humperdinck. Siempre me ha encantado el nombre.

Please release me. Let me go...

Ponen las noticias. La segunda (después del recuento diario de muertos en Oriente Medio) es de última hora. Sólo me fijo cuando ya está a medias, entre interrupciones de la señal.

«El hijo del escritor ... una esquina de Dryden, Ontario ... ingresado en el hospital de la zona por si pudiera presentar ... se desconoce hasta el momento ... parece no haber sufrido ningún daño, aunque todavía no se ha emitido ningún comunicado sobre la identidad de los secuestradores ... también parece haber desaparecido, por lo que no ha sido posible ponerse en contacto ... primeros datos sin confirmar de que el niño ha dado información que podría ayudar a localizar a su padre ... se reafirman en su criterio de no contestar a ninguna pregunta hasta haber seguido ... Deportes: los Leafs han vuelto a perder por la mínima...»

Dentro de media hora darán más información. Así tengo una razón para seguir respirando. Y resistiéndome a un sueño que no es dormir, mientras tarareo las partes de *Everybody Plays the Fool* y *Someday We'll Be Together* que pilla la antena.

Otra vez las noticias. Ahora la señal es bastante buena para informarme bien de todo.

Sam Rush, hijo del escritor superventas, ha aparecido caminando solo por una calle de un barrio residencial de Dryden, el siguiente pueblo después de Whitley por la Transcanadiense. Según las primeras informaciones, su estado de salud es bueno, y sus declaraciones a las autoridades podrían ayudar a encontrar a su padre, oficialmente desaparecido también desde hace poco. En estos momentos la policía busca la granja en la que ha estado secuestrado el niño. Se están usando parámetros geográficos suministrados por el propio niño, sobre la situación de la granja en relación con las estrellas. De momento no hay pistas sobre la identidad de los secuestradores del pequeño, ya que éste no ha podido o querido hacer descripciones físicas detalladas. Se aconseja a los padres que durante los próximos días vigilen aún más que de costumbre a sus hijos. De todos modos pueden estar tranquilos, ya que la investigación del caso Rush ha pasado a ser de máxima prioridad. El portavoz de la policía ha subrayado con rotundidad absoluta que, a pesar de las declaraciones del niño, no hay pruebas de que el secuestro de Sam Rush y la desaparición de su padre estén relacionados.

De Ramsay, ni palabra. Tampoco de Tim Earheart, aunque seguro que a estas alturas la policía ya le ha identificado. Pronto empezarán a atar cabos. Pero a Angela y Len no les encontrarán. De eso estoy seguro. Se han ido para no volver. Cambiando de nombre, y de cara, cruzarán fronteras a la vez que se desprenden de sí mismos. Tarde o temprano se apuntarán a otro círculo en alguna otra parte. Y alguien empezará a creer otra vez en el Hombre del Saco.

Empieza a fallar la señal. Las baterías ya estaban medio gastadas desde el principio. Angela quería que oyese las noticias, pero, una vez oídas, quería que volviese el silencio.

Y, con la última ráfaga de estática, lo ha hecho.

Fuera, el viento amaina del todo. Montones de nieve al pie de los muros como olas en un acantilado. Hasta la casa aguanta la respiración.

Sam está vivo.

Es este hecho, este dato analgésico, lo que me permite relajarme.

Me he estado esforzando más de lo que pensaba. Por estar aquí, para él. Por si lograba salir de la tormenta. Pero está lejos, al cuidado de otros. Ojalá fueran mis brazos los que le consolaran y yo quien le acostase. Da igual. Ya nos hemos contado muchos cuentos antes de dormir. Siempre tendrá mi voz.

Buenas noches, hijo. Que duermas bien.

Es posible que me encuentren, claro. Incluso antes de que se me haya cristalizado el aliento en el pecho. Según la radio, me están buscando con las indicaciones que les ha facilitado Sam, los nortes, oestes y estes que leyó en las estrellas. Lo más probable es que sea demasiado tarde para que cambie algo. Sin embargo, al mismo tiempo en que me resigno a lo inevitable, se redobra mi pugna por seguir aquí, en este momento, como cosa que piensa y que recuerda. Luchando por un minuto más y por la posibilidad del alba. De volver a ver a Sam.

Hasta hay tiempo de soñar una venganza. Planes de vender la casa de Euclid, irse de la ciudad y desaparecer con Sam

donde estemos a salvo. Luego, a mil kilómetros, pondré manos a la obra. Para quitarle algo a Angela, lo único que podría importarle: *Plagio mortal*. Si consigo salir de aquí, hasta es posible que lo escriba yo mismo. Le clavaré un puñal en el corazón. Le robaré el libro que ha estado montando a partir de las historias de los muertos.

Pero sólo son divagaciones de antes de dormirse. La vaga ingravidez previa al impacto. Por primera vez no me afano por nada ni busco nada. Nada de envidias, admiraciones no correspondidas o ansias huecas de que se fijen en mí. Tampoco miedo.

¿Últimos pensamientos?

Se me ocurre que podría tener alguno que otro; quizá un par de enseñanzas de las que salen al final de las novelas. Algo afirmativo, que dé ánimos. Seguro que con el tiempo se me ocurriría algo, pero no lo tengo. Porque ya está aquí: una manta de lana en mis hombros y sobre mi cabeza. Oscuridad. Que obstruye la luz desde dentro. Pero, antes de que se adueñe de mí, me sorprendo riendo. Una risa tremenda, convulsa de toses, cuyo eco recorre las habitaciones vacías de la granja. Un sonido fantasma. La carcajada de un hombre sin historia al darse cuenta de que la razón de que esté aquí podría dar para una buena historia, a condición de que hubiese alguien más, algún Querido Lector a quien contársela.

Agradecimientos

Gracias a los que han ayudado a este libro (y me han ayudado a escribirlo), con su atención o sus preguntas, con sus enmiendas o con su amistad: Maya Mavjee, Julia Wisdom, John Parsley, Peter Joseph, Anne O'Brien, Anne McDermid, Martha Magor, Vanessa Matthews, Sally Riley, Lesley Thorne, Brent Sherman y Sean Kane.

